

Bruno Portillo

# La señora Casualidad

Tercera parte de "SEÑORITINES."

PUBLICADA POR

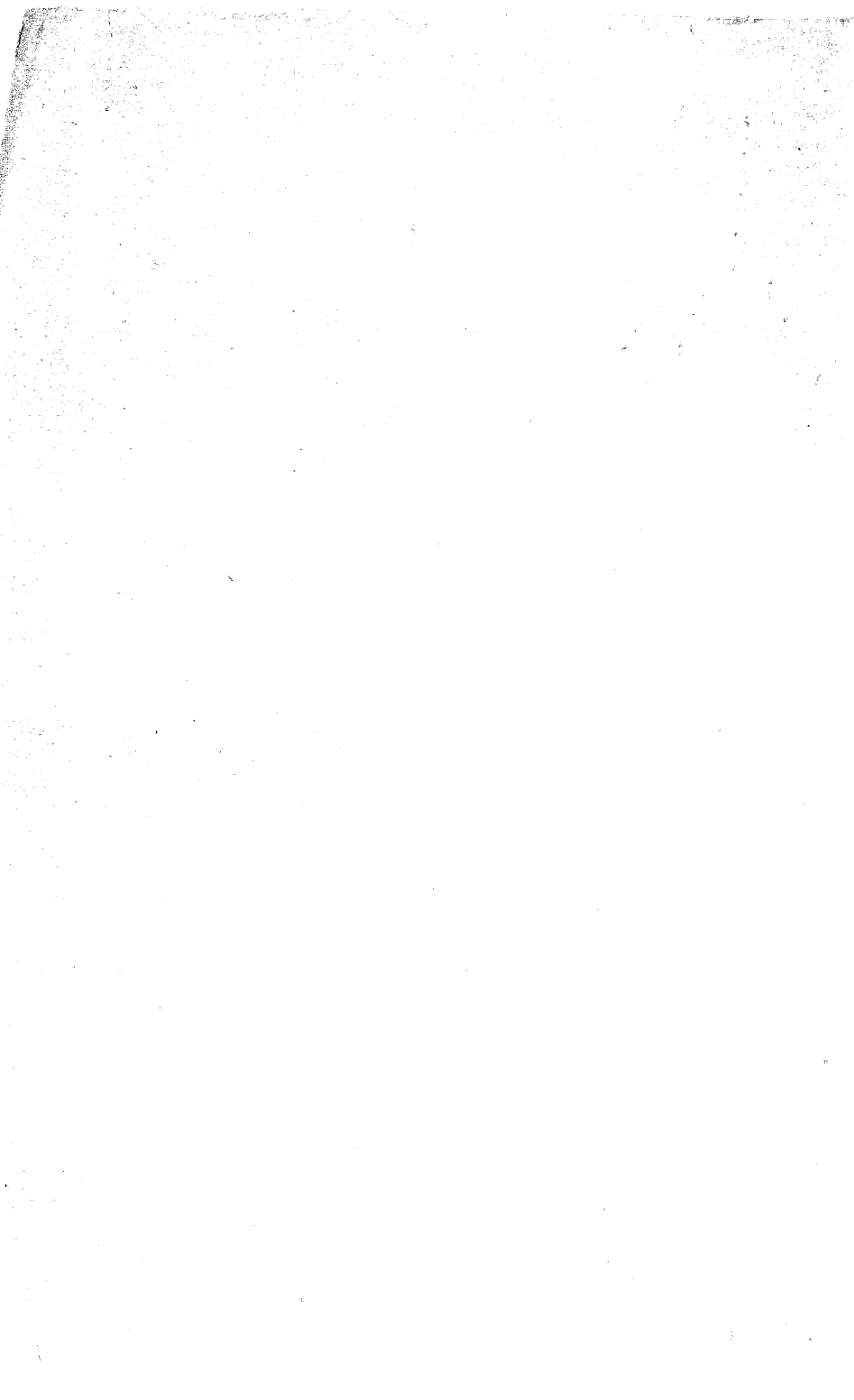
"EL CAMPESINO ANDALUZ."

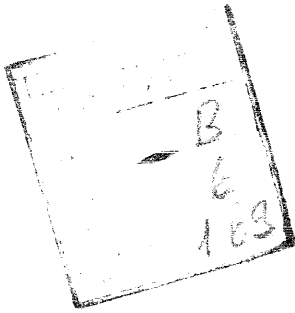


HUÉSCAR

1911







# LA SEÑORA CASUALIDAD

Al distinguido publicista D. Luis Seo de Lucena

El autor



R/18431

# LA SEÑORA CASUALIDAD

(Tercera parte de SEÑORITINES)

NOVELA

POR

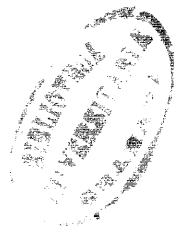
D. Bruno Portillo y Portillo



HUÉSCAR

IMPRESA DE RODRIGUEZ GARCIA,  
11, Baza 11.

1910.



10996



## CUATRO EXPLICACIONES VULGARES

LA SEÑORA CASUALIDAD es una fuerza positiva, resultado de combinaciones diversas, cuyo origen se desconoce; hay que limitar en lo posible su campo de acción; ella da la vida y la muerte; hace ricos ó pobres; hombres honrados ó criminales; héroes y glorias del arte y de la ciencia, ó víctimas de la ridiculez, cuando fracasan las más nobles ambiciones.

De la casualidad, depende á veces el salvar la vida; el crear una fortuna ó destruirla; el echar sobre nuestra conciencia una gran responsabilidad, ó poder seguir viviendo tranquilos después de un mal paso; el figurar entre los hombres eminentes, ó ser un pobre diablo sin nombre conocido.

Con las mismas aptitudes y condición natural, se puede ser todo ó no ser nada, y hasta ser algo negativo poniéndose bajo cero, para merecer el desprecio ó el odio de las muchedumbres.

Esa fuerza que oponiéndose á la idea de justicia la domina y ultraja en ocasiones, debe ser encauzada por la voluntad del hombre como antes dijimos, del mismo modo que se encauzan las fuerzas naturales en el orden físico, poniendo dique á las corrientes impetuosas que amenazan con inundaciones devastadoras de los campos, para poder transformarlas en benéficos riegos.

También en el orden espiritual pueden ponerse diques que encaucen las corrientes de la vida, evitando conflictos y convirtiéndolas en beneficiosas.

No hay que dejarlo todo á la casualidad haciéndonos fa-

talistas, y debemos al examinar los acontecimientos, distinguir entre lo que proviene de causas conocidas imputables á veces á las personas, y lo que no es culpa de éstas, sino de su adversa suerte.

Confunden algunos la Casualidad con la Providencia; pero la primera es siempre inexplicable, y la acción providencial puede ser apreciada abarcando los hechos en conjunto, cosa aunque no imposible, sumamente difícil para el hombre sujeto á la impresión que le causan los hechos aislados, y con la cual fácilmente se extravía su juicio.

Por ellos solenos atenernos casi siempre á los resultados para juzgar sobre personas y cosas, con lo que cometemos la mayor de las injusticias. Un hombre ó una mujer, es malo ó bueno por lo que haya hecho ó le haya ocurrido. Con tal criterio casi todo depende siempre de la casualidad; el antiguo concepto filosófico del Destino, impera en absoluto; el hombre no es nada por sí mismo, puesto que las circunstancias le llevan á uno ú á otro lado; pero contra tales ideas, estamos viendo constantemente que el hombre es algo que lucha con todo lo que se opone á su voluntad, siendo unas veces vencedor y otras vencido; su valer no debe ser apreciado solamente por el éxito de esa lucha; á veces una fuerza vencida es más poderosa que otra que en caso distinto llegó á vencer, porque eso depende de los obstáculos con que se luchado, de la importancia de las fuerzas opuestas á su empuje.

Una Magdalena de noble corazón, cuyo espíritu evoluciona hacia el bien, ó un Dimas que haya sido bandido en determinadas condiciones, pueden llegar á merecer el nombre de Santos, mientras que muchas personas que hayan vivido siendo honradas en apariencia, acaso merezcan ser juzgados.

En tanto que el hombre sea un elemento que influya

en la vida universal con fuerza propia; que pueda obrar en uno ó en otro sentido dando mayor ó menor impulso á cuanto se halle sometido á su acción, será necesario aquilatar la importancia de ese elemento, lo que vale cada sér humano por sí mismo separando las influencias de los demás agentes que á los hechos contribuyan, y no apreciando únicamente la resultante de los acontecimientos.

El novelista actúa de Providencia encadenando á su voluntad los hechos que relata; en estas tres novelas, SEÑORITINES, LA HIJA DEL AMA y LA SEÑORA CASUALIDAD, está diluido el pensamiento del autor; hay que abarcarlo en su conjunto; ¿está encaminado hacia el bien como el destino supremo del hombre según la más sana filosofía? ¿Conseguirá deleitar en sus detalles como el arte exige?

Solamente los que lean pueden juzgar, y á su fallo inapelable quedamos sometidos.



## LA SEÑORA CASUALIDAD

### I.

Silvestre leía sentado en un cómodo butacón junto á la chimenea, y Gregoria leía también muy cerca de la ventana que daba al huerto. El arrojó de pronto el libro exclamando:

—¡Esto no puede aguantarse! ¡Vaya una novelita!

Ella cerró tranquilamente el devocionario, y miró á su marido con gran ternura:

—¿Qué te sucede?—dijo—¿tanto te aburre ese pícaro autor?

—¡No ha de aburrirme, si llevo más de diez páginas sin que diga nada de provecho, pasando y repasando párrafos laberínticos con palabras rebuscadas faltas de sentido común! ¡Que afán de no llamar las cosas por sus nombres y no explicarse con estilo llano y sencillo; aquí el mérito consiste, sin duda, en la extravagancia y ridiculez de la forma, y en que no haya nada en el fondo á no ser algo inverosímil, producto de un cerebro extraviado. Dicen que esa es la manera de deslumbrar á los tontos; pero yo no consiento que me adjudiquen semejante título al cabo de mis días.

—De todo eso me libro yo;—contestó la buena mujer.—



Apenas si tengo tiempo para dar gracias á mi Virgencita por haberme hecho tan feliz sin merecerlo.

—No digas eso, tonta;—murmuró el coronel levantándose.

Ella también se alzó de la silla que ocupaba, y fué al encuentro del veterano, diciendo:

—Déjate ahora de novelas.

—¡Pero si me ha exaltado los nervios ese maldito con sus majaderías de estilista pretencioso!

—Mira; yo no entiendo de esas cosas; cálmate, que no quiero verte así.

—Pues necesitaré que tú me tranquilices;—repuso el militar mirando maliciosamente á su mujer, y avanzando hasta rodear con su brazo derecho el espléndido busto de Gregoria.

—¡Por Dios; que somos viejos ya, y no nos corresponden estas ternezas!

—Más viejo estoy yo que tú por las pícaras heridas que me tienen destrozado, y aun me acuerdo de los buenos tiempos.

—Cállate;—añadió ella poniéndole un dedo en la boca;—eso hay que olvidarlo ya; á veces hasta tengo remordimientos cuando me acuerdo de aquella santa á quien me parece que le robo tu cariño.

—¡Vaya unos esciúpulos morrijiles!—murmuró Silvestre en tanto que su expresivo rostro tomaba un marcado tinte de tristeza.—Tú no has robado cariño alguno; aun recuerdo aquel día en que me rechazaste severamente por haberme olvidado un instante de la situación en que me hallaba; yo he sido el único que alguna vez intenté faltarle á aquella infeliz, y me amarga ese recuerdo.

—¡Faltas de pensamiento; pecados veniales! eso no me-

rece que te entristezcas así; perdóname que haya sido indiscreta dando ocasión. . .

—Tú sólo has reflejado en tus palabras los delicados sentimientos que te animan; te agradezco ese respeto á la memoria de la pobre Carmela; ¡bien le pagas aquel consejo que me dió al morir! «cásate con Gregoria»; ¡no parece sino que sabía lo ocurrido entre nosotros cuando tú eras viuda y yo soltero, y sin embargo, tengo la certeza de que lo ignoraba! aquella fué una inspiración angélica digna de su virtud; quiso atenuar el propio mérito diciendo que no quería me gastase su fortuna con ninguna joven coqueta, ó que ésta la gastara con quien me sustituyese; pero, ¡ya ves! quería conservar esa fortuna para mi hija y para tu hijo; para Esperanza y para Fernando, y hasta preveía que ellos despilfarrasen en superfluas vanidades, y se interesaba por el porvenir de nuestros nietos.

—¡Ya ves; ya ves!—contestó Gregoria,—cómo tengo motivos para decir que me entristece mi propia dicha; esta felicidad que yo gozo á tu lado, debiera ser para ella que mejor la merecía.

—Ella merece mayores venturas, y tal vez por ello Dios se la habrá llevado. ¿No son esos los principios que tú profesas? Mira; yo no lo entendía así entonces, y te confieso que estuve cerca de la desesperación; pero después he visto que la Providencia ó la Casualidad es demasiado buena conmigo, puesto que me ha dado dos ángeles; uno para que me proteja desde el cielo, y otro para que me consuele en la tierra.

—¡Dos nada más? ¿Y Esperanza?

—¿Esperanza? ¡es verdad! Ya sabes cuánto quiero á mi hija; pero me dice el corazón que este cariño acaso sea el castigo que tengo que recibir por mi conducta pasada. En fin; ¡estoy hecho un frailuco!—exclamó el militar en una brusca

transición;—no hablemos más de estas cosas.

Si; hablemos de vuestros hijos. Aun no he contestado á la última carta de Esperanza. Ella me escribe siempre á mí en vez de dirigirse á su papáito, y el otro, mi Fernando, te escribe á ti cuando se le ocurre, en tanto que á mí sólo me pone alguna posdata después de la firma de su mujer.

Son unos picarones;—prosiguió Silvestre;—esa es diplomacia pura, por lo menos en cuanto á Fernando, porque Esperanza, creo que de veras te quiere á ti como quiso á la pobre Carmela; más que á mí que soy su padre.

—Pues no tienes razón; porque Fernando que no llegó á conocer al suyo, te quiere á ti como si lo fueses, aunque sólo sea debido al egoísmo de que le has hecho hombre de valía que era lo que él ambicionaba.

—Tampoco estás tú en lo firme, y en esto eres injusta con tu hijo; Fernando me quiso desde pequeñín, cuando yo era un pobre diablo que se fué de soldado á la guerra de Cuba. ¿Te acuerdas cómo jugaba conmigo las pocas veces que yo conseguía verle en tu casa, evitando llamar la atención de los murmuradores? Aquella criatura no podía entonces imaginar que yo había de ser su protector.

—Recuerdo perfectamente cuando te despediste de él; fué la última noche que entraste secretamente en mi casa, y ya nuestras relaciones habían terminado. El niño estaba dormido, y quisiste darle un beso antes de marchar. Entonces me dijiste que te dejase acariciar la ilusión consoladora de que mis hijos pudieran acaso recibir de ti algunos favores. Me juraste que si alguna vez eras algo en el mundo habías de mirar á mis hijos como si fuesen tuyos, y me lo has cumplido con desinterés, cuando yo te rechazaba al volver casado á nuestro pueblo. ¡Qué bueno eres!

Silvestre había calificado de diplomacias de Fernando el que le escribiese á él, y concluyó defendiéndole contra su

propia madre, cuando ésta dijo que el joven quería á su protector aunque sólo fuese por egoísmo. La verdad era que el coronel no sabía á quien profesaba más cariño; si á su única hija, Esperanza, fruto de unos amores de la juventud con cierta campesina llamada Teresa, ó á su yerno, Fernando, hijo menor de su antigua amante que había llegado á ser su legítima esposa.

El joven capitán de artillería y su hermosa y elegante compañera, vivían en Madrid; él se hallaba á las órdenes del ministro de la Guerra como ayudante; aun no tenían hijos, y gozaban de una holgura de medios que le permitía alternar en la sociedad distinguida.

La buenisima Carmela dejó más de cien mil duros á Silvestre, que como ya sabemos estaban destinados para que aquella linda pareja de jóvenes lugareños que tan rápidamente se habían elevado y por su carácter ambicioso pretendían subir á mayores alturas, pudiera satisfacer las necesidades de una vida llena para ellos de seducciones y encantos.

Silvestre tenía de sobra con su paga de coronel retirado y las pensiones de las cruces ganadas en el campo de batalla.

El capital que su primera mujer le había dejado, se empleó en la compra de buenas fincas en el pueblo de la región granadina donde él nació y en algunos otros inmediatos, porque en aquella localidad pequeña no había muchos hacendados que vendiesen con aceptables condiciones.

A pesar de ello, aquel cortijo de La Peña en que Silvestre había nacido, fué una de las propiedades adquiridas por él. Algún trabajo costó que el señor alcalde lo cediera; pero Gregoria hizo de ello cuestión de gabinete, y el ascendiente que sobre su hermano tenía se probó en tal ocasión. No fué lo bastante para que el señor Juan Ponce dejara de sacar un

buen partido de semejantes circunstancias; en eso Silvestre autorizó á su mujer para que conviniera el precio de la venta, y todo quedó ultimado pronto y en regulares condiciones.

La renta íntegra de aquel capital era remitida á Fernando; su padre político le anunció no obstante que se proponía hacer grandes mejoras en los terrenos adquiridos; casi una completa transformación utilizando todos los adelantos modernos de cultivo, para que al cabo de algunos años aquello constituyese una verdadera riqueza.

Entretanto, los ingresos se veían muy mermados: era preciso que el joven matrimonio no gastase mucho en Madrid, y cuando las circunstancias lo permitieran, podían ir á pasar temporadas en el pueblo.

La casa solariega de los Fernández de Mirones que Carmela heredó de su padre, y en la que tan feliz fué por algún tiempo al lado de su marido, había sido reformada por éste en aquella época, y ofrecía las mayores comodidades: todo estaba allí preparado por Gregoria para esperar á sus dueños.

El coronel y su segunda esposa vivían en la casa que fué oculto nido de sus secretos amores de otro tiempo. Ella había criado allí á sus tres hijos, y le hubiese causado gran sentimiento mudar de residencia; pero no había sido preciso hacerlo para que todo se arreglara obteniendo las comodidades propias de la nueva posición de sus dueños, que les obligaba también á vivir con mayor decoro.

Se gastaron unos cuantos miles de pesetas, y Silvestre consiguió dar aspecto señorial á su morada, sin que se pudiese notar en ella vanidosas pretensiones. Todo estaba ya terminado cuando hemos visto á los dueños de aquella casa entregados tranquilamente á las más honestas distracciones.

Anocheció, y Gregoria dijo que iba á pedir les llevasen



luz.

—¡Pero, hija, por Dios! ¿ignoras que ya tenemos alumbrado eléctrico?—contestó Silvestre.

—Es verdad; aun no he podido avenirme á estas cosas.

—¡Pues ya estamos iluminados! ¿ves que pronto? con tocar al resorte mágico del señor Cornelio: . .

—Al fin ha conseguido realizar sus antiguos planes gracias al casamiento de Matilde con Raimundo, que le hizo nuevamente amigo del señor Bartolo.

—¡Del señor Bartolo nada más? ¿has olvidado á la señora Benita?

—No seas malo;—replicó Gregoria;—¡parece que todavía te duele que se haya reanudado esa amistad!

—¡Qué ha de importarme á mí tal cosa! pero ahora que estamos solos, gozemos del cuarto de hora de licita murmuración que diariamente puede tolerarse, según cierto padre franciscano que no sé como se llamaba.

—¡Ya empezamos!; ¡y dices que estás viejo, cuando tienes aún ocurrencias propias de un chiquillo!

—¡Chiquillo nos de Dios!; si lo fuese, ya verías tú lo que hacía contigo para que olvidases tus rezos siquiera por un rato; pero vamos á cuentas; ¿es verdad que se entienden la señora Benita y el señor Bartolo?

—¡Yo que sé!; buena edad tienen ellos para andar con travesuras! Ya sabes que Benita y yo nos podemos llevar muy poco, y por ahí puedes calcular.

—Pues precisamente por eso no me fio ni una pizca; porque si Benita se conserva como tú. . .

—¡Vamos, vamos; bien se conoce que lo tomas á guasa!

—No está mala la guasa; lo que tiene es que yo hace mucho tiempo que no he visto á Benita de cerca como te veo á ti, y dudo se conserve tan frescachona; porque. . . ¡claro! ella ha trabajado mucho en su tienda . .

—¡Y siguen las indirectillas!

—No hay indirectillas que valgan; si se ha estropeado algo con sus tareas, como el señor Bartolo no debe estar ya muy rozagante que digamos, es posible que la encuentre poco apetitosa y no se estimule lo bastante para atender á su casa y á la ajena.

—Calla, que pudiera venir Juanita, y yo sentiría mucho que oyese algo de esto. Bien sabe Dios que he olvidado todos los agravios que su madre me hizo, y que quiero á la hija como si fuese mía.

—Lo merece. ¡Vaya una muchacha buena! Quién había de decir que aquella coquetilla. . . pero ese mérito es de Tomás; la ha metido en cintura, porque ella sabe que si se desmandase, era capaz de matarla y matarse él también.

—¡Qué horror!; pero mi hijo no ha tenido que hacer nada para que su mujer sea buena; ha bastado el cariño que ella le tiene y el sacarla de aquella casa para que respire un aire puro; la inclinación natural de la muchacha es buenísima; y hoy que tiene tres hijos á los que quiere con lecura, pocas esposas ofrecerán mayor seguridad de honradez.

—Pues oye; tanto es eso cierto, que á pesar de lo que quiere á sus hijos, me dijo una vez que no era capaz de asegurar lo que haría si se viese obligada á elegir entre salvarle la vida á su marido ó á sus tres pequeñuelos. Eso lo que demuestra es que aun siente por Tomás aquella pasión que le hizo salirse de su casa como una loca, para ir á la tuya cuando supo que él estaba herido por culpa de ella.

—En fin; el caso es que son muy dichosos, y estoy satisfecha de haber ayudado á que se casaran.

—Porque tú también eres buena y no miraste más que el vehemente deseo de tu hijo.

—¿Se puede?—dijo una voz femenil de timbre sugestivo desde la puerta de la sala.

—Adelante, adelante;—contestó Silvestre;—en nombrando al ruin de Roma...

—Pasa, hija mía;—añadió la coronela.

—Muy buenas noches. ¡Están ustedes solos?—dijo entrando una arrogante mujer como de treinta años de edad; vestida con bastante esmero, y de porte nada propio de señorita pueblerina.

—¡Oye tú, buena moza; ¿es que estando nosotros solos considerabas peligroso entrar aquí sin hacer ruido?—exclamó el veterano.

—Siempre ha de ser usted el mismo, y á pesar de que dice que está viejo, en nada se le conoce.

—Ven aquí, Juanita; alégranos un poco;—murmuró Gregoria;—porque ya sabes que á este le gusta tu conversación.

—Sí; á mí me gusta todo lo bueno; y como ya por mis circunstancias puedo tener ciertas franquezas...

—Pues todo lo bueno está en esta casa; y no hay que esperar que venga de afuera;—repuso Juanita con natural desenvoltura.

—¡Zalamerilla;—le dijo su suegra dándole un beso;—¿dónde se ha quedado Tomás?

—¡Dónde ha de quedarse; en su farmacia como el doctor Garrido.

—Pero tu marido no sale de ella, y aquel célebre doctor andaba por todo Madrid exhibiéndose de modos raros, para llevar público que comprase sus drogas;—contestó Silvestre.

—¿Y los pequeñuelos?—preguntó Gregoria;—¿por qué no has traído al menos á la nena?

—Sí; añadió el militar;—á mí me encanta su lengüecilla, y el ver cómo lo enseña á rezar su abuela.

—Pues esta noche no la he traído, porque se quedó dor-

medita censada de jugar, y su padre ha quedado en entrar de vez en cuando por si se despierta.

—¡Vaya un padrazo!—¡no tendrás queja!—replicó Silvestre.

—¡Qué he de tener, si no podía yo haber soñado encontrar un hombre más bueno!

—La verdad es que nacisteis el uno para el otro;—dijo la bondadosa Gregoria.

La conversación continuó sin decaer un instante, hasta que llegada la hora de cenar, Juanita se despidió manifestando que aquella noche ya no volverían para hacerles tertulia, porque Tomás tenía que trabajar en el laboratorio cuando se cerrase la botica, y ella pensaba acompañarle después de acostar á los niños.

## II.

Terminada la cena, Silvestre y su mujer abandonaron el comedor. Apenas habían vuelto á la salita en que antes les vimos, cuando se presentó allí Francisco, el hijo segundo de Gregoria, que acompañaba á su joven esposa, Amalia, y á su suegra, la feliz consorte del médico don Rufino.

Aunque son antiguos conocidos nuestros, bueno será decir que doña Luisa se conservaba fresca y ocurrente cuando asistió á la boda de Juanita con Tomás, donde lució Silvestre su uniforme de comandante y presidió Carmela la encantadora corte de amor formada por las más lindas muchachas del pueblo, amigas de la novia.

—¡Cuánío me alegro!—exclamó la dueña de la casa dirigiéndose á su hijo;—veo que vienes muy bien acompañado.

—¡Hola, doña Luisa!—añadió el coronel con tono zumb.

bón;—¡usted siempre tan guapa!

—¡Vamos, *señor don Silvestre!*—contestó la aludida en el mismo tono;—usted quiere sin duda que imitemos á doña Dolores y á su marido el juez municipal, que no suprimen nunca el don cuando hablan con ciertas personas, para obligarlas á que les recreen el oído dándosele á ellas.

—¡Dios me libre;—contestó el coronel;—¡pero me parece que se han besado ustedes ya bastante, y Francisco y yo estamos algo envidiosos!

Las recién llegadas tomaron asiento cerca de Gregoria, y los dos hombres quedaron de pie junto á la chimenea.

Amalia hizo unos cuantos mimos á su mamá política, después de haber reído las ocurrencias del coronel; alegre como una chicuela, nadie habría creído que estaba unida á Francisco por indisolubles lazos. El era formalote en extremo, y hacia contraste con aquella preciosa chica de la que estaba completamente enamorado, teniendo la suerte de ser correspondido.

—Esta no se encuentra del todo bien;—exclamó la médica de modo significativo aludiendo á su hija.

—¡Qué es eso? ¿tenemos novedades?—contestó Gregoria comprendiendo la intención de su consuegra.

—¡Bueno; bueno;—está visto que las recetas de tu padro tienen la virtud de aquella célebre purga de Fernando, que desde la botica iba causando efectos. ¡El pensaba enviarte á los baños de Carratraca, y tú y Francisco habéis procurado evitaros el viaje!

Amalia se raborizó por la bromita del marido de su suegra, y el bueno de Francisco se pavoneó satisfecho con la esperanza de ser papá.

Doña Luisa, para desviar la conversación suavemente, preguntó si tenían noticias de los madrileños.

—Aquella sigue sin novedad alguna al parecer;—contes-



tó Gregoria no abandonando la idea para ella halagadora del aumento de su familia.

Silvestre, recordando acaso que Fernandito tuvo que utilizar los remedios de cierto especialista notable, cuando era alumno de Artillería, y molestado al pensar en las consecuencias de aquella calaverada que podrían perjudicar ahora á su hija, dió por completo un giro distinto á la conversación.

—¡Ya lo creo que tenemos noticias! —exclamó queriendo disimular;— y por cierto que acaso andemos todos á la carrera. ¿No sabiais que Fernando piensa nada menos que en ser diputado por este distrito?

—¡No sabíamos nada!—contestó Francisco admirado.

—¡Vaya con Fernandito! ¡Conque así las gasta?—murmuró la médica;—pues miren ustedes; yo me alegro mucho, porque acaso puede hacer algo en favor de mis hijos.

—Sus hijos de usted no necesitan ya que nadie les favorezca; los tres han salido hombres de provecho; el uno, ha obtenido ya plaza como médico en un hospital de Madrid; el otro es médico de la Armada; y el único que no se ha dedicado á la medicina, tiene plaza de catedrático auxiliar de derecho en la Universidad de la Corte, y figura en el partido republicano como orador elocuente de gran porvenir. ¿Qué más quiere usted que sean, con los pocos años que tienen? ¡Ya quisiera Fernando hallarse en condiciones de favorecerlos; pero... ¡están verdes! él podrá ser á lo sumo un diputado de la mayoría, porque le apoya el ministro de la Guerra de quien es ayudante; pero nosotros sólo servimos para dar cintarazos. Los militares deben hablar poco y hacer mucho.

—¡Pues también usted dió algunas conferencias en el Ateneo y en el Centro militar de Madrid. Bien me acuerdo de cuando Rufino nos llevaba á casa los periódicos que extractaban aquellos discursos.

—También á mí me los leyó algunas veces;—añadió Gregoria.

—Aquello fué nube de verano. Como yo no procedía de academias, quise demostrar que los que empiezan por soldados, pueden ser militares inteligentes; pero sacándonos de nuestra profesión, crean ustedes que no servimos para nada, ni debemos servir si hemos de conservar los buenos hábitos.

—¡Conque diputado!—murmuró Amalita.

—¡Ahí verás tú mi hermano pequeño á lo que va á llegar!—repuso Francisco;—Tomás y yo nos conformamos, él con ser boticario del pueblo, y yo con cuidar de la hacienda; pero lo que es el otro...

—Pues todo hace falta en el mundo; si tú no hicieras esas cosas, á ver qué partido íbamos á sacar los demás de los cuatro terrones, porque yo á la vejez no voy á meterme á agricultor. Y don Rufino, lucido estaría sino fuese por su hija que puede cuidarle cuando doña Luisa sea vieja, ¡que todavía falta mucho tiempo! pero llegará á serlo de síjo.

—No falta tanto, señor picarote;—contestó la aludida;—¡y había usted mal de los políticos, cuando debiera haberse dedicado á lanzar indirectillas en el Congreso!

—No hay indirectilla, y Dios me valga teniendo yo en eso el tejado de vidrio por mis achaques; pero insisto en que maldito el provecho que han de sacar ustedes de aquellos tres diablos que les han hecho pasar una vida de apuros para poder darles carrera, y que no siguiesen apedreando perros como cuando eran chicos. Tendrán la satisfacción moral de verles encumbrados, y nada más; porque conforme prosperen, mayores serán sus necesidades. En cambio esta chica con enseñarle las primeras letras y una docena de varas de cualquier tela de poco precio, ha pasado siempre por una princesa, porque lo valía su real persona; y si no, aquí tiene usted á este, embobado con lo que yo digo.

Amalia dió las gracias, en tanto que su marido reventaba de gozo al verse tan halagado en sus sentimientos más íntimos.

Se levantó el portier que cubría la entrada, y un hombre vestido con el traje propio de los campesinos del país, pero perfectamente afeitado y limpio, dijo casi cuadrándose al entrar:

—¡El señor médico don Rufino!

—Que pase; que pase;—contestó el coronel.

Salió el criado, que era su último asistente, hijo del pueblo, y á los pocos instantes nuestro viejo amigo don Rufino entró en la habitación.

La sonrisa burlona que no le abandonó nunca, seguía dando á su semblante el aspecto simpático de otros tiempos mejores; saludó amablemente á todos, y requerido por el dueño de la casa tomó asiento junto á la lumbre.

—Vaya un cigarro;—dijo Silvestre cogiendo un habano de una caja de plata que estaba sobre la cornisa de la chimenea, y añadió dirigiéndose á Francisco;—á tí lo te doy de estos, porque sé que pueden marearte; pero toma de los que te agradan;—y le presentó otra cajita más pequeña.

—¡Este coronel siempre tan fino!—murmuró el médico encendiendo el cigarro.

—Pues no me agradezca usted ahora esta fineza, porque estoy haciendo prosélitos y obro con miras interesadas.

—¡Diablo! ¿se trata de alguna conspiración?

—Dios me libre de concluir de tal modo mi larga carrera. La cosa no es de tanta gravedad; pienso solamente en preparar el terreno para una elección de diputados á Cortes.

—¿Es usted el candidato, sir duda;?—murmuró el médico algo extrañado.

—¡Qué he de serlo yo! me refiero á persona más inexperta, capaz de ilusionarse con semejantes majaderías.

—¿Quién dirás? ¿quién dirás que es el futuro diputado?—dijo la médica levantándose y tocándole en el hombro á su marido.

—Pues mira; no creas que vas á ponerme en alarma; por mí puede serlo quien quiera; en garantizándomelo persona tan respetable que regala cigarros tan buenos, le doy mi pobre voto y pase lo que pase.

—Pues es Fernandito; el joven capitán de Artillería;— prosiguió doña Luisa despidiéndose de su consorte con una fuerte palmada, y volviendo á ocupar su asiento.

—Sí; es mi hijo;—añadió Gregoria;—¿ve usted que calaverada?

—Poco á poco; puede serlo, ó no;—replicó el médico;— él está cogido á buenas aldabas, y de eso depende todo en este mundo. Aparte de que el muchacho vale. . .

—No quiera usted enmendarla ahora; bien sabemos, — agregó Silvestre, — que aunque valiera mucho más, de nada le serviría.

—Efectivamente; hay ocasiones en que el padrino sólo es necesario para que se haga justicia, porque sin tenerlo ya sabemos que tampoco se consigue; pero en otros muchos casos, los padrinzgos son causa de que se cometan mil picardías, postergando al verdadero mérito; y no se sonría usted por que adivine, que hablo picado por lo que le sucede á uno de mis hijos.

—Esa queja está muy justificada y habla usted en razón; — contestó Silvestre; — pero deberá usted comprender que ¿quién le mete á ese muchacho á ser republicano antes de conseguir la cátedra? No parece sino que le aconsejaron sus enemigos, y gracias que obtuvo una plaza de auxiliar. El debió primeramente ponerse en situación de dar un disgusto gordo, y luego significarse como republicano para que tuviesen que conquistarle haciéndole entrar en razón con un acta

de diputado y algunos otros gajes; que le facilitasen subir pronto á las mayores alturas.

—Pues ahí verá usted;—mi hijo no sirve para eso, y fracasará de seguro;—tiene mucho viento en la cabeza!

—¡Quién sabe; quién sabe! él lo irá perdiendo poco á poco á fuerza de golpes como el que acaba de recibir. ¿Iban á darle á él la cátedra necesitándola un protegido del jefe del Gobierno? ¡Vamos, hombre; parecé mentira que hayan ustedes abrigado esperanzas á pesar de lo mucho que el chico sabe!

—Mire usted; si me hubiese valido,—exclamó la médica exaltándose por momentos;—soy capaz yo misma de saltarle los ojos al tal presidente. ¡Haber hecho eso con una pobre criatura que no se metía con nadie mas que con sus libros!

—Buena está la criatura; claro es que de ser inofensivo; le hubiesen desafiado sin darle nada, y habría resultado peor; pero como era sujeto de cuidado, convenia atarle corto para ahogarle si es posible, y si flota á pesar de todo, gánárselo con poco sacrificio, para uncirle al carro triunfal de los que gobiernan.

—Pero eso es una infamia; señor don Silvestre;—replicó la médica.

—Ya volvemos al don; ¡cuando le digo á usted que se ha contagiado de la señora doña Dolores, la esposa de don Antonio!

—Bueno; usted le hecha todo á barato;—contestó doña Luisa algo más tranquila.

—Como que no quiero que tenga su marido de usted que darle esta noche calaguala, ó cualquier otra cosa más calmanete aun, si es que todavía conserva las recetas de recién casado.

El médico prosiguió la conversación en el mismo tono humorístico, para que su mujer olvidara las injusticias de los gobiernos de que su hijo había sido víctima. Así terminó

la velada, y cuando dieron las once de la noche, cada uno de los tres matrimonios, ya en su casa respectiva, se entregó al descanso, sin que don Rufino tuviera que dar calaguala á su irritable consorte, que se conservaba más animosa que él, de seguro. Amalia se durmió pensando en que pronto sería madre; y Gregoria en que su hijo Fernandito iba á ser diputado.

### III.

Gregoria se levantó muy temprano, y cuidando de que no se despertase su marido, apenas hizo el arreglo de su persona se fué á oír misa á la iglesia parroquial. Terminado el santo sacrificio, rezó sus devociones ante el altar de la Virgen de las Angustias, de la que era camarera desde hacía mucho tiempo.

Allí suplicó otras veces, puesta de rodillas, que la Virgen le concediera él ser esposa de Silvestre, y que éste fuera un segundo padre para sus hijos. También había pedido otras cosas; tener ella una hija como Esperanza; que se le pareciera toda á aquel bribón que la tenía loca de cariño; pero esto la Virgen no se lo había otorgado, y seguramente fué para favorecerla más aun, puesto que Esperanza vino á ser su hija por su casamiento con Fernando, y dos Esperanzas habrían sido demasiado para ella que gustaba de ver realizados sus ensueños.

Puso fin á sus rezos santiguándose; tomó agua bendita, y salió del templo dirigiéndose á una casa que frente á él se hallaba. Vivían allí los padres de Silvestre; aquel había sido el nido de las secretas relaciones amorosas que ella tuvo con el gallardo mancebo cuando era viuda.

Aun se acordaba con rubor de las noches en que al salir de la novena, procurando que ya no hubiese gente junto á la iglesia, se dirigía al callejón fronterero para entrar por la puerta falsa en la casa de su amante, que la esperaba solo por encontrarse sus padres en el molino, y estar encargado el arriero Simón, único confidente que tuvieron, de alejar de allí con pretextos amistosos á los mozuelos que se paraban en las esquinas.

Al entrar ahora por la puerta principal, todos aquellos gratos y para ella tristes recuerdos, acompañaban á Gregoria. Había querido borrar aquella mancha que empañaba su conciencia, recta en extremo, y acaso lo consiguió en cuanto á todos los que en otro tiempo se enteraron de la aventura; todos menos ella misma la habían perdonado, porque era la bienhechora de los pobres y modelo de madres honradas.

¡Qué distantes estaban sus hijos de imaginar siquiera lo que había ocurrido! sólo Tomás tenía un vago recuerdo de que dijeron que su madre era novia de Silvestre; pero aunque la cosa no tenía nada de particular, creyó que se había tratado más bien de una adivinación de lo que después tenía que ocurrir; algo así como revelación de los destinos providenciales en el sentimiento popular.

Rita, la vieja molinera, la antigua doncella de aquellas marquesitas que arreglaron su boda con Anselmo, el hijo del tío Melitón, labrador del cortijo de la Peña que perteneció á tan aristocrática familia, y compró después el alcalde del pueblo señor Juan Ponce; la buenisima Rita que supo domesticar á medias á su marido, quien era ya desde hacia muchos años el tío Anselmo el molinero, estaba transformada en madre del señor cura párroco don Juan, y del coronel don Silvestre, y compartía con su nuera, conocida antes por la señora Gregoria Ponce y por la coronela después, todas las preeminencias y mayores respetos que en el pueblo se

otórgaban á las personas más principales.

Al fin el tío Anselmo toleraba que le dijese á su mujer la seña Rita, porque también le llamaban la seña María, á su hija casada con Enrique, primogénito del ex secretario don José.

Poco á poco aquellas gentes se iban entonando; pero en cuanto al patriarca, era el tío Anselmo, y nada más. ¡No faltaba otra cosa sino que él consintiera que le pesiesen motes!

Sus hijos se lo habían ganado por su puño, según él decía; pero el padre continuaba siendo un labrador, aunque retirado, y la parte industrial, la del molino que ya era una fábrica de harinas, estaba á cargo de Enrique, porque el tío Anselmo rechazó siempre que le tuviesen por hombre de industria, cosa mala á su parecer.

Cuando Gregoria entró, la seña Rita estaba sirviéndole el chocolate á su hijo menor, que ocupaba la rectoral desde la muerte del viejo cura, tío de la alcaldesa, de quien según las gentes del pueblo procedía el dinero con que el alcalde compró el cortijo de la Peña, que ya había pasado á poder de Silvestre.

El tío Anselmo reñía todas las mañanas con su mujer, porque ella no quería dejarle que se levantara temprano.

—No parece sino que soy yo mucho más viejo que tú;— le decía;—bueno que me cuidaras si fueses alguna mocicá; pero aunque tengas mejor ver porque yo he tenido trabajo más recio cargádome sacas en el molino, entoavía puedo madrugar como he madrugao siempre.

A la llegada de Gregoria, ya había terminado la disputa, porque don Juan la cortó diciendo:

—Bueno, padre; esta mañana puede usted levantarse ya pues no hace frío y creo que no se pondrá peor de la tos.

—¡Claro!—respondió el viejo;—¿ves como hasta el mu-



chacho se hace cargo de las cosas?

El cura se sonrió bondadosamente, y cuando se llevaba á la boca un buñuelo empapado en chocolate, vió llegar á su cuñada.

—Me alegro de que nos hagas esta visita;—dijo;—ya te he visto en la iglesia.

—Buenos días;—contestó Gregoria acercándose para darle un beso á su suegra.

—¡Hola señora madrugadora!—murmuró ésta;—vaya y qué bien estás. ¡Nadie diría que tienes hijos tan grandes!

—¡Y nietos!—añadió la aludida sonriendo.

—Sí; pero esos son pequeñillos; lo mismo pudiera tenerlos Silvestre, si Esperanza. . .

—Esa no quiere darnos tal gusto;—replicó la coronela.

—¡Que no quiere? ¡algo daría por hacerme á mi bisabuela! ¡Jesús y que vieja voy siendo ya!

La seña Rita había conseguido vencer la violencia que al principio le causara hablarle de tú á su hija política, á quien siempre había llamado con cierto respeto la señora Gregoria.

El tío Anselmo seguía hablándole de usted á su nuera; él estaba duro para variar de costumbres, y gracias que se le iba borrando la ojeriza que le tuvo al alcalde que casi era ya su pariente, por aquello de la compra del cortijo que le quitó cuando él lo miraba como suyo.

Tras un breve rato de conversación sobre cosas de poca importancia, Gregoria dijo á su suegra que si podía cederle á la criada para que la acompañase; se había echado en el bolsillo las llaves de la casa de Fernando y Esperanza; quería darle un repaso á todo para tenerlo dispuesto fácilmente si el joven matrimonio se decidía á ir allí por una temporada; pero pronto volvería la muchacha porque ella tenía también que ir á ver á su hermano, y no quería retrasar de-

masiado el regreso, con el fin de llegar antes de que Silvestre se levantase.

—Llévatela, y que esté contigo todo el tiempo que la necesites. ¡Torcuata, anda en seguida con la señora!— exclamó la buena Rita;—yo me basto sola para lo que estos puedan necesitar, y en cuanto á Silvestre, ya sabes que se le pegan las sábanas desde que no hay guerra, y se aburre sin saber en qué ocuparse; ne te tomes apuro por despachar.

Gregoria salió acompañada de la chica después de cruzar algunas palabras cariñosas con su suegro, que se había levantado procurando contener la tos para no darle la razón á su mujer, que quería preservarle del frío.

Pronto llegaron á la antigua casa del padre de Carmela, primera esposa de Silvestre.

Gregoria recorrió todos los departamentos examinando el estado en que los muebles se hallaban; hizo que la chica limpiase algunos de ellos, y hasta le ayudó en la faena; mas no era posible detenerse mucho.

Algo entristecida al pensar en la que fué dueña de aquella casa y á cuyo prematuro fin debía ella el haber podido casarse con Silvestre, fué de nuevo cerrando las puertas, y salió á la calle acompañada de la chica, á la que despidió para que no faltase mucho tiempo á sus obligaciones.

Dirigióse Gregoria á casa de su hermano, el alcalde; pero tuvo que pasar por delante de la tienda de sus consuegros, y vió junto al mostrador á la señora Benita, que aunque ya no estaba ni con mucho tan guapa como en otros tiempos, todavía demostraba tener pretensiones impropias de sus años.

Miráronse las dos mujeres procurando Gregoria disimular la contrariedad que aquel encuentro le proporcionaba, y mostrando la otra en su mirada el rencor que aun sentia hacia la que fué su rival en hermosura y en el amor de Silvestre.

Dudaba Gregoria si saludar ó no, y cuando al fin iba á hacerlo, Benita volvió la cabeza diciendo como si hablara con alguien que no estaba á la vista:

—¡Buen día se nos presenta hoy; la fanfarria no se pierde nunca;—y al notar que Gregoria había pasado, añadió como cantuseando:

Al hombre que más quería  
me lo quitó una indecente;  
no la perdono jamás  
ni á las puertas de la muerte.

Gregoria conservaba buen oído y oyó la copla, sintiendo que se enardecía su sangre; pero siguió su camino como si tal cosa pasara,

No había sidó ella la ladrona; sino todo lo contrario. Sus relaciones con Silvestre, que debieron terminar por ir juntos á la iglesia entonces mismo, se cortaron á causa de haberse interpuesto Benita entre ellos; una mujer casada, que ya era madre de Juanita, no debió proceder de ese modo.

—¡Ladrona! ¡hasta me ha quitao á mi hija! ¡Gracias á que la otra no es así!—clamaba la tendera enfurecida contando ya con la seguridad de que Gregoria se había alejado y no podía oírla.

Una joven como de poco más de veinte años, de correctas facciones, mediana estatura y agraciada en extremo, pero que casi no tenía parecido alguno con la señora Benita, acudió al oír la hablar sola de aquel modo.

—¿Qué te sucede, mamá?—dijo saliendo de la trastienda.

—¡Qué quieres que me suceda.? que ha pasao por ahí esa bribona;! ¡la suegra de Juanita! ¿Crees tú que puedo yo ver con sosiego que semejante hipócrita tenga allí á tu hermana, apalpá siempre como si fuese suya, y que ni siquiera venga á verme á mí esa ingrata que hasta reniego de que sea hija mía?

—Tranquilízate, que no es cosa de que se enteren los vecinos y digan que te pones tú como una cualquiera á insultar á los que pasan;—murmuró la joven sin poder disimular el mal efecto que la actitud de su madre le producía.

—¡Eso me faltaba; que hasta tú misma me quitases la razón!

—Yo no te quito la razón, madrecita;—dijo Matilde con mimo;—pero no quiero que te incomodes; bien puedes comprender que si mi hermana obra así, es por temor á su marido.

—No en balde no lo quería yo ni pintao; gracias á que tú eres otra cosa, y oíste mi consejo. ¡Raimundo si que es un hombre!

—Pues calle usted ahora, porque por ahí vienen su padre y el mío;—repuso Matilde que había salido á la puerta de la tienda para observar si pasaba por la calle alguien que pudiera enterarse de lo que ocurría.

El señor Cornelio y el señor Bartolo llegaron á los pocos instantes; ambos frisaban en los sesenta años; pero en el primero, la edad había acentuado la tendencia que siempre tuvo á darse aires de hombre importante, preocupado con sus grandes negocios; y el segundo, conservaba casi como en otros tiempos su aspecto de buen mozo lugareño un tantico fanfarrón, aunque en verdad el señor Bartolo no era todo fachenda, pues servía como el primero para cuidar de sus fincas de campo, aumentadas por la economía, y estaba fuerte aun como un roble.

—¡Buenos días, comadre!—dijo entrando en la tienda;—porque yo siempre he de decirle á usted comadre, aunque seamos ya algo más si se quiere;—y añadió dirigiéndose á su nuera:

—¡Adiós, chiquilla! no tengas cuidao por Raimundo sino viene hasta la noche, porque le he encargao yo que esté á la

vista de los pares que están labrando; pues á mí me ha agarrado tu padre pa que tratemos de otros asuntos. Pero llevan buena merienda; ya tu suegra se ha ocupado de eso, y no se desmayarán.

Benita procuró contener el enojo que antes la dominaba; y se mostró amable con su consuegro al par que Matilde, la que concluyó diciendo:

—Pues habiéndolo mandado usted, yo estoy muy conforme aunque no venga en ocho días. ¿Pero qué asunto es ese que traen ustedes entre manos?

—Tú no entiendes de esas cosas;—contestó Cornelio á su hija;—las mujeres lo echáis todo á perder cuando queréis saliros de vuestras incumbencias;—y como si aquella última palabra le acreditase de hombre docto, se puso hueco cual un pavo real cuando muestra los múltiples colores de sus plumas:

Entretanto, Gregoria había llegado á la casa del alcalde; éste que se hallaba en su despacho situado en la planta baja, la recibió con gran afecto; mas al fijarse en ella, comprendió que algo extraño le sucedía.

—Siéntate, que parece vienes algo disgustada, y necesitas tranquilizarte;—dijo.

—No es nada de particular;—contestó Gregoria á quien aquellas palabras le advirtieron que su natural ingenuidad, delataba la mala impresión del encuentro que con Benita había tenido.

—¿Es que has empezado ya á disgustarte con Silvestre?—repuso el alcalde que no le perdonaba á su cuñado cierta polémica que con él tuvo en lejanos tiempos, al sorprenderle una noche cuando el joven salía de la casa de su amada.

—¡Dios me libre!—contestó Gregoria sin disimular lo que aquella frase le había desagradado;—mi marido es cada

dia mejor para mí, y sería yo la mujer más ingrata del mundo si tuviese de él la más pequeña queja.

—No es para tanto, ni he querido ofenderte;—replicó el alcalde con tono socarrón;—otros casos ocurren, y los segundos matrimonios son muy propensos á tales cosas; pero al fin y al cabo, me alegró de que tú estés contenta.

—Ya lo creo que lo estoy; y si alguna cavilación tengo, no es por culpa de él; sino de mis propios hijos, que aunque también son muy buenos, alguno como Fernando se mete en ciertas cosas: . .

—¡Claro que se mete; como que tuvo quien le llenase la cabeza de viento cuando el pobre chiquillo no sabía lo que se pescaba!

Al advertir Gregoria la insistencia de su hermano en acusar á Silvestre con cualquier pretexto; hasta por lo que Fernando hacía, el interno coraje que le causaron los insultos de Benita, se transformó en una honda tristeza que asomó á su semblante, como todos los sentimientos de aquella franca y noble mujer.

—No creas,—contestó,—que á mi hijo Fernando se le lleva por donde se quiere; cuando él no está conforme con una cosa, es inútil cuanto se haga.

—Pues bien; el caso es, por lo que veo, que Fernandillo te lleva á mal traer; sin duda no tendrá bastante para sus gastos con lo que le dejó la otra;—y el alcalde marcó la alusión, para que no quedase duda respecto á sus malas intenciones, puesto que mortificaba á su hermana con recuerdos inoportunos.

—No se trata ahora de cuestiones de dinero;—replicó Gregoria;—mi hijo tiene bastante con lo que reúne, para poder vivir á su gusto; pero quiere lucir más todavía, y piensa en que le elijan diputado.

—¡Diantre!—exclamó el alcalde sin poder contener su

asombro; —¡pues dentro de poco va á querer que le hagan rey, lo menos! ¡Diputado á los años que tiene!

—¡Hombre; no es para que tanto te admires! —murmuró ella algo picada; —¡creo que ya tiene los años que se exigen, y lo mismo que otros son elegidos, pudiera serlo mi hijo que no es de peor condición que los demás!

—Sí; pero esos... casi todos son hijos de señorones, y Fernandillo es un pobre muchacho de un pueblo, como lo hemos sido todos y lo es cualquiera.

Gregoria tuvo que contenerse para no sonreír burlonamente, y al fin dijo:

—Pero ni tñ ni ninguno de los del pueblo llegó, como él, á ser capitán de Artillería á los veintitantos años.

—Ni á los cincuenta tampoco; porque no se gastó nadie un capital en darnos carrera como el que te has gastao tú con ese chiquillo.

—Bueno; bueno; eso no es del caso ahora, aunque ya sabes que no me lo gasté yo, sino el que hoy es mi marido que siempre quiso á Fernando y se ha portao como hombre de palabra. De lo que se trata es de que tú sepas en lo que piensa mi hijo que, sea por lo que quiera, vale hoy algo más que otros de esos que tú miras como señorones.

—Pues si no se trata mas que de que yo me entere, te agradezco la noticia, y me alegraré de que pueda salirse con su intento. ¿Es que le han proporcionao ya algún distrito?

—Precisamente de eso se trata; —continuó Gregoria, contrariada visiblemente por las marrullerías del alcalde. — Parece que Fernando le ha dicho á su jefe, el ministro de la Guerra, que si piensa en hacerle diputado, ha de serlo por aquí, pues él no quiere ir como eunero á ninguna parte.

—¡Oye, oye! al que le dan una cosa así, debe tomarla sin poner condiciones; ¡pues no se ha vuelto poco orgulloso el muchacho! ¿qué es eso de eunero? ¿No hemos sacao nosotros á

muchos diputados que nada tenían que ver con esta tierra? Pues que lo saquen á él por otra parte, porque aquí pudiéramos tener compromisos, y no es necesario que nos meta á todos en sus asuntos.

—Cualquiera que te oyes, no creería que eres hermano mío. ¡En sus asuntos! Seguramente á ti no te importan, cuando los miras de tal modo. Yo pensé que iba á ser muy distinta la impresión que esto te había de causar; pero, ¡qué le hemos de hacer! tampoco yo quiero que tú te perjudiques por nosotros; si tienes otros compromisos ó crees que no te conviene. . .

—Te diré; tal pudieran venir las cosas que. . . en fin; si fuese á gusto de todos porque no hubiera lucha. . .

—Entonces, poco tendríamos que agradecerte;—contestó Gregoria levantándose sin poder disimular por más tiempo su enojo.

—Oye, tú; ¿es que te has disgustao? pues tampoco yo necesito que me lo agradezcáis, ni tú ni los tuyos;—prosiguió el señor Juan sin moverse de su asiento;—parece que vienes echándola ya de capitana generala.

—Dios me libre de echarla yo de ninguna cosa; he venido á ver lo que tú pensabas de esto, y nada más; porque las mujeres no somos las llamadas á dirigir tales asuntos; mas como al fin tú eres mi hermano y él es mi hijo, creí que debías saberlo por mi boca antes de que otros te lo dijesen;—y al pronunciar estas palabras, Gregoria salió sin dar tiempo á que se le replicase.

#### IV.

Silvestre fué enterado por su mujer de todo lo que á ella le había ocurrido aquella mañana. La escuchó con aparente



tranquilidad, mientras tomaba un ligero desayuno, y casi sin decir palabra, se puso su sombrero cogiendo un bastón en actitud de salir á la calle.

—¿A dónde vas?—le preguntó Gregoria.

—Voy á ver á un antiguo amigo á quien tratamos bien poco, y que ahora puede sernos muy útil, pues está sumamente agradecido á tí.

—¿Te refieres á don José?

—Sí; es hombre muy entendido en estas cosas, y voy á ponerle en antecedentes de todo.

A los pocos minutos, el coronel entraba en la casa del antiguo secretario del Ayuntamiento, que desde que sus disgustos con el alcalde, motivados por los amores de Ramiro y Rosita le apartaron de los trabajos oficinescos, había tenido que dedicarse á la agricultura donde encontraba medios decorosos de vida, gracias al arrendamiento que Gregoria le proporcionó, de los terrenos heredados por Carmela de su padre el comandante Mirones.

Ramiro que era el Benjamín de don José, y Rosa, la hija menor del alcalde, se habían casado huyendo ella de la casa paterna; y la protección que el inglés M. Gorman, establecido en Ceuta, dispensaba al joven á quien de pequeñín había querido adoptar como hijo suyo, alcanzó también al padre de éste.

El ex secretario don José, recibió del inglés en calidad de préstamo un pequeño capital que le permitía atender á las faenas agrícolas, pues los escasos ahorros que antes hizo economizando los gastos de su familia numerosa, se consumieron en el período de la cesantía.

Cuando Silvestre entró en la casa, don José se hallaba en una habitación algo escondida, que más que de despacho le servía de gabinete de estudio, pues él continuaba con su afición á los papeles, y se dedicaba también á formular parti-

ciones de las pequeñas herencias de hacendados de aquel pueblo y de algunos otros del mismo partido.

—¿A qué debo tanto honor?—dijo apartándose de la mesa de trabajo y tendiendo la mano al visitante.

—¡Quieto; quieto!—exclamó Silvestre;—siento interrumpirle en sus tareas; pero vengo a buscar el consejo del amigo conocedor de cierta clase de asuntos, en que ahora me veo metido contra mi voluntad.

—Pues usted mande, mi coronel;—repuso el ex secretario marcando la frase en tono humorístico, y luego añadió dando á su rostro aspecto de seriedad;—no dudará usted que soy agradecido y sólo deseo ocasiones para servirle.

—Nada hay que hablar de agradecimientos;—replicó Silvestre; y sin más rodeos, enteró á su viejo amigo de las aspiraciones de Fernando, protección valiosa con que contaba, y demás detalles que pudieran interesar.

Don José se manifestó satisfecho en extremo al terminar Silvestre su relato.

—Me parece que esa es cosa hecha;—dijo;—si el ministro de la Guerra quiere que su ayudante salga diputado por este distrito, cuanto intenten para oponerse á ello resultará inútil. Además; aquí estamos nosotros dispuestos á quemar el último cartucho para no dejarnos vencer, y ¡no faltaba otra cosa! si su cuñado de usted y consuegro mío, el señor alcalde, se opone, lo pasaremos por ojo por sensible que sea, porque no vamos á permitir que nos descomponga el plan semejante majadero.

Silvestre se enardeció al pensar en que pudiese haber lucha; las palabras del viejo secretario sonaban en sus oídos como un clarín de guerra; el alcalde sería arrollado irremisiblemente; ¿quién era él para oponerse al empuje de huestes tan valerosas como las que iban á tener á Silvestre por caudillo?

Aquella amenaza que el señor Juan le lanzó en tiempos pasados de arrojarle del pueblo, acudió á la memoria del bizarro militar como si quisiese provocarle aún á singular combate.

Sólo lo sentía por Gregoria; pero ella, entre su hijo y su hermano, no podía tener duda alguna; las cosas se iban á enredar como nunca en aquel pueblo; las antiguas rivalidades del señor Juan Ponce y don Antonio Martínez, solucionadas antaño por don José con que el primero fuese alcalde perpetuo y el segundo desempeñase siempre el juzgado municipal, nunca pudieron ocasionar perturbaciones en las familias, porque entre ellos no había parentesco alguno.

Ahora el conflicto sería mucho mayor si llegaban á romperse las hostilidades.

Silvestre al volver á su casa enteró á su mujer de todo lo que había hablado con el viejo secretario. Gregoria se entristeció al pensar en que iban á romperse las buenas relaciones que entre su hermano y ella siempre habían existido. Procuró calmar á Silvestre; pero él mantuvo con energía su actitud de hostilidad al alcalde.

¿No había él desconocido el íntimo parentesco que le ligaba al candidato? Sin duda le molestaba que un sobrino suyo llegase á estar por cima de él, por cuanto prefería apoyar á un extraño cualquiera. Es muy amargo comprender que las personas que debían gozar con nuestros triunfos se entristezcan al vernos prosperar, sin que para que tal cosa ocurra exista otro motivo que el de la envidia.

El señor Juan tenía mal preparado el terreno para poder librar batalla contra sus propios parientes; en ellos había encontrado antes el principal apoyo, y ahora Gregoria y sus hijos, el hábil don José y el temerario Silvestre, con la familia del viejo molinero, iban á figurar en la primera fila de sus adversarios.

Don Antonio, el juez municipal, aunque sintiera verse relegado á segundo término, ayudaría seguramente á quien se propusiese derribar al cacique perpetuo, antiguo enemigo suyo.

El maestro de escuela, don Arturo, casado con Carlota la hija del juez; el boticario Tomás; el médico don Rufino; y hasta el cura, á pesar de su carácter bondadoso, todos; todos habrían de estar enfrente del viejo alcalde, quien tenía como asesor á un secretario que llevaba poco tiempo en el pueblo y reunía malísimas condiciones.

La masa popular simpatizaría con los conjurados por encontrarse en ellos las personas que allí gozaban de mayores prestigios, y hasta por la tendencia natural del país de ir contra el que manda, porque casi siempre tiene innumerables agravios que vengar.

El alcalde estaba perseguido sin remedio aunque conservara el bastón de mando hasta el momento de la elección, y ya había dicho don José que lo primero era echarlo. Si no quería irse á buenas, él tocaría ciertos resortes que podrían servir hasta para ponerle en la cárcel, envuelto en responsabilidades que le arruinarían, á pesar de la importancia de su capital.

Si Rosita no llegaba á heredar un céntimo, ¿qué le habían de hacer? Ramiro no contó nunca con vivir de lo que su mujer tuviese; don José no ignoraba eso, y se preocupaba poco por la cuestión de intereses que pudiera afectar á su hijo.

No pensaba así Gregoria, á la que amargaba la sola idea de que su hermano sufriese algún quebranto.

—¡Pues que capitule! ¡que se entregue con armas y caballos!—le decía Silvestre á su mujer;—y si no, tendremos que pasarle á cuchillo á pesar de todas tus sensiblerías.

Era preciso enterar á Fernando de la actitud de su tío,



y Silvestre le escribió una larga carta que fué atenuada en algunos de sus párrafos por la buena Gregoria.

—¡Maldita la gracia que me hace escribirla de nuevo;— refunfuñaba el militar;—pero quiero complacerte en esta ocasión, para que no puedas decir que mis intemperancias han agriado las cosas.

—Yo no diría nunca nada de eso;—replicó ella con dulce tono;—mas por lo mismo que es hijo mío, tengo que tener mayor prudencia que tú al tratar de favorecerle.

La carta se terminó al fin á satisfacci6n de ambos, y cuando se depositaba en la estafeta, ya corría por todo el pueblo la nueva de que Fernandito, el hijo de la señora Gregoria, presentaba su candidatura para diputado á Cortes.

## V.

Vivían en una lujosa casa de aristocrático barrio; el portero usaba librea; y la escalera estaba alfombrada hasta el piso principal, habitado por el dueño del edificio; mas el cuarto de Fernando y Esperanza se hallaba á tal altura, que á no ser por el ascensor, el joven matrimonio habría tenido que renunciar á sus vanidades, buscando más modesto nido.

Todo era allí *comfort* y buen gusto; la paga de capitán se consumía seguramente en cualquier detalle caprichoso de los que en aquella residencia constituían el encanto de sus dueños.

Esperanza, reclinada en una *chaise-loungue* leía una novela de lujosa encuadernación, que tenía en la preciosa cubierta escrito con letras doradas el nombre de un autor de moda, preferido por la gente elegante.

El lindo *boudoir* en que se hallaba, era digno marco de

aquella hermosura, bien distinta por cierto á la que en otro tiempo lució la hija del ama en el pueblo andaluz donde había nacido.

La negra cabellera recogida artísticamente, y los grandes y expresivos ojos de oscuro color, formaban admirable contraste con el rostro nacarino de correctas facciones y mejillas ligeramente sonrosadas, en que lucía una boca fresca y aromosa provocadora de sensuales apetitos.

Una doncellita entró de pronto, y al advertirló Esperanza suspendió la lectura.

—¡Señorita!—dijo la muchacha;—don Iván de Vargas acaba de llegar.

—¿Le has dicho que no estaba el señor?

—Se lo dijo Alfredo; pero preguntó por usted, y le ha pasado al saloncito.

Esperanza se levantó algo contrariada; arregló su traje delante de un armario de luna, y procurando que desapareciese de su rostro toda muestra de disgusto, salió en busca del visitante.

—Felices ojos que la ven á usted.

—¿Qué tal, Vargas?—murmuró ella tendiéndole la mano y tomando después asiento en una matquesita, próxima al sillón que el joven había abandonado para saludarla.

—Perfectamente, aunque algo aburrido con las pesadeces de mi nuevo cargo de ayudante del general.

—Bien se conoce que no le agrada mucho, puesto que aprovecha usted cualquier ocasión para dejar el uniforme;—replicó Esperanza.

Efectivamente; el joven Vargas vestía con elegancia un traje de paisano, cuyo corte irreprochable descubría la perfección de uno de esos sastres de fama que vienen de París un par de veces al año, para atender á una escogida clientela compuesta de aristócratas madrileños de gran fortuna.

—¡Psé! Aun no me es posible dejar la carrera, porque mi padre se pondría furioso conmigo, y he tenido que transigir con ocupar este puesto, por no irme á una de esas provincias donde la vida es insoportable.

—No le sucede lo mismo á Fernando que sólo piensa en su dichoso empleo.

—Y debiera pensar en algo más grato que tiene muy cerca de sí;—interrumpió el militar;—pero ese es el mundo; los que son dichosos, casi no se dan cuenta de ello.

—¡Oh! lo que es él, bien satisfecho está con su suerte;—prosignió Esperanza desentendiéndose de la alusión;—pero es ambicioso en todo lo que se refiere á su carrera; y en cuanto á dichoso, creo que no puede usted quejarse de la fortuna.

—Sólo me quejo del poco afecto que inspiró á alguna ingrata.

—Pues bien sé yo,—dijo la aludida sin dejarle acabar,—que hay cierta señorita nada merecedora de esa acusación de ingratitud, que usted lanza sin duda por hacerse el interesante.

—Usted sabe que no voy por ese camino; pero no hay peor sordo que el que no quiere oír.

—Ciertas cosas no deben oírse nunca, y tengo que defender á esa muchacha que es entre mis conocimientos la única persona á quien creo puedan dirigirse las quejas de usted.

—Por Dios, Esperanza; está usted hoy terrible; se empeña usted en hablarme de Elisa, cuando sabe que hemos roto relaciones desde hace mucho tiempo, y que no es ella la que reina en mi corazón á pesar mío.

—Vamos; sin duda será la hija del general; no había yo contado con la natural volubilidad de ustedes, los jóvenes distinguidos y halagados por las chicas.

—Esa niña es muy joven aún, y no puede interesar á un hombre ya granadito. . .

—¡Ahora va usted á ponerse de viejo! ¡Vaya; vaya!

—En fin; está usted imposible; tenga al menos un poco de benevolencia; ya sabe que soy inofensivo, y déjeme al menos el consuelo de suponer que se apiada usted del estado de mi ánimo; yo no tengo la culpa de haberla conocido tan tarde, y de que no se la pueda ver á usted sin adorarla.

—Va usted á hacerme reír, y creo que ahora como otras veces, eso es lo único que se propone; si es así, se lo agradezco; pero considero preferible hablar de algo bien distinto que pudiera entretenernos á los dos sin peligro alguno. ¿Sabe usted que va á venir á buscarme Mary Sandoval, para que demos un paseo?

—Pues le estoy haciendo á usted mala obra, porque ya necesitará vestirse para que no tenga que esperar tan buena amiga;—y el joven marcó ligeramente la frase, algo molesto al comprender que era cortésmente despedido.

Esperanza le advirtió, y dijo en seguida:

—No; ella es muy benévola con las amigas perezosas, porque tampoco descuella por su puntualidad. Usted podría entretenerla si viniese en este momento, pues la verdad es, que no recuerdo si marcó la hora en que pasaria por aquí para recogerme.

—Mejor la entretendría Fernando si estuviese en casa;—replicó el joven repuesto por completo de la mala impresión, y dando gran naturalidad á su alusión insidiosa;—pero en fin; hoy se ve privado de hacerlo, pues seguramente habrá almorzado con el general cuando no ha venido por aquí á estas horas. Y á propósito;—añadió levantándose;—hágame usted el favor de decirle, que le agradeceré me reemplace mañana, pues me corresponde estar de servicio, y tengo una ocupación inexcusable. Que le diga al general que estoy algo indispuesto, y así tampoco extrañará él que haya venido yo con tan justificado motivo.



—Está visto que sigue usted de broma;—contestó Esperanza tendiéndole la mano;—ya sabe que no necesita justificación el que usted nos visite, siendo compañero de Fernando, que le quiere como á uno de sus mejores amigos.

El joven aristócrata se despidió, y pensaba al bajar la larga escalera, que Esperanza, cuyo origen modesto no ignoraba él, era una mujer incomprensible, puesto que se defendía tan hábilmente como la más lijada dama en una sociedad que no le era aún bien conocida.

No tenía nada de mojigata, ni hacía ridículos alardes de intransigencia; pero siempre se la encontraba en el mismo terreno, y aquello hacía crecer el deseo sensual del caprichoso Juanito, que desde que siendo compañero de Fernando en la academia de Artillería, le había llevado varias veces de caza á una de sus posesiones, venía demostrando en toda ocasión, que era un verdadero émulo de Tenorio y Mejía.

Aquella amistad le había costado á Fernando bastante cara siendo adolescente, pues perdió la salud en una vulgar aventura á la que le llevó su amigo Iván, y aunque por fortuna consiguió recobrarla antes de unirse con Esperanza en matrimonio, el aristócrata compañera seguía siendo su ángel malo, pretendiendo perturbar la paz de un hogar tranquilo hasta entonces, aunque ya amenazado por las propias flaquezas del hijo de la señora Gregoria.

Antes de que Vargas se alejase mucho de la casa de su amigo, vió ir hacia allí á un lujoso automóvil en el que iba una elegante dama que le saludó al pasar.

—Tenía razón Esperanza;—murmuró;—no ha sido una excusa; ya está ahí la preferida de su marido; la hermosa Mary; la verdad es, que esa mujer está codiciable aún.

Entretanto, el automóvil había parado delante de la casa; el lacayo entró á dar un recado en la portería; salió á poco rato, y después de hablar con la señora, ésta descendió

del coche.

El portero galoneado la esperaba junto al ascensor, y pronto la elegante dama se halló en el cuarto de su amiga, que la recibió cariñosísima, aunque sin haber terminado de hacer su *toilette*.

—Vaya usted á concluir de vestirse, hijita;—dijo la recién llegada;—que yo no tengo prisa alguna.

—Aquí tiene usted un álbum con el que podrá entretenerse, y no seré muy pesada.

—Ya sé que no es de usted la culpa, porque ha tenido visita; me acaba de saludar Iván de Vargas en esta misma calle, y supongo que habrá estado aquí.

—Sí; vino á dejar un recado á Fernando; á que le diga alpe con el general y le reemplace mañana que le toca á Vargas estar de servicio.

—¡Buen calaverón está el tal Iván! ¡pobre Elisa! pero la estoy entreteniendo; váyase usted á vestir, que ya le contaré después.

Esperanza salió del saloncito; la recién llegada era, como había dicho el aristócrata, una mujer verdaderamente apetecible.

Contaría unos treinta y cinco años; tenía cabello negro, fuerte y abundoso; sus ojos negros también, relampagueaban con un brillo deslumbrador.

Era su tez morena, aunque bastante esclarecida por la tersura de su cutis no ajado aún por los afeites, y unos dientes perlinos asomaban á la insinuante boca, en que parecía palpitaban apasionados besos.

Sus formas carnosas conservaban la gracia de las curvas, repartidas proporcionalmente para formar un conjunto de mujer adorable, y vestía con suma elegancia.

A no ser por cierto aire de distinción, aquella morena habría podido pasar por una hermosa gitana, de las que for-

man el encanto de los ingleses cuando danzan ante ellos en la Albambra granadina.

Su pasado estaba bastante obscuro; algo no obstante he conseguido y averiguar respecto á él, que contaré reservadamente á mis lectores.

Cuando apenas tendría veinte años, se llamaba Mariquita, y entró á servir como doncella en casa de cierto general que por entonces ocupaba puesto preeminente.

La generala era bastante vanidosa; consideró que el que su doncella se llamase María era demasiado vulgar, y empezó á llamarla Mary, ansiosa de dar á cuanto la rodeaba cierto tinte de distinción.

Aquel matrimonio había tenido varios hijos malogrados, y sólo le quedaba una niña de diez años de edad, llamada Elisa, á la que tomó Mary gran cariño; pero eso no impidió, que antes de que aquélla cumpliese los quince abriles, la doncella dejase la casa por una mejor colocación que se le presentó de improviso.

El rico banquero y conocido hombre público don Eleuterio Sandoval, tenía gravemente enferma á su esposa, cuyo irritable carácter exacerbado por el padecimiento, hacía que parasen muy poco allí cuantas doncellas á su servicio entraban. Mary recibió proposiciones ventajosas, y cambió de domicilio dedicándose á asistir á la enferma, que murió á los pocos meses.

Tenía el banquero dos hijos pequeños aún, y por el buen comportamiento de Mary, necesitando una mujer que se pusiese al frente de su opulenta casa, le dió el cargo de ama de gobierno; mas bien pronto los cuidados de ella con los niños y especialmente con el señor, hicieron que se ganase todo el afecto de éste, quien empezó á fijarse demasiado en la insinuante hermosura de su discreta servidora.

Las confianzas llegaron á tal punto, que Sandoval vió.

aumentada su familia, y entonces adoptó una resolución heroica; la de casarse con Mary, para que la niña que acababa de nacer fuese legitimada por el subsiguiente matrimonio; que no se haría público hasta que llegase una ocasión oportuna para ello.

Mary fué la legítima señora de aquella casa palacio; y no tardó mucho en mostrarse ante su esposo con aptitudes para hacer los honores de la suntuosa residencia, aunque á ella concurriesen las gentes del gran mundo.

Nada se supo en claro de cómo había llegado hasta allí la hermosa Mary, de quien dijeron unos que había sido institutriz en el extranjero, y otros que aya de los niños de Sandoval, no faltando quien afirmase que éste la tomó como amante desde que enviudó, aunque no la había exhibido en teatros ni paseos, acaso haciéndola participar del luto á que su viudez le obligaba.

Ella había aprendido á hablar algo de inglés; y el francés muy medianamente, cuando la generala la bautizó de nuevo llamándola Mary; pero en poco tiempo consiguió dominar bastante ambos idiomas para poder pasar ante la gente frívola por una mujer algo instruída, capaz de haberse dedicado á la educación de niños aristócratas. Sus dos hijastros fueron enviados á un colegio de Inglaterra; y en unos cuantos años dió otros dos hijos más al ilustre banquero; uno de ellos varón.

En tanto que Mary se había elevado hasta la posición en que la hemos conocido, el general y la generala á cuyo servicio estuvo, murieron con escaso intervalo, dejando á la joven Elisa al cuidado de una tía segunda, pobre, á quien aquel matrimonio hubo amparado llevándola á vivir en su compañía cuando gozaba de una posición social envidiable para muchos.

Elisa siendo casi una niña, fué novia de Iván de Vargas

que era alumno de la academia de Segovia. Ella se encontraba allí con su padre, quien desempeñaba entonces el gobierno militar de la provincia, y al presuntuoso mancebo le halagaba hacerle la corte á la hija del general, y verse atendido amablemente por la generala, que creyó encontrar en él un gran partido para su hija.

Aquellós amores continuaron aún después de haber terminado el joven su carrera y ser destinado á Madrid donde vivía el general con su familia, pues era á la sazón subsecretario del ministerio de la Guerra.

Al morir los padres de Elisa, la posición social de ésta varió por completo; mas como tenía un novio rico, fué necesario mantener el rango en que ella había vivido; no se pensó en buscar un cuarto por el que se pagase menor alquiler, ni en suprimir ninguno de los relativos lujos de la casa. Según la tía Adela, aquello habría significado una declaración de que la niña no podía aspirar á enlazarse con un aristócrata.

Las malignidades amorosas de Iván le aconsejaron no mostrarse entonces menos entusiasmado con su novia, puesto que las circunstancias le favorecían para sacar partido. La tía Adela era tonta de capirote, según él, y la chica le quería demasiado. Ni una ni otra comprendieron que el pretendiente no era capaz de casarse solamente por amor, con la que ya no se hallaba envuelta en el brillo de la posición social que tuvo su padre.

De haber vivido aquel señor, acaso hubiese llegado á ser ministro de la Guerra, y hasta capitán general; como sólo tenía una hija, ésta seguramente no habría quedado pobre, y de cualquier modo, el yerno de tal personaje aumentaría el lustre de su alcurnia, obteniendo cargos que le hiciesen figurar en la más elevada esfera.

Para el carácter de Iván, aquello fué en un principio verdaderamente halagador; ¡pero á cualquier hora iba á casarse

él con una huérfana que por ende se había quedado sin un cuarto!

Las aspiraciones de Elisa debían ser ya más modestas; era guapa; eso sí, y podía permitirse hacer una calaverada gorda engañándola; porque todo quedaría reducido á sacrificar algunos miles de duros dándose los como indemnización cuando él se casara con otra de gran fortuna, ó se cansase de mantener las relaciones después de haber heredado á su padre.

Entretanto, con la herencia materna que estaba ya en su poder, podía costear las necesidades de la casa de Elisa cuando ésta se le entregase por completo.

Conforme lo había pensado, fué sucediendo todo poco más ó menos.

La pobre chica confió demasiado en la caballerosidad de su novio; no quiso admitir nada de él esperando llegase el día en que se convenciese á su futuro suegro para que pudiera hacerse la boda sin provocar escándalo alguno; mas ese día no llegaba, y así se iban agotando los recursos de que la joven disponía. Entonces se decidió á vivir más modestamente, pero Iván no lo permitió; le ofreció cantidades que después de todo ni siquiera se las tenía que devolver, puesto que habrían de casarse pronto. Aquello era como un anticipo á cuenta de los regalos de boda, puesto que para que ella los eligiese libremente, de cualquier modo le habría tenido que dar el dinero, dada la confianza que ya mediaba entre los prometidos, y las circunstancias en que iba á hacerse el casamiento.

## VI.

Mientras Mary y Esperanza recorrieron en automóvil todos los paseos más concurridos por la gente elegante, que

ya no se limitaba como otras veces cuando sólo había coches tirados por caballos, á ir primero al Retiro y luego á la Castellana, la conversación recayó principalmente en los anecdotas de Iván y de Elisa.

La hermosa consorte del banquero mostró cierto interés en hablar de aquellos jóvenes, lo cual á Esperanza no le pareció nada extraño, pues de alguien había que murmurar; pero si llamó su atención la poca benevolencia que Mary tenía con su amiguita, y los favorables juicios emitidos respecto á quien poco antes no había dudado en calificar de calaverón.

Esto le hizo sospechar que Mary pudiese estar algo interesada por Vargas, siquiera fuese un pasajero capricho, pues sabía bien á qué atenerse en cuanto á las cualidades de aquella opulenta señora, á la que trataba tan sólo por el deseo de estar relacionada con gente distinguida.

A pesar de todo, la frase que el joven militar había deslizado poco antes respecto á que el propio Fernando entrendería mejor á Mary, no fué por completo perdida; y cuando ésta preguntó con cierto interés, si Esperanza y su marido iban á comer juntos aquella noche para ir después á algún teatro, por la mente de la nuera de Gregoria cruzó una ligera sospecha.

¿Sería Mary capaz de disputarle á ella el amor de Fernando? Como las ideas se enlazan fácilmente, tras de aquel pensamiento surgió el de si su amiga conocería los galanteos de Iván y trataba de favorecerlos hablando bien de él para alejarla de Fernando, y apoderarse de éste por modo más seguro.

Esperanza se apercibió á la defensa; pero procuró disimular, pues con su natural ingenio había aprendido mucho de las costumbres mundanas, en el poco tiempo que llevaba de frecuentar lo que ya en el lenguaje corriente se llama la

buena sociedad, aunque de buena no tenga más que el nombre.

Esperanza no estaba locamente enamorada de Fernando; pero le quería de veras, aun conociendo sus defectos, y por nada habría sido capaz de faltar á sus deberes conyugales, porque el sentimiento de la dignidad estaba también muy arraigado en ella. Era un espíritu recto algo maleado por el medio ambiente en que vivía.

El afán de lucir y de tratarse con gente encopetada, era casi su único defecto; Fernando adolecía del propio mal, pero aumentado por una ambición desmedida y por la vanidad de ser siempre objeto de preferentes atenciones.

Su amor hacia Esperanza se entibiaba algo cuando no la creía bastante sumisa, y esto era muy frecuente, porque ella distaba mucho de considerar á su marido como un ídolo. Sabía que sólo los necios adoran ídolos de barro, y su marido era de frágil arcilla.

A pesar de que Fernando tenía talento y era hombre estudioso, rendía demasiado culto á la frivolidad elegante, como suele ocurrirle á muchos de los que pasan por hombres eminentes; le seducía el verse halagado por gentes de valer, en las que no consideraba excluidas á las mujeres hermosas; y más por vanidad que por otro sentimiento, estaba próximo á caer en las redes que Mary le tendía.

El opulento banquero tenía bastante desatendida á su mujer, cuyo temperamento ardiente encontraba en Fernando un joven algo distinto á los demás que en su contorno había; aquél era capaz de amar de veras, y si Esperanza no ocupaba por completo su corazón, podría llegar a ocuparlo otra, doblemente si él le perdía la estimación á su mujer, por considerarla expuesta á la falta y capaz de interesarse por otro. Aquello sería un agravio que Fernando nunca perdonaría, pues él no era de los que quieren cada vez más á quien



les quiere menos.

Mary dejó á Esperanza en su casa terminado el paseo; su marido la esperaba allí para acompañarla á comer, y al ponerse á la mesa hablaron como era natural de aquella amable amiga y de la visita que Vargas hiciera, para pedir que le reemplazase al siguiente día excusándole con el general.

Fernando se manifestó desdenguado al hablar de su compañero, y Esperanza entonces le dijo que Mary había hecho grandes elogios de Vargas.

Aquello causó un efecto fatal; Esperanza lo advirtió; pero dudaba si era debido á que la visita de Vargas le hubiese inspirado celos, ó á que los motivasen los elogios que de éste había hecho Mary.

¿Cuál de las dos era la que lucía en la mente de Fernando al expresarse de modo tan hostil respecto á su amigo?

No hubo ni el más ligero reproche para Esperanza ni para los criados por haber recibido á Vargas, habiendo podido excusarse de hacerlo; y como aquello no era seguramente ningún fingido respeto hacia su mujer, ésta adquirió el convencimiento de que á Fernando le molestaba que Iván fuese estimado por Mary.

¿Y qué le importaba á él eso? No debía importarle, puesto que en las conversaciones íntimas del joven matrimonio, ambos se manifestaron siempre enterados de que ni el banquero ni su mujer eran modelo de virtudes, y la amistad que con él tenían no era para que sintiesen mucho el creerle burlado.

Esperanza sintió por primera vez algo parecido á celos, que iba envuelto en cierto oculto desdén hacia su marido. Ella se consideraba seguramente superior á él, y desde luego muy por cima de aquella rival, en lo que tenía razón sobrada, pues ni moralmente, ni siquiera bajo el punto de vista de la sensual hermosura, podía aventajarla una mujer

que le llevaba más de diez años y había tenido ya varios hijos.

Procuró disimular, y lo consiguió mucho mejor que Fernando por supuesto. El, terminada la comida, dijo que tenía que volver al ministerio, en lo que no había nada de extraño; pero á Esperanza le pareció que acaso no serían las atenciones del servicio las que le reclamaban.

Cuando Fernando iba ya á salir, le dió un beso como siempre solía hacerlo, encargándole que no le esperase si tardaba.

—Si;—contestó ella;—esta noche voy á acostarme algo temprano, porque me siento molestada sin saber de qué.

—Habrás tomado algún frío en el automóvil;—dijo su marido sin dar importancia á aquel incidente, y salió.

Al llegar al ministerio y presentarse al general, recibió orden de retirarse, porque aquella noche S. E. iba á trabajar ayudado tan sólo por un escribiente de su confianza.

Lo natural en circunstancias tales, habría sido que Fernando se volviese para acompañar á su mujer; pero no lo hizo así; aquella noche, como casi todas las de la semana, había función de moda en el teatro de la Princesa, que continuaba casi tan favorecido por la gente de buen tono como cuando lo adquirieron y transformaron los notables artistas Fernando Díaz de Mendoza y María Guerrero, llevando su refinamiento hasta hacer que los acomodadores y empleados vistiesen trajes de época con calzón corto y media encarnada.

Los ilustres esposos dueños del aristocrático coliseo, estaban ya algo avejados; pero empleaban sus talentos haciendo figurar en su compañía á los actores más distinguidos que se hallaban en la plenitud de sus facultades, y procurando que la *mis scene* fuese irreprochable.

Aunque las localidades estuviesen todas vendidas, á Fer-

nando le sería fácil introducirse en algún palco de *club*, y no habian de faltar amigas á las que poder visitar en los que ellas ocupasen. Por de pronto, la de Sandoval; la incomparable Mary, estaba abonada en aquel turno; de uniforme se puede ir á todas partes, y Fernando cediendo á una oculta fuerza que le impulsaba, se dirigió al teatro. Mary estaba allí como él había supuesto; se hallaba deslumbradora; los hilos de finisimas perlas que rodeaban su cuello torneado, y una riquísima diadema que brillantaba los negros cabellos, realzaban los atractivos de aquella escultura de carne, envuelta en elegantísima *toilette*.

Con ella estaba otra belleza más juvenil, á la que Fernando también conocía; era Elisita, la huérfana de cierto general, que no había querido alejarse del gran mundo, á pesar de que actualmente era algo equívoca su situación.

La tía Adela no la acompañaba aquella noche, lo que solía ocurrir siempre que se trataba de presentarse en círculos donde se hacía ostentación de lujo y riqueza.

No era poco conseguir el que Elisa pudiese alternar con las amigas bondadosas que se prestaban á llevarla en su compañía.

Era Elisa una muchacha rubia con hermosos ojos oscuros; blanca y esbelta; de formas bien delineadas, que hablaban más á la sensualidad propia de nuestros días que al idealismo romántico de nuestros abuelos.

Vestía un lindo traje claro, y como soltera, aunque las joyas que lucía no eran de gran valor, encajaba perfectamente en aquel cuadro de suprema elegancia.

Don Eleuterio Sandoval no estaba allí; cuando Fernando llegó, había terminado el primer acto, y las dos hermosas damas acababan de instalarse en su palco entresuelo; era el momento más oportuno para visitarlas, y el militar, que las saludó al ir á dirigirse á un amigo que ocupaba una butaca,

se despidió inmediatamente de él para buscar más grata compañía.

—¿Por qué no ha traído usted á Esperanza?—le preguntó Elisa después de haberse cambiado los saludos.

—No pensaba venir esta noche, pues es una verdadera rareza que el general me haya dejado libre.

—Ha hecho usted muy bien en aprovechar el rato,—añadió Mary,—ya que de todos modos Esperanza no podía venir oportunamente.

La conversación recayó enseguida sobre la elegancia y riqueza de las joyas que ostentaban las damas de los demás palcos y plateas, no faltando alguna que otra alusión poco piadosa á la vida y milagros de las de mayor relieve.

Mary saludó expresivamente á un señor de barba blanca, que con riguroso traje de etiqueta se hallaba en la tercera fila de butacas, y poco antes había dirigido hacia allí sus gemelos, lo que fué advertido por Elisa que dijo:

—Nos está mirando don Prudencio Gómez; mejor dicho; creo que te mira á ti.

—¿Y por qué no?— contestó la aludida luego que hubo saludado; —es un amigo muy agradable que no dejará de hacernos su visita.

—¿Qué condecoración es la que lleva en el ojal del frac?

—No lo distingo bien;—repuso Mary;—y no es cosa de que yo le dirija los gemelos; probablemente será la Encomienda de Isabel la Católica que se la darían cuando fué gobernador.

—¿Solamente la Encomienda?—exclamó Fernando que hasta entonces nada había dicho del de la barba blanca;—pues si ahora se le da la Gran Cruz á cualquiera!

—En los tiempos de nuestro viejo amigo,—replicó Mary,—no eran los gobiernos tan pródigos para otorgar mercedes.

—¿Qué es eso de viejo amigo?—añadió Elisa;—se ofende-

ría si te oyese: á pesar de ser uno de tus más entusiastas adoradores.

Las dos señoras rieron, y Fernando exclamó:

—¿Ni siquiera va á librarse el respetable don Prudencio!

—Pues mira, Elisa;—murmuró Mary;—ahora que estás reñida con Iván de Vargas, puede que te conviniese pensar en un hombre serio como el amigo Prudencio Gómez, que según parece no tiene mala posición, y es hombre culto y agradable en extremo. El va á todas partes, y jamás ha dejado de cumplir con dulces y *corbeilles* de flores de buen gusto; en las solemnidades de las casas donde es agasajado convidándole á comer ó con otra atención cualquiera.

—¿Pero por Dios!—interrumpió Fernando que no veía bien que su compañero Iván quedase libre de compromiso;—¿quiere usted casar á Elisa con un hombre de cincuenta y cinco años?

—¿Dice muy bien!—repuso la joven;—don Prudencio será seguramente coetáneo de tu marido, y en cuanto á su fortuna, no sé quien nos dijo en una ocasión; que sólo tiene unos treinta mil duros en papel del Estado, producto de la venta de los bienes que en Galicia poseía.

—Debe tener mucho más, hijita. Con treinta mil duros, aunque se trate de un hombre solo, no se puede vivir como vive él.

—Tengan ustedes en cuenta,—intervino Fernando,—que don Prudencio hace mucho tiempo que vive como huésped en una casa formal y modesta, donde le guardan las mayores consideraciones, pagando tan sólo un duro diario; por lo cual, con las 1.500 pesetas trimestrales que podrán producirle sus treinta mil duros, puede un hombre ordenado en sus costumbres como lo es él, presentarse decorosamente en sociedad, viajando una vez al año y teniendo sus abonos en los teatros principales. Además, él casi se pasa la vida en el

Ateneo, y yo mismo le he oído decir, que aparte de sus aficiones literarias, lo hace porque sólo con diez pesetas al mes, tiene así un gran número de distracciones y comodidades, que le evitan otros gastos que no podría soportar.

—¿Pero usted sabe si padecerá nuestro amigo la monomanía del ahorro? Esos economistas teóricos que no han llegado á constituir un hogar, suelen ser terribles; y en una ocasión dijo delante de mí, que cuando fué diputado formó parte de la comisión de presupuestos.

—Decididamente te has constituido en defensora de don Prudencio, para adjudicármelo por marido; pero no sabemos lo que él pensaría.

—No se sonría usted, Elisa; que él seguramente estaría conforme con Mary; ¡pues no faltaba otra cosa! ¡qué más podía desear!

—Muchas gracias, Fernando; pero aunque ese señor sea muy estimable por todos conceptos, ni él ha de pensar, en mí, ni yo me he decidido aún á cuidar abuelitos.

Mary comprendió que la broma no era del agrado de su amiga, y cambió la conversación.

Don Prudencio Gómez era un galleguito aprovechado, en el buen sentido de la palabra, como suelen serlo casi todos los hombres inteligentes nacidos en aquella región.

Hijo de hacendados ricos, descolló desde la más tierna edad entre sus dos hermanos, y como era el segundo de ellos, mientras el primogénito ayudaba á su padre enfermo en el cuidado de las fincas, él estudió en la Universidad de Santiago la carrera de Derecho, que no terminó, por haberse acentuado bien pronto sus aficiones literarias y haber pretendido dedicarse á la facultad de Filosofía y Letras. Su padre dijo que él no tenía el dinero para gastarlo en tonterías; que si el chico no se encontraba con vocación para ser abogado, en lo que pudiera obtener la remuneración debida,

prefería suprimir gastos inútiles; y como el joven insistiera, se le retiró la pensión, haciéndole volver á vivir con su familia.

La influencia que su padre tenía en algunos pueblos, hizo que Prudencio lograra pronto la protección de uno de los grandes caciques de Galicia, que le designó para diputado provincial; y habiéndose pronto distinguido en este cargo, fué propuesto en unas elecciones generales de diputados á Cortes para candidato ministerial, por cierto distrito que se disputaban dos políticos de valer.

El que era más favorecido por el Gobierno, logró que éste aceptase á Prudencio Gómez como tercero en discordia; y antes de que terminase la primera legislatura, se le dió el gobierno civil de una provincia andaluza, para que el distrito quedase á disposición del gran cacique, de quien era yerno uno de los dos primeros aspirantes. Al otro, que venía siendo el diputado del distrito, se le hizo senador; y así fué echado para siempre del goce de aquel señorío feudal, habiéndolo hecho sin grandes violencias; de la manera más suave y más natural del mundo.

La rectitud del que ya era llamado por todos don Prudencio Gómez, menos por sus primeros protectores y amigos, hizo que el gran cacique de la provincia andaluza cuyo mando se le había conferido, pusiese el veto al joven gobernador, impidiéndole continuar en el desempeño de su cargo, donde no se prestaba á favorecer ciertos chanchullos incompatibles con la dignidad de un político de buena fe; pero no paró en eso la persecución, sino que el tal cacique andaluz indispuso al ex gobernador con el otro gran cacique gallego, de quien era íntimo amigo; la soga se quebró por lo más delgado, y nuestro don Prudencio, haciendo honor á su nombre de un modo absoluto, resolvió retirarse de la llamada carrera política, para la que él comprendió que no servía

porque le pesaba mucho el lastre de ideas y sentimientos de honradez.

Por entonces había muerto ya, después de una triste viudez y á consecuencia de una enfermedad penosa, el padre de nuestro ex gobernador. Este se sintió molestado con sus hermanos porque continuasen obedeciendo servilmente al gran cacique, y acostumbrado como estaba á la vida de las grandes poblaciones, decidió no volver á su pueblo mientras continuasen aquellas circunstancias. Para ello lo mejor era vender los bienes que allí tenía, y sus mismos hermanos se quedaron con casi todo por poco más de treinta mil duros.

Las noticias que sobre esto le habían dado á Elisa eran, pues, de la mayor exactitud; pero no hay que pensar que las adquiriera creyendo que don Prudencio pudiese pretenderla en matrimonio.

Sonó un ligero ruido en el antepalco, y don Prudencio se presentó ante las damas, saludando con la más exquisita amabilidad.

Fernando aprovechó la ocasión para salir, puesto que ya las dejaba acompañadas, y dijo solamente:

—Voy á fumar un cigarro.

A los pocos momentos llegaba al *buffet* donde compró una bonita caja de bombones; y cuando se retiraba con ella en la mano, se halló frente á frente con su compañero Iván de Vargas.

—Te he visto,—le dijo,—entretenido muy agradablemente, y no te detengo porque va á empezar el segundo acto.

A Fernando le disgustó el encuentro; pero procuró disimular, y se alejó de su amigo desentendiéndose de la alusión.

Cuando llegó al palco se levantaba el telón, y don Prudencio hizo ademán de despedirse; pero Mary le contuvo diciéndole:



—¡Tan pronto! Quédese usted aquí durante el acto.

Don Prudencio que ya estaba de pie, atendió la indicación y fué á sentarse al lado de Elisa, en tanto que Fernando entregaba á Mary la cajita de bombones.

Las golosinas fueron repartidas en el acto, y todos hablaban prestando poca atención á los actores, que hacían la *reprisse* de una obra de los hermanos Quintero, estrenada hacía ya bastante tiempo; «Amores y amoríos».

La representación era verdaderamente interesante y guardaba cierta relación con lo que allí ocurría; Fernando, sentado al lado de Mary, le dirigía de vez en vez alguna frase en voz muy baja, siendo contestado del mismo modo; don Prudencio comentaba con Elisa alguna que otra escena de la obra.

Cuando cayó el telón, Fernando se dió prisa para invitar al otro visitante á salir á fumar; parecía una consigna encaminada á retener á don Prudencio, que seguramente se habría despedido para no volver aquella noche.

El ex gobernador lo comprendió, pero no podía evitarlo suavemente, ni le importaba gran cosa; eran aquellas señoras tan amables, que lo mismo le daba estar allí que en su butaca ó en el palco de otras amigas, puesto que conocía la obra perfectamente, y su juicio sobre ella estaba formado, de muy favorable modo por cierto!

Fernando tuvo entonces interés en encontrarse con Vargas; pero éste que le vió de lejos, lo excusó.

Hubo otros dos amigos en el palco de Mary que estuvieron breve rato, y cuando ella y su amiguita quedaron solas, tornaron los dos primeros acompañantes.

Mary sorprendió una vez á Vargas que desde el fondo de un palco de hombres solos, les estaba dirigiendo los gemelos. Creyó que no era en Elisa en quien se fijaba; aquello le parecía algo de espionaje, y se lo comunicó á Fernando que lo

interpretó en seguida como muestra de que su compañero le hacía la corte á Mary, y algo dijo en tal sentido que ella se apresuró á rechazar sin que manifestase molestia alguna.

## VII.

Pocos días después, una amplia y lujosa berlina de modelo algo anticuado, tirada por un soberbio caballo alazán, paraba delante de la casa donde Fernando vivía.

Una hermosa joven de rubios cabellos y azules y serenos ojos dignos de dedicarles un madrigal, abrió por sí misma la portezuela y descendió en seguida.

Vestía como las doncellitas de casa grande, y acarició á dos preciosos niños, varón y hembra, que en el coche quedaron. El era morenillo, vivo y gracioso; ella, rubita y con cierta languidez aristocrática. Sin duda en aquellos dos ejemplares humanos, se habían realizado las doctrinas del ilustre doctor González Álvarez (don Baldomero) profundo observador de los tipos infantiles, que mantuvo en su discurso de ingreso en la Real Academia de Medicina, la tesis de que generalmente los varones se parecen más á las madres, y á los padres las hembras.

El niño era casi un retrato de la hermosa Mary, y la niña seguramente semejaba las facciones del banquero don Eleuterio Sandoval, aunque éste se hallaba ya muy transformado por los años, que le habían hecho encanecer.

—Cuide usted de los niños, que pronto bajo;—dijo la joven al cochero, y se internó en la casa.

El asistente que abrió la puerta del cuarto habitado por Esperanza, quedóse suspenso al ver aquella linda joven que preguntaba por la señorita.

—Haga usted el favor de entrar y tome aquí asiento un instante, que voy á pasarle recado.

El chico desapareció mirando de reojo, y salió poco después diciendo:

—Venga usted por aquí, que la señora va á recibirla.

Al entrar la doncellita en el *boudoir*, sintió una agradable impresión viendo la amabilidad con que Esperanza la recibía.

Ella le llevaba un recado de su señora para que después de almorzar hiciese el favor de pasarse por el hotel para acompañarles un rato y salir luego de paseo. No le decía nada de que almorzasen juntas, porque sabía que el señorito Fernando estaba de servicio, y pudiera perturbarles con la invitación.

Al nombrar á Fernando, la voz de la doncellita se veló ligeramente; Esperanza dijo que iría, y después de dirigir algunas preguntas amables, despidió á la doncella que manifestaba impaciencia porque los niños habían quedado en el coche, y tenía que llevarlos á dar un paseo para que tomaran el sol.

Eran las once de la mañana; Esperanza vió desde el balcón cómo se alejaba la berlina que Mary tenía dedicada á sus pequeños hijos; Fernando no almorzaría con ella aquel día, y seguidamente se dedicó á hacer su *toilette* para comer ya vestida, y llegar oportunamente al hotel de los señores de Sandoval.

Era aquel un edificio verdaderamente suntuoso. Cuando cruzó la verja el modesto simón en que Esperanza iba, los señores de la casa y sus invitados acababan de levantarse de la mesa.

La hermosa Esperanza fué conducida al *hall* donde había empezado á servirse el café. Todos los que allí estaban eran conocidos suyos, y se le dispensó la acogida más afec-

tiosa, especialmente por Mary y su marido.

Sandoval era un hombre agradabilísimo; se daba ciertos aires de importancia, sin que hubiese en ello verdadera fatuidad.

Ya sabemos que á más de estar dedicado á los grandes negocios, era hombre público conspicuo; aspiraba nada menos que á ser ministro de Hacienda, y para ayudarse en sus aspiraciones habia fundado un periódico diario que le costaba un dineral, pues no es fácil cosa que tales empresas se costeen por sí mismas desde el principio, y algunas no llegan á costearse nunca.

A más de grandes desembolsos, el periódico exigía un cuidado constante, que era lo que más molestaba á Sandoval. Había puesto como director á un joven literato que ya gozaba de cartel; pero era poco laborioso, y aunque los redactores que figuraban en la nómina con escasos sueldos, hacían casi todo el trabajo, se necesitaba dar un rumbo fijo á la publicación, y armonizar mil detalles, que aunque pareciesen carecían de importancia, no debían ser desatendidos.

Esto habia hecho que Sandoval se volviese madrugador y procurase acostarse temprano; escaseando su asistencia á las grandes fiestas y á los teatros que su mujer frecuentaba.

De madrugada habia que dar la última mano al periódico para que pudiese salir casi á la vez que *El Imparcial* y algunos otros diarios matutinos.

El haberlo publicado por la noche, habria ofrecido aún mayores inconvenientes, porque las tardes tenían que ser dedicadas al Parlamento y á los negocios, para los que no bastaban las horas anteriores al almuerzo que procuraba hacerle en familia.

—¡Qué olvidados nos tiene usted, Esperancita!—dijo el banquero dirigiéndose á la joven á quien habian servido una minúscula taza de café, aproximándole una preciosa me-

sita á la butaca en que se había sentado.

—No lo crea usted;—contestó ella;—suelo pasear frecuentemente con Mary; á quien no se les puede coger ni con lazo, es á los hombres dedicados á la política, fundadores de periódicos y futuros ministros de la Corona.

Sandoval se sintió halagado, y conversó con su amiguita durante algunos momentos; pero pronto varió de interlocutor yendo á sentarse al lado de don Prudencio Gómez, que era uno de los que habían comido en su compañía, y enfrascándose en comentarios referentes al discurso de la Corona con que había sido abierta aquella legislatura.

Iván de Vargas reemplazó al banquero acercando su silla á donde Esperanza estaba. Vestía uniforme de capitán de Artillería con los cordones de ayudante y la Cruz de Calatrava al pecho. Su natural distinción lucía casi más aun que cuando llevaba traje de paisano.

Había otros dos invitados más; la condesa de las Hazadillas, señora de unos cuarenta y cinco años, que se conservaba bastante guapa á pesar de que había sufrido mucho durante su matrimonio con un aristócrata calavera, que después de gastar lo suyo le gastó la mayor parte de la fortuna que ella había heredado.

De aquel matrimonio hubo una hija que constituyó durante algún tiempo el encanto de su madre, dándole valor para que defendiese los restos del maltrecho caudal que la condesa pensaba dedicar principalmente al dote de su pequeña Niní; pero el padre y la hija murieron en menos de un año, y la buena señora quedó sumida en la mayor aflicción.

Transcurrió mucho tiempo sin que saliese de su casa más que para ir á la iglesia; pero después empezó á asistir á las juntas de las sociedades benéficas á que pertenecía. Las demás señoras procuraron consolarla colmándola de atenciones, y Mary fué una de las que mayor empeño mostró, es-

tableciendo con la afligida dama una amistad algo exagerada por su parte, pues estaba ansiosa de relacionarse con personas de la más linajada aristocracia.

Empezó Mary por acompañar á su amiga en las visitas á familias pobres cuya protección á ellas les estaba encomendada; dieron después algún paseito juntas por lugares apartados, utilizando siempre los coches de la rica burguesa; que al dejar á su compañera en casa la visitó; comprometiéndola con ello á que correspondiese de igual modo.

Por fin almózarón juntas alguna vez en que Mary aseguró que no tenía convidados, y concluyó por invitarla cuando sólo les acompañaba algún amigo íntimo de su marido, persona respetable por supuesto, como don Prudencio Gómez.

Aquel día á más de éste y de Iván, se encontraba allí el marqués de Punta Cavero, solterón vicioso y arruinado; al que la condesa vió por primera vez aunque era de los más íntimos de Sandoval, á quien entretenía con sus murmuraciones, en las que siempre resultaba sacrificado algún hombre político ó alguna dama de las más conocidas entre las gentes de buen tono.

El marqués hablaba con Mary y con la condesa, que procuraba disimular la contrariedad que le causaban las atenciones del que, según los antecedentes históricos, debiera estar más cerca de ella é inspirarle mayores simpatías.

—Admiro á ustedes,—decía el marqués,—por el verdadero sacrificio que hacen teniendo que tratar á gentes miserables y groseras para llevarles los inagotables consuelos de su caridad. Y lo peor es, que la mayor parte de las veces esos sacrificios se malogran, y ni siquiera son agradecidos.

—No lo crea usted;—contestó la condesa;—Mary y yo hemos tenido ocasión de observar que casi siempre la buena semilla germina en el alma de los pobres, consiguiéndose al

menos apartarles algo de los vicios á que se entregan los que están abandonados por las llamadas clases directoras, que no siempre dirigen á causa de su indisculpable apatía.

—Pues yo prefiero,—repuso el solterón,—dar lo que buenamente puedo al primero que me llega á interesar por sus desdichas, sin preocuparme de su vida y milagros. Convénzanse ustedes de que hay algo inquisitorial, impropio de nuestros tiempos, en esa fiscalización domiciliaria que á más de ser ineficaz, tantas molestias ocasiona.

Mary medió en la discusión, inclinándose como era natural de parte de la condesa, y don Prudencio que había oído las últimas palabras, se aproximó al grupito aquel mientras Sandoval volvía á hablar con Esperanza, porque no le pareció bien dejarla solamente atendida por el joven artillero que se mostraba en extremo rendido.

—¡Oiga usted, Caveró!—decía Mary.

—¡Dios santo! No me quite usted el Puntal, ó suprimalo todo, que sería lo mejor.

—Pues bien, Rogelio, aunque quiera usted hacerme enrojecer con sus agudezas, tiene que oírme cuatro verdades respecto á nuestras congregaciones.

—¡Esto va mal!—exclamó don Prudencio;—cuando las señoras politiquean, no hay más que rendir armas.

—Pero si yo no trato de atacar á ustedes, puesto que sé que no aspiran á imponer sus ideas á los que favorecen, como hacía Juana Antheman, la célebre propagandista protestante de Alfonso Daudet;—repuso el marqués que había leído en su juventud *La Evangelista* de dicho autor, y era una de las pocas obras de que recordaba algo, tal vez por tratarse de una novela.

—¡Pues claro es que no hablamos de nada que á eso se parezca;—murmuró el ex gobernador;—estas señoras se limitan á favorecer á los necesitados, y ni siquiera les debe

alcanzar la crítica que hace ya tiempo hizo Jacinto Benavente en su comedia *Los malhechores del bien*.

—Rogelio,—añadió Mary,—se acuerda sin duda del simpático personaje don Heliodoro, y quiere imitarle ahora.

La condesa sonrió recordando acaso que aquel viejo calavera creado por Benavente, quería después de estar arruinado gastarse el dinero de su hermana en favorecer á gente maleante para que perseverase en el vicio, y añadió:

—¡Estaría bien que ni siquiera nos enterásemos de si son verdaderas ó fingidas las miserias que socorremos, y de si van á emplearse nuestros donativos en fomentar la inmundicia en vez de hacer obra benéfica!

—La caridad en nuestros días,—añadió don Prudencio,—tiene que ser más reflexiva que en los tiempos primitivos en que la sencillez de las costumbres no dejaba como ahora ancho campo á las supercherías y engaños que fácilmente arraigan en una sociedad complicada. En las ciudades populosas no se puede hacer el bien como en un villorrio cualquiera, donde sin averiguación alguna se sabe fácilmente la situación de cada familia.

—Todo eso está perfectamente;—replicó el aristócrata calavera;—pero dejen á cada hijo de vecino que se gaste el dinero como le parezca mejor.

—Cuando sea suyo;—agregó Mary.

—Otra cosa sería reconocer la libertad del mal, y mostrar indiferencia en cuanto á que sean buenos los resultados de las obras caritativas que deben hacerse con sana intención;—dijo la condesa que simpatizaba con don Prudencio, y sentía respecto al marqués oculta repugnancia.

Mary empezó á advertirlo con alguna contrariedad, pues había pensado en que su amiga era un buen partido para el arruinado marqués.

Suele ser frecuente que los que se hallan en las alturas,



quieran proteger á los que gozan de su amistad y están necesitados de dinero, facilitándoles matrimonios con personas acomodadas aunque de posición modesta, que creen les han de atender tan sólo con que dediquen cuatro frases de elogio al aspirante necesitado.

Hay quien hace el artículo casi mejor que el más hábil viajante de comercio, y siempre en tales casos se le adjudica el papel de víctima al que pasa por más bueno, ordenado y trabajador; por ello Mary había pensado en don Prudencio para marido de Elisa, y en el marqués para esposo de la condesa.

Aquel día Elisa no estaba allí porque era incompatible con Iván, á quien había que poner en comunicación con Esperanza para los fines que y conocemos.

La joven esposa de Fernando pensaba en ir al lado de las otras señoras, cuando por segunda vez se le aproximó Sandoval defendiéndola de los asedios del compañero de su marido; y después de hablar con ambos de cuatro frivolidades, se levantó aprovechando la primera oportunidad.

—Ya veo,—dijo,—que tienen ustedes una conversación muy animada sobre asuntos serios, y justo es que todos interveengamos.

—Pues lo que es Iván,—exclamó el marqués por decir algo que le sacara de la situación,—creo que no ha tratado de nada serio en su vida.

—Quiere usted meterse conmigo,—murmuró el militar,—sin duda porque me considera más débil en esas cuestiones; pero no le temo á su profunda sabiduría.

Aquello resultaba algo sangriento, y respondía al estado de ánimo en que se hallaba Iván. Rióse el chiste á costa del marqués á quien no le hizo maldita la gracia; pero había que tomarlo todo á broma, y pronto el dueño de la casa dió giro disinto á la conversación, invitando á su amigo Roge-

lio á que le acompañase, pues tenía que hablarle de asuntos y le dejaría después en el casino, en el *club* ó donde quisiera.

Iván se despidió también, y las señoras se dispusieron á salir reunidas en automóvil, aunque la condesa puso la condición de que la dejaran en su casa donde tenía citadas algunas obreras para darles labores, por lo cual no podía ir de paseo.

## VIII.

Al volver Esperanza á su linda casita, después de haber paseado con Mary en automóvil, Fernando no estaba aún allí; pero no habrían transcurrido cinco minutos, cuando la doncella le anunció que la señorita Elisa Cienfuegos acababa de llegar.

Iba ésta acompañada de la tía Adela, y Esperanza creyó ver en aquella visita algo extraño, aunque en verdad no había motivo para tal cosa, porque se trataban como íntimas amigas. Se hablaban de tío por indicación de Elisa que había tenido empeño en ello, alegando que eran de una edad, y se daba el caso de que Mary en cuya casa ellas se habían conocido, seguía hablando de usted á Esperanza, la que no se atrevió a proponer el tuteo á pesar de que la de Sandoval presumía de joven, siendo sin duda la principal causa de aquel miramiento el verla en más brillante posición social.

Elisa dijo que había ido un poco tarde, por tener el gusto de encontrarla en casa; pero que no pensaba detenerse, porque se aproximaba la hora de la comida. En la conversación deslizó alguna frase equívoca aludiendo á la invitación que Mary le había hecho á Esperanza, y relacionándola de modo

muy encubierto con haber almorzado allí aquel día el botarate de Iván, á quien puso como no digan dueñas, aparentando que le miraba con el mayor desdén.

Bien comprendió Esperanza que no era así; que acaso el despecho inspiraba aquellas frases punzantes, y que lo que su amiga anhelaba era recobrar el cariño del joven artillero; mas ¿á qué venían las reticencias de que Mary procuraba consolarle, proporcionándole entretenimientos gratos?

No estaba claro el concepto de si era la misma Mary la que quería entretenerle ó delegaba para ello en alguna amiga. En esto último era en lo que podía haber algo injurioso para Esperanza; mas hubiese sido indiscreto darse por aludida, porque pudiera interpretarse tal susceptibilidad en el sentido de que algo pecaminoso cruzaba por su mente.

Elisa y tía Adela se despidieron con frases cariñosas, dejando á Esperanza bastante contrariada por lo que le habían dicho.

Fernando había llegado durante la visita, pero no entró á saludar á las amigas de su mujer, y ésta le reconvino mimosamente por ello.

El parecía ensimismado; hablaron poco durante la comedia, y al terminar se marchó.

Esperanza quiso relacionar la actitud de su marido con las encubiertas alusiones de Elisa: su orgullo de mujer la llevó primero á suponerle celoso de ella; mas nació de nuevo en su mente la idea de que fuese Mary el objeto de la preocupación que en Fernando se advertía.

—¡Qué insensatos son los hombres!—pensaba la hermosa Esperanza;—ni siquiera se le ocurre que su compañero pueda hacerme la corte, y se dedica á enamorar á esa vieja cargada de afeites y de joyas!

Lo de vieja no era cierto; Mary estaba aún hermosa, aunque no tuviese la frescura juvenil que aumentaba los en-

cantos de la que la ofendía llamándola vieja; pero tal ofensa era muy disculpable en aquellas circunstancias.

Esperanza pasó la velada sumamente aburrída; tomó varias novelas y revistas de modas; mas las dejaba en seguida pareciéndole insoportable la lectura.

Ella no iba de noche á ninguna parte sin que la acompañase su marido, y éste hacía bastante tiempo que no mostraba solicitud en procurarle distracciones.

Como la ceguera de Fernando respecto á la actitud de Iván le parecía incomprendible no aviniéndose á creer que su marido no la considerase codiciable, tuvo un pensamiento que la llenó de profunda amargura. ¿Querria Fernando ponerla en el resbaladero para que faltase, y dejaria después en abandono?

No; tal cosa no era posible; dadas sus ideas respecto al honor, la mataria de creerla culpable; no se reduciría todo á un duelo con Iván para dejar cubiertas las fórmulas.

Tal desdén seria peor que el de no considerarla bastante hermosa para enamorar á otro hombre, y... ¡vaya si la consideraba encantadora! de eso ella no podia tener duda.

Acaso el exceso de confianza en la virtud de la esposa y en la leal amistad del compañero, fuese la causa de todo; mas no era posible dudar respecto á que Fernando le hacia la corte á Mary; ¿por qué, si no, aquellas preocupaciones y el deseo de que Esperanza la tratase y él también, no yendo casi nunca juntos?

Iván habia vuelto á hacer alusiones malignas cuando habló con Esperanza en casa de Sandoval, después de haber almorzado allí. Dijo que habia visto á Fernando en el teatro muy rendido en el palco de Mary; que le vió después comprar una cajita de bombones para llevársela, y que eludió contestar á una bromita que él le tuvo.

La mala semilla habia germinado; Esperanza se sentía

ofendida, mas no por ello sería capaz de faltar á sus deberes conyugales. Aunque Fernando lo mereciera por desleal, ni á ella se lo permitía su propio decoro, ni Iván era digno de ser amado.

Se hacia preciso recobrar por completo el amor de su marido, y castigarle después con pequeñas mortificaciones. ¡Los hombres; los hombres;! lo quieren todo á la vez, y exigen en cambio que sus mujeres estén siempre satisfechas con cualquier cosa; pues ya vería Fernando quién era ella; no sólo habría de estorbarle que lo tuviese todo, sino que le dejaría privado en parte de lo que le correspondía hasta que se le rindiese por completo.

Después serían muy dichosos; sí, muy dichosos; alejados de Mary cuya amistad era perjudicial en extremo. Lo comprendía algo tarde, porque el afán de tratar á gentes distinguidas le había perturbado. También ellos quisieron hacer la conquista de la elegancia como los personajes de la novela de Alfonso Danvila; pero las circunstancias eran bien diferentes.

Cuando Fernando regresó, ella se había ya acostado; la infeliz pasó la noche muy intranquila; por la mañana también hablaron poco; él no tenía que ir temprano al ministerio; se metió en su despacho á trabajar, y allí le llevaron el desayuno.

Al repartir el correo el correo de Andalucía, dejó una carta para Esperanza; era de Gregoria, y venia dentro otra de Silvestre para Fernando.

La joven leyó con impaciencia; su suegra le encargaba que se enterase bien de todo, para darle después conocimiento á su marido aprovechando la ocasión que más oportuna le pareciese, á fin de que á él no le causara gran contrariedad la actitud hostil de su tío, el alcalde, respecto á elegirle diputado.

A Esperanza no le preocupó esto gran cosa, porque nunca trató al señor Juan ni tuvo hacia él simpatías; y debido al estado de ánimo en que se hallaba, fué inmediatamente en busca de Fernando y le entregó la carta dirigida á él, dándole una ligerísima explicación:

El efecto sufrido por Fernando fué bien diferente al que ella esperaba; la actitud de su tío le sorprendió pareciéndole incomprensible; pero no iba á arredrarse él ante tal dificultad; había cumplido como debía respetando á aquel despótico cacique por los lazos de parentesco que con él le ligaban; y ya que de tal modo era correspondido, aprovecharía la ocasión para dárseles de puritano y libertador del pueblo, combatiendo á los que le esclavizaban.

Tenía influencia sobrada para todo, y el cambiar aquel ayuntamiento como los demás que le estorbasen, sería la cosa más sencilla del mundo.

Sin embargo, necesitaba ir él mismo al pueblo para abordar la cuestión; pediría algunas renunciaciones ó excusas de concejales; no era prudente emplear de primera intención procedimientos de violencia, porque desde que se había despertado en él la afición política y pensaba en ir al Congreso, estaba muy al tanto de todo lo que á la validez de las actas se refiere.

La suya convenía que fuese limpia para evitar discusiones enojosas, y no era posible perder tiempo para la preparación del distrito.

Cuando Esperanza oyó que su marido consideraba indispensable aquel viaje, dijo resueltamente que ella le acompañaría.

—¡Pues no faltaba otra cosa!—contestó Fernando;—no quiero que te molestes ahora que sólo podré permanecer allí algunos días, ni me agrada que puedan imaginar el que tú también vas á hacer política, estimulando á tu padre que no necesita de estímulo alguno. Las mujeres deben estar

apartadas de esas luchas, y ya procuraré yo que mi buena madre no se meta en nada, para no hacerla partícipe de las odiosidades inevitables en tales casos.

—Tu madre siempre será respetada como merece, porque serán muy pocos los que allí no le deban ningún favor; y en cuanto á mí, nada me importan esos odios, pues si tú eres objeto de ellos, no tengo para qué conservar la estimación de los que no te estimen.

La insistencia de Esperanza contrarió á Fernando, quien como ocurría siempre que no estaba dispuesto á transigir, concluyó por imponer su autoridad de marido.

Ella no quería quedarse en Madrid de ningún modo; pero no podía descubrir la verdadera causa de aquel empeño. Otra vez pensó en que casi siempre los maridos carecen del instinto de conservación que tan necesario es en la vida, y cuando lo tienen suele desarrollarse en ellos de modo tan excesivo, que resulta contraproducente, porque los celos indiscretos son peor aún que el exceso de confianza.

No hubo más remedio que resignarse; Fernando lo dispuso todo en muy pocos días, y emprendió la marcha diciéndole á su mujercita al despedirse:

—Si se te ocurriese algo imprevisto, ya sabes que Mary es en extremo complaciente y te atenderá con el mayor gusto. Además, Vargas vendrá de vez en cuando por si tienes que encargarle alguna cosa, y si no lo hiciera y le necesitas, envíale una tarjeta al ministerio.

La pobre joven nada contestó; como su marido se llevó al asistente para que le sirviese de ayuda de cámara, sólo quedaron en la casa la doncella y la cocinera; las dos recibieron orden de la señorita de que no pensaba recibir á ningún hombre en ausencia de su marido; ni siquiera á don Iván de Vargas y demás amigos de la mayor intimidad; siempre que alguno viniere, se le debía decir que ella había salido.

No tardó mucho en ir el compañero de Fernando, y pareció extrañarle lo que la doncella le dijo.

—¿A estas horas no está en casa?—replicó;—casi estoy por esperar, porque ya es la hora del almuerzo y no debe tardar la señorita.

—Hoy es probable que no almuerce aquí;—dijo la muchacha algo turbada.

—Pues lo siento,—añadió el visitante,—porque tenía que decirle una cosa de interés; pero si no pudiese volver pronto, le enviaría una carta.

Esperanza ratificó la orden añadiendo:

—Si efectivamente ocurre algo de interés, ya me lo escribirá.

Iván no escribió; pero aquella noche Mary envió un billetito á su amiga invitándola á almorzar para el siguiente día; iban a estar solas, pues ni siquiera su marido podía acompañarlas porque andaba muy atareado con la política. «Los periodos electorales,—terminaba diciendo,—son terribles».

Aquella invitación era la cosa más natural del mundo, y á pesar de ello Esperanza se sintió intranquila: durmió muy mal y estuvo por escribir excusándose para no ir casa de Mary; pero diciendo que estaba enferma, no le iba á ser posible negarse luego á recibir á quien viniera á visitarla, si como ella temía, la *bondadosa* amiga, manifestando interés, enteraba á otros de aquella repentina enfermedad.

Al fin se decidió á aceptar; cuando llegó al hotel, la hicieron pasar á un lindo gabinete diciéndole que la señora había salido, encargando le manifestasen que volvería muy pronto. Pocos minutos habrían transcurrido, cuando Iván se presentó allí mostrando gran sorpresa al verla.

—¡Vaya un encuentro feliz!—exclamó;—iba á preguntar á Mary si sabía algo de usted, porque está visto que desde



que se marchó Fernando, se aburre usted en casa y no es posible encontrarla en ella.

—Sí; ya supe,—contestó Esperanza procurando dominar la mala impresión que sentía,—que ha estado usted allí; pero lo que es ahora, efectivamente, no es fácil encontrarme; es verdad que me aburro sin mi marido, y todo el tiempo se lo dedico á las amigas.

—Dichosas ellas; pero es usted muy injusta; también los amigos como yo tenemos derecho á que no se nos prive de tan grata compañía.

—La misma casualidad que ha hecho nos encontremos ahora, hizo que no nos viésemos antes, y nada más.

—¡Por Dios, que creo no haber dado á usted motivo para que deje de recibirme!—murmuró Iván algo queda, advertido de la intención con que Esperanza pronunciaba la palabra casualidad.

—¡Se ha vuelto usted atroz! ¿Quién ha dicho tal cosa?

—Claro es que nadie había de decirlo; pero deseo que me dé usted una prueba de que no tiene prevención alguna en contra mía. ¿A qué hora estará usted mañana en casa?

—Pues mire usted; no lo sé; tengo que hablar aún esta tarde con unas amigas, y de ello dependerá...

—¿Y pasado mañana?

—¡Vaya! ¡no toma usted poca delantera! Si estoy, de seguro que será usted recibido; ¡no faltaba más!

—Si falta, Esperancita; falta un buen deseo por parte de usted; que pierda esa ojeriza que no sé por qué tiene contra mí.

—¡Ojeriza! ¿pero está usted en su juicio? claro que se la habría tomado de darme motivo para ello; mas sin causa, ¿cómo se figura usted semejante disparate?

—La causa,—repuso Iván dando un giro más serio á la conversación,—no me es imputable; bien lo sabe usted que

ha visto siempre mi comedimiento; usted no es una mujer frívola como hay tantas, y sin ponerse en ridículo se le puede decir lo que seguramente ha comprendido ya.

—Pues lo que ya se sabe no es necesario decirlo, y prefiero evitarle á usted el trabajo.

—A pesar de todo, necesito insistir para que no interprete usted mal mis sentimientos; iré mañana por la noche á hablar con usted cuando se halle de sobremesa.

—Mire usted, Iván;—dijo entonces Esperanza en tono completamente serio sin petulancia alguna;—á nada conduce esa visita; yo le ruego invocando la buena amistad que nos ha profesado, que me deje tranquila y no se ocupe de mí para nada, ni vaya por allí mientras Fernando se halle ausente.

Iba á replicar el joven, cuando se oyó ruido en la puerta del gabinete, y aquella doncellita rubia que fué cierto día en coche á casa de Esperanza, se presentó casi de improviso, diciendo:

—Dispensen; ¿no ha venido aún la señora? Creí que había llegado ya,...

La chica no miró siquiera al joven artillero, y sin embargo el carmín de sus mejillas indicaba que la presencia de aquel hombre, causaba en ella un inusitado rubor. El por el contrario, palideció al verla, no pudiendo disimular la gran contrariedad que sentía.

—Oiga usted;—dijo Esperanza aprovechando la llegada de la joven como el náufrago que quiere cogerse á una tabla que flota sobre las olas;—¿se ha llevado la señora á los niños? porque si están en casa, deseo verlos ya que el otro día se los dejó usted en el coche, y no quiso subirmelos á que les diese un beso.

—Bien sabe la señora que los hubiese subido de buena gana, á no tener prisa para llevarles de paseo. Ahora les están dando de almorzar, y como no quiera la señora que la

lleve á donde se encuentran. . .

Iván se puso de pie; miró de extraño modo á la doncella, y dijo dirigiéndose á Esperanza:

—Está visto que tengo que marcharme sin que Mary vuelva, si es que usted se dedica ahora á ver á los niños.

—Creo hace usted bien en irse, porque ya es la hora de almorzar y hoy vamos á estar aquí señoras solas, según Mary me anunció.

Antes de que Iván saliera, se presentó la dueña de la casa; y advirtiéndole cierto ambiente de hostilidad, le dejó que se marchase, limitándose á tener con él las amabilidades de rigor en circunstancias tales.

## IX.

Iván no fué á casa de Esperanza al siguiente día; la inoportuna interrupción causada por la doncella de Mary, le dejó sin definitiva respuesta; pero bien comprendía él que á no ser por sorpresa no sería recibido.

Aquella muchacha le había hecho una mala obra, y no le faltaban motivos para ello.

Cuando Iván y Fernando eran alumnos de la academia de Artillería, pasaban algunas temporadas en una hermosa posesión perteneciente al padre del joven aristócrata. Allí, durante sus excursiones cinegéticas, conocieron á dos lindas muchachas campesinas; Celia, que era morena, había sido objeto de las preferencias de Iván, de quien tuvo que defenderse á bofetada limpia; y su compañera, cuyo tipo rubio y afinado llamaba verdaderamente la atención de cuantos cruzaban por aquellas campiñas, tuvo más de un encuentro con Fernando en el bosque.

El temperamento exquisito y soñador de aquella muchacha, le hizo sentir una inclinación amorosa hacia el gallardo cazador, que la puso en peligro cuando por última vez se encontraron al ir á ampararse en una gruta en cierta tarde de tormenta; mas Fernando era un chico de generosos sentimientos; contuvo sus impulsos y no quiso abusar de la inocencia de la joven.

Obdulia, que así se llamaba, no olvidó nunca al gentil mancebo cuyo noble proceder la llevó á confiar demasiado en los demás hombres de igual condición.

El romanticismo de aquella joven, impropio de su cultura y de los tiempos en que vivía, le hizo ver por todos lados generosos caballeros andantes, personajes fantásticos que figuraron en cuentos y consejas con que acaso la había adormecido cuando niña; allá en tiempos que casi no recordaba, porque la infeliz era huérfana; su origen se hallaba envuelto en la mayor obscuridad y la había criado una tía de Celia con la que ambas vivían entonces.

Después de algún tiempo de no ir Fernando por la finca, desesperanzado Iván de no conseguir á Celia, se dedicó á la más fácil conquista de Obdulia.

La joven cayó en el lazo que de consuno le tendían su propia inexperiencia y la perfidia del rico mancebo; se vió burlada y en el mayor abandono, y para ocultar su vergüenza se alejó del lugar, no queriendo que la reputación de Celia sufriese con la compañía de una mujer deshonrada.

Advertida ya del peligro, formó Obdulia la firme resolución de no volver á pecar, regenerándose para hacerse digna de un hombre honrado y trabajador, que tuviese la generosidad de aceptarla por esposa sin que ella le ocultase la mancha que en su pasado había.

Marchó á Madrid y buscó amparo en las Hermanitas protectoras de las sirvientes, que después de algún tiempo

de tenerla en su asilo enseñándole labores y todo lo necesario para que fuese doncella de casa grande, la colocaron al servicio de Mary, quien como sabemos estaba muy bien relacionada con las congregaciones que se dedicaban á la beneficencia.

Su carácter de persona influyente en la juntas de damas que practicaban la caridad, le había abierto las puertas de todas las casas de religiosas establecidas en Madrid.

Obdulia era una buena adquisición; las Hermanas se lo habían asegurado, y pronto se convenció Mary de que no la equivocaban.

Aquella chica había nacido para no dedicarse á rústicas faenas, y estar al lado de una gran señora. Sin embargo, Mary tuvo siempre gran cuidado en que su doncella no se enterase de ciertas interioridades de su vida.

Temió que las severas inclinaciones de la muchacha y aquella segunda educación que en el convento había recibido, la hicieran no simpatizar con los galanteos de la vida mundana, y que si alguna vez volvía á vivir en el colegio de las Hermanitas ó al visitarlas, como ocurría frecuentemente, pudiera decir allí algo que mermase la respetabilidad de la opulenta señora.

Un día que fué Vargas al hotel de Sandoval, se encontró sorprendido al ver allí á Obdulia; la joven enrojeció de vergüenza y casi no acertaba á hablar; desde entonces excusó presentarse cuando se enteraba de que él había ido de visita; pero Iván que ya no era novio de la huérfana del general, á la que también había engañado inicuaente, pensó en volver á reanudar sus relaciones con la linda campesina.

En verdad, Elisa iba á ser dignamente reemplazada, porque... ¡vaya si eran guapas aquellas dos rubias! La señorita tenía oscuros los ojos, y los de Obdulia eran de un azul purísimo; parecía que destellaban reflejos celestiales.

Verdaderamente la doncella era un tipo más espiritual y casi más distinguido. ¡Ah, si se vistiese como una marquesita y hablara dos ó tres idiomas! En eso era en lo único que Elisa le aventajaba, prescindiendo de su mayor sensualidad de temperamento.

Iván intentó hablar á solas con Oblulia, y no consiguiéndolo le dirigió varias cartas.

Decláale que sentía remordimientos de conciencia y estaba decidido á darle una indemnización, para que viviese tranquilamente sin tener que servir á nadie; por supuesto, nada le exigía ni rebelaba siquiera deseo de volver á las andadas; mas aquella joven ya no era la de otros tiempos; sabía á qué atenerse respecto á tales generosidades, y nada le contestó.

El le habría puesto casa gastando cuanto fuese necesario para tenerla como una horizontal de lujo; al menos aquella no aspiraría á ser su legítima esposa como Elisa; mas tales ilusiones se fueron desvaneciendo poco á poco, ante el despreciativo silencio de la pobre muchacha.

Al fin Iván sintió que se sublevaba su orgullo; la reconquista de una mujer que ya le había pertenecido, no merecía fundar un gran empeño; Esperanza era un bocado más exquisito aun; tenía el encanto de lo ajeno y desconocido.

La muy hipócritona campesina había querido vengarse de él estorbándole que hiciese la corte á otra. ¿Tendría celos acaso? Si sus escrúpulos monjiles no le permitían volver á aceptarle como amante, al menos no debía interponerse en su camino; y todavía peor que hacerlo por celos, sería el que lo motivasen las mojigaterías que en el convento aprendiera. ¡Que fuesen al diablo las monjas y sus educandas estúpidas! Para nada recordaba Iván que era caballero de la orden de Calatrava; eso se toma meramente como adorno; para satisfacer el orgullo, y nada más.

Esperanza llevaba algún tiempo de no tener noticias de

Fernando; éste le había puesto dos letraz al llegar al pueblo sin decirle nada de interés, y luego, tan sólo Gregoria escribió enterando á su nuera de que la lucha electoral iba á ser reñida; que habian empezado los disgustos por la actitud hostil de su hermano, el antiguo alcalde, y como las enemistades entre parientes próximos son las peores, ella estaba muy contrariada. Le decía no obstante, á Esperanza, que no se alarmase porque nada grave ocurriría, pues allí estaba ella para impedirlo.

El desasosiego de la joven iba en aumento á pesar de los consejos tranquilizadores de su suegra. De buen grado ella se marcharía también sin dar previo aviso; eso era lo más conveniente por todos conceptos; pero Fernando lo tomaría de seguro á mala parte entendiendo que su autoridad era desobedecida, y él se mostraba siempre más celoso de mantenerla en pequñeces que vigilante por su honor, sin que tampoco pudiese su mujer indicar que éste corría peligro alguno.

Acababa Esperanza de comer sola, cuando la doncella le anunció á la señora condesa de las Hazadillas. La respetable dama, después de pasear algunas veces en unión de Mary con su nueva y joven amiga, se visitaba con ella de cuándo en cuándo.

Esperanza le había sido muy simpática; Fernando era un militar distinguido; y desde luego ellos y don Prudencio Gómez fueron calificados por la condesa como lo más selecto de las amistades de Mary, con la que no acababa de identificarse á pesar del empeño que ésta mostraba para lograrlo.

Esperanza salió en seguida á saludar á la condesa á la que ya habian pasado al saloncito.

—¡Cuánto agradezco,—dijo al entrar,—que se haya acordado usted de mí en esta ocasión en que estoy tan sola!

—¡Pero ese pícaro de Fernando no debe tardar muchos días en volver!—contestó la condesa cambiando con su amiga los besos de costumbre.

La conversación giró seguidamente sobre el motivo político que había llevado al pueblo al joven militar, y la condesa no ocultó su antipatía hacia las luchas electorales. Los hombres serios no debían intervenir en ellas, y cuando se lanzaba algún inexperto como Fernando, pronto tenía que desistir asqueado al ver tanta indignidad, cual le ocurrió á don Prudencio Gómez cuya rectitud se hizo incompatible con los engaños y chanchullos que presenciaba á cada paso desde el Congreso, y desde el gobierno civil que le hicieron desempeñar con miras interesadas y egoístas, aquellos amigos políticos que concluyeron por abandonarle al ver sus honradas intransigencias.

Esperanza se sentía completamente de acuerdo con aquella buena señora. ¡Ojalá que su marido se desengañase pronto!

Al fin la condesa dijo que no estaba más tiempo, porque tenía costumbre de retirarse temprano cuando salía de noche sola; pensó haber ido aquella tarde á ver á Esperanza; pero temió no encontrarla á la hora del paseo, y aunque quiso ir poco antes de comer, no le fué posible porque la detuvieron en casa de Elisa á la que visitó, por encontrarse con pulmonía la tía Adela, que se había agravado bastante ofreciendo serios peligros.

Esperanza ignoraba por completo tal enfermedad, y manifestó su sentimiento, porque eso había causado que no acompañase á aquellas amigas con tan sensible motivo.

Sonó el timbre de la escalera, y se oyó remotamente una voz de hombre que hablaba con la doncella en el recibimiento.

—¿Quién podrá ser?—exclamó Esperanza algo alarmada.



—es extraño que venga alguien á estas horas, y tengo advertido á la chica que no recibo más que á las amigas de mucha confianza, hasta que Fernando vuelva.

La doncella entró diciendo que el compañero del señorito, don Iván de Vargas, deseaba hablar á la señora porque había recibido carta en que se le hacía un encargo de gran interés.

—Que pase;—dijo Esperanza con cierta turbación, añadiendo enseguida:—no se vaya usted, condesa; sea lo que quiera, puede decirme delante de usted lo que le haya encargado mi marido.

Al entrar Iván y ver á la condesa, saludó con la mayor naturalidad, diciendo mientras tomaba asiento en un silloncito al lado de Esperanza:

—Me encarga Fernando que dé á usted una nota relativa á cierto asunto suyo; pero antes tengo que buscar unos papeles en su despacho.

—Dígame usted cuáles son;—contestó Esperanza cuya voz estaba velada ligeramente;—así procuraré evitarle la molestia buscándolos yo misma, y usted puede entretanto acompañar á nuestra buena amiga la condesa, que me ha dedicado toda esta velada al saber que me encuentro sola.

—Me dice que no sabe usted donde se hallan esos datos, referentes á nuestra profesión, y ya con las indicaciones que me hace, los encontraré con la mayor facilidad para llevarmelos enseguida, porque son de verdadera urgencia y debí dejarlos en el ministerio.

Al decir esto, Iván se levantó sonriente.

—Ya verá usted;—añadió;—conozco el despacho de Fernando como si fuese mio, y no necesito ayuda alguna. Sigán ustedes sus conversaciones de modas ó de obras benéficas, que deseo perturbarlas lo menos posible.

El joven desapareció por una puerta que ponía en comu-

nicación al saloncito con el despacho, Esperanza pretendió seguir hablando sin dar importancia á lo ocurrido; mas no sabia fingir lo bastante; la condesa advirtió que allí sucedía algo extraño, pero la indicación primera para que no se marchara y la frase de que había dedicado toda aquella velada á acompañar á su amiga, la decidieron á continuar allí. Además, su rectitud de intenciones le aconsejó no dejar á aquella joven en tales momentos, mientras no viese en ella indicación alguna de que estorbaba.

Iván después de pasar al despacho, dando luz y cerrando tras sí la puerta, salió por otra de escape á un corredor; toda aquella morada le era perfectamente conocida desde que su compañero la alquiló, enseñándole la aplicación que había hecho de las distintas piezas y distribución de muebles en las mismas.

El corredorcito á donde daba la puerta de escape del despacho, conducía al *boudoir* de Esperanza y al dormitorio del matrimonio, que era una de las habitaciones mejores, porque Fernando participaba de las ideas modernas respecto á higiene, y detestaba las lóbregas alcobas donde no se puede respirar un aire puro.

A obscuras llegó el joven hasta el dormitorio; tocó la llave de la luz eléctrica que buscó encendiendo una cerilla; quitó la de la cerradura de la puerta, y examinó el pasador; seguidamente, se volvió al despacho que iluminó por completo, haciendo brillar á más de la lámpara central colgante, la que estaba sobre la mesa de escritorio; y tomando una hoja de papel, se puso á escribir.

Tosió para que le oyesen desde el saloncito; y al observar que pasaba el tiempo sin que la condesa se despidiera, salió resueltamente con el papel escrito en la mano hecho dos dobles.

—Ya está todo;—dijo;—¿ve usted que pronto? Aquí llevo

lo que necesitaba; tome la nota, y no deje de leerla esta noche por si tiene que adoptar sus disposiciones oportunamente, para lo que haya de hacer mañana.

Se despidió con la mayor amabilidad de Esperanza y de la condesa; cuidó de dejar cerrada la puerta al salir, y andando sin hacer ruido, se puso el sombrero que llevaba en la mano para no tener que tornar al recibimiento, donde no había nadie, y se fué al dormitorio echando el pasador apenas hubo entrado.

—Pues ya que no tiene usted importunos visitantes, la dejo;— dijo la condesa á Esperanza,

—¿Tiene usted algún coche que la espere?

—No; he venido en el tranvía, y en él me habré de volver si no encuentro ningún simón en la parada más próxima.

—¡Por Dios! la he entretenido á usted demasiado, y no puedo dejar que se vaya sola y á pie; elija usted entre que la cica le traiga un coche, ó que ella la acompañe hasta encontrarlo, ó vaya en el tranvía con usted á su casa y se vuelva del mismo modo, pues en la calle de usted pasan á cada instante y á todas horas.

—Esperar á que venga un coche es demasiado; prefiero que me acompañe la muchacha, y procuraré que no esté sola hasta que tome el tranvía que la dejará aquí.

Esperanza tocó el timbre; la doncella se presentó enseñada y recibió la orden de prepararse para acompañar á la señora condesa y pedir que subiera el ascensor. Pronto ambas bajaron en él, y ya el portero se disponía á cerrar y á dejar á obscuras la escalera.

—Va usted á tener que llamar al sereno cuando vuelva;—dijo la condesa á la muchacha.

—¡Ah! no hay cuidado, señora; él está muy listo para abrir la puerta apenas llega cualquiera de los vecinos.

Esperanza al quedarse sola, desdobló el papel que le die-

ra Iván y leyó con impaciencia:

«La esperó en su dormitorio. No he salido ni pienso salir de esta casa, sin que hablemos á solas cuando todos duerman.

«Creo no convendrá á usted dar un escándalo, porque bien puede comprender que estoy dispuesto á todo, y sólo sus ruegos podrán decidirme á que haga sumisamente lo que usted me mande.

«Sólo quiero una explicación».

La cocinera era la única persona que con Esperanza había quedado. Esta fué inmediatamente á ver donde estaba. La pobre mujer tenía costumbre de quedarse dormida como un leño apenas terminaba sus faenas, echándose en un diván del cuarto planchador inmediato á la cocina.

Era necesario ganar tiempo para salir de aquella situación imposible de tolerar. Esperanza se dirigió temblando á su dormitorio, pero sentía en su corazón las energías heredadas de aquel bravo militar que le había dado el sér. Llegaría á todo lo que fuese preciso; hasta la lucha brutal y el escándalo; mas no era posible que una persona educada como Iván quisiera imponerse por la fuerza; su orgullo se sublevaría ante el insulto, y ella iba dispuesta á insultarle; á hacersele repulsiva y odiosa.

Llamó suavemente á la puerta del dormitorio, diciendo al encontrarla cerrada:

—Abra usted y dé luz.

Iván lo hizo así; al verla, quiso cogerle la mano para hacerla entrar; pero ella se quedó fija exclamando con tono severo:

—¡Salga usted inmediatamente!

—Comprenda usted, Esperanza, que no me he quedado aquí para eso;—respondió él casi con frialdad;—haré al fin lo que usted quiera; pero pase; siéntese, y hablemos como bue-

nos amigos.

—Puede usted hablar,—dijo ella avanzando un paso,— que no siento temor alguno, porque confío en mí; pero no es este el sitio adecuado para que nosotros mantengamos una conversación; le ruego la brevedad, y que no siga comprometiéndome si es que le queda aún algún resto de caballero.

Iván intentó sonreír, y dijo:

—Precisamente porque lo soy, aprecio las raras cualidades que tiene usted, á más de su incomparable hermosura. No puedo verla impasible postergada á una mujer cualquiera, sin gozar de un cariño grande; inmenso como el que usted merece, y me ha llegado á inspirar para que nos perdamos ó nos salvemos juntos. Hubiese preferido que Fernando la hiciera á usted feliz como imaginé el día en que asistí á sus bodas; pero ya que no se ha hecho acreedor á tal tesoro, entre la dicha de usted y la suya, no puedo vacilar ni un instante.

—La dicha mía, consiste tan sólo en ser honrada y buena; nada me importaría Fernando el día que supiese de fijo que era indigno de mí; pero usted me importará siempre mucho menos, porque ya ni siquiera puedo profesarle la noble amistad que gustosa le otorgué por creerle un buen amigo y compañero de mi marido. Ya que sabe usted esto, creo que nada le queda que hacer aquí; ¡salga inmediatamente le repito!

—Mientras tome usted ese tono imperativo, impropio de su finura y discreción, no he de marcharme por cierto. Yo no aspiro á ser héroe de melodrama, y creo que usted tampoco querrá que representemos esas escenas de mal gusto que hasta en el teatro resultan anticuadas. Sea usted siquiera razonable para apreciar las cosas en su verdadero punto de vista. Mary y Fernando son amantes; seámoslo nosotros también. Si á usted le repugnan esas tolerancias de los mo-

dernos convencionalismos conyugales; dispuesto estoy á dejar mi carrera por usted, y todo cuanto me ligue á esta sociedad frívola y necia en que no podemos ser tan dichosos como en donde nadie nos conozca; donde podamos presentarnos unidos por los lazos del amor; sin que ninguno nos reclame la partida de casamiento; Entre usted y Fernando no se han creado por fortuna lazos naturales; acaso sea usted madre viviendo á mi lado, y constituyamos un verdadero hogar.

—Creo que estoy faltando á mi deber con oírle tan sólo. No invoque usted esos vínculos santos que no deben nunca tener por base el delito. Si todo lo que dice usted no es una pura comedia, si sabe estimar en algo lo noble y generoso; atiéndame por Dios, y déjeme al menos el consuelo de no ver manchada mi honradez por apariencias engañosas; puesto que para ser digna basta la propia voluntad; y ésta no ha de faltarme nunca.

—Aun á costa de mi vida, y no quiero que usted me lo agradezca porque estimo la vida en bastante poco, estaré siempre dispuesto á defender el buen nombre de usted. Ya ve cómo quiero complacerla en cuánto me pide; pero no me lance á la desesperación; no haga usted que yo que le digo que sea razonable, pierda el juicio por completo, porque no he de perderlo por románticas extravagancias; sino por realidades del vivir; por una dicha cierta que sólo en sus brazos puedo encontrar;—y al decir esto, Iván la cogió repentinamente, atrayéndola hacia sí para hacerla sentar en una *chaïse longue* que estaba próxima.

Ante la rapidez del ataque, Esperanza vaciló y quedó un momento sentada; pero antes de que él se colocase á su lado, se levantó bruscamente. Iván no la dejó erguirse por completo; con su propio cuerpo lo impedía y la estrechaba entre sus brazos.

Un suave aleteo rozaba el pecho del militar, comunicando á sus nervios una electricidad extraña de poder incontestable; tuvo un momento de vértigo que casi le hizo vacilar, y ella lo aprovechó para separarle el rostro violentamente. Los delicados puños de la hermosa cayeron sobre la faz del atrevido joven, que entonces se exaltó hasta el punto de proceder como el hombre primitivo; como los habitantes de los bosques ó los seres más brutales y degradados de la moderna civilización.

Una mano dura rasgó violentamente el peto de la elegante bata en que Esperanza se envolvía; crujieron los corchetes del corsé, y ambos senos aparecieron al descubierto blancos y turgentes, luciendo su extraordinario desarrollo.

La azulada luz de una lámpara daba tintes extraños á aquella escena de lucha. Cerca del halo del izquierdo seno, se marcaba una ligera señal; el rubor de Esperanza la hacia enrojecer; comprendió que estaba perdida; que la bestia humana había despertado en aquel aristócrata culto de distinguidísimos modales, á quien ella á pesar de juzgarle severamente no creyó nunca capaz de querer imponerse por la fuerza de los músculos.

Iván era robusto en extremo, lo mismo que Fernando, con el que siempre había competido en los ejercicios de *sport* y en el gimnasio de la academia de Artillería.

Era preciso vencer á la fiera valiéndose de la astucia; por fortuna, en el hombre civilizado suelen ser pasajeros los accesos brutales, y es fácil volverle á su estado de cultura actual, haciendo que vibren repentinamente las cuerdas del sentimiento más delicado, despertando en él ideas generosas que ya no se pueden obscurecer por completo más que en verdaderos monstruos humanos, de los que hay muy raras ejemplares.

Hemos progresado en el bien en cuanto se refiere á evitar

la crueldad y la violencia, aunque no hayamos adelantado lo mismo en la rectitud de las intenciones.

—¡Por Dios, Iván; que va á volver la chica que fué á acompañar á la condesa, y nos va á oír!—murmuró Esperanza con dulce voz.—¡Ya esto no tiene remedio! Déjeme que salga para hacer que se acuesten, y volveré después; ¡es preciso que no se entere nadie!

El joven al oír esto, la creyó rendida; se arrepintió de su brutalidad; intentó arrodillarse á sus plantas pidiéndole perdón, y la dejó que saliera.

—No me hagas que vaya á recorrer la casa en tu busca;—dijo al verla en la puerta;—si tiene costumbre la doncella de entrar á desnudarte, me esconderé en un armario que tú procurarás que no abra.

—No entrará la chica;—murmuró Esperanza al alejarse.

Cuando se vió libre del temible enemigo, procuró ante todo componer su traje; había corrido un peligro mayor de lo que antes pensara; se propuso insultarle, y no pudo hacerlo como imaginó, porque bien había visto que aquello resultaba contraproducente; sólo el empleo del engaño la había defendido; nada concreto ofreció; claro era que volvería; que la chica no entraría allí; que la inesperada vergüenza que ella había tenido que soportar, no tenía ya remedio; pero todo aquello dicho de la manera que ella lo pronunció, y en las circunstancias en que Iván lo había oído, fué lo bastante para que el peligro inminente se conjurara.

Ahora era preciso no pasar allí la noche; salir apenas llegase la doncella; que ni ésta ni la otra criada se enterasen de lo que ocurría; por fortuna la muchacha no tardaría en llegar, y para que Iván se decidiese á salir del dormitorio, habría de pasar bastante tiempo.

Esperanza se puso un abrigo; tomó un sombrero de viaje y se fué al cuarto donde Ferrando se vestía; allí tenía él las



espadas de sus uniformes, únicas armas que en la casa habían quedado á la vista.

La lucha que poco antes mantuvo brazo á brazo, le hizo comprender que no podía resistir de tal modo. Antes de sentir de nuevo junto á su faz el aliento de aquel hombre, le presentaría la punta de una espada, atravesándole sin vacilación si él intentaba cogerla.

Apercibida de tal modo, Esperanza tomó un lápiz y escribió sobre una hoja de papel:

• Me marcho á pasar la noche fuera; sálgase usted lo antes posible, porque es inútil que me espere.

• Todas las habitaciones quedan abiertas, y puede registrar si gusta. Aun le agradeceré que procure no comprometerme más.

Por no aproximarse á donde Iván estaba, no fué en busca de un tintero; pero procuró que la letra fuese perfectamente clara; dobló el papel, y se dispuso á ponerlo en el resquicio de la puerta del dormitorio para que cayese al abrir Iván, y éste lo pudiera ver.

Buscó luego la doble llave de aluminio que Fernando usaba cuando volvía tarde para abrir la puerta de la calle y la del cuarto; pero no parecía; aquello era un grave inconveniente, porque como el portero había cerrado ya, necesitaba ella llevarse la otra llave de la puerta de abajo. ¿Cómo saldría Iván si no le dejaba á la vista la llave de aluminio? En cuanto á la puerta de la escalera, la cerrarían de golpe al salir, dejando la llave en la cerradura para que él pudiera utilizarla.

La cocinera, en caso de despertarse, se iría á su cama casi sin sacudir el sueño. La enfermedad de la tía de Elisa le daba un pretexto para ir á aquellas horas á velarla, alegando que no había sabido nada hasta que poco antes se lo dijo la condesa; pero que no quería salir de Madrid sin verlas,

y se veía obligada á marchar, porque eso sí; se marcharía al pueblo en el primer tren, y que pensase Fernando lo que quisiera.

No tardó en llegar la doncellita, y Esperanza le dijo:

—Espérate aquí un momento.

Íván habría oído sonar el timbre; seguramente pensaba en aquellos instantes que estaba muy cerca de la felicidad.

Todo se hizo como Esperanza lo había pensado; extrañóle un poco á la doncella aquella salida tan á deshora, y que la señorita no quisiera despertar á la cocinera ni dejar cerrada con llave la puerta del cuarto; pero la explicación de la enfermedad y del viaje, dada mientras bajaban la escalera, la satisfizo por completo.

Nadie las vió salir; Esperanza mostraba impaciencia por alejarse; era ya cerca de la media noche; mas pronto encontraron un coche de punto y dieron las señas de la casa de Elisa.

Esperanza respiró con libertad mientras el desvencijado vehículo rodaba por las principales calles de Madrid. Le había devuelto á Iván su golpe de astucia; papelito por papelito; pero ¡qué situación tan horrible había tenido que sortear! ¡Ah, si ella le hubiese amado, sabe Dios lo que habría ocurrido entonces!

Instintivamente se dió cuenta del estado psicológico en que se hallaba, cosa en la cual no había pensado nunca; de la influencia de las pasiones carnales sobre el espíritu y de que con ellas no se debe combatir frente á frente, sino utilizando una hábil estrategia; de que sin eso, las almas débiles de voluntad sucumben siempre en tales luchas, y aun los espíritus fuertes como el suyo, corren gran peligro de sucumbir si anda por dentro el amor dispuesto á hacer traición á la virtud, abriendo las puertas de la fortaleza para que penetre un enemigo osado.

El que la deslealtad de Fernando le hiciese perder el amor que ella le tenía, era el peligro más grave; porque puesto vacío es fácil ocuparlo, y ella no quería dejar de amar á su marido.

Si otra vez se veía en caso semejante al que acababa de ocurrirle, á más de su virtud y de su firme voluntad, necesitaría para vencer verse amparada por el amor hacia el compañero de su vida.

El coche paró de pronto, y Esperanza, cuya mente volaba por lejanas regiones, casi se mostró sorprendida.

—¿Hemos llegado ya?

—Sí, señora;—contestó la doncella;—y por cierto que este matalón nos ha traído bien despacio.

Pagaron al cochero dándole una buena propina para que no las insultase al verlas solas y en hora tal; fué preciso llamar al sereno que no tardó en venir á abrirlas la puerta.

—¿Cómo está la señora del segundo, centro?—le preguntó Esperanza.

—Pues hasta esta noche no he sabido que está malilla;—contestó el gallego.

—Nosotras vamos á velarla;—añadió la dama dándole también propina, que no debió parecer escasa, según la solicitud con que el vigilante nocturno alumbró para que subiesen la escalera.

Elisa, aunque no se había acostado por la enfermedad de su tía Adela, se sorprendió ante aquella visita tan extraña; no tardó mucho en notar por la incoherencia de la conversación el estado de ánimo en que estaba su amiga, y al fin le dijo:

—Si has de marcharte mañana al pueblo, no quiero que pases mala noche por nosotras; te agradezco tu buena voluntad; pero mi tía se encuentra algo mejor, según ha dicho el médico en la última visita; yo noto que tiene bastante

tranquilidad en comparación á como ha estado, y no he permitido hasta ahora que ninguna amiga se quede toda la noche, porque ella quiere que yo le dé las medicinas, y de cualquier modo me es imposible desnudarme para dormir. Anda, vete, hijita; que todavía encontrarás algún coche; y si tardas más, como yo no tengo criado que os acompañe, váis á andar por esas calles expuestas á cualquier imprudente galanteo.

Esperanza comprendió que de insistir en quedarse sin dar explicaciones satisfactorias, la extrañeza que en Elisa advertía iba acaso á tomar algún giro extraviado.

Recordó que la última vez que se vieron, le había dicho algo desagradable relacionado con Iván; tuvo un acceso nervioso que ya no le fué posible contener, y rompió á llorar abrazándose á su amiga.

—¡Por Dios! ¿qué te pasa? desahógate conmigo, que ya venía advirtiéndome algo raro en ti; no has debido dejar que se vaya Fernando sin acompañarle.

—¡Tienes razón!—murmuró Esperanza entre sollozos;— la mujer casada necesita el sostén y la defensa de su marido, porque... mira; yo también he notado algo extraño en ti; me dijiste tales cosas la última vez, que he creído sospechabas...

—¡Pero no de ti, hija mía! Efectivamente he sospechado que pudiera acosarte con sus rendimientos algún amigo importuno; y ahora que te muestras tan franca y vienes á verme en momentos en que te guardarías de mí si tuvieses alguna culpa, mi confianza renace con más fuerza. Cuenta; cuenta lo que te pasa, porque no me cabe duda de que es Iván, el compañero de tu marido, el causante de tu pena!

—Puesto que lo supones, me facilitas grandemente la revelación que tengo que hacer. Iván ha llegado hasta el punto de presentarse esta noche en mi casa, y decirme después

de una escena violenta; que no sale de allí; he tenido que engañarle y venirme en tu busca aprovechando la circunstancia de la enfermedad de tu tía.

—¡Qué infamia! ¡Le conozco en ese rasgo! ¡es el mismo de siempre! y lo peor es, que no lo hace por amor sólo una vez en la vida, sino por mero capricho pasajero, y que está dispuesto á repetirlo cien veces que se presente la ocasión.

Todas aquellas frases brotaron espontáneas de los labios de Elisa, del modo más natural y sencillo; parecía que se le iba por la boca toda la amargura acumulada en su corazón durante mucho tiempo.

Esperanza se tranquilizó al verse acogida de tal modo, y dijo algunas palabras de gratitud.

—¡Oh! ¡pues ahora si que no te vas de mi lado!—signió diciendo Elisa.—Necesitamos protegernos mutuamente. Cuéntame conmigo para todo.

—¿Pero cómo va á salir ese hombre de mi casa?

—¡Qué salga por donde pueda! ¡Ojalá se estrellase al caer desde un balcón! Mañana iré yo contigo cuando vuelvas á tu casa, aunque tenga que dejarme aquí á tu criada para que ayude á las mías á cuidar de la pobre enferma.

Entretanto, Iván que habia tomado las cosas con relativa calma desde que se consideró vencedor, se aligeró de ropa y se acostó un rato en el lecho. Al oír el timbre de la escalera, creyó efectivamente que sólo tenía que esperar ya algunos minutos; pero pasaba el tiempo; nada se oía; y su impaciencia aumentó por instantes.

Al fin se decidió á salir para vencer los últimos remilgos de su amiga, á la que creyó encontrar llorosa en alguna habitación no lejana; mas al abrir la puerta oyó el leve ruido de caer un papel; lo vió á la luz de la lámpara; cogiólo rápidamente, y leyó sobresaltado lo que Esperanza le habia es-

crío.

Un grito de rabia se escapó de su pecho.

—¡He sido un lila!—exclamó.

Su primer impulso fué hacer ruido; enterar de que estaba allí á los que en la casa quedasen; pero aquello sería aumentar el ridículo en que se hallaba. Ya que antes procedió como un cadete inexperto dejándola escapar, era preciso salir de aquel mal paso con el menor daño posible en su amor propio, para poder asegurar luego una digna venganza.

Vió que la llave de la puerta de la escalera se hallaba en la cerradura; mas instantáneamente pensó en la dificultad de salir á la calle. Allí no se veía ninguna otra llave colgada; tendría que esperar á que el sereno abriese para que entrara cualquier vecino; pero ¿y si se tardaba demasiado y le sorprendían en la escalera? Creyó que lo mejor era dejar cubierta la retirada por si tenía que esconderse; y dejó entornada la puerta del cuarto; si le daban tiempo, la cerraría; y si no, que quedase así.

Como el piso era de los más altos, no había gran probabilidad de que alguien bajase; por el contrario, él podía atisbar, y la cuestión estaba en hacerse oír antes de que volviera á cerrar el sereno; porque desde luego se decidió á afrontar el inconveniente de que éste le viera.

Así como así, no estaba él entonces para interesarse mucho por dejar á cubierto el honor de Esperanza, ni era capaz de sentir temor ante la idea de que el marido de ésta se enterase.

Sin duda el diablo hizo que tuviese que esperar largo tiempo; pero al fin oyó el ruido de abrir la puerta de la calle; cerró entonces la del cuarto, y se lanzó escalera abajo diciendo:

—¡Sereno! ¡sereno! ¡no cierre!

Algo extraño le pareció al señor Ambrosio, como le ha-

maban las porteras, que saliese de allí á tales horas aquel señorito que no era de la casa; pero hay que callar, y resignarse á tomar las pesetillas que caen de vez en cuando.

## X.

El delegado del gobernador acababa de girar visita para inspeccionar la administración municipal, en vista de cierta denuncia formulada por varios vecinos de la villa. Había actuado como secretario de la delegación el competentísimo don José, que durante tantos años desempeñó la secretaría de aquel ayuntamiento, y estaba perfectamente enterado de los puntos vulnerables por donde con más seguro éxito podía ser combatida la gestión del viejo alcalde, señor Juan Ponce, cuyo caciquismo iba pareciendo insostenible.

Todo había sido cosa de muy poco tiempo; don José fué sin vacilación á buscar los motivos de mayor responsabilidad; los consignó en el expediente; redactó el pliego de cargos; fueron oídas las defensas del alcalde y concejales, que resultaron débiles como dirigidas por el que entonces actuaba como secretario del ayuntamiento que no servía ni para descalzar á su antecesor, y se le dió cuenta al presunto diputado de todas las actuaciones, anunciándole que el delegado saldría inmediatamente para la capital de la provincia.

Fernando no entendía gran cosa de tales asuntos; pero todo le pareció de perlas. El se había cuidado únicamente de que el sargento de la Guardia civil y las parejas que á las órdenes de éste se hallaban, escoltasen al delegado y á sus auxiliares en los días que duró la visita, y patrullaran por el pueblo para que todos supiesen de parte de quién se hallaba la fuerza pública.

El sargento iba frecuentemente á verle: los vecinos de la villa comprendían que aquello era pan comido; mi capitán arriba, mi capitán abajo, y no digamos nada de mi coronel, el veterano padre político del candidato del Gobierno.

Aquello, más que los preparativos para unas elecciones, parecía la aplicación de la ley marcial; el empleo de los procedimientos adecuados á una plaza en estado de sitio.

¡Buena la había hecho el señor Juan Ponce con oponerse á las exigencias de su sobrino; de aquel Fernanduelo que casi era un mocoso todavía á pesar de todos sus galones!

—¡Fanfarrinos! ¿Qué se habrá pensado ese trasto? ¡Pues estaría bien que los pollos vivieran á enseñar á los recoberos! —decía el viejo alcalde en el colmo de su indignación; porque según él, estaba muy *inclinado* con lo que se hacía; mas su influencia en aquellos momentos no pasaba del término municipal, y aun allí se hallaba expirante, porque del árbol caído todos hacen leña; y en cambio, la influencia de Fernandito era tal, que con una carta al gobernador, ú otra á cualquier ministro, según los casos, lograba cuanto quería.

El señor Juan Ponce afirmaba que no podrían derribarle, porque no había motivo legal para un proceso, y sin él resultaría ineficaz cuanto el gobernador hiciese; pero ¡buenas eran esas! doscientos procesos que fueran necesarios se dictarían sin dificultad alguna; ¿para qué están los fiscales sino para representar al gobierno, y decir que en vista de que algunos hechos revisten caracteres de delito, se debe procesar á los que los han ejecutado? Luego, a la larga, se condena ó no según las circunstancias exigen, y en cuestiones relacionadas con la política, casi nunca se condena; pero por de pronto, todo va según los vientos que corren, y así andaba de lucido el pobre señor Juan.

Silvestre y Fernando casi no tenían tiempo para atender á las visitas, que no sólo las gentes de aquel pueblo, sino las



personas más importantes de todos los del distrito iban á haberles, poniéndose á su disposición y pidiéndoles de pasada alguna futesa. Varas de alcalde ó de juez municipal, secretarías de ayuntamiento y destinos de todas clases; desde pregonero, sereno ó guardia municipal, hasta empleado de Hacienda en cualquiera provincia, beneficiado ó canónigo de alguna metropolitana, porque para todo había.

Tratábase del ojito derecho de uno de los ministros de mayor significación; ¿qué no habría de conseguir aquel muchacho que empezaba su carrera política bajo tan buenos auspicios?

Y eso que ya le había cogido casado con aquella infelizta, hija del ama Teresa, á quien el coronel don Silvestre recogió de casa del señor Bartolo, reconociéndola como hija suya; que si no, seguramente se casaría ahora con alguna duquesa, ó más aún; porque un hombre tan guapo y tan principal, podía aspirar á todo.

El candidato se hallaba hospedado en la casa de su madre; ésta y Silvestre le acompañaban tan sólo, cuando una de las criadas entró en la habitación casi jadeante, diciendo:

—¡Señora! ¡señora! ¡La señorita Esperanza!

Gregoria se levantó sin darse cuenta exacta de lo que oía.

—¡Qué diablos dices tú ahora de la señorita Esperanza!

—exclamó Silvestre dando un puñetazo sobre la mesa que tenía delante.

Fernando, que nada había dicho, se inmutó; y acercándose á un balcón próximo que daba á la calle, vió que había parada una tartana delante de la puerta.

—Acaba de llegar un carruaje;—murmuró balbuciendo;—pero no veo quién viene en él.

Gregoria que había salido para enterarse de lo que sucedía, se encontró en los corredores con Esperanza.

—¡Hija mía!—exclamó abrazándola con efusión.—¡Qué

sorpresa tan agradable! pero ¿por qué no has avisado para que salieran á recibirte?

Silvestre hechó un terno y se lanzó fuera de la salita; Fernando quedó inmóvil y visiblemente contrariado,

Esperanza entró seguidamente cogida aún de la cintura por su suegra, y después de haber recibido un fuerte abrazo de su padre, que también la reconvino por no haber anunciado su llegada. Estaba sencillamente hermosa; un bonito vestido de viaje de color obscuro y sombrero que casaba perfectamente con él, servían tan sólo de adorno á su busto esbelto, y á aquella faz verdaderamente encantadora, á la que cierta palidez desusada daba un tinte de interesante melancolía.

Fernando avanzó tan sólo algunos pasos, y antes de que pudiese articular palabra, su madre empujó á Esperanza hacia él, diciendo con tono insinuante:

—¡Abraza á tu mujercita! ¿No ves que hermosa viene? ¡A ver si tengo yo que decir que eres un alma de cántaro!

El echó efectivamente el brazo por cima del hombro de Esperanza; pero con tal displicencia, que ésta sintió correr por sus nervios un extraño frío que le helaba la sangre que se agolpaba al corazón.

—¡Al fin te has salido con la tuya!—murmuró Fernando.

—Sí, señor; se ha salido con la suya de estar al lado de su maridito, que es lo que deben hacer las buenas mujeres;—dijo Gregoria como dando una respuesta que su nuera no se atrevía á formular.

—Eso, según y conforme;—murmuró Silvestre en tono afable, procurando mantener el equilibrio y que no quedase Fernando indefenso;—según y conforme, repito; porque siuviésemos que ir á la guerra éste y yo, no íbamos á llevaros á vosotras.

—Ahora no se trata de eso; y aun á la guerra debiéran-

mos a las mujeres de los militares, aunque sólo fuese como hermanas de la Caridad. ¿No es cierto, hija mía?

Esperanza no se atrevió á contestar á su bondadosa suegra, observando la fría actitud de su marido.

Este, comprendiendo la tirantez de aquella situación y que empezaba á molestar á sus padres, procuró dominar su disgusto; pero no sabía qué decir, y sus palabras resultaron de una aplastante inoportunidad.

—Supongo,—dijo,—que habrás avisado á Vargas que te venías, y que te habrás despedido de las amigas de mayor intimidad, como Mary.

—Si;—murmuró Esperanza sintiendo una nueva sacudida nerviosa; y para disimularla, prosiguió:—también me he despedido de Elisa, porque su tía Adela está muy grave con una pulmonía doble; ¡ya ves, en este tiempo tan bueno!

—Ahora se cogen más fácilmente. ¡Pobre señora! No la conozco, y me da lástima sólo porque es amiga vuestra.

—A tí te da lástima de todos;—dijo Silvestre á su mujer procurando chancearse.—Con ser prójimo te basta, sin recordar que al prójimo en la guerra se le da contra una esquina, y nuestra misión es reventarlo. ¿No es eso, Fernando?

La conversación continuó con mayor naturalidad desde aquel momento; pero Esperanza vió claramente que á Fernando maldito lo que le importaba que se muriese ó no la tía de Elisa, en tanto que se había preocupado de que su mujer no quedase en falta con Iván ni con Mary; precisamente con las dos personas que atentaban á su felicidad conyugal.

Bien distante estaba él de imaginar lo que últimamente había ocurrido; pero de cualquier modo, su conducta era insensata.

Esperanza no quiso tomar nada hasta la hora de cenar,

aunque Gregoria la colmó de atenciones insistentes en demasia, cosa muy propia de las costumbres de los pueblos, aun tratándose de las personas más principales.

Cuando llegó la cena, el joven matrimonio apenas probó algunos de los platos que fueron servidos con exagerada abundancia; sólo Silvestre y Gregoria hicieron honor á los manjares que ésta había preparado, yendo y viniendo á la cocina para cuidar de que todo estuviese á punto.

La tarde la pasaron entretenidos, porque las muchas visitas que Fernando tenía que recibir, dieron ocasión á que Esperanza y Gregoria estuviesen solas buena parte del tiempo, pues Silvestre alternaba yendo de uno á otro sitio para atender á todos; y no diremos que estuvieron solas casi toda la tarde, porque también Esperanza tuvo que recibir á sus cuñadas Juanita y Amalia, y á doña Luisa la madre de ésta, esposa del médico don Rufino, quien también estuvo allí aunque por breve rato, como igualmente Tomás el boticario y Erancisco, que fueron acompañando á sus respectivas consortes.

Teniendo Gregoria que después de la cena llegasen nuevas visitas, dijo que todo estaba preparado en casa de Esperanza para que ésta y su marido se fuesen á dormir allí, donde estarían con mayor holgura.

Como Fernando había ido solo, no quisieron dejarle que se hospedara en su casa que estaba cerrada, porque teniéndole siempre cerquita, podía ella cuidarle mejor; pero ya que su mujer había venido, ninguna tenía más derecho á retenerle á su lado en las horas que le dejase libres la picara política, aparte de que para comer habrían de ir á la casa de los padres; ¡pues no faltaba otra cosa! Por la mañana se les enviaría el chocolate, café ó lo que quisieran tomar; pero luego, debían reunirse todos á la mesa.

La doncella de Esperanza sería auxiliada por otra chica



ó por las que fuese preciso; para que la casa estuviese bien arreglada; pero para recibir á la gente de las elecciones, allí; casa de Silvestre, donde los viejos pudieran ayudar á los jóvenes á soportar las molestias.

El nido de la juvenil pareja quedaría reservado tan solamente para sus dueños; para que fueran allí cuando se encontrasen aburridos, á más de pasar en él la noche.

Por de pronto, Esperanza estaría cansada del viaje y debían retirarse temprano.

—Yo no puedo faltar á la tertulia de esta noche,—dijo Fernando,—porque estamos ya en los momentos críticos y sería de mal efecto no atender á los que tienen costumbre de venir á verme á estas horas.

—Pues bien; yo acompañaré á Esperanza hasta dejarla instalada y luego irás tú, aunque al llegar tengas que interrumpirla en su sueño. Las mujeres casadas no pueden ni siquiera dormir tranquilas cuando tienen maridos como éste que Dios te ha dado, á quien la política le ha sorbido el seso; ¿no es verdad, hija mía?

Todo se hizo según Gregoria lo había dispuesto; la casa que fué del padre de la difunta Carmela, del comandante Mirones como en el pueblo le llamaron, y que Silvestre heredó de su primera mujer, era la que en la actualidad se consideraba por todos como de Esperanza y de Fernando, pues ya sabemos que para ellos estaba destinado el caudal de la madre adoptiva de la hija del ama Teresa.

Diremos de pasada, que ésta también había muerto, y su viudo Perico, antiguo mozo del señor Bartolo, continuaba viviendo en el campo, donde cultivaba una buena labor, acompañado de los hijos que tuvo en su matrimonio con Teresa.

Ya hacía años que Esperanza no había visto á aquella familia, de la que nunca se olvidó en las pocas veces que fué

al pueblo. La casualidad la había hecho señora de la casa solariega de los Fernández de Mirones, que no dejaron sucesión de su propia sangre hidalga.

En aquella misma calle, á muy pocos pasos, había vivido la joven recogida casi de caridad por el señor Bartolo y su mujer, á quienes la falta de una hija les hizo pensar en que aquella muchacha podría servirles al par de hija y de moza de trabajo.

Raimundo, el único vástago de aquel matrimonio, en vez de mirar á Esperanza como hermana suya, había puesto los ojos en ella con bien distintos fines; eran casi de la misma edad, y aquella chica habría sido una buena nuera para unos labradores ricos, aunque su padre, Silvestre, no la hubiese adoptado elevándola á otro rango social; pero el señor Bartolo quería casar á Raimundo con Matilde, la hija menor de la señora Benita de la que él estuvo enamorado aunque sin conseguir nada de ella, en tanto que con Silvestre hubo mucho que murmurar.

La antigua afición del señor Bartolo hacia la mujer de su amigo Cornelio, le hizo obstinarse en ser consuegro suyo ya que no había logrado ser otra cosa, y quién sabe si por entonces abrigaba pensamientos pecaminosos, que le indujeran á buscar nuevo motivo que le acercase á la dama de sus pensamientos.

¡Bueno estaba él ya para galán! pero aún conservaba la fachenda, como Benita guardaba restos de su bien probado coquetismo, porque la afición y el compás no se pierden nunca.

Raimundo, desesperado al ver que su padre quería echar de la casa á Esperanza, á la que dió un golpe en cierta ocasión en que la chica se interpuso para que la señora Andrea no fuese abofeteada por su marido, se escapó para irse á Melilla como voluntario, en tanto que Silvestre, enterado de los malos tratos que Esperanza sufría, la recogió adoptándola.

la legalmente como hija en unión de su mujer, y por consejo de ésta.

Como Raimundo era menor de edad, no fué admitido en el ejército de Africa al que también pertenecía Silvestre en su calidad de comandante que era entonces, y allí fué donde éste consiguió nuevos lauros. Donde hubiese muerto gloriosamente á no haberle salvado la vida el joven Ramiro, hijo menor del secretario don José, que sin duda como premio á su hazaña encontró allí la protección del inglés M. Gorman, quien le había conocido de niño y favoreció sus amores con Rosita, hasta el punto de conseguir casarlos contra la voluntad del padre de ésta; del alcalde señor Juan Ponce, que en conclusión se vió privado de la compañía de sus dos hijas, puesto que Eustaquia, la mayor, estaba ya casada, también á disgusto del padre, con Emilio el hijo del juez municipal don Antonio.

Hechas estas necesarias aclaraciones para quien no haya leído las dos novelas precedentes, *Señoritas* y *La hija del ama*, volvamos á reanudar el hilo de nuestra narración.

Esperanza fué acompañada por su suegra hasta dejarla en la antigua casa de los Fernández de Mirones, dispuesta á acostarse en una habitación donde había una cama de matrimonio y otra camera.

La doncellita madrileña quedó allí, y la criada que acompañaba á Gregoria se volvió con ésta, que por cierto llevaba el propósito de reprender cariñosamente á su hijo por la frialdad con que recibió á Esperanza; pero no pudo hacerlo, porque había allí muchos políticos rurales aquella noche, y ella se retiró prudentemente, de lo que se aprovechó Fernando para irse al salir los tertulianos, diciendo á Silvestre que no entraba á despedirse de su madre, suponiendo que ya se habría acostado.

A Gregoria le contrarió aquella huida cuando la supo

por su marido; pero no dijo nada para que éste no participase de su disgusto, si no se había fijado en los molestos detalles que ella advirtió.

Al llegar Fernando á su casa, procuró entrar en la alcoba sin hacer ruido, y entonces Esperanza hizo como que dormía para observarle mejor en su actitud. El se aprovechó de aquello, y se acostó en la otra cama; pero seguramente uno y otro tardaron en conciliar el sueño, lo que no parecía muy conforme con las ansias de descanso que manifestaban.

## XI.

A la mañana siguiente, Esperanza se levantó temprano y se dispuso para ir á misa; encontróse en la iglesia á su suegra, y ambas se fueron reunidas para acompañar á Fernando á desayunarse.

El no se había despertado aún; pero su madre le llamó golpeando la puerta sin miramiento alguno, porque no era cosa de perder la ocasión de observar si el matrimonio había hecho ó no las paces.

Como Gregoria conocía bien á su hijo, creyó ver que en la exquisita corrección y amabilidad con que éste trataba á Esperanza, había algo ceremonioso impropio de la ocasión y lugar; mas nada pudo decir, y hasta tuvo que aceptar el que Fernando la acompañase cuando se volvió á su casa, donde también él tenía que ocuparse de los asuntos de actualidad.

Pensó la buena mujer que acaso todo fuese malicia suya; que era casi imposible que entre el joven matrimonio no hubiesen mediado intimidades capaces de reconciliar á los más rencorosos, y esta idea la tranquilizó.



Después de todo ¿qué motivo había para que Fernando se disgustase? ¿El que su mujer hubiera venido á buscarle sin previo permiso? Aquello, á pesar de ser Fernando excesivamente celoso de su autoridad, no tenía ciertamente importancia alguna. En Silvestre, lo más que hubiese provocado, habrían sido unos cuantos ternos que concluirían con un abrazo cariñoso y algunas cuchufletas; pero la verdad era que como Silvestre había pocos maridos. ¡Si ella no se lo merecía! ¡Qué diferencia entre él y Fernando, que aunque también tenía buen corazón, estaba insoportable algunas veces! ¡Pobrecita Esperanza! ¡Ella que valía tanto, no había conseguido ser tan dichosa como su suegra!

La modestia de Gregoria le hacía ver á su nuera cien codos á mayor altura, estimando en muy poco sus propios méritos.

Durante el corto trayecto que tuvieron que recorrer madre é hijo para ir de una á otra casa, varias veces estuvo ella por abordar la cuestión; pero temió echarlo á perder si Fernando se picaba por lo que le dijese.

Esperanza se habría bastado sola para someter á aquel niño mal criado, y por de pronto, mejor era dejar las cosas así.

Gregoria se acusaba de haber contribuido á formar el carácter caprichoso de Fernando, mimándole en extremo. ¡Era el menorcito, y además tan guapo, tan inteligente y bueno! ¡Si hasta el propio Silvestre cuando era mozo y se marchó á la guerra de Cuba, estaba loco con el muchacho! ¡Y qué bien había cumplido lo que le ofreció la noche de su secreta despedida!

La imaginación de Gregoria fué ocupada de nuevo por la figura sugestiva de su marido; todo amor es egoísta, y ella le amaba locamente; como si fuese una muchacha de veinte años. El y los hijos que ella tuvo de su primer matri-

mónio, habían llenado de amor la vida entera de aquella buena mujer, pues hasta ser madre no amó de veras; porque su primer esposo le llevaba tantos años, era Gregoria tan joven entonces, tan inexperta, que hasta que trató á Silvestre con intimidad, no supó lo que es querer á un hombre con toda el alma.

¡Ah, lo que había hecho de ella aquel muchacho! ¡Si hubiese tenido más índole, la habría perdido para siempre!

Las mujeres al fin y al cabo por buenas que sean están expuestas á pecar; por eso era preciso que Esperanza quisiera mucho á Fernando, como ella, Gregoria, quería á Silvestre. Y al endiablado chico, sin duda le aconsejaban sus propios enemigos para robarle el cariño de su esposa.

De nuevo sintió arranques que le decidían á hablar á su hijo; pero ya estaban muy cerca de casa; era mejor dejarlo para luego á fin de rematar la suerte, que no faltaría ocasión.

La tranquila morada de Gregoria se hallaba ya invadida por los políticastrós, que eran atendidos por Silvestre cuando el candidato llegó; todos le rodearon deshaciéndose en cumplidos, y la dueña de la casa, después de cambiar los obligados saludos, se retiró á sus quehaceres.

El delegado del gobernador dijo que no había tiempo que perder, y quería salir aquella misma noche con el expediente; sólo necesitaba una carta del futuro diputado recomendando la inmediata resolución, pues aunque ésta era cosa ya sabida, convenía atar bien los cabos, porque cuando menos se piensa surge una contrariedad, que en aquella ocasión sería de malísimo efecto para el prestigio de la candidatura.

—Nada de cartas;—dijo Fernando;—yo mismo acompañaré á usted.

Todos extrañaron aquella resolución, y Silvestre más

que ninguno. Acababa de llegar Esperanza y no parecía natural que su marido se marchase tan pronto.

Tal viaje no estaba justificado, pues el gobernador de la provincia era materia dispuesta para hacer cuanto fuese preciso y se le pidiera por quien tenía carta blanca expedida por el gobierno de Madrid, con la declaración de candidatura oficial.

El veterano disimuló el disgusto que le causaba ver confirmada cierta sospecha que surgió en su mente, cuando vió el recibimiento frío que hizo Fernando á Esperanza. Al fin y al cabo ésta era su hija y por mucho que él quisiera al otro, su carácter no le permitía templar gaitas. ¡Que fuese al diablo aquel majadero, y bastante hacia él con desentenderse!

A la hora de comer, Fernando nada dijo de su viaje ni se notó disgusto alguno entre él y Esperanza, la que, como Gregoria, siguió ignorando el extraño proyecto, que Silvestre tampoco creyó oportuno descubrir entonces; pero mediada la tarde, cuando más gente había en la casa, Fernando habló con naturalidad delante de su madre de que él se iba dentro de una hora con el delegado, y dió instrucciones á su asistente para que lo dispusiera todo, que era bien poco por cierto, porque había llevado un equipaje muy reducido.

La pobre Gregoria sufrió tal sorpresa, que tuvo que dejarse caer en un diván después de alejarse algo de su hijo para que éste no observase el mal efecto que habían causado sus palabras.

Silvestre que lo advirtió todo, se acercó á su mujer, y en tono seco, al que no la tenía acostumbrada, le dijo casi al oído:

—¡Te prohibo en absoluto que digas nada á Fernando respecto á este particular. . . !

Gregoria obedeció aquel mandato, aunque sentía destro-

zada el alma por no proteger á su mujer, como creyó de su deber; á Esperanza le hizo la noticia un efecto muy semejante; mas era orgullosa, y esto unido á su discreción, la obligó á disimular ante las gentes como si el viaje de su marido fuese la cosa más natural del mundo, de la que ella hubiera estado perfectamente enterada.

Hasta el propio Fernando se inclinó á creer que con su incomprensible actitud no había causado á su mujer molestia alguna, lo que no dejó de contrariarle; porque él que aspiraba á castigarla, deseaba que el efecto hubiese sido muy otro.

Aquella misma tarde salió para la capital de la provincia acompañando al delegado del gobernador, sin que la ausencia del joven político provocase grandes comentarios de los murmuradores.

Silvestre tuvo que atender desde aquel momento á cuantos partidarios suyos seguían visitándole, que no eran pocos, porque el señor Juan Ponce á quien ya la vara se le caía de las manos, se encontraba en el más lamentable aislamiento.

Puede decirse, que aparte de los íntimos del viejo alcalde, el pueblo entero habría estado con Silvestre en aquella ocasión, á no existir allí un pequeño grupo de antimilitaristas, en el que sólo figuraban dos personas de algún viso; ¡admírense los lectores; ¡el señor Bartolo y su hijo Raimundo!

Aquel señor Bartolo que de recién casado, cuando aún vivía el ricacho de su suegro, ni siquiera iba al casino, y para poner los pies allí por vez primera necesitó verse empuñado en cierta aventura que provocaron los coqueteos de la señora Benita; aquel rústico labriego que apenas sabía leer las cartas que Cornelio escribía encabezadas con «Querida Benita», ya no dudaba tomando la *e* como *o*, puesto que se echaba al cuerpo todos los periódicos más radicales que al pueblo llegaban.

Para llamar bonita á su antigua comadre, que era ya su consuegra, no necesitaba que surgiese el equívoco de su torpeza como lector; lo hacía frecuentemente sabiendo muy bien lo que se pescaba, porque según los maldicientes, algo pescaba el señor Birtolo en aquel pueblo que ahora como antes, no nos atrevemos á decir si era ó no de pesca.

Cornelio no seguía á su amigo en las inclinaciones hacia la política radical; antes al contrario, cada vez era más hombre de orden; y desde que los disgustos habidos por el casamiento de su hija Juanita con Tomás el boticario, hijo mayor de la señora Gregoria, hicieron que cortase relaciones con toda la familia de ésta, y por ende con el alcalde, se apegó por completo á don Antonio el juez municipal, con cuyo hijo Emilio habían querido él y su mujer casar á Juanita.

Don Antonio era hombre de gobierno, aunque muy á pesar suyo sólo había conseguido gobernar en el juzgado, hueso que le echaron á roer para calmar su voracidad de mando, en aquel tiempo en que don José actuaba de mentor del alcalde y secretario del ayuntamiento, demostrando grandes aptitudes de diplomático, que á pesar de todo no le valieron para conservar la secretaría, cuando su hijo Ramiro el poeta enamoró á Rosa la hija menor del alcalde.

Actualmente, don Antonio, eterno rival político del señor Juan Ponce, estaba al lado de Fernandito y de Silvestre, porque sólo éstos habían logrado combatir con éxito al viejo cacique. El señor Cornelio siguió igual conducta que su jefe leal, y por cierto con gran entusiasmo, pues ya sabemos que las proezas militares de Silvestre merecieron siempre sus elogios, y también los de la señora Benita. Aunque ésta estuviese agraviada porque aquel muchacho se deshiciese al marchar á la guerra de los dulces lazos con que le aprisionó, y al morir luego Carmela hubiera hecho él la

tontería de casarse en segundas nupcias con Gregoria, no podía ella olvidar los ratos felices que le debía.

En el tiempo ya remoto en que Gregoria y Benita fueron las dos mejores mozas del pueblo, se disputaron el cariño de Silvestre; pero al fin y al cabo, Gregoria era la que estaba en posesión de aquellos afectos íntimos, y ella, Benita, había logrado desbancarla, ó así se lo imaginaba por lo menos aunque no fuese verdad, y todo se hubiera reducido á compartir los favores del gallardo mancebo ignorándolo Gregoria, y siendo ésta la preferida por el veleidoso corazón de aquel galán.

El señor Bartolo pensaba en tales cosas de bien distinta manera; atribuía las antiguas esquivencias de Benita á la influencia que Silvestre ejerció en ella por aquel tiempo, y no podía olvidar que él mismo le había visto descolgarse del balcón de la comerciante en la célebre noche en que llevaron herido á su casa al señor Cornelio; á consecuencia de la soberana paliza que Perico le propinó por haberse permitido galantear á Teresa.

Bartolo le guardaba rencor al militar y por eso era anti-militarista. Su hijo Raimundo lo era también porque tenía clavada en el corazón la espina de que Esperanza, la dama de sus primeros pensamientos de adolescente, fuese legítima esposa de un capitán. A él no le habían querido admitir en el Ejército cuando se presentó en Melilla como voluntario; le rechazaron por el único motivo de que era menor de edad y no llevaba permiso de su padre; sin tales remilgos, propios de gente de guerra, acaso sería él ya más que capitán, y Esperanza no se habría casado con el otro.

Fernando encontró abiertas las puertas de las academias porque era más rico y tuvo protectores; porque su madre le dió el permiso obedeciendo indicaciones de don Silvestre; del mismo que en Melilla hizo que á Raimundo le acompa-

fiara la guardia civil para devolvérselo á su padre. El desafiado no recordaba que entonces el propio Silvestre escribió á su hermano, el cura don Juan, para que también acompañase al chico cuando le presentaran al señor Bartolo, y exigiese á éste que no le maltratara.

Tal cosa no tenía importancia alguna ante el hecho imperdonable de que Esperanza fuese esposa de Fernando con gran contentamiento de toda aquella familia de militares y afines suyos, partidarios de las más abominables ideas; era preciso ser antimilitarista; aborrecerlos á todos menos á Esperanza á la que hicieron víctima de las ambiciones sociales, uniéndola á un hombre que de seguro no la haría feliz.

Raimundo no pensaba siquiera en que la propia Esperanza era ambiciosa; en verdad no había tenido ocasión de conocerlo; cuando se separaron, eran los dos casi unos niños.

Al fin los encantos de Matilde atrajeron al hijo del señor Bartolo, realizándose los deseos de éste. La ausencia de Esperanza contribuyó á que Matilde llenase por algún tiempo el corazón de su marido; pero al presentarse de nuevo en el lugar la hermosa capitana, el rencor que Raimundo guardaba hacia los que de ella le alejaron, menos á su propio padre, dicho sea en honra del joven, se aumentó de modo extraordinario.

Los entusiasmos del señor Cornelio por aquellas gentes le parecían intolerables, y hasta las benevolencias de la señora Benita; y no sólo le molestaba cuanto oía decir á sus suegros, sino que hasta Matilde participó de tales antipatías.

Esperanza por el contrario se presentaba ante él más adorable que nunca; había que hacer una excepción en favor de aquella mujer encantadora ligada por todos lados con los odiosos militares, y que por cierto no desmentía la sangre que circulaba por sus venas.

Se dice que las ideas no adquieren eficacia mientras no se transforman en sentimientos y arraigan en las muchedumbres; pero para que arraiguen, es preciso que haya un estado sentimental capaz de recogerlas y hacer que germinen.

A poco que se escarbe para descubrir la raíz de algunas ideas, nos hallamos en muchos casos conque no hubiesen surgido en la mente sin un sentimiento que las alentase; sentimiento antes y sentimiento después, si las cosas han de tener alguna realidad en este bajo mundo.

El estado sentimental en que Raimundo se halló al caer en su cerebro la semilla de la idea antimilitarista, fué sin duda la causa de que aquel muchacho sin cultura tomase tales idealismos tan á pecho, y se hiciera en aquel lugar el más acérrimo defensor de doctrinas avanzadas y hasta disolventes.

Su padre, aunque poco se llevaba con él en sabiduría, quedaba aparentemente muy por bajo, porque el chico tenía mayor inteligencia y estaba más limado por el maestro don Arturo, que aventajaba á su antecesor, de quien había sido discípulo el señor Bartolo.

Los demás individuos que formaban el escaso grupo antimilitarista, eran casi todos analfabetos. Raimundo les leía los artículos de propaganda que publicaban ciertos periódicos; el servicio obligatorio se hallaba ya establecido; pero con tales restricciones y privilegios para los ricos, según opinión de aquellos rústicos comentaristas, que parecía una farsa más para engañar á los tontos que tomaban en serio lo de las reformas democráticas.

—¡Siempre el dinero se abre paso!—decía Raimundo;— y los que lo tienen, se libran de sufrir humillaciones y molestias en el Ejército como en cualquiera otra parte. ¡Y no digamos nada de las recomendaciones pa ponerlos en los nejos-



res sitios, y si es necesario donde no corran peligro alguno!

Con razonamientos tales, hablando unas veces más en basto y otras más en fino, según eran sus oyentes, conseguía Raimundo que le tomasen por un cráculo.

El, según afirmaba, tenía tan aborrecidas las estrellas por verlas en los uniformes alguna vez, que casi le molestaban las del firmamento cuando por la noche andaba de ronda con cualquier motivo ó tenía que salir al campo.

Aquel propagandista de aldea no entendía los distingos que hizo en cierto discurso parlamentario el diputado Alejandro Lerroux, sosteniendo que el partido radical que le reconocía por jefe era antimilitarista pero no antimilitar, y que él, antes al contrario, sentía grandes entusiasmos por el Ejército.

Raimundo aborrecía á los militares, y lo demás le importaba bien poco, aunque se diese aire de hombre de ideas redentoras, defensor de los pobres,

En aquel pueblo no había asociaciones de obreros como en otros de Andalucía; la falta de organización en el proletariado hacía que el problema social no presentase allí caracteres agudos en los grandes conflictos de falta de cosecha; pero cuando alguna vez llegaban rúmorez de lo que ocurría en otras comarcas, á Raimundo no le parecía bien que los trabajadores del campo se rebelaran contra sus patronos, quebrantando la disciplina social que era precisa para mantener las cosas en razón y que todos pudieran vivir cada uno en su clase. El, como hijo de hacendado rico, consideraba justo que los que estaban por bajo le guardasen todo género de consideraciones y no pidieran más de lo debido; pero cuando se trataba del Ejército, era ya otra cosa; los pícaros jefes tenían la culpa de todo, y había que ir contra una institución que miraba á los hombres como á esclavos.

Esperanza fué acompañada por su propio padre cuando

se retiró de la casa de éste á la suya, la noche en que Fernando salió del pueblo con el delegado del gobernador. Padre é hija iban seguidos por la doncellita madrileña y por el antiguo asistente del coronel, que continuaba siviéndole como criado.

Al llegar á la esquina de la calle en que también vivían cerca de la casa de los Fernández de Mirones y casi enfrente, el señor Cornelio y el señor Bartolo, Raimundo salió de la morada de su padre en dirección á la de su suegro, y se quedó parado para conocer á aquellos señores.

Silvestre estuvo un rato en la habitación próxima al dormitorio de Esperanza, mientras su asistente, como él decía, registraba la casa hasta el último rincón, y cerraba perfectamente ventanas y puertas.

—Si algo se os ocurre, llamad á ese que dormirá debajo de la habitación de tu doncella, y con dar algunos golpes en el suelo bastará para que acuda. Yo hubiese preferido que te quedases en casa á dormir; pero ya que estás aquí mejor instalada, y te dejo en buena compañía, no quiero contrariarte; conque adiós, y hasta mañana, que esto será cosa de poco tiempo.

El coronel besó á su hija en la frente, y bajó la escalera con lentitud, dirigiéndose hacia su casa apenas vió que el asistente hubo cerrado la puerta principal.

La noche era apacible: Esperanza se asomó al balcón para ver marchar á su padre; así que éste desapareció tras la próxima esquina, dirigió ella la vista calle abajo y vió que había un hombre parado delante de la casa del señor Cornelio. Entonces se retiró cerrando el balcón; pero en tanto que se acostaba, cruzó por su mente la idea de si aquel hombre sería Raimundo, que vivía en la misma casa de sus suegros.

¿Habría sido ella más feliz casándose con aquel pobre labrador en vez de unirse á un hombre de brillante carrera

como Fernando?

Pensaba en esto, cuando se durmió amargada por los desencantos de aquellos días.

## XII.

El telegrama en que Fernando participó su llegada á la capital de la provincia, iba dirigido á Silvestre; enviaba un cariñoso abrazo para su madre y para Esperanza, diciendo que escribiría cuando pudiera, y todos se manifestaron contentos; pero la joven esposa no pudo menos de sentir en lo más íntimo aquella frialdad cortés, tan inmerecida para quien como ella acababa de sacar triunfante su virtud en una empeñada lucha.

Pasaron varios días sin que se recibiese carta del candidato, y al fin llegó un pliego que fué entregado á Silvestre por conducto de la guardia civil, que también entregó otro menos abultado al alcalde señor Juan Ponce.

El gobernador había suspendido al Ayuntamiento; y salvados todos los trámites que exigía la ley vigente entonces, y utilizadas las callejuelas que siempre hay para que quien manda haga lo que á bien tenga, resultaban nombrados concejales interinos todos los más decididos partidarios de Silvestre. Su cuñado Enrique, hijo mayor del ex secretario don José, era el primero que figuraba en lista, y se tenía convenido que fuese el alcalde. De la secretaría del Ayuntamiento se encargaría Joselito, el hijo segundo del propio don José, que en otro tiempo estuvo también empleado en aquella oficina, y que ahora iba á ser asesorado por su padre, quien no consintió que se hiciese en su favor el nombramiento, para conservar mayor independencia.

La noticia, no por esperada ocasionó menor regocijo. El entusiasmo público por la caída del gran cacique se desbordó en espontáneas manifestaciones, y Silvestre tuvo que calmar los ánimos prohibiendo las alharacas que tuviesen directamente carácter ofensivo para su cuñado el señor Juan.

Este, á pesar de todo, estaba enfurecido por lo que pasaba ante su vista, y ponía á los vencedores como jamás dijeron dueñas.

Eran todos unos sinvergüenzas hambrones que querían comerse lo habido y por haber, porque aunque Silvestre para sí no necesitase nada ni tampoco Fernando, con tal de poder farolear, consentirían que se hartasen todos aquellos perros de presa á quienes él durante su cacicato había tenido siempre á raya. Por eso se le sublevó el secretario don José y le abandonaron otros muchos.

El señor Juan ya no recordaba que el motivo fué bien diferente, y que de no haber mediado los amorfos entre Eamiro y Rosita, don José continuaría en su puesto; y en cuanto á los demás desleales, tenían motivos bien distintos, y muchos de ellos no habían jamás aspirado á ser partícipes del chupeteo municipal; se hubiesen conformado de seguro con que no les vejaran en su amor propio ni en sus intereses.

Entre los que abandonaron al alcalde caído, se hallaba el señor Cornelio, que como hemos manifestado seguía la política del juez municipal don Antonio Martínez. En unión de éste había ido ya más de una vez á casa de la señora Gregoria, siendo uno de los que más entusiasmos manifestaban por el coronel, como si inconscientemente le estuviera agradecido por las ayudas que en otros tiempos le prestara para tener contenta á la señora Benita.

El antimilitarismo de Bartolo y de Raimundo no llegó nunca al señor Cornelio, según dijimos, y procuraba convencer á su yerno para que depusiera aquella actitud injustifi-

cada. El joven, que siempre se ofendió cuando le hablaron de aquellas cosas, parecía ya algo benévolo; y aprovechando el comerciante tal estado de ánimo, le dijo al dar la noticia de que iba á tomar posesión el nuevo ayuntamiento:

—Se le va á dar una serenata al coronel, que en ausencia de su yerno es quien aquí figura al frente de todo, y si hemos de decir la verdad es el jefe efectivo de la política; porque el otro, al fin y al cabo, es un muchacho Inexperto. Todas las personas principales irán allí con tal motivo; la señora Gregoria y su nuera hacen los honores de la casa á las mil maravillas, y los que se retraigan en esta ocasión, puede decirse que se declaran enemigos del nuevo régimen que aquí se va á inaugurar.

A la señora Benita, que estaba presente, no le gustó lo de que Gregoria hiciese bien los honores, y dijo:

—¡Cuidao, hombre, que tienes unas cosas...! ¡La señá Gregoria haciendo los honores de la casa! ¡Pues cuando se ha visto ella en tales tragines? ¡Sin duda será que lo habrá aprendido de la nuera! ¡De esa señoritinga improvisá que quiere traernos aquí las costumbres de los Madriles alistrocáticos!

—No diga usted eso, madre;—interrumpió Matilde que también estaba allí.—¡Pues á fe que no está guapa y elegante la tal Esperanza! ¡Si parece un figurín de los que vienen en *La Moda!* Yo siento hacia ella simpatía sin saber por qué, y en cuanto á su suegra, quítese usted de estas cosas de pueblo, y déjela en paz aunque sólo sea para que no digan que somos envidiosos.

—Tiene razón la chica;—prosiguió Cornelio;—la gente joven es siempre más progresiva y civilizada. Las intransigencias de antaño no son propias de mujeres cultas como tú, y quisiera que imitaras en eso á ta hija.

El señor Cornelio sin rectificar los disparates de su mujer, se pavoneó después de soltar todas aquellas *escogidas*

palabras; Benita refunfuñó algunas más; y Raimundo quedó admirado de que Matilde defen- diera á Esperanza de aquel modo.

Continuó la conversación sin que el joven se atreviese á tomar partido al lado de su suegra, ni tampoco se manifes- tase propicio á transigir; pero esto bastó para que Cornelio se sintiese alentado, é insistiera en catequizarle.

—Vamos; no quiero dejar de decirte, que si tú no vas conmigo á esa reunión, te calificarán de hombre incivil ó de sectario furibundo, porque con la fama que tenéis de antimilitaristas. . . Al fin y al cabo si tu padre no va, como hace días se encuentra en el campo en sus incumbencias, nadie ha de extrañarlo grandemente; pero tú no tienes ahora operarios á quien dirigir, porque aún no han empezado las tareas agrícolas de la recolección. Si no fueses conmigo á la serenata, habría de ser muy notado. Ya ves lo que han hecho los de tu grupito; los amigos y correligionarios antimilitaristas. A casi todos los he visto ya casa del coronel, y Fulgencio aspira según se dice á que le nombren cabo de municipales, para indemnizarse tal vez de que cuando estuvo en el Ejército le quitaran los galones por insubordinado y le tuvieron dos meses en un calabozo.

Raimundo miró á su mujer como consultándole lo que debía contestar, y ésta le dijo:

—Anda, hombre; dale gusto á mi padre; no quiero que pases por rebelde.

—Pues bien; acompañaré á usted la noche de la serenata; —murmuró Raimundo.

A la señora Benita no le gustó aquella solución; pero tuvo que transigir, guardando silencio, aunque sin ocultar su protesta expresada en un mohín bastante significativo.

El día de la toma de posesión del nuevo Ayuntamiento, no se hizo esperar. ¡Buenos estaban los vencedores para dar-

le tregua al público regocijo que motivaba la caída del gran cacique!

Aunque a Gregoria le disgustaba mucho el interrumpir las buenas relaciones que siempre mantuvo con su hermano aun en los trances más difíciles de su vida, cuando él la contrarió en sus amores con Silvestre, no se podía oponer al general deseo. Los intereses de su marido y de su hijo estaban muy por cima de cualquier otra consideración; era preciso festejar el triunfo político logrado allí por Fernando, preludio de otros éxitos mayores cuando él pudiera sentarse en el Congreso de los Diputados teniendo la representación de aquel distrito.

La asamblea popular que se reunía bajo la presidencia de Silvestre, acordó hacer grandes festejos en los siguientes días al de la toma de posesión de los concejales interinos; se pondrían arcos voltaicos en la plaza principal, como mejora del modesto alumbrado eléctrico establecido en la población con la fuerza hidráulica de los molinos del señor Bartolo y del señor Cornelio; que como sabemos, al fin formaron la sociedad que durante muchos años no pasó de un simple proyecto del comerciante, y tantos disgustos había causado en aquellas dos familias.

A más de la consabida serenata, habría toros como en las fiestas que en el pueblo se celebraban una vez al año, y el nuevo alcalde dispondría apenas empezase á actuar, que se preparara la plaza del pueblo convenientemente, haciendo tablados para el público, que no podía encontrar suficiente acomodo en los balcones y ventanas de los edificios; se pondrían burladeros en los sitios oportunos, cerrando las bocacalles con dichos tablados, y para que la gente que fuese de los anejos y cortijos quedase completamente divertida, se agregarían en aquella ocasión á los festejos algunos nuevos números, como cucañas, globos y fantoches.

No faltó quien propusiera que uno de los monigotes que se elevaran en el espacio semejase la figura del señor Juan, alcalde saliente; pero aquello fué rechazado por el coronel, con lo que se evitó que llegaran á tomar forma otras varias proposiciones disparatadas, como la de celebrar un *Te Deum* en la parroquia, cual suele hacerse al cesar la epidemia del cólera morbo ú otras por el estilo, de las que de vez en cuando dejan asolados los pueblos.

Los cohetes que estallaron en el espacio anunciaban que había tomado ya la vara de alcalde el señor Enrique, hijo mayor de don José. La Casa Ayuntamiento se hallaba rebosante de público, y casi de bote en bote la plaza de la villa. Dos parejas de la guardia civil al mando de un sargento patrullaban por allí con fusiles y correaes, como si fuesen á prestar servicio en despoblado. El aspecto de la multitud era imponente.

Sonaron varios vivas al nuevo alcalde, al diputado del pueblo, al coronel, como si no hubiese más que uno en el mundo. Las expansiones populares no regateaban elogios á los vencedores, y hubo vivas para don José, el secretario, á quien allí nadie nombraba por su apellido, y para todos los que tenian alguna significación más ó menos grande en aquel acto.

De pronto se oyó un ¡muera el cacique! aunque no se nombraba, todos allí sabían contra quién iba el grito subversivo. El alcalde, empujando á cuantos le impedían el paso, se dirigió al sitio de donde había salido aquella voz.

—¿Quién ha dicho eso?—preguntaba.—¿A la cárcel ahora mismo con él!

Nadie supo quien había lanzado aquel muera, y no fué posible encarcelar á persona alguna; pero no se repitió la ananifestación de hostilidad al señor Juan Ponce.

Entretanto, dos de los más entusiastas y significados, se-



guidos de un numeroso grupo se encaminaron á la iglesia donde se hallaba el sacristán: le pidieron las llaves de la torre para subir á echar las campanas á vuelo, y al oír de boca del interpelado que se las había recogido el señor cura, salieron más que á prisa, y atravesando la calle entraron en la próxima casa del tío Anselmo el molinero, donde en compañía de éste y de su mujer vivía el párroco, hijo menor de aquel viejo matrimonio.

—¡Don Juan! venimos á que nos dé usted las llaves de la torre;—dijo el más desenvuelto de los dos que dirigían el grupo.

—¿Y para qué las queréis?—contestó el cura con tono tranquilo y suave acento.

—Pues ¡pa qué ha de ser! ¡pa repicar las campanas! ¿Le parece á usted poco el motivo, cuando se può decir que hoy nos hemos nacido en este pueblo?

—¿Y queréis vosotros que la Iglesia tome parte en esas cuestiones políticas?

—¡Pues no parece sino que á usted no le toca ningún plaza ni el nuevo alcalde ni el que va á ser diputac, ni su hermano de usted el coronel;—exclamó el segundo de los directores, mientras sus acompañantes esperaban impacientes la solución.

—Pues por eso mismo que me tocan,—replicó el cura sin alterarse,—tengo más obligación de no consentir que hagáis cosas que no estén bien.

Algunos otros de los del grupo se permitieron hacer observaciones al cura encaminadas á su fin, aunque sin faltarle al respeto en lo más mínimo; pero al enterarse de lo que pasaba la señá Rita y el tío Anselmo, salieron en busca de su hijo, que se esforzaba en convencer á los entusiastas de lo impropio de su petición.

Casi ya estaban convencidos, cuando el tío Anselmo cor-

tando el discurso del cura, dijo con un arranque muy suyo:

—¡Qué concho! Cuando el muchacho os lo dice, es porque no debéis hacerlo; conque no ser majaeros, y marcharos á divertiros sin repicar las campanas.

El llamar muchacho al señor cura, no pudo menos de hacer reir á todos los presentes, que vitorearon al viejo molinero, quien no se extrañó por tal cosa.

—Pues bien, señor cura, lo que usted quiera;—dijo el que capitaneaba la revoltosa hueste;—pero se pasa usted de bueno con esa gentuza que tanto nos ha fastidiado.

Al retirarse de allí, todos iban haciendo comentarios sobre lo buenazo que era don Juan y las ocurrencias que tenía el tío Anselmo, y hasta se lamentaban de si se habría asustado algo la señá Rita por lo sucedido.

El señor Juan Ponce que era hombre de muchas agallas, habia preparado cuantas escopetas en su casa tenia. Se hallaban allí reunidos todos sus dependientes y algunos de sus parciales más animosos, que por dignidad se creyeron obligados á acompañar en aquellos momentos al jefe caído.

La que acababa de ser alcaldesa, seguía actuando como tal en su propia morada, y disponiéndolo todo para que comieran allí los congregados y bebieran largamente.

Cuando el vino se les fué subiendo á la cabeza, no faltaron guapos que se ofreciesen á salir para quitarle la vara al señor Enrique, y volver á dársela al que de derecho le correspondía.

Para aquella gente el cargo de alcalde debía estar perpetuado en el señor Juan, y ellos debieran ser también regidores perpetuos como los de los pasados siglos.

Si no fuese por el sargento y los cuatro civiles, harían una bien sonada. Lo de la multitud que llenaba plazas y calles en actitud hostil al Ayuntamiento suspenso, sin duda no merecía siquiera que ellos lo mencionasen.

Por si la masa popular opinaba de modo distinto que aquellos cuatro matones de pega, Silvestre conferenció con el nuevo alcalde, y éste tomó sus precauciones enviando personas de confianza que vigilasen por las cercanías de la casa del señor Juan, para estar al quite en el primer momento y dar inmediato aviso.

Cada vez que los de adentro veían pasar á alguno de aquellos vigilantes, se deshacían en baladronadas y denuetos detrás de las paredes.

¡Iban á salir para comerse los redaños de aquellos gallinas sinvergüenzas! pero se dejaban convencer á las pocas palabras de la esposa del señor Juan y de algunas otras mujeres que le ayudaban en su tarea.

Llegó la noche; los caídos se fueron tranquilizando, y retirándose á sus casas por los caminos más excusados para no llamar la atención; sólo quedaron con el señor Juan sus dependientes de valor más acreditado, dispuestos á requerir las escopetas en caso de un asalto repentino.

A la hora oportuna, empezó la serenata delante de la casa del coronel. Por las amplias habitaciones de la cómoda residencia que había ocupado desde su juventud la señora Gregoria, y que como sabemos estaba completamente transformada, discurrían casi sin poder revolverse los numerosos amigos del futuro diputado.

Los dueños de la casa obsequiaban á los concurrentes con pastas, dulces, emparedados y exquisitos fiambres; finos licores, vinos de buenas marcas y magníficos cigarros, para lo que se había llevado de la capital lo que no se pudo adquirir en aquel pueblo ni en los inmediatos de mayor importancia.

En el espacioso comedor se hallaba una larga mesa con lujosa mantelería, elegante servicio de vajilla sevillana de la fábrica «La Cartuja», cristalería fina, centros y jarrones

con delicadas flores.

Todo había sido dispuesto por Esperanza con la ayuda de su suegra y el consejo de su padre, á quien le consultaban cada vez que surgía alguna duda respecto á lo que era oportuno hacer allí, y lo que pudiera resultar excesivo ó inadecuado.

Desde que él otra don Juan cantó misa, y aun desde el casamiento de Tomás el hijo mayor de Gregoria, las cosas habían variado mucho y estaba ya el pueblo para que nadie lo conociera.

La costumbre de servir chocolates en las fiestas solemnes, sólo se conservaba entre las gentes ramplonas; aquella noche había helados de diferentes clases, y nuestros lectores de *Señoritines*, al entrar allí, se creían transportados al gran mundo si no les recordásemos que se trata de los mismos lugares que antes recorrimos.

Esperanza se hallaba aquella noche verdaderamente encantadora. Lucía sencillo y elegante traje color malva con un precioso *echarpe*; dos hilos de finas y menudas perlas rodeaban su garganta escultural; otras dos lindas perlas de regular tamaño pendían de sus orejas, y un bien elegido peinado realzaba la belleza de su rostro.

Gregoria vestía traje negro de seda de buen corte; estaba bien peinada por su nuera, y como únicas joyas llevaba unos pendientes de brillantes de no gran valor, que eran regalo de su marido.

El coronel se hallaba de uniforme con todas sus cruces, pasadores y medallas.

Los concurrentes estaban deslumbrados ante tanta magnificencia pocas veces por ellos vista, y no era la cosa para menos, pues el acontecimiento que se celebraba había de causar época en la población.

Se hallaba allí todo lo más selecto; los hijos de la dueña

de la casa Tomás y Francisco, con sus mujeres; Juánita que era una arrogante matrona, y Amalia la hija del médico, de tipo fino y agraciado. También estaban los padres de ésta, don Rufino y doña Luisa, y María la mujer del alcalde, hermana de Silvestre, que aunque había tenido varios hijos, se mantenía bastante guapa.

El juez municipal don Antonio Martínez había llevado á su hija Carlota que se conservaba muy agradable y sencilla, y á su yerno don Arturo, el maestro de escuela, para que contribuyesen á dar brillo al acto, y excusó la ausencia de su señora doña Dolores, fundándola en el mal estado de su salud.

El nuevo alcalde se hallaba acompañado de los flamantes regidores; de su hermano Joselito y de su padre don José. La esposa de éste, como la de don Antonio y la propia señá Rita; madre del dueño de la casa, se habían quedado en las suyas porque ya no estaban para fiestas, ni tampoco se veía allí al cura don Juan.

El señor Cornelio y su yerno Raimundo, figuraban además entre la concurrencia; ambos iban muy acicalados, aunque el primero no tuvo ayuda alguna para vestirse porque la señora Benita estaba aquella noche de mal humor, y en cambio Matilde cuidó hasta de los más pequeños detalles, procurando que su marido fuese hecho un *dandín*.

En verdad el hijo del señor Bartolo resultaba mucho mejor que el guapetón de su padre, y era tipo bastante más fino.

Había que verlo con su traje obscuro de americana de fina tela, género catalán, hecho por un sastre de la ciudad más próxima; su camisa bien planchada con cuello á la marinera y corbata azul con listas, bota de color avellana y sombrero flexible.

Un sedoso bigote castaño daba cierto tinte señoril á su

rostro ligeramente moreno de correctas facciones, hermo-  
sadas por grandes y expresivos ojos casi negros.

No tenía Raimundo nada de afeminado ciertamente; ha-  
bía en su aire algo de lo jacacondoso que distinguió á su pa-  
dre cuando fué joven; y aunque de menor estatura, era un  
mozo gallardo de los que van por dóquier aprisionando co-  
razones femeniles.

Al presentarse en la casa del coronel, éste le acogió con  
carifio, acaso por ser esposo de aquella muchacha nacida á  
poco tiempo de haberse ido él á la guerra de Cuba. Los re-  
cuerdos gratos de época tan azarosa, producian ciertas con-  
fusiones en la mente del bravo militar, que no dejaban de  
agradarle aún.

Por más que procurase limpiar su conciencia de las pa-  
sadas culpas, conservaba en el fondo del alma cierta levadu-  
ra pecaminosa.

Después de conversar un rato con el joven, le pareció  
oportuno presentárselo á su mujer, aunque prescindiendo de  
ciertas fórmulas sólo usadas en la sociedad distinguida. Al  
fin y al cabo Raimundo no había estado nunca en aquella  
casa, y era preciso relacionarlo con la señora que hacía los  
honores.

—Mira, Gregoria;—dijo el coronel;—aquí tienes á Rai-  
mundo el yerno de nuestro amigo Cornelio, que se ha hecho  
todo un mozo; yo voy ahora conociendo á esta nueva genera-  
ción y lo mismo te pasará á ti.

—¡Claro!—contestó Gregoria tendiéndole la mano al jo-  
ven;—¡como Raimundo y otros así eran unos niños hace  
poco!

Aunque algo cohibido al principio, el presentado se re-  
hizo prontamente y siguió la conversación con Gregoria, sin  
atreverse á saludar á Esperanza que estaba muy cerca de  
ellos.

—Oye, Esperanza;—le dijo su suegra;—¡aquí tenemos á tu amiguito de la niñez; ¡ya hará bastantes años que no os habéis visto!

Raimundo no sabía cómo hablarle á aquella señora tan guapa y tan principal, á la que en otros tiempos trató familiarmente. El recuerdo de la escena en que su padre le sorprendió cuando él la requería de amores, y ella le rechazaba fundándose tan sólo en no merecerle, acudió á la mente del joven.

Entonces Esperanza era una pobre muchacha sin padre, recogida en casa del señor Bartolo casi por caridad, para que Teresa no tuviese ante su marido la prueba constante de una antigua falta, y ahora ella se hallaba muchos codos por cima de aquel que cuando adolescente quiso ofrecerle su amor, provocando una oposición enérgica de su padre que intentó lanzar de la casa á la infeliz y hasta le pegó, aunque en verdad el golpe fuese dirigido á la señora Andrea que la defendía.

Esperanza contestó á las últimas palabras de su suegra, disimulando la emoción que también ella sentía, y al comprender lo que por el joven pasaba, dominó la difícil situación, dándole la fingida naturalidad que fácilmente consiguen las personas de refinados hábitos sociales.

—¿Cómo estás, Raimundo?—dijo.—¡Cuánto me alegro de verte!

—Y yo también;—murmuró el joven avergonzado de haber dado ocasión á que ella tomase la iniciativa en el saludo, pero sin atreverse aún á tutearla.

—¡Vamos;—dijo Gregoria comprendiendo la turbación de Raimundo, que atribuyó tan sólo á la poca costumbre que él tenía de tratar á señoras como Esperanza;—así me gusta; hablarlos de tú como antes; ¡pues no faltaba otra cosa!

La buena mujer ignoraba por completo lo que entre los

jóvenes había mediado antes de que Silvestre recogiera á su hija natural, pues sólo se dijo entonces que el señor Bartolo la trataba peor que á una criada, y hasta había llegado á pegarle por cualquier tontería.

Cuándo Raimundo se atrevió á pronunciar el primer tú dirigido á Esperanza, la banda de música situada en la calle, empezó á tocar medianamente unos valsos de moda.

### XIII.

La plaza del pueblo estaba inundada de luz solar; una ola de indefinible alegría agitaba á la muchedumbre; en tablados, ventanas y balcones, se había reunido casi todo el vecindario de la villa y muchos forasteros.

Iba á celebrarse una gran corrida de toros con motivo del cambio de Ayuntamiento, y como caso verdaderamente extraordinario.

La costumbre establecida de inmemorial era que hubiese una corrida de vacas bravas todos los años durante las fiestas del pueblo, y alguna vez las corridas duraban hasta tres días, pero nunca hubo toros de muerte.

Los mozos más bravos aún que los cornúpetos, eran los que salían á torear sirviéndose de sus chaquetas en vez de capas, y esgrimiendo garrotes para conseguir dominar á los bichos más rebeldes.

No había, pues, picadores, ni banderilleros, ni espadas; cuando el público se cansaba de una vaca ó toro, pedía á gritos que lo echasen fuera y sacaran otro mejor.

El animalito que se veía libre salía escapado, atravesando calles hasta llegar al campo, que no estaba lejos, y continuaba su carrera sin parar, huyendo de aquel martirio á que no-



le tenían acostumbrado.

Cuando se veía en plena sierra, se ensanchaban sus pulmones con el aire puro, desbordándose su gozo en ruidos que repetían los inmediatos profundos barrancos y el viento que agitaba el ramaje de los altos pinos.

La fiera popular seguía entretanto pidiendo toros y más toros; era frecuente que por cualquier motivo insignificante surgido durante la lidia, anduviesen los mozos á garrotazo limpio, y tuviera que lanzarse el alcalde bastón en mano entre los luchadores, sin preocuparse de la res que corría entonces por la plaza; allí todo el que ejercía autoridad necesitaba tener algo de torero para no amilanarse, y dar un quiebro si era necesario cuando el bravo animal iba en su ayuda para separar á los contendientes.

Hasta los guardias civiles tenían que armar bayoneta ó machete, mirando con un ojo al toro y con otro á la turba multa, dispuestos á hacer el oficio de los alabarderos en las fiestas reales, y presentar puntas aceradas ante el hocico del berrendo.

En aquella ocasión se había introducido una novedad; iban á matar un toro, para cuya tarea se ofreció Raimundo el hijo del señor Bartolo y yerno del señor Cornelio. Según decían, no era la primera hazaña de esa clase que había realizado, aunque teniendo un público limitadísimo; cuatro amigos de confianza, y los gañanes que en los toriles de la sierra reúnen el ganado bravo para ponerle el hierro á los novillos, operación que se hace anualmente.

La res sacrificada había servido en tales casos para correr una gran *juerga*, enviando la carne sobrante de la dedicada á la comilona, para que se la repartiesen en el pueblo las familias de los toreadores.

Hasta tenía Raimundo un traje de luces que se hizo para salir de máscara en cierto carnaval, durante el período en

que más le privaron las aficiones toreras.

Todo aquéllo había contribuido á que estimulado por algunos camaradas, se ofreciese el joven á matar un toro en aquellas fiestas, para su mayor brillantez.

Al principio, el alcalde rechazó la proposición, y las personas más sensatas como Silvestre, don Antonio, don José, Gregoria y otras señoras principales, aprobaron tal medida; pero al fin la gente bullanguera que estaba en gran mayoría se impuso, y fué preciso transigir para no afrontar la impopularidad á los pocos días de ejercer el mando.

Se mataría un toro, y lo único que se pudo lograr fué que aunque se le diera tal nombre, se destinase á ello un novillo.

La licencia del gobernador se obtuvo sin dificultad, empleando las consiguientes reservas.

Fernando era esperado para que asistiese á los festejos; pero Esperanza recibió una carta en la que le decía su marido que el general le llamaba á Madrid, y que siguiese ella con sus padres, porque pronto iría él á reunirseles, á pesar de lo que no debían suspender las fiestas del pueblo, pues resultaba mejor que él no fuese hasta que hubieran terminado.

Toda la familia se sintió contrariada con la carta de Fernandito, y más que nadie su mujer, aunque lo disimuló. Los que menos importancia concedían á aquel incidente, eran los amigos y correligionarios. Para ellos, el ministro de la Guerra sin duda necesitaba andadores, y no podía dar un paso en ningún asunto sin tener al lado á su ayudante.

¿Qué no se debía esperar de un hombre tan necesario, que seguramente influiría para todo en la buena marcha del Gobierno?

Aquellos buenos ciudadanos no conocían a Iván de Vargas, ayudante también del ministro, ni á otros jefes y oficiales que éste tenía á sus inmediatas órdenes, y fantaseaban

suponiendo mil majaderías.

Así se aprecian en los pequeños pueblos los asuntos de la intrincada política de los gobiernos de Madrid.

La corrida de toros se celebraba, pues, en el día señalado para ello desde el principio. Habían sido invitadas á presidir las personas de más significación, y desde luego surgió la idea de que el balcón principal de la Casa Ayuntamiento fuese ocupado por señoras distinguidas. Esperanza, esposa del futuro diputado; la alcaldesa, Carlota la hija del juez, Juanita y Analía, nueras también de la señora Gregoria, en las que se daba el caso de que al nombrarlas, sólo se emplease el diminutivo con la de más edad, sin duda porque el nombre se prestaba mejor á ello, y siempre se la había distinguido por Juanita.

La coronela, doña Luisa la médica y la señora doña Dolores, consorte del juez don Antonio Martínez, se abstuvieron de concurrir; pero en cambio había unas cuantas muchachas solteras, elegantitas y guapas sobre todo, que completaban el cuadro de espléndida hermosura con que se adornó aquel día el balcón de la Casa Consistorial.

De lo más granado del sexo fuerte, sólo faltaba allí don Antonio, cuya refinada cultura no transigía con la barbarie torera. Hasta el maestro don Arturo acompañaba á su consorte, pues al cabo de tantos años de lugareño, había concluido por aceptar aquellas costumbres mejor que su *papá* político, á pesar de que éste nació en la villa y era mucho más viejo.

El médico don Rufino estaba allí por si sus servicios eran necesarios, y también el cura don Juan que se ocultaba del público y casi se pasó el tiempo hablando con don José en las oficinas de secretaría, que daban al interior del edificio.

Silvestre y su cuñado el alcalde, atendían preferente-

mente á las señoras, y encima de la mesa presidencial del salón de sesiones, había varias bandejas con dulces, copas con vinos, licores y agua, y varias botellas de marcas conocidas.

Iba á lidiarse el novillo destinado á la muerte; Raimundo ostentaba su traje de luces que brillaba con el radiante sol de aquella tarde, convirtiéndole en un torero profesional. Le acompañaban á guisa de improvisada cuadrilla varios de sus amigos, que se habían hecho en breves horas capotes de faena, pero que vestían sus trajes ordinarios habiendo dejado las americanas para quedarse en mangas de camisa, á fin de torear con mayor soltura.

Aquel novillo era para los señoritos del pueblo, aunque tal distinción aparecía fundada tan sólo en las aptitudes personales de los lidiadores, y no en privilegio alguno de clase. Para ello se había hecho entrar también en la cuadrilla á algunos mozos de humilde condición, ágiles y algo conocedores de la faena.

Raimundo se daba aires de maestro dirigiendo las suertes de capa. A una seña que ya tenía convenida con el alcalde, respondió la orden de éste para que el cornetín tocara á banderillas. El primer par fué puesto medianamente por el matador, y después otros tres individuos de la cuadrilla salieron de su compromiso como les dió á entender el diablo.

Sonaron palmoteos estrepitosos que ahogaban dicharachos de todas clases, y un nuevo toque de clarín dió la señal de matar.

El espada, apercebido con muleta y estoque, se dirigió gallardamente á la presidencia para brindar el toro á las hermosuras que adornaban el balcón de la Casa Ayuntamiento, y mientras lo hacía con carácter general en las breves palabras adecuadas al caso, sus ojos se fijaron tal vez invo-

luntariamente en Esperanza.

La elegante joven lo advirtió, y la emoción sentida bañó su rostro de un tinte sombrío.

El matador se dirigió bizarramente al toro; le provocó con el trapo y empezó su faena dándole algunos pases con relativa habilidad; considerada su poca competencia. En uno de ellos faltó muy poco para que el bicho le alcanzara, y resonó un murmullo de temor que fué inmediatamente seguido de entusiastas aplausos. Entonces Zaimundo se fué resueltamente contra su enemigo, y al recibir la nueva envestida, le dejó el estoque profundamente clavado; pero al salirse, el toro le alcanzó derribándole y pasando por cima de él.

Un grito de horror resonó entonces en la plaza; los compañeros del improvisado maestro acudieron en su ayuda, en tanto que el toro caía moribundo á muy pocos pasos de distancia.

El joven matador se levantó rápidamente haciendo señas al público de que no le había ocurrido nada grave, y así era en verdad: algunos girones en la ropilla fueron las únicas consecuencias de lo que se temió pudiera ser un grave accidente.

Los aplausos resonaron por largo espacio en todos los ámbitos de la plaza como premio ganado en buena lid por aquel intrépido joven, y entretanto el infeliz toro miraba en torno suyo con ojos oscurecidos por la muerte, doblando la cabeza para no levantarla más.

—¡Bravo muchacho!—decía Silvestre á su cuñado Enrique;—temí que lo hubiese clavado el animalejo que tenía coraje y mala intención; pero parece que no ha sido nada.

—¡Nada!—repetía el alcalde dirigiéndose á las señoras;—tranquilícense ustedes; está completamente ileso.

Juanita se había levantado de su asiento toda nerviosa y con los ojos llenos de lágrimas; se trataba del esposo de Ma-

tilde, y aunque las relaciones de familia estaban como sabemos interrumpidas, ella tenía buen corazón y quería de veras al muchacho; su hermana tampoco tenía culpa alguna de los disgustos ocurridos, que harto la hicieron sufrir, y habría sido una lástima que una chica tan joven y buena perdiese á su marido, del que estaba verdaderamente enamorada.

Esperanza oía las lamentaciones de Juanita, á la que las amigas procuraban tranquilizar, y ni siquiera tenía valor para dirigirle una palabra; tan grande era la emoción que aun embargaba su ánimo, que no acertaba á darse cuenta de si había visto morir á Raimundo en las astas del toro, ó le veía acercarse rodeado de su cuadrilla hasta llegar bajo el balcón en que ellas estaban.

Así pasaron algunos minutos, y todos comentaban el lance con una algarabía confusa.

—¡Qué pálida estás, hija mía!—dijo Silvestre fijando sus ojos con gran cariño en el demudado rostro de Esperanza.

Ella hizo un esfuerzo supremo; balbució una frase vaga, y se dirigió á donde se habían retirado Juanita y algunas otras. Raimundo entró en el salón acompañado de un numeroso grupo de amigos entusiastas. Todos los que allí había le felicitaron efusivamente; Juanita le dió un abrazo como vida aún, y le dijo al oído:

—Anda á ver á la pobre Matilde; sabe Dios lo que le habrán contado y cómo estará la infeliz.

El valiente mozo apenas podía desasirse de los que le estrechaban; entre las señoras que también había en torno suyo, se encontraba Esperanza con el rostro pálido, sin atreverse á dirigir la palabra al joven.

—¡Buen susto les he dado á ustedes!—dijo éste dirigiéndose á todas, pero fijándose más en la hija del coronel.

Las miradas de ambos se encontraron, y ella bajó los ojos inconscientemente; repuesta enseguida, alternó en la con-



versión con las que más cerca estaban; pero Raimundo no se decidía á salir, y dió motivo á que Juanita le recordara de nuevo á Matilde, empujándole suavemente para que se marchase en su busca.

En verdad la hermosa boticaria había sido oportunísima, porque cuando Raimundo llegó á la esquina próxima á su casa con algunos acompañantes, ya Matilde salía de ella seguida de varias mujeres, demostrando en su descompuesto ademán que sabía lo ocurrido y no daba entero crédito á las tranquilizadoras palabras de los que la habían enterado de todo.

La señora Benita que, como la mujer del torero tampoco quiso ir á la plaza, en tanto que su hija y su yerno se unían en estrecho abrazo, empezó á reconvenir al joven del siguiente modo:

—Aquí tienes á esta infeliz sin vida toda la tarde, que no sé cómo he podido darle ánimos; ¡y todo por ser tú fachendoso y querer lucirtel!

El señor Cornelio que era uno de los que con Raimundo habían llegado, cortó la escena diciéndole al joven que fuese á ver á su madre.

La señora Aurea afortunadamente no se había enterado de nada, y fué sorprendida rezando delante de una imager de la Virgen, á la que en un cuerto próximo á la cocina le tenía encendida dos velas.

Al enterarse por boca de su consuegro de las proezas de su hijo, la buena mujer rompió á llorar, y abrazada como estaba al muchacho, le llenó el rostro de lágrimas y de besos.

Cuando el señor Bartolo se enterase al volver del cortijo, de seguro le esperaba á su Raimundo una buena, por aquella atrocidad de haber salido á matar un toro; pero allí estaba ella para conseguir que hicieran las paces, siempre que el joven diese palabra de no repetir semejante fechoría.

#### XIV.

Terminada la fiesta taurina, la concurrencia se fué restituyendo á sus respectivos hogares; por aquel día no había más públicos festejos; Esperanza y Silvestre fueron recibidos por Gregoria con muestras de alguna impaciencia, motivada sin duda porque habían llegado hasta allí vagos rumores de lo ocurrido, y el coronel enteró entonces á su esposa hasta de los más pequeños detalles.

Gregoria comentó con su cuera el gran susto que habrían tenido al ver á Raimundo atropellado por el toro; pero la joven casi se limitaba á dejarla hablar, refiriéndose siempre á lo que á las demás señoras presentes allí les había impresionado el suceso, sin decir nada de cuenta propia.

Cuando se sirvió la cena, Esperanza comió poco, y su padre procuró animarla diciendo en tono de broma:

— ¡Qué hijita esta! Para hija y mujer de militar, eres demasiado impresionable; si tuvieses que presenciar el bombardeo de una plaza sitiada, ya veríamos cómo sacabas fuerzas de flaqueza.

Raimundo después de tranquilizar á su madre y á su mujer se debía á sus amigos y compañeros, y tuvo que dedicarles el resto de aquella famosa jornada, yéndose con ellos al casino.

Desde la época en que el señor Cornelio jugaba al tresillo con el médico, el secretario y el maestro de escuela, y en que Silvestre, próximo á ingresar en el Ejército como soldado, organizaba serenatas para Carmela y otras chicas principales, en compañía del que luego fué su cuñado Enrique.



y de otros buenos mozos de entonces, el centro recreativo de la villa había variado mucho.

La transformación no llegó hasta el punto de que no lo conocieran los que con nosotros visitaron antes aquel casino de lugareños; pero la luz eléctrica que se pagaba por un tanto fijo, tenía siempre iluminadas todas las habitaciones, donde los socios entraban y salían sin tener que llamar al conserje para que les encendiera quinqués de petróleo.

Si alguna vez los criados apagaban la luz para que no se gastasen las lámparas, todo se reducía á tener que dar vuelta á la llave y que de nuevo corriese el fluido.

Los diferentes departamentos estaban aquella noche invadidos por vecinos y forasteros. En la sala alta de la ruleta y del monte había preparada una gran mesa para dar un suntuoso banquete á los toreadores, en el que les acompañaban sus más entusiastas amigos que iban á pagar á escote todo el gasto que allí se hiciera.

Eran más de veinte los que se habían suscrito con tal fin, y se trataba por tanto de una *juerga monumental*, en la que el principal obsequiado iba á ser Raimundo; el héroe del día.

El elemento formal se hallaba en la antigua cocipeta de la planta baja, á mano derecha del portal, y no faltaban allí en tan solemne ocasión, el juez don Antonio, su yerno don Arturo, el nuevo alcalde y el señor Cornelio.

La algazara de arriba casi no les dejaba hablar de nada serio, como de los recientes acoptecimientos políticos, porque habrían tenido que andar á gritos para llegar á entenderse, y eran cosas harto delicadas que no debían tratarse así, pues no falta nunca algún soplón que en tales casos vaya con el cuento, y el señor Juan Ponce, alcalde caído, andaría seguramente á caza de noticias.

Aburrido el señor Cornelio por no poder tratar las altas cuestiones á que tan aficionado era, se decidió á retirarse

tempranito á su casa; pero antes creyó oportuno subir para encargarle á su yerno que no se retrasara demasiado.

Advertidos de ello los amigos del matador, después de invitar al sesudo comerciante para que les acompañara y hasta obligarle á que tomase alguna copa, dijo uno de los más entrometidos:

—Esta noche no nos quita usted al gran Raimundo por más que haga; dígame á la buena moza de Matilde que se conforme con ser viuda por algunas horas, porque mañana será de día y con la plena luz del sol le entregaremos á su marido bueno y salvo, que de eso respondemos todos nosotros con nuestras cabezas, que no están á pájaros todavía aunque muy pronto lo estarán.

Un gran palmoteo interrumpió al improvisado orador.

—¡Bravo! ¡Viva la juerga!

—¡Y los hombres con agallas!

—¡Y las mujeres con circunstancias!

—¡Y sus papás!

—¡Y hasta el cura que los parió y la madre que los bautizó!

Estas y otras exclamaciones por el estilo corearon el anterior discurso, y el señor Cornelio tuvo que escapar, convencido de que por aquella noche no había que contar con que dejasen libre á su yerno los tales majaderos que le miraban casi como á un idolo.

La tertulia de la señora Gregoria estuvo bastante desanimada; el ajeteo de aquel día hizo que fuesen pocos los politicastos que se sintieran con deseo de ir á visitar por la noche al coronel; las personas de la familia que no solían faltar nunca se retiraron bastante temprano, y á eso de las once, Esperanza dijo también que tenía dolor de cabeza y necesitaba descansar.

—¡Anda, monina!—le contestó su suegra;—te hace mucha falta dormir para que se calmen tus nervios, porque la tarde

ha sido muy intranquila para todos.

—Si; vete ya á tu casita;—añadió el coronel;—á no ser que quieras quedarte aquí, que sería lo mejor; ¡no fué mala tontería el iros cuando llegó Fernàndo! si después de todo te pasas el día en esta casa! ¿por qué marcharte á dormir á la tuya?

—Déjalo, papá; ya lo tengo allí todo dispuesto. ¡Como Fernando iba á volver enseguida. . .!

—;Sabe Dios cuándo se desocupará de sus asuntos! ¡Buena anda su cabeza ahora con la política! Los militares no debiéramos ocuparnos más que de nuestra profesión.

—Ya te están esperando tu doncella y el asistente de tu padre;—dijo Gregoria volviendo á entrar en la habitación que había abandonado por algunos momentos.

Esperanza besó á su suegra con cariño, y se colgó luego al cuello del coronel.

—¡Qué diablo de chica! ¡Pues no estás poco nerviosa!—dijo éste besándola también con ternura.

Pasados algunos minutos, la joven y sus acompañantes llegaron á la antigua casa de los Fernández de Mirones.

Esperanza encargó que se registrasen todas las habitaciones y quedaran cerradas ventanas y puertas. La doncella la desnudó después, y se retiró á su dormitorio; pero la hija de Silvestre sentía cierta sofocación que no le dejaba dormir; se echó sobre su cuerpo un salto de cama de finísima tela, abrió el balcón de la amplia alcoba que era una sala que daba á la calle, y se asomó para respirar el aire puro.

No pasaba nadie ni se oía el menor ruido; así permaneció un largo rato dejando vagar su pensamiento entre ideas confusas é imprecisas.

Su marido ausente, dedicado tal vez más que á la política á hacerle la corte á Mary; las revelaciones que en tal sentido le hizo á ella Iván de Vargas, y la violenta escena que

con éste tuvo la víspera de su salida de Madrid; el triste cuadro de Elisa celosa y de su tía enferma, y por último la corrida de toros, el accidente ocurrido á Raimundo, todo pasaba atropelladamente por aquella fantasía meridional, produciendo emociones bien diversas.

Al cabo se sintió cansada; no tenía deseo de dormir; pero casi no le era posible mantenerse en pie.

—Voy á ahogarme esta noche de calor;—se decía;—parece que se ha adelantado el verano; y con el fin de que el aire ven trase libremente llegando hasta su cama, dejó entreaabierto el balcón sujetando ambas hojas de madera con una silla.

Volvió á dejarse caer en el lecho arrojando la bata sobre una butaca pequeña que á los pies de la cama se veía; cerró los ojos queriendo llamar el sueño, y nuevamente vió todas aquellas cosas que tanto la molestaban. Sentía una inquietud interna casi injustificada en aquellos instantes. ¿Por qué le había llegado tan hondo el sobresalto que le causó la cogida de Raimundo? ¿Le amaría tal vez á pesar del tiempo transcurrido desde que mediaron aquellas niñerías que ella tenía ya casi olvidadas?

No había que pensar tal cosa; aquello era un disparate; Raimundo, su amiguito de la infancia, merecía eso y más, que casi lo habría sentido ella de igual modo al ver en peligro á cualquier torero de profesión; él estaba casado con una muchacha guapísima y buena, y seguramente sería feliz; pero ella, Esperanza, no había logrado esa felicidad á pesar de las brillantes cualidades de su marido.

¡Cuánto engaño hay en esas cosas tan íntimas; tan inexplicables! ¡No es posible juzgar bien por las apariencias! Acaso con Raimundo habría sido más dichosa viviendo en un pueblecillo como hacendados ricos ó labradores, sin conocer los refinamientos de la vida elegante de los centros

por ellos.

—¡Raimundo, Raimundo!—decía ya casi entre sueños; —¡pobre muchacho! tal vez él no me olvidó tan pronto como yo.

Y pensando así, se quedó dormida.

El banquete de los calaveras del pueblo llegó á su período algido; ya nadie se entendía ni siquiera con el que á su lado estaba; los cantos, las exclamaciones de todo género formaban un conjunto inarmónico; habia corrillos en todas partes; en el espacioso salón de la ruleta en el que entraban y salían constantemente los alegres jóvenes; y hasta en habitaciones distantes del piso principal y del bajo, donde se refugiaban á veces los que se veían más agobiados por el mareo.

Hubo un momento en que Raimundo, el más agasajado de todos, quedó casi abandonado por sus compañeros; entonces se le ocurrió la idea de escaparse. El había bebido, pero no mucho; sólo lo bastante para sentir una gran excitación; sabía que á Matilde le repugnaban los vapores alcohólicos, y como él no era vicioso, procuraba no excederse en las bromas en que se veía obligado á alternar, para que al retirarse á su casa no molestara á su mujer el desagradable olorillo que suelen despedir los *juerguistas*.

Sentía la necesidad de verse en el tierno regazo de su mujercita; de que el suave aliento escapado de sus labios le orease la frente; de que aquellos brazos que parecían hechos á torno le oprimieran con amor; y así quedarse dormidito como un niño después de cansado, para tener luego un más grato despertar.

Sacó un caramelo de menta que llevaba en el bolsillo; se endulzó la boca, y tomando varios buchets de agua de un vaso, se enjuagó perfectamente.

Después se deslizó entre sus amigotes sin que á ninguno

se le ocurriera contenerlo, y pronto se vió en la calle; empuñó precipitadamente el camino de su casa, temeroso de que notaran su ausencia y le cortarán los pasos; pero buenos estaban los otros para cuidarse de eso!

Al pasar por delante del balcón de Esperanza, miró instintivamente con verdadera curiosidad, y observó que se hallaba entreabierto.

—¿Si no se habrá acostado aún? — murmuró entre dientes; — Es extraño que á estas horas...

Siguió avanzando hacia su casa, y al llegar encontró cerradas ventanas y puertas; y hasta el único balcón que en la fachada había.

Seguramente todos estaban acostados; cuando su suegro se retiró del casino, llevaba el convencimiento de que hasta después de anochecer no terminaría el *jórgito*, y así se le habría dicho á Benita y á Matilde.

Sin saber por qué, Rómulo se detuvo no decidiéndose á llamar; escuchó atento; no se oía ruido alguno; entonces una idea pecaminosa cruzó por su mente, y procurando amortiguar el eco de sus pisadas; volvió á alejarse en contraria dirección á la que había seguido.

En verdad, aun no sabía qué hacer; ¿iría á reunirse con los amigos? Al pasar de nuevo frente al balcón de Esperanza se detuvo; no le quedaba duda alguna; veía las maderas entreabiertas; nadie pasaba por la calle ni tal vez transitaría por allí alma viviente hasta el amanecer.

Quedó parado en observación, y tampoco allí se oía el menor ruido; entonces el impulso inconsciente que poco antes sintiera, tomó forma precisa; la figura del delito surgió en la imaginación del joven con sugestivo encanto; debajo del balcón había una gran reja; la subida era facilísima, y conforme lo pensó lo hizo sin vacilar un punto.

Cuando se halló en el balcón, volvió á escuchar; por el

resquicio abierto se percibía claramente la respiración de una persona que dormía; no era posible dudar; allí sólo podía encontrarse Esperanza.

Una fuerza incontrastable le atrajo entonces; introdujo una mano; cogió suavemente la silla que sujetaba las dos hojas de la puerta balconera, y se vió dentro de la habitación.

Conteniendo el aliento, volvió á poner la silla como antes estaba; la obscuridad era grande; pero la respiración de la durmiente le marcaba el camino, y para no tropezar anduvo con gran tiento.

—¡Raimundo, Raimundo!—decía Esperanza entre sueños.

Le nombraba; dormía pensando en él; aquello acabó de borrar todo escrúpulo; había descubierto el secreto de que era amado, y ya no retrocedería por nada ni por nadie aunque tuviese que recurrir á la violencia, porque cuando una mujer ama, en obligarla no puede haber verdadera violación; no se va contra su voluntad; se va tan sólo contra sus miramientos y respetos sociales.

Así pensaba Raimundo en aquel instante crítico para él y para la virtud de Esperanza.

Esta se agitaba nerviosa en su lecho; había que llamarla; pero cuando él estuviese á su lado; cuando ella pudiera ver su sueño convertido en realidad casi sin explicárselo; sin saber si era todo una pura fantasía.

—¡Pobre muchacho! ¡Tal vez él no me olvidó tan pronto!

—¡Qué dice? ¡qué dice?—murmuró Raimundo loco ya de pasión.—¡Esperanza! ¡Esperanza!

—¡Quién está ahí?—exclamó la joven ya casi despierta.

—¡Yo! ¡Raimundo! ¡No te asustes!

—¿Cómo es eso?—dijo ella incorporándose y sin ver nada.

—¡Mátame, pero no saldré de aquí! ¡duerme, duerme, duerme!

XV.

El cura don Juan acababa de llegar á su casa; iba de la iglesia donde habia dicho misa, y su madre le preparaba el chocolate.

Ya se disponia él á tomarlo, cuando vió con sorpresa que Esperanza entraba en la habitación sola, con el rostro demudado y actitud entre affigida y desesperada.

La seña Rita al ver á su nieta y sin fijarse en su ademán, exclamó:

—¡Tú por aquí á estas horas y tan solita? Dame un beso, preciosa; pero ¿qué te sucede? ¡Pareces una muerta!

Esperanza besó á la anciana como sin conciencia de lo que hacía, y al ver que tenía su abuela clavados en ella los ojos, volvió la cara hacia el sacerdote y le dijo secamente:

—Tío Juan: vengo en busca de usted; necesito hacerle una consulta ahora mismo.

—¿Pero estás mala?—insistió aún la pobre vieja.

—No, abuelita; se trata de asuntos delicados, y como Fernando no está aquí, prefiero preguntar al tío, porque mi padre pudiera tal vez disgustarse con esas cosas.

—Vamos ahora mismo á mi habitación;—dijo el cura levantándose, y añadió enseguida;—¡por Dios, madre; que no nos interrumpan ahora, ni sepa nadie que ésta ha venido!

Esperanza ni siquiera advirtió que el chocolate se quedaba en la jícara sin ser absorbido por el párroco, y siguió á éste hasta llegar á la salita baja que Silvestre ocupó cuando soltero, y cuyos muros tantos secretos amorosos guardaban.

Ahora iban también á repercutir en sus ángulos los ecos de otra historia de amor.



—Me tienes alarmado, hija mía;—dijo don Juan encerrando la puerta después de haber pasado Esperanza.

—Y con razón, padre mío, y con razón;—murmuró ella rogiéndole las manos, y besándoselas con respeto sin darle tiempo á que se sentara.

El buen cura sintió su piel humedecida por las lágrimas que Esperanza había vertido al besarle ambas manos.

—Ponte aquí á mi lado;—dijo;—¡pobrecita mía! cuéntame lo que te sucede.

—Esto es casi una confesión;—replicó Esperanza;—¡me ha ocurrido una cosa horrible!

—¡Una confesión;?—exclamó el cura frunciendo el ceño por un instante.—¡Una confesión, dices;?—pero pronto volvió á su faz el apacible aspecto que casi nunca le abandonaba.

—Sí; casi una confesión, padre mío.

—¿Pues por qué no me has buscado en la iglesia?—murmuró el cura.

—Porque busco á la vez al sacerdote y al hermano de mi padre; porque ahora no tengo tranquilidad de ánimo para confesarme como es debido.

—Pues empieza, que por grande que sea lo que tengas que decirme, te he de oír con la paciencia debida, sin lanzarte por ahora ningún reproche. Sólo te pido una cosa; que no me ocultes nada; nada absolutamente; como si estuvieras en el tribunal de la penitencia.

El cura se había sentado en su sillón, y Esperanza que ocupaba una silla próxima, se enjugó los ojos con un pañuelo; bajólos después para no encontrarse con la mirada de su tío; vaciló unos instantes, y empezó á hablar así, con voz velada por la emoción:

—Entre Fernando y yo no hay la compenetración de ideas y sentimientos necesaria para un buen matrimonio;

vine á buscarle al pueblo contra su voluntad, por huir de peligros que no es del caso referir ahora; ya sabe usted que al llegar yo nos trasladamos á nuestra casa, y que él se marchó enseguida para atender, según dijo, á los asuntos electorales; me ha escrito que no viene por ahora, y ayer. . .

—Sigue, sigue, hija mía;—exclamó el cura advirtiéndome ya que se trataba de algo grave.

—Pues bien; ayer cuando presencié lo que le ocurrió en la plaza á Raimundo, sentí una vivísima emoción. Creí al principio que aquello era la cosa más natural que se puede sentir en tales casos, porque todas las que estaban allí se manifestaron casi más interesadas que yo; sin embargo, cuando subió Raimundo á decirnos que aquella no había sido nada grave, sus ojos se encontraron con los míos, y me avergoncé.

—¡Vaya!—dijo el cura entreviendo un resquicio para imaginar que se trataba sólo de escrúpulos de una mujer de puro corazón y estrecha conciencia.

—Me avergoncé, porque sin duda en mí existía ya el germen del delito. Me retiré á mi casa á la hora de costumbre; mi padre me dijo que no debía ir á dormir fuera de allí estando ausente Fernando; tal vez le anunciaba el corazón lo que había de pasar; pero como me acompañaban su asistente y mi doncella, por no causar á aquella hora trastorno alguno con arreglo de camas, me fui; hacía mucho calor; dejé entreabierto el balcón de mi alcoba, y me acosté.

—Sigue;—murmuró don Juan bastante alarmado por las últimas palabras de su sobrina, y por el silencio que después guardó.

—Me dormí pensando en Raimundo; en si habría sido más dichosa casándome con él que con Fernando; creí que me llamaban, y entre sueños reconocí su voz; la de Raimundo. ¡Oh, qué pesadilla más terrible! Efectivamente, era

él que estaba á mi lado. Había entrado sin duda por el balcón; viéndolo entreabierto al pasar para su casa, concibió la idea del pecado, y . . .

—¿Pero tú qué hiciste?—preguntó el cura con gran impaciencia.

—¿Qué había de hacer;? le rechacé al principio; pero él estaba casi loco, me dijo que aunque le matara no se iría; que me había oído nombrarle entre sueños; que era más fuerte que yo para vencer mi resistencia, porque sabía que le amaba, y sólo resistía por escrúpulos vanos.

—¿Y qué?—insistió el cura perdiendo de nuevo su aspecto tranquilo.

—Nada; él era más fuerte que yo, no sólo de cuerpo, sino también de alma; quería con firme voluntad, y yo no sabía qué desear entonces.

—¿Pero tú no consentirías; no te entregarías voluntariamente al pecado?

—¡Consenti! ¡Consenti, padre mío!

Esperanza se exaltó, y queriendo acusarse por completo, en vez de buscar atenuación alguna, prosiguió de este modo:

—Acabé por entregarme al pecado; pero no con la inconciencia propia de la inexperta virgen á quien se tiende un lazo de amor; con los refinamientos de la mujer concedora de los goces del matrimonio, que puesta en el lance fatal, apura hasta las heces el veneno en la copa del placer.

El cura se levantó como movido por oculto resorte, y llevándose las manos á la cabeza empezó á dar grandes pasos por la sala, exclamando casi entre dientes:

—¡Desdichada; desdichada! ¡ha vencido el genio del mal!

Esperanza rompió en amargo llanto; entonces su tío se detuvo delante de ella; una voluntad firme le hizo recobrar de pronto su aspecto tranquilo, y murmuró:

—Llora; desahoga tu pena; necesitas sufrir para ser per-

donada; pero Dios te perdonará; sí, te perdonará, si no vuelves á pecar y espías tu culpa siendo después modelo de mujeres virtuosas. Es preciso que nadie sepa esto; si se enterase tu padre. . . te mataría; sí; te mataría, aunque á él le matase luego el dolor; te elevaron á una altura moral en que tus deberes son mayores; la educación cristiana que aquella santa te dió como si fueses hija suya; te obliga á merecer tal nombre; ¡pobre Carmela!

El buen cura ignoraba que también aquella había faltado por amor, aunque con circunstancias harto atenuantes; con el que pronto iba á ser su esposo; aquello era bien distinto del caso presente, y, para don Juan, ni siquiera tal sombra manchaba en Carmela el recuerdo de una vida de virtudes y de una muerte conseguida en la práctica de la caridad; visitando á los pobres infestados por una repugnante epidemia.

Tampoco el cura tenía en aquellos instantes ni ligero recuerdo de las aventuras juveniles de su hermano Silvestre; que no le eran por completo ignoradas; pero aunque lo hubiese tenido, la afirmación hecha debía mantenerse. El coronel era un hombre de honor, y sabe Dios lo que en los primeros instantes habría hecho con su hija, á pesar de todos los pecados de que él tenía que acusarse.

Esperanza al oír pronunciar el nombre de Carmela se aflijó de nuevo; pero pronto se rehizo, y levantándose de la silla exclamó con gran vehemencia:

—En lo sucesivo, seré digna hija de aquella santa mujer como lo he sido hasta hace poco; aunque tuviera que arrancarme el corazón y no pudiera amar nunca en esta vida.

—¿Qué dices? ¡Estás loca? ¡No amar tú, que tienes un marido joven y gallardo, un padre cariñoso y otra nueva madre que se mira en ti como en un espejo?

—Tiene usted razón; debo honrar y querer á mis padres, y los quiero; y los quiero aunque no los haya honrado; á mi

marido. . . también le debo honrar, y le honraré.

—Aun el demonio está en posesión de ti; sin duda; esa energía con que hablas, me hace creer que no volverás á faltar; pero qué te ha hecho ese hombre para que pierdas el amor á tu marido?

—No es ese hombre quien ha hecho que se lo pierda; ha sido el mismo Fernando con su abandono; con sus injusticias; con sus deslealtades. Pero perdone usted, padre mío; no debo ahora confesarme por él, sino solamente por mí; por mí, que bastante pecadora soy para necesitar perdón.

El cura quedó atónito, comprendiendo que el problema que se le presentaba era más complicado de lo que parecía.

—Bien;—dijo;—ya trataremos después de esas cosas; por de pronto, no salgas le casa de tu padre para nada; como no te acompañe él ó la buenísima de tu suegra; y necesitas reunirte en breve plazo con Fernando; es absolutamente indispensable; yo te lo ordeno; tienes que volver á quererle.

Esperanza se dispuso á salir.

—Que no puedan conocer lo que te pasa; yo diré á tu abuela que son niñerías entre tu marido y tú, que después de todo, algo hay también de eso. ¡Pobre anciana! ¡Si supiera...!

Cuando Esperanza marchó, el buen sacerdote cerró la puerta con llave; se sentó frente á la mesa escritorio; cubrióse el rostro con ambas manos, y dió libre salida á las lágrimas que hacia tiempo acudían á sus ojos, y eran contenidas por un supremo esfuerzo de voluntad.

—¡Doble adulterio! ¡doble adulterio!—murmuraba;—Fernando será lo que quiera, que ya lo averiguaremos; pero, ¿y Matilde que es un alma pura, á pesar de tener tal madre, y que adora á su marido? Acaso la infeliz es también hija del pecado; hermana de Esperanza; ¡qué amarguras hay en el fondo de la vida! si conociera Silvestre todas las consecuen-

cias de su juventud borrascosa, ¡cuánto sufriría en estos instantes!

De pronto, temiendo don Juan que su madre le buscase, se levantó; serenó su rostro y abrió la puerta.

—¡Madre; madre! —dijo cuando estuvo cerca de la señá Rita;—ya la he tranquilizado; ¿ha visto usted como se va contenta;? son niñerías.

## XVI.

Esperanza llegó á casa de su padre, y como si quisiera buscar amparo en ella, dijo desde el primer momento que áquella noche dormiría allí, en vista de que Fernando tardaba en volver de su viaje.

Gregoria manifestó á su nuera gran contento por tenerla más cerquita á toda hora, y á Silvestre no le extrañó tampoco aquella determinación justificada, que parecía responder á las indicaciones hechas por él á su hija anteriormente.

Todo el día lo pasó Esperanza bastante abstraída en sus pensamientos, aunque procuró disimularlo, y por la tarde creyó preciso ir á su casa para recoger varias cosas y dejar otras encerradas, puesto que no tenía ánimo de volver por allí en algún tiempo.

Hizo que la acompañaran el asistente de su padre y la doncella, que tenían que ayudarle para arreglarlo todo; pero un suceso inesperado vino á justificar más la resolución tomada, haciendo que no pudiera extrañarla nadie, aun estando oculta la causa que la había determinado.

Sabemos que la verdadera madre de Esperanza, el ama Teresa, había muerto dejándole á su marido varios hijos á quienes Esperanza favorecía, como también á su padrastro,

que era un buen hombre.

No le ocurría lo mismo al único varón, fruto de aquel matrimonio, que á pesar de los buenos ejemplos que había visto, salió poco aficionado al trabajo y mucho á la bebida, ocasionando con ello en su casa disgustos graves.

Las dos hijas que Teresa dejó á Perico, estaban ya casadas con honrados trabajadores; la que mejor se hallaba de fortuna, vivía aparte en una hacienda que llevaba en arrendamiento, y la otra residía en el mismo cortijo de que su padre era aparcerero, yendo con él en compañía para suplir el abandono en que Remigio les dejaba, precisamente en las épocas en que el cultivo exigía mayores cuidados.

Hallábase Esperanza ocupada en la tarea que le hizo ir á su casa, cuando se presentó allí Remigio demasiado alegre, sin duda por lo mucho que se había solazado recorriendo los puestos en que el simbólico ramo de sabina colgado á la puerta, según costumbre del lugar, indicaba á los bebedores que se vendía vino.

Los que procediendo de familias modestas se elevan por cualquier motivo en la esfera social, halláanse frecuentemente en casos apurados. Suele á veces el propio engrandecimiento hacer más difícil la situación, porque hay personas que cuando mejoran de fortuna se muestran molestadas al encontrarse con cualquier pariente pobre, por muy considerado y comedido en sus pretensiones que éste sea; pero ocurre con más frecuencia aún, que los que forman parte de las últimas clases de la sociedad, acosan con exigencias irracionales al pariente á quien consideran rico, aspirando á que lo reparta todo entre los de la familia que creen estar necesitados, sin comprender que toda elevación social lleva unidas nuevas necesidades desproporcionadas generalmente, pues son mayores aún que los recursos positivos que el nuevo rango social proporciona.

—Porque un pariente tenga cinco duros diarios, no va á ser más que yo que sólo tengo dos pesetas, y justo es que el exceso nos lo repartamos entre la familia, puesto que él debe tal riqueza á haber tenido más suerte.

Así discurren casi todos los que se hallan en tales casos, acusando de orgulloso al que cuando dispone de 25 pesetas no se conforma con vivir como un pobre, y busca ambiente social que esté en armonía con su nueva posición.

El mérito personal, del que no pueden ser partícipes todos los individuos de una familia, no suele ser tenido en cuenta para nada, y se olvida lo de que con diferentes profesiones y cultura, no se pueden tener las mismas costumbres.

Remigio llamó, y cuando la doncella le abrió la puerta, dijo que quería hablar con la señora.

—Ahora no la puede usted ver;—contestó la chica;—está muy ocupada.

—Mi hermana no debe estar nunca ocupá pa recibirme á mí;—replicó el borracho, demostrando con sus ademanes el estado en que se hallaba.

—Pues sí señor; está descansando, y no puedo entrar á llamarla ahora.

—¡Conque la señora está descansando!; pues que se levante pa verme á mí, que yo estoy más cansao que ella de trabajar, y he venío á visitarla como pué venir cualquier caballero.

La doncella, contrariada por lo mucho que Remigio levantaba la voz, no sabía ya qué hacer; vió que su señorita salía á enterarse de lo que pasaba, y le hizo una seña, subiendo después la escalera para decirle en voz baja que no debía presentarse; pero Esperanza quiso cortar el incidente, complaciendo á su hermano que suponía iba á pedirlo dinero.



—¡Buenas tardes, Remigio!—exclamó;—me he despertado, y salgo para verte, aunque tengo que marcharme enseguida á la otra casa.

—Me alegro de que no reniegues de mí, como se pensaba esa señorita que tienes de ayudanta;—dijo el beolo;—pero ya sabes que yo tampoco soy de los que aguantan desprecios, porque me sobran agallas pa too.

—Pero hombre ¿quién trata de tal cosa? No te disgustes, pues ya sabes también que tu hermana siempre tiene un duro para que tú te diviertas; toma, y ve mañana á buscarme á la otra casa, porque tengo algunas cosas que darte para las chicas, que oree les han de agradar. ¡Esas sí que no se acuerdan de venir á verme!

—A nuestras hermanas les da vergüenza de tratarse con señoronas como tú, porque no quieren que les pase lo que á mí me ha pasado, y que les den con la puerta en los hocicos; pero no te defigures que se cumple con cuatro trapajos cuando se tié familia necesitá; agora mismo nos hacen falta cincuenta duros pa las tareas del cortijo, y vengo á que me los des.

—¡Yo no tengo ese dinero!—contestó Esperanza alarmada;—¡mi marido no está aquí!

—¡Ya lo sabía!; pero en cuanto á que tú no tengas cincuenta duros, anda y cuéntaselo á tu abuela, porque lo que es tu hermano no se lo cree.

—Pues no te los puedo dar, y hasta que yo lo diga;—replicó Esperanza exaltándose ante la actitud provocadora del fanfarrón.

—¿Que no puedes? ¿Quieres que te registre la casa y me lleve lo que tengas? ¡Ya verás si pasa de cincuenta duros!

Aquello era intolerable; Esperanza comprendió que necesitaba mostrarse enérgica para contener tanta procacidad, y dijo:

—Yo lo que quiero es que te vayas en este momento, y

sólo vuelvas á verme cuando lo estés en condiciones de hablar conmigo; tienes padre, y él y no tú es quien puede pedirme para las necesidades de su casa, que ahora no han de ser tan grandes, puesto que no ha empezado la siega ni hay urgentes tareas en la labor.

Remigio al ver aquella actitud, quiso imponerse con la brutalidad propia del alcoholismo.

—¡Mi usté la señá borde!—gritó con voz destemplada;— porque llevas moño alto y vestío de sea, te crees más que yo que soy mejor nacido que tú.

La sangre de Esperanza se agolpó violentamente al corazón y al cerebro; en los supremos trances, aquella mujer se sentía hija de quien era; del que llevaba en su pecho la cruz laureada de San Fernando. Se acercó á Remigio, y cogiéndole de la chaqueta y empujándole hacia el portal, exclamó:

—¡Calla, y no manches la memoria de la madre trayéndola á tus labios! ¡tú eres el hijo infame é indigno de ella!

El borracho al ver tal decisión en una mujer, creyó que necesitaba castigarla para mantener su fama de matón, y cogiendo á Esperanza de ambos brazos intentó rechazarla, aunque sin conseguirlo.

La doncella asustada empezó á llamar á voces al asistente, queriendo interponerse entre su señorita y Remigio.

—¡Que vengan aquí hombres pa entenderse conmigo!—vociferaba el guapetón;—¡bien podéis dar gracias á que sois mujeres cuando no os hago ahora mismo un tasajo!

Había logrado desasirse de Esperanza que siguió sujetándole algún tiempo por la chaqueta mientras él intentaba sacar algún arma de entre la faja, cuando el veterano asistente, que se presentó allí sin saber por dónde había salido, se colocó de un salto al lado de Remigio y cogiéndole por el cuello, exclamó:

—¡Canalla! ¿Qué quieres hacer con la señorita?

Esta había vuelto á lanzarse contra el borracho; cogiéndole con ambas manos la que él dirigía á la faja, la desvió, y seguidamente se apoderó de una gran faca con puño de hueso que su hermano llevaba.

El asistente seguía oprimiendo á Remigio por el cuello, y le empujó hacia el portal con tal violencia, que el borracho cayó en él sin poder defenderse.

—¡Cierren ustedes la puerta,—dijo el viejo soldado,—que yo le entregaré á los alguaciles!

Pero Esperanza y la doncella no quisieron separarse de los dos hombres, y ésta, por orden de su ama, salió en busca de algún guardia municipal, no tardando en volver allí con una pareja.

Remigio se amilanó al verse vencido y entregado á los agentes de la autoridad.

—¡No le encierren ustedes en la cárcel!—exclamó Esperanza;—lévenle á casa de don Enrique, y díganle de mi parte que le tenga allí hasta que se le pase el mareo que le ha hecho disparatar. Vayan por donde menos gente le vea.

Apenas se fueron los guardias con Remigio, comprendiendo Esperanza que se alarmarían sus padres si llegaban á enterarse del suceso, cerró precipitadamente sus habitaciones, y saliendo con la doncella dijo al asistente que cerrase también todos los demás departamentos de la casa.

Nada supieron Silvestre y Gregoria de lo ocurrido, hasta que Esperanza lo refirió con las naturales atenuaciones; el coronel se mostró grandemente disgustado, y su mujer y su hija procuraron calmarle.

Al ir á su casa al anochecer, supo Raimundo por su suegra lo que en la vecindad se comentaba en aquellos instantes, y la señora Benita no escaseó palabras molestas para Esperanza, que causaron malísimo efecto en el joven.

Cuando éste se había separado de la hermosa capitana

cerca del amanecer, saliendo por el mismo balcón que le dió entrada sin que tampoco le viese persona alguna, no se sentía ya tan antimilitarista como antes.

Creyó que aquella deliciosa escena casual iba á ser la primera de una larga serie de intimidades, y por de pronto preparaba una excusa para pasar también aquella noche fuera de su casa; pero no fué preciso que la formulase, porque entre las cosas que se decían lo que más llamó su atención, fué que se habían cerrado balcones y puertas en la histórica casa de los Fernández de Mirones, á la que según dijeron los criados no volvería la señorita mientras no la acompañase su marido.

Para Raimundo, el suceso del borracho era la única causa que trastornaba sus planes. ¡Bien podía el tal Remigio haberse despeñado cien veces por la más profunda sima, antes de haber ido á visitar á su hermana!

El torero se acostó aquella noche tan preocupado, que Matilde no pudo menos de notar que algo extraño le ocurría á su marido; procuró averiguarlo, y al convencerse de que no lo conseguía, quiso distraerle mostrándose con él mimosa; pero, nada; la preocupación era tan profunda, que quedó desmentido aquel refrán, de que un clavo saca otro clavo.

El estado psicológico del joven era bien distinto al que pudo observarse en Silvestre, cuando en sus mocedades compartía sus cuidados amorosos entre Gregoria y Benita.

El sistema comparativo, sin duda para Raimundo no tenía importancia alguna, ni menos era necesario para descubrir el verdadero mérito.

La perplejidad sobre juicios en asuntos de estética era también cosa muy extraña para Raimundo; tenía opiniones rotundas y terminantes, y una vez tomada una inclinación, nada conseguía desviar su pensamiento.

Tales fenómenos son bien dignos de estudio para los que

quieron profundizar en los abismos del alma humana.

La hermosa Matilde concluyó por creer que su marido estaba enfermo, y como le amaba de veras, sintió una intensa inquietud que tampoco á ella la dejó dormir en toda la noche. Los esposos fingíanse el uno al otro fingiéndose tranquilos; él, para ocultar sus malignidades; y ella, para que su marido no advirtiese el tierno cuidado que su salud le inspiraba.

¡Pobre Matilde! ¡Tan encantadora; tan buena, y tan injustamente desdeñada! Por fortuna ella no lo advertía.

La íntima convivencia de los matrimonios vulgares, hace casi imposible los secretos que en medio de las costumbres aristocráticas son bien fáciles de guardar, y sin embargo, esa imposibilidad no existe cuando el observador precisamente por su condición vulgar ó sencilla, carece de medios para llegar hasta los repliegues de las envolturas del espíritu.

Esperanza durmió aquella noche como el navegante que después de correr una borrasca consigue arribar á seguro puerto. Cuando se vió solita en la linda habitación que su suegra le preparara, respiró con libertad.

No faltaba detalle alguno; allí se hospedó Fernando cuando llegó solo al pueblo, y de allí había salido con Esperanza para trasladarse á la casa que pronto abandonó sin advertir el peligro en que dejaba á su mujer.

Los refinamientos de las costumbres del distinguido militar dejaban evidentes señales donde quiera que él residía; Esperanza no pudo por tanto extrañar el hospedaje; se hallaba como en su propia casa; pero mucho más segura; allí nadie sería osado á llegar.

Hasta se daba la coincidencia de que aquella habitación no tenía vistas á la calle; daba á un jardín interior; una gran reja la defendía, y hasta ella trepaban jazmines y enreda-

deras arraigados al pie del muro.

Esperanza cerró la puerta con llave; dejó ligeramente entreabierta la ventana, y se acostó.

Al principio no pudo dormir; el pensar en su falta la avergonzaba, ahogando el recuerdo grato de la sensación amorosa que por algunas horas la hubo trastornado.

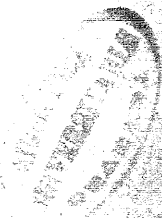
No había nacido en ella ninguna verdadera pasión hacia Raimundo; si hubiese amado á Fernando ó no le creyera culpable, seguramente habría sabido resistir; tal vez en su debilidad hubo algún deseo de castigar al infiel; el goce supremo de la venganza que dicen es el néctar de los dioses.

El pecado había concluído pareciéndole odioso; su espíritu estaba templado de tal manera, que sólo para ella eran apetecibles los goces legítimos del amor.

Gregoria había sufrido grandes amarguras cuando sólo era la amante de Silvestre; su rectitud de pensamiento rechazaba aquella situación que creyó pasajera; pero al fin y al cabo le adoraba, y necesitó en otro tiempo para romper los lazos que la oprimían, convencerse de la infidelidad de su amigo. Esperanza, por creer á Fernando indigno de ella, había dejado de amarle; pero tampoco podía amar á ningún otro hombre. Su naturaleza rechazaba el vicio; sólo cabía en ella un amor iluminado por los destellos del alma. Todo lo demás le parecía grosero cuando meditaba á solas, y el pobre Raimundo no reunía ya condiciones sugestivas sobre aquel cultivado espíritu de mujer, que flotaba muy alto para que él pudiera aprisionarle.

En cambio, para el hijo del señor Bartolo, Esperanza resultaba un tipo ideal, casi divino; tan superior á Matilde, que creyendo haber gustado las delicias celestiales, aun los mayores goces de la tierra le parecían cosa mezquina.

Raimundo había perdido el juicio por completo al lograr la posesión pasajera de una alta dama, y como lo único ca-



paz de curarle hubiera sido el hastio, su mal no tenía remedio; porque Esperanza... se escapó de sus brazos para no volver á ellos nunca.

## XVII.

Fernando, después de su viaje á la capital de la provincia que no fué para nada necesario, puesto que el gobernador de cualquier modo habria suspendido al Ayuntamiento, se marchó á Madrid.

Ya sabemos el efecto que tal noticia causó á Esperanza; pero esto á él le importaba poco; obsesionado por la idea de ver pronto á Mary, no vaciló ni un punto.

Habiase propuesto avanzar en sus pretensiones amorosas, aprovechando aquella ocasión en que por encontrarse sin su mujer podía gozar de mayor libertad y no tener que fingir en su propia casa, lo cual, dado su carácter, le ocasionaba gran violencia.

No era en verdad difícil la conquista; Mary puede decirse que le habia provocado, y desde que él llegó á Madrid encontró el terreno bien dispuesto.

El banquero Sandoval seguía prestando preferente atención á sus negocios financieros, que según los bien enterados no iban muy boyantes, y á la política de la que sin duda se proponia sacar partido para mejorar aquellos malos negocios, y substituirlos con otros que produjesen más pingües y seguras ganancias.

Sobre todo, el periódico, arma con la cual esperaba conseguir apoderarse de un ministerio, le ocupaba gran parte del día y de la noche; su mujer y sus hijos apenas si le veían algunos minutos de cuando en cuando, pues hasta

rara vez comía en su casa, á no ser que hubiese convidados á los que fuese preciso atender.

Elisa iba por allí con frecuencia; su tía Adela se salvó al fin de la grave pulmonía que postrada la tuvo por bastante tiempo, y volvieron á sus costumbres; la condesa y don Prudencio Gómez, visitaban el hotel de tarde en tarde; al que no le habían visto el pelo durante la ausencia de Fernando era á Iván, que acaso huía de su antigua novia.

Mary se quejaba á veces del aristócrata artillero delante de personas que pudieran decirselo, y como si ella ignorase las causas de aquel alejamiento, que no era sólo motivado por huír de Elisa, sino debido también á la fracasada aventura con Esperanza que tenía á Iván contrariado, con el temor de que ella se lo hubiese contado á sus amigas.

También al presentarse Fernando en el ministerio de la Guerra estuvo Iván algo receloso, y no por miedo á un choque de carácter personal; sino por temor al escándalo y la complicación que en sus relaciones con el jefe pudieran resultarle; mas pronto comprendió que Fernando nada sabía.

Aquel hombre, siendo burlado, acaso podría inspirarle ofensiva lástima; pero al verle muy por cima de él á pesar de su plebeyo origen, sólo le inspiraba odio. No podía perdonarle la humillación que le hacía sufrir al continuar siendo respetado por Esperanza, no obstante la deslealtad conyugal que ella conocía.

Al fin Esperanza era una *parvenu*; una dama improvisada que aun no conocía bien el gran mundo; ya se iría enterando y concluiría por ceder; aquello no podía quedar así, y en último término, sería preciso que otro amigo lograra lo que él no había podido obtener, y que luego lo supieran todos.

Para ciertos galanteadores, un fracaso es meno sensible cuando se funda en una extravagancia ó capricho de la dama, que si lo ocasiona una virtud no vencida; porque al fin y al



cabo, el no gustarle á todas, no tiene nada de particular ni causa desdoro alguno cuando se ha logrado cartel de buen mozo.

Obdulia, la doncella de Mary, le resultaba también antipática por su resistencia; la sedujo cuando era una campesina, y luego ella no le había perdonado el engaño á pesar de que casi era un favor el haberla iniciado en una vida de mayores atractivos. A no ser por él no estaría la muy zafia viviendo en un palacio casi como una señorita, y de haber querido, no tendría que servir á nadie y hasta rodaría en coche, aunque concluyera por rodar envuelta en cieno.

Iván despreciaba á Obdulia desde que había rechazado sus últimas proposiciones; pero aquello no era causa bastante por sí sola para que él se retrajese de ir al hotel de San doval.

En cambio, Fernando sentía cierto extraño pudor al pensar en que Obdulia se enterara de sus pretensiones amorosas cerca de Mary. Nada pecaminoso había llegado á mediar entre él y aquella chica, por la que sintió una inclinación casi inocente cuando era alumno de la academia de Segovia; pero acaso por eso mismo eran más puros los sentimientos que para ella guardaba.

Al visitar á Mary procuraba retraerse lo posible de la doncella, y en las confianzas que mediaban ya, advirtió á su pretendida que se guardase de Obdulia; eran conocidos desde hacía bastantes años, y pudiera ella tener alguna indiscreción si hablaba con Esperanza.

—No sería indiscreta seguramente;—contestó Mary;—pero es demasiado nojigata esa chica, y tengo yo otras razones para desear que nada sospeche, aunque como sabe usted, no hay motivo. . .

—Porque es usted demasiado cruel para mí;—contestó Fernando cogiéndole una mano á su amiga y queriendo to-

marse alguna mayor libertad.

—¡El, cuidadito! ¡no vaya usted á resultar ahora un cadete!—dijo ella, imponiéndose con un gracioso mohín y arreglando la falda de su elegante vestido, para que todo apareciese irreprochable y correcto si alguien entraba en la habitación.

—Pues bien;—replicó Fernando;—yo necesito holgura para hablar á usted con confianza sin que puedan interrumpirnos; es mucho lo que tengo que decirle, á pesar de que nos vemos con frecuencia.

—Ya habrá ocasión de que hablemos despacio;—contestó la hermosa morena envolviéndole en una mirada y bajando luego los ojos con fingido rubor.

—Pero ¿cuándo? ¿cuándo?

—¡Me va usted á hacer reír! Mire; mañana hay concurso hípico; ya sabe que Eleuterio no falta nunca; yo no pienso ir, y si usted está franco de servicio y quiere venir á acompañarme un rato...

—¡Claro que lo estaré! ¡pues no faltaba otra cosa! ¿y á qué hora podrá usted recibirme?—exclamó Fernando sin disimular su inquietud.

—Cuando calcule usted que han empezado las carreras; pero ha de darme palabra de ser formal; de otro modo no le recibo.

Fernando se levantó estrechando la mano que le tendían, y sólo balbuceó algunas palabras de asentimiento, despidiéndose afectuoso.

Al día siguiente, Sandoval almorzó con su mujer; quería dejar convenido si iban á ir juntos al concurso; ella le dijo que no, porque pensaba visitar algunas amigas nada elegantes, que tampoco irían á tal fiesta, y entre otras nombró á la condesa de las Hazadillas.

Sandoval disimuló el gran contento que aquella noticia

le causaba, y aseguró enseguida que él se proponía no faltar al concurso.

—Que no dejes de enviar los niños á que paseen; es muy bueno para su salud, y a esas horas se distraerán cruzándose con los coches que van y vienen al concurso.

Mary pensaba hacerlo así, y se hubiese sonreído de no creerlo inconveniente, al ver la candidez con que su marido le aconsejaba sin darse cuenta de ello, que quitara estorbos para poder recibir á Fernando.

Muy otros eran los pensamientos de Sandoval. Sabía que de salir los niños con el aya, Mary dejaría el cuidado del hotel á su doncella; el respetable banquero hacía tiempo que estaba encaprichado con Obdulia; su honestidad le encantaba casi más que su belleza poco vulgar; acostumbrado á tratar con *cocottes* y mujeres mundanas de la sociedad elegante que le habían costado mucho dinero, encontraba en aquella chica modesta un aliciente que le seducía, hasta el punto de haberle apasionado de veras cual si se tratara de un principiante.

Ninguna ocasión tan propicia como la de encontrarse Obdulia sin su señora y con pocos criados en la casa, para que él pudiera llamarla y hablarle largamente. No creía fácil conseguirlo todo en la primera oportunidad; pero ¿quién era capaz de saber? él enviaría á su ayuda de cámara de paseo, y así tendría pretexto para reclamar el auxilio de la chica, inventando necesitar cualquier cosa.

Llegó la tarde, y Mary formó el plan de que Obdulia saliera en coche con los niños, como ocurría alguna que otra vez. El aya inglesa era mujer abonada para todo mediando dinero, según su señora había podido advertir; la dejaría en casa encargándole introdujera en su *boudoir* á Fernando; como al portero también se le daba libertad en esas tardes en que no habían de ir visitas de distinción, la misma aya podía

mandar que quedase en la portería alguna criada de su confianza, á la que diese encargo suyo de anunciarle la llegada de don Fernando Márquez, á quien diría que la señora había salido.

Así se hizo, efectivamente, sin dificultad alguna: Fernando llegó apasionado y tierno, encontrando á Mary en su *bois-doir* reclinada en una *chaise-lóngue*.

—Tengo jaqueca;—le dijo tendiéndole la mano al verle entrar.

El saludó rendido, y se sentó al lado de la hermosa.

—¿Ve usted? á pesar de estar así, no he querido dejar de recibirle para que no lo interpretase usted como desdén; ni siquiera me he sentido con alientos para ponerme un traje propio de esta hora.

Mary estaba envuelta en una elegantísima bata que no tenía nada que reprochar, y velaba sin oprimir las sus formas esculturales.

El peinado, sencillo, estaba también hecho con esmero; los negros ojos de la dama expresaban voluptuosa languidez, y Fernando aunque poco versado en contiendas amorosas con mujeres distinguidas, comprendió en el acto que le quedaba muy poco que hacer para llegar al fin.

Lo miss cuidaba de que nadie interrumpiese á su señora mientras durara la visita; pero cuando menos lo podía imaginar, la sorprendió la presencia del dueño de la casa.

Sandoval había entrado en el jardín que rodeaba el hotel sin necesidad de llamar por encontrarse abierta la verja, y nadie le vió desde la portería. Llevaba una llave de la puerta que de las oficinas daba al jardín, y abrió, atravesando algunas habitaciones de la planta baja hasta llegar á la escalera que desde su despacho, que en la misma estaba, le servía para subir al piso principal, sin que pudiesen molestar-

le visitantes inoportunos.

También para él fué una verdadera sorpresa encontrarse con la miss, á la que ni siquiera preguntó por la señora; dando como seguro que habia salido; pero en cambio le dijo desabridamente:

—¿Usted aquí! ¿pues y los niños?

—Señor; les ha acompañado esta tarde Abdalia;—murmuró la inglesa chapurreando el español algo más que solía hacerlo.

Al verse Sandoval defraudado en sus esperanzas, se dirigió á su habitación malhumorado, y en el mismo instante la miss corrió á dar aviso á su señora; tocó suavemente en la puerta del *boudoir*; media hora haría que estaba allí Fernando; tardaron un poco en contestar, y al fin Mary dijo bastante quedo:

—¿Quién es?

—¡Yo, señora! ¡abra, que tengo que decirle!

Se abrió la puerta; Mary apareció de pie; y Fernando sentado en la *chaise-louque* con el traje algo descompuesto; la inglesa sin dar tiempo á que le preguntaran; murmuró:

—El señor acabá de venir!

—¿Y dónde está?—preguntó Mary con voz emocionada.

—En sus habitaciones; pero acaso no tarde en presentarse; porque nada me ha dicho de la señora y parece *rabioso*.

El chapurreo de la inglesa era cada vez menos inteligible; por la atente de la esposa culpable pasó en aquel instante toda una trágica escena.

No era posible que Sandoval hubiera abandonado el concurso hípico á tal hora sin que un gran motivo le hubiese impulsado á ello; sus preguntas de aquella mañana le parecieron entonces á Mary harto sospechosas. Su marido habria hecho que expiasen para convencerse de que ella no habia salido; y de la llegada de Fernando; sin duda queria dar el

golpe sobre seguro.

La presencia del visitante en el *boudoir* no podía entonces resultar excusable como en cualquier otra ocasión; era preciso no perder momento y ocultarle; ¿pero... dónde?

Si Sandoval se proponía registrar las habitaciones de su mujer, el encontrarse con el otro entonces, sería mucho peor que si se le hubiese presentado; y que saliera en aquel momento exponiéndose á que le cortaran el camino...

Una idea luminosa surgió en el cerebro de aquella mujer, irradiando en su rostro que había quedado abatido por unos instantes. Le encerraría en la habitación de Obdulia que estaba no lejos de allí, junto á la alcoba de Mary con la que se comunicaba fácilmente por un pasillo.

Echaría la llave por fuera, y se la dejaría á la miss para que aprovechase la primera ocasión de poder dar salida al galán.

Fernando, precavido, había entrado llevando el sombrero en la mano, y su paso por aquellas habitaciones no dejaría rastro alguno.

En mucho menos tiempo que esto se escribe, Mary lo realizó.

—Diga al señor, si llega, que no he salido, y que no ha venido nadie;—y haciendo señas á Fernando para que la siguiera, desapareció atravesando su dormitorio y yendo por el pasillo hasta la habitación de Obdulia que era agradable aunque poco espaciosa.

Pronto volvió al *boudoir*; su marido no había llegado, y por más que no era de temer que la sometiera á un grosero registro, entregó la llave á la inglesa; procuró componer su rostro y su traje ante la hermosa luna de un gran espejo, y se dispuso á afrontar la situación.

Pasaba el tiempo, y Sandoval no aparecía; era preciso realizar un golpe de audacia, yendo á buscarle para explicar

el no haber ella salido, y mostrarse temerosa de que él hubiera regresado por encontrarse enfermo.

Así lo hizo con la mayor naturalidad; el banquero que ya se disponía á irse á la calle sin imaginar que su mujer estuviese allí, procuró también disimular la sorpresa; aceptó la ocasión que se le presentaba para justificar el haber ido en aquella hora, y fingió que no se hallaba bien.

Tal fingimiento fué interpretado por Mary como ocultador de celos, para que el secreto plan de su marido no apareciese fracasado.

¿Estaría esperando él que alguien llegara, para que hubiese testigos de la infidelidad, y pedir el divorcio eludiendo tener un lance de otro género con Fernando?

Mary lo creía todo posible, y marido y mujer se engañaban haciendo suposiciones bien distintas el uno del otro.

Los dos se habían sentido enfermos; era preciso descansar; comerían ligeramente, reunidos en la habitación de cualquiera de ellos, y se acostarían temprano.

Mary, cuando dominó algo la situación, salió un instante dejando solo á su marido, para averiguar lo que por fuera ocurría. El portero había regresado ya y estaba en su puesto; los criados transitaban por los departamentos y dependencias próximas á la única puerta de servicio que tenía el hotel, y no era cosa de que Fernando saliera á vista de todos por donde entraban el carbón, aunque haya habido quien diga en ocasiones que hombres políticos han entrado en algunos palacios por tales puertas, para tener conferencias reservadas y formar conjuras.

Tampoco debía salir entonces Fernando por la escalera principal, y menos arrojarse por ningún balcón ni ventana casi con seguridad de ser visto; mas Obdulia y los niños no tardarían en llegar, y no pudiendo solucionar el conflicto por de pronto, Mary recogió la llave que había dado á la

miss y le dijo:

—Si Obdulia pregunta, dígame que yo la tengo.

## XVIII.

Obdulia llegó al cabo con los tres niños, pues hasta la menorcita que sólo contaba tres años, había ido también aquella tarde en el coche á pasear. Especialmente los dos mayores del segundo matrimonio de Sandoval, niña y niño como sabemos, tenían un gran cariño á la doncella, en tanto que sentían cierta repulsión hacia el aya miss Kety, la que procuraba no darse por entendida para que no llegase á conocimiento de los señores.

La inglesa acarició á los niños cuando les vió llegar, y le dijo á Obdulia:

—Ha dicho la señora que no se mude usted de traje; sin duda querrá enviara á algún sitio; deje de comer á los niños, que yo no puedo acompañarles porque me siento enferma, y me voy á recoger; no les deje un instante, hasta que me los lleve usted á mi habitación; ya he dicho á Ramona que me sirvan allí té con pastas, que es lo único que puedo tomar.

Los niños se mostraron grandemente alegres porque fue-se Obdulia la que siguiera acompañándoles, y ésta cumplió con la mayor exactitud la orden recibida.

Se le sirvió la cena en un comedor próximo al principal, que á los niños y á las personas de categoría intermedia estaba dedicado. Era el antiguo *fumoir* innecesario desde que se servía el café en el *hall* que estaba algo alejado de allí.

—Obdulita; tú vas á comer hoy con nosotros en lugar de miss Kety;—decía el pequeño Eleuterio que sólo contaba



cinco años.

Mary había tenido gran empeño en ponerle á aquel chico el nombre de su padre, á pesar de que también lo llevaba uno de los dos hijos mayores del primer matrimonio de Sandoval, que estaban educándose en un colegio de Inglaterra.

La niña mayor que tenía siete años se llamaba Manolita, como su abuela paterna; pero la distinguían por Memé, sin duda creyendo que esto resultaba más aristocrático.

Memé reforzó la pretensión de su hermanito, obligando á Obdulia á que se sentase entre los dos menores, aunque en verdad, el cuidado de la pequeña casi no le permitía á ella tomar nada.

El mozo de comedor empezó á servir; era un asturiano buen mozo que parecía un niño grande, pues el tiempo que llevaba en Madrid no había borrado en él los sentimientos honrados y sencillos que llevó de su tierra.

El *chauffeur*, que era muy amigo suyo, le llamaba humorísticamente el gran Pelayo, porque tal era su nombre, y ciertamente no tenía nada de chico.

Obdulia extrañada de que fuese Pelayo quien les sirviera, preguntó:

—¿Qué, no tiene usted ahora que atender á los señores?

—No;—contestó el asturiano;—parece que sólo van á tomar alguna cosa los dos reunidos en la habitación del señor; creo que están malillos, y va á servirles el ayuda de cámara.

Una de las veces que Pelayo salió para servir otro plato, volvió seguido de un nuevo personaje; era su amigo Aurelio, el *chauffeur*, que enterado de que Obdulia estaba sola con los niños y que los señores se encontraban lejos, se atrevió á penetrar allí.

—¡Buenas noches!—dijo; y prosiguió escarándose con el pequeño:—¡Hola, monín! ¡cómo no has querido que te lleve yo en el auto esta tarde! eres un picarote, y tengo celos de

Anselmo, pues me parece que lo quieres más que á mí.

—Yo os quiero á los dos;—contestó el pequeño;—pero tú no tienes caballos, y ya ves; ¡si hubieras visto á los tordos esta tarde!

—¡Conque sí! ¿te gustan más los tordos? pues ya sabes que yo corro más que ellos.

El niño le objetó con la viveza propia del temperamento ardiente que de su madre había heredado; pero Aurelio ya no prestaba gran atención á la original polémica, y murmuró frases vagas, en tanto que no desviaba la vista de Obdulia.

Era el *chauffeur* un madrileño guapo de unos veinticinco años de edad, de algo menos que mediana estatura, vivo y ocurrente.

Se conocía en él que había recibido buena educación; pero no la había tomado más que á medias, porque desde muy joven se sintió inclinado á la chulapería, teniendo como modelo á los típicos personajes de López Silva.

Hijo de un oficial del Ejército que se casó cuando era teniente, había pasado Aurelio sus primeros años en esa decorosa estrechez de recursos, propia de las familias de empleados de poco sueldo y militares de escasa graduación.

No salió muy aficionado á estudiar, aunque era listo de veras; la aspiración de su padre fué que ingresara en Infantería; el chico que demostró aptitudes para la mecánica, dijo que quería ser ingeniero, y se transigió, proponiéndose todos que después que fuese oficial, pasara Aurelio á Guadalajara á proseguir sus estudios; mas no se hizo necesario realizar tal esfuerzo, porque ni siquiera fué admitido en Toledo, llevando el primer revolcón en el examen de ingreso en la academia.

Entonces el joven se acanalló, teniendo por amigos á los chulos de más cartel en los barrios bajos; su padre, que era

ya comandante, se convenció de que aquel chico iba á ser causa de su deshonra; y dispuesto á tolerarlo todo menos eso, le obligó á entrar en los talleres de la sociedad metalúrgica, para hacerle al menos un buen obrero mecánico.

Aquello dió un resultado admirable; Aurelio se encontraba allí como el pez en el agua; y aunque no le gustaba mucho trabajar, como era inteligente, fué muy pronto dedicado á faenas que no le causaban molestias grandes.

De allí salió algo dignificado para ingresar en un taller de reparaciones de automóviles, donde le hicieron ofertas más ventajosas, y pasó luego á dedicarse á *chauffeur* mecánico de casa grande, cargo que á la sazón desempeñaba en la del banquero Sandoval.

Obdulia era desde hacía algún tiempo objeto de su amorosa codicia; pero ella que sólo aspiraba á casarse con un hombre bueno que la quisiera con honrados fines y perdonase aquel desliz de la adolescencia, comprendió que no era Aurelio tipo apropiado para satisfacer tales anhelos.

Jamás le prestó oído, y eso contribuyó acaso á que el *chauffeur* que nada sabía de la historia de Obdulia, fundase mayor empeño en conquistarla.

Durante la cena, Aurelio estuvo de testigo, y no mudo por cierto, procurando aprovechar el parloteo y las distracciones de los niños, para dirigir alguna frase incendiaria á su amada, sin cuidarse gran cosa del gran Pelayo que parecía atender tan sólo á su obligación.

Pronto los pequeños manifestaron deseo de acostarse, y entonces Obdulia se dispuso á llevarlos al piso segundo donde tenían sus habitaciones, en las que eran por miss Kety acompañados; pero al salir oyó que le dijo Aurelio en voz baja:

—La espero á usted por aquí para que sigamos hablando.  
La inglesa que no se había acostado, aunque aparentaba

encontrarse mal, yacia lánguidamente recostada en una butaca; acogió á los pequeños con fingido cariño, y dijo á la doncella:

—Ahora vaya usted lo primero en busca de la señora.

Tal orden era casi innecesaria, porque Obdulia lo habría hecho de cualquier modo, y más aun por eludir la conversación con Aurelio. Bajó, pues, y sin vacilar se dirigió á las habitaciones de Mary; no la encontró allí; preguntó al ayuda de cámara, y éste le dijo que la señora había quedado, después de cenar, en el despacho del señor, donde ambos iban á tomar el café.

No era por tanto inoportuno entrar á recibir órdenes; así lo hizo Obdulia, y su señora le dijo que esperase en el *boudoir* á donde pronto iría ella.

Habíase propuesto Mary dejar á su marido en la primera oportunidad con el pretexto de no impedirle que descansase, y fingirse luego enferma ante Obdulia, haciéndole que se quedara á velarla. Como capricho extravagante, le impediría á la joven que fuese á su cuarto para cambiar de ropa, diciéndole que miss Kety había cerrado no sabía por qué y dejó la llave allí; pero que no recordaba dónde.

Con esto se impedía que Obdulia encontrase en su habitación á Fernando, de lo que hubiera sido preciso darle conocimiento para evitar la sorpresa. Acaso en las horas que faltaban hasta la mañana siguiente, la misma Mary con el auxilio de miss Kety podría hacer salir de casa al galán sin que Obdulia se enterase de lo que había ocurrido, ó por lo menos sin que llegase á saber quién era el que estaba oculto, si sospechaba algo.

La chica se dormiría seguramente, y entonces Mary podría abandonar su alcoba sin ser vista.

Algo había que fiar á la casualidad, y ganar tiempo era siempre conveniente.

Peró como no en todos los casos pueden realizarse los planes que forman quienes se hallan en trances apurados, Mary se halló sorprendida por una extraña exigencia de su marido. Aquella noche quería pasarla con ella. ¿Sería fingida tanta ternura?

A pesar de su gran mundología, Mary no pudo apreciar bien lo que sucedía; partiendo siempre de la base de los celos, su juicio se extraviaba; no podía comprender que Sandoval no estaba celoso, ni adivinar que se dejó el concurso hipico para buscar á Obdulia, y que la excitación nerviosa por aquel intento de conquista se avivó con los mimos de la propia Mary, á la que él no creía culpable de falta alguna. Por eso mismo se sentía inclinado hacia ella, para consolarse del fracaso que su infidelidad había sufrido.

Era imposible excusarse aunque el intento de Sandoval fuese registrarlo todo en medio de intimidades fingidas. Por fortuna Fernando no estaba allí; Sandoval jamás registraría el cuarto de Obdulia; pero era ya indispensable enterar á ésta de todo; la chica era bondadosa y no provocaría un conflicto aunque tuviese que pasar la noche en algún diván de las antesalas.

Ya que de cualquier modo tenía que saberlo, le diría que llevase á Fernando pastas y fiambres con alguna botella de buen vino, porque tampoco era cosa de que él estuviese rabiando de hambre y como olvidado, cuando seguramente ansiaría recibir noticias de lo que pasaba.

Al cabo, Obdulia que esperaba impaciente en el *boudoir*, vió aparecer á su señora. Esta le dijo que encontrándose allí de visita don Fernando Márquez, llegó el señor, que sin duda estaba celoso, y al observarle en tal estado de ánimo, fué preciso esconder al visitante en el cuarto de Obdulia; que durante toda la noche tenía que seguir allí oculto para evitar un lance peligroso entre los dos hombres, pues el se-

for había dicho que iba á acompañarla á ella; á su mujer.

Concluyó Mary por encargar lo de las viandas, y decirle á la chica que sentía causarle una mala noche poniéndola en el caso de dormir en cualquier parte; pero que se lo recomendaría bien.

Obdulia quedó estupefacta sin saber qué decir; lo de la recompensa la sacó de su aturdimiento hiriéndola en lo más hondo.

—¡Oh, no, señora!—balbució;—yo no necesito recompensa alguna; salvaré á la señora del compromiso y...

Mary no la dejó acabar.

—¡Si; por Dios, hija mía!—murmuró;—no soy culpable; pero ya ves; los hombres... aunque sólo sea por esos infelices niños, tengo que evitar una desgracia.

La adúltera comprendió que con aquella buena chica no quedaba más recurso que tocar á la cuerda sensible, y le dió admirable resultado; entregó la llave del cuarto á Obdulia, advirtiéndole que antes de que llegase allí el señor, quería saber ella lo que dijese don Fernando, y que se le había servido la ligera cena.

La doncella tuvo cuidado de no pasar por donde quedó el *chauffeur* en espera; pero cuando ya llevaba en una bandejita todo lo que tenía que servir á Fernando, le salió Aurelio al encuentro.

—¿A dónde va usted con esas cosas?—le dijo.

—La señora me las ha pedido;—contestó la joven;—pero que no le vean á usted aquí, porque es inútil que espere, pues no tengo nada que hablarle y me voy á retirar.

No le dió tiempo para que replicase, y se alejó. Al acercarse á la puerta del cuarto donde Fernando estaba oculto, Obdulia sentía que el corazón le golpeaba con violencia; precisamente aquel hombre era el que primero le había hecho sentir amores; casi el único, porque lo de Iván fué una cosa

incomprensible; ella misma no acertaba á explicarse cómo cayó en las redes de aquel alumno de artillería, cuando el que siempre le interesó fué el otro.

Si; el otro, que la había respetado al encontrarla una tarde en cierta pequeña gruta á la que ambos fueron á acogerse huyendo de una nube, sin que ninguno de ellos sospechara que iba á realizarse tal encuentro.

¡Qué bueno era entonces el señorito Fernando! El reducido hueco que dejaban las peñas no permitía que los cuerpos de ambos jóvenes estuviesen á honesta distancia; ella se sintió atraída; apretábase contra él dominada por el terror cada vez que retumbaba un trueno en el espacio, y el mancebo que demostró bien claramente que se sentía también influido por la joven, tuvo fuerza de voluntad bastante para dominar sus brutales impulsos; la respetó, y la protegió después siguiéndola á distancia hasta convencerse de que ella quedaba en sitio seguro.

Y aquel hombre tan noble, tan generoso en otro tiempo, estaba ahora allí escondido, acechando para atentar á la honra de un amigo suyo que le agasajaba de continuo. Y Obdulia sabía además que la legítima mujer de Fernando era hermosa y parecía buena. Ella nunca habría sido capaz de contribuir á que Fernando le faltase á Esperanza, á pesar de que le había amado antes que ésta; y la otra, la señora de Sandoval, sin excusa alguna había dado ocasión á que pasara lo que estaba pasando, porque no había dudado; la doncella no era tan inocentona que pudiese creer se tratase tan sólo de celos infundados.

Al abrir la puerta, Obdulia no veía, aunque la habitación se iluminó de pronto; tal era su turbación.

Fernando, al sentir ruido, tocó á la llave de la luz eléctrica dispuesto á ver quien entraba, y defenderse si era preciso; su sorpresa fué grande cuando reconoció á Obdulia que dejó

la bandeja sobre una mesita, y no se atrevió á hablar.

—Perdone usted que me haya apoderado de su cuarto; no me disculpo; sólo confió en sus generosos sentimientos.

—¡Quién había de pensar! Mire usted, señor;—murmuró ella;—yo mañana mismo me iré de esta casa; pero no he podido resistir al ruego de la señora, que viéndose obligada, me ha descubierto lo que sucedía; su marido va á pasar ahí la noche; parece que están tranquilos hasta ahora; no haga usted ruido por si acaso, y hasta mañana; vuelvo á cerrar por fuera.

Seguidamente Obdulia tornó á la habitación de su señora; pero se encontró con que Sandoval ya estaba allí, y sólo pudo decir que había quedado hecho el encargo.

—Bien; retírate;—contestó Mary oprimiendo por el brazo á la doncella de modo significativo;—no necesito que me desnudes.

Al salir Obdulia por la puerta del pasillo que conducía á su habitación, oyó que la señora cerraba por dentro. ¿Qué haría ella? ¿Dónde encontrar un rincón seguro para pasar la noche? Siguió andando, y atravesó al azar habitaciones distintas. Cuando menos se acordaba de Aurelio, la figura de éste se presentó de nuevo ante sus ojos, y aunque quiso retroceder, no pudo menos de oír que decía mientras la sujetaba:

—¡Bien sabía yo que habías de salir á verme á pesar de lo que me dijiste hace poco!

—¡Yo no he salido á buscar á usted!—contestó la muchacha ofendida.

—¡Bueno; bueno!—replicó Aurelio queriendo abrazarla.

—¡Eh; quietecito, ó doy voces!

—Tú no gritarás, porque eso es una tontería, y yo considero que eres una chica muy discreta; siéntate aquí, y hablaremos un ratito;—y le señalaba un diván.



—Puede usted sentarse si quiere, que yo me voy á mi cuarto;—murmuró Obdulia no sabiendo qué decir para cortar aquella enojosa situación.

—¿Pero es que vas á hablarme de usted toda la vida? Se razona porque desde ahora tienes que considerarme como novio; ¡ya verás que parejita hacemos!—y diciendo esto, intentó tomarse nuevas libertades.

Obdulia comprendió entonces que la seguiría á cualquier otra habitación de las que no estaban cerradas á tales horas, y que se aumentaría el peligro al no insistir ella en marcharse á su cuarto; pero ¿cómo volver á penetrar allí en aquellas circunstancias? Vaciló un instante; el *chauffeur* interpretó aquello como indicio de que la joven quería rendirse y sólo trataba de hacer antes más ó menos remilgos; quiso estrecharla entre sus brazos, y ella se vió obligada á salir huyendo en dirección al pasillo que á su cuarto conducía.

Aurelio la siguió, aunque sin conseguir darle alcance; al llegar al principio del pasillo se detuvo para observar, no atreviéndose á hacer ruido tan cerca de la habitación de la señora. Obdulia le vió y no tuvo más remedio que sacar la llave del bolsillo y abrir la puerta de su cuarto; pero antes se volvió, y sin llegar á acercarse al *chauffeur*, le dijo en voz baja, aunque no tanto que él no pudiera oirla:

—Si toca usted á mi puerta ó llevo á oírle por el pasillo, gritaré para que se despierte la señora y salga;—y dando á su voz mayor energía, añadió:—¡márchese y no vuelva á pensar en mí, que me es usted repugnante!

Aquello desconcertó un poco á Aurelio; pero se repuso y contestó con fingida ternura:

—Pierde cuidado, que nada intentaré por la fuerza; pero aquí me tendrás velando tu sueño por si te adoleces de mí, y quieres dejarme que te haga un rato de compañía; ¡ya ves, me voy á quedar yertecito á eso de la madrugada!

La joven se alejó murmurando para que él la oyera:

—¡Vaya un grosero!

Al notar que Aurelio no se marchaba, abrió su cuarto y entró en él cerrando la puerta con llave para que el *chauffeur* lo oyese.

Fernando dió también luz en aquella ocasión, creyendo que algo nuevo ocurría y llegaban á comunicárselo; Obdulia se puso el dedo en la boca indicándole que guardara silencio, y le hizo seña de que podían oírles desde fuera; luego cogió una tohalla y la puso tapando el agujero de la cerradura para que no pudiese Aurelio inspeccionar quién había dentro del cuarto.

Tal precaución era inútil, porque el *chauffeur* al oír el ruido de echar la llave, se alejó molesto en su orgullo de hombre guapo, por las últimas palabras desdeñosas que le fueron dirigidas.

Fernando esperó que la recién llegada le dijese algo; al verla que seguía de pie junto á la puerta se decidió á preguntarle, y para ello se acercó sin hacer ruido:

—¿Qué sucede?—dijo.—¿Quién está ahí?—y señaló afuera.

—No es nada que interese á usted, señor;—contestó Obdulia turbada y en voz apenas perceptible;—es que cuando iba en busca de otra habitación para pasar la noche, el *chauffeur* me ha cortado el paso y me he visto obligada á entrar aquí en espera de que se aleje.

Fernando lo comprendió todo al instante; aquel majadero le había llevado allí nuevamente á la gruta de los rubios cabellos y de los azules ojos, que formaba una cueva en la gruta de los bosques pertenecientes al parque de San Juan, cuando una tormenta les amenazó.

También ahora borascas de género bien distinto agitaban el fondo de las almas.

El sufría el castigo de su culpa teniendo que ocultarse

como un ladrón, á muy pocos pasos de donde estaba con su marido la mujer ajena, que también había sido ya suya.

El verdadero amor entre hombre y mujer, excluye en el alma todo afecto igual, y no admite condueños; al infringir tal ley, el burlador que no puede ignorar lo que sucede, sufre la amargura de los celos, por si el remordimiento no tuviese en él fuerza bastante para hacerle sufrir el merecido castigo.

Pero aunque no se sienta un amor verdadero; aunque sólo se trate de una pasión carnal, mientras ésta es viva y fuerte, aspira á ser absoluta, y buena prueba de ello nos dan las encarnizadas luchas entre los animales por la posesión de la hembra.

Los refinamientos del sensualismo en el hombre civilizado, han traído extrañas depravaciones de la ley de naturaleza; hay quien dice que ama por mero capricho, por deleite pasajero, y á veces llamamos amor á lo que está muy lejos de merecer tal nombre, aun en el sentido meramente pasional.

¿Sentiría Fernando por Mary tan sólo un ligero capricho? No hemos podido averiguarlo bien; pero nos inclinamos á pensar que la monomanía vanidosa impropia de su cultura, había influido para lanzarle en aquella empresa, como en otras de orden bien distinta.

El burgués elevado de pronto quería seguir en lo malo las costumbres de las clases sociales que forman el gran mundo. Mary era demasiado hermosa para que no hablase vivamente á sus sentidos; el deseo se había excitado en él con la pasajera posesión de un instante, y sentía la mortificación de que aquella mujer fuese casi á presencia suya poseída por otro, aunque se tratara de su legítimo dueño.

Su situación era desairadísima entonces, como suele serlo con frecuencia la de todos los aficionados á la fruta del

cercado ajeno. Son muchos los episodios de carácter cómico que con motivo semejante se han escrito, y en las conversaciones de ciertas tertulias regocijan á los maldicientes; de seguro nuestros lectores los conocerán por docenas.

Fernando sentía, sobre todo, el ridículo en que se hallaba; hasta entonces nadie lo había sabido; pero precisamente era Obdulia la que presenciaba tal situación; aquella niña que fué para él un tipo novelesco, le veía empequeñecido; y en tanto ella era solicitada por un Tenorio vulgar que no la merecía.

Pensamientos pecaminosos cruzaron de nuevo por la mente de Fernando; mas se contenía, porque no dudaba de la sinceridad de Obdulia al huir del *chauffeur*; la creía honrada, y se consideraba obligado á respetarla también en aquella ocasión.

Acaso en tal actitud caballeresca, influía además el temor de que Obdulia no quisiera recoger las sobras de su señora; la vanidad siempre jugaba en Fernando papel importante, y de tener la certeza de no ser desairado ¡quién sabe lo que haría!

—No sientas temor alguno;—dijo á la niña cogiéndola de la mano y llevándola á la butaca en que él estuvo sentado antes.

Aquel mueble, la cama de Obdulia de madera blanca y torneada, un lavabo con espejo y servicio completo, una mesita, una percha y un gran baúl, era todo lo que había en aquella limpia y alegre estancia, á donde llegaba la luz del día por una ventana con vistas á un patio que se hallaba cerrada entonces.

—No, señor; siga usted sentado ahí;—dijo Obdulia siempre en voz baja;—yo aquí; sobre el baúl.

—No podemos hablar alto, y estarias muy lejos; siéntate entonces ahí, en tu cama;—replicó Fernando obligándola

suavemente á que lo hiciera.

Sin darse cuenta de ello, Fernando había empezado á hablarle de t . Obdulia miró con recelo hacia la puerta, y volvió á ponerse el dedo sobre los labios indicando silencio.

Efectivamente, había sonado un ruido extraño, y también Fernando lo advirtió.

—Voy   apagar la luz,—murmuró,—no haya algún resquicio por donde puedan vernos.

No volvió á oirse ruido alguno en un largo rato, y Obdulia dijo en voz muy queda:

—Parece que ya no hay nadie ahí; voy á marcharme, señor.

—Sólo te ir as si yo pudiera acompañarte;—contestó Fernando obligándola   que se sentara de nuevo para lo cual se guió por la voz, mediante   que se hallaban   obscuras, y tuvo que cogerla de un brazo;—no sería prudente que yo saliera también contigo, y he de impedir que te sorprendan de nuevo.

La niña temblaba como una azogada; Fernando no sabía la causa de aquella emoción; pero pens  de pronto que más que el miedo la ocasionaba el recuerdo amoroso de la escena de la gruta.

Su aventura con Mary estaba tan reciente; había influido en él de tal modo, que los nobles sentimientos que le agitaron cuando fué alumno de artillería, se hallaban por completo adormecidos en el que ya era capitán.

— or Dios, déjeme salir!—repetía una y otra vez la pobre muchacha;—pero Fernando le cerró la boca con sus labios, haciéndola sentir aquella extraña sugestión que la había dominado en la gruta del bosque.

## XIX.

Las delicias de la variedad fueron aquella noche gozadas por Fernando más que por Mary, la cual estaba bien ajena de pensar lo que cerca de ella sucedía, y no llegó á saberlo nunca.

Tampoco hemos llegado á saber de cierto cómo salió Fernando del hotel á la siguiente mañana. El caso fué que cuando la miss participó á su señora que el buen amigo estaba en salvo, le dijo también que Obdulia se habia despedido, no queriendo esperar siquiera á que se le liquidase el importe de lo que llevaba devengado hasta el día.

La joven se marchó al asilo creado para las muchachas que se dedican al servicio doméstico, donde las religiosas que á su cuidado están la habian educado á ella cuando llegó del pueblo después de su desgracia.

Obdulia iba resuelta á no volver á afrontar los peligros del mundo; creyó que una falta le podría ser perdonada; pero la fatalidad hizo que reincidiese; que se atravesara de nuevo en su camino aquel hombre que despertó su alma de niña para hacerle sentir un amor que otro hombre abusando de su inocencia, transformó en afecto impuro. Ahora, aquel mancebo antes generoso, á quien únicamente amó, habia continuado la obra de su amigo empujándola de nuevo por el camino del mal, y ya la perdición sería segura á no adoptar una resolución heroica.

No era posible que ningún hombre honrado la perdonase dos extravíos amorosos, resignándose á ser un tercero;

ella estaba dispuesta á no engañar á nadie y á no ser una mujer mala; sólo en la infinita bondad de Dios podía encontrar consuelo, y llegaría á su altar para ofrecerle en holocausto una vida entera de sacrificios si la aceptaba por esposa; la que era indigna de los hombres, acaso así fuese algún día digna del Supremo Creador de mundos infinitos.

Mary comprendió que Sandoval ya no desconfiaba de ella; si dudó, porque eso no era fácil de aclarar, su mujercita se había dado tan buena maña, que le había convencido sin temer que darle explicación alguna, puesto que él no llegó á acusarla de nada.

Aquello era el colmo de la habilidad, y Mary se sintió satisfecha de sí misma; podía ya sin temor alguno proseguir en sus intimidades con Fernando; sólo necesitaba un poco de prudencia para que no se repitiese el conflicto pasado, y la tendría; las lecciones de la experiencia debían siempre ser aprovechadas, y no había de dejarlas pasar en balde una mujer como ella.

Fernando siguió visitando la casa como cualquier otro amigo, pero se veían además fuera de allí; esto no obstante, no faltaron imprudencias más censurables aún que la anterior.

Obdulia no fué reemplazada; interinamente desempeñaba el cargo de doncella la misma Ramona que estuvo en la portería por encargo de miss Kety; era demasiado ordinaria para estar al servicio inmediato de una dama elegante; pero tenía toda la confianza de la inglesa, y ésta gozaba de gran influencia con la señora.

Los niños no podían apartarse mucho de la miss, y como á ésta la necesitaba Mary, aunque Ramona se llevase á la pequeña para entretenerla, Memé y Eleuterio tenían que andar casi siempre en las habitaciones de su madre.

Esto proporcionaba también una ventaja; la de que la presencia de los niños alejase toda sospecha de culpa, y po-

der recibir visitas frecuentes con mayor libertad.

Había en todo ello un peligro, que no lo era según le frivola Mary; el de que en las almas de aquellos inocentes pudiera nacer la misma sospecha que se intentaba borrar de la mente de Sandoval, porque ella nunca llegó á creer que no hubiese existido.

No hay delito mayor que el de envenenar el pensamiento de un niño; y sin embargo ¡hay tantos padres que lo cometen no dándose siquiera cuenta de ello!

Casi siempre las madres culpables creen que sus niños son incapaces de pensar, y á veces los toman como instrumento inconsciente de sus amorosas aventuras.

Momé era ya casi una mujercita; tenía siete años, y ¿quién es capaz de saber hasta dónde llega el desarrollo intelectual en determinadas circunstancias y lo que puede anticiparse la malicia por una mala educación, por imprudencias de criados y otros mil factores que no son tenidos en cuenta por las madres galantes?

Fernando sintiéndose halagado, olvidó pronto á la infeliz Obdulia, cuyo recuerdo dejaba siempre en su alma una dulce impresión de tristeza. Procuró entretener con cartas á su mujer para que no fuese á Madrid; pero no pudo conseguirlo por mucho tiempo, y Esperanza acompañada de su doncella se presentó en su casa cierto día sin ser esperada; casi como ocurrió cuando Fernando estaba en el pueblo y ella fué á buscarle allí.

En esta ocasión Fernando fué más amable; como su conciencia le acusaba, tuvo que disimular mostrándose tierno con su mujer.

También ella, aunque advirtió el fingimiento, sentía mayor benevolencia recordando la propia falta. ¡Ah si Fernando supiese lo que había sucedido cuando la dejó!

La orden del sacerdote don Juan, tío de la infeliz, que le



dijo fuese á reunirse con su esposo después de oirla casi en confesión, se había cumplido; pero acaso por amor propio, por orgullo, ante la esquividad de Fernando, ella hubiera retrasado el ir en su busca á no mediar otra razón que la obligó de inexcusable modo.

Comprendió que estaba en camino de ser madre, y era preciso no dejar transeurrir más tiempo para normalizar su situación.

Mary creyó advertir cierta frialdad en Fernando desde la llegada de Esperanza; se había interesado por él del modo que ella era capaz de hacerlo; con un cariño exclusivamente sensual, ¡Encontraba tanta diferencia entre Fernando y su marido!

Llegó á sentir los celos de quien cree que le arrebatan gozos que ya considera suyos, y se irritó contra Esperanza hasta el punto de deslizar frases que hicieran sospechar á Fernando que su mujer había tenido complacencias con Iván.

Aquello fué contraproducente; Fernando era muy celoso de su honor, y además no toleraba su orgullo que se le postergara en cualquier sentido á ninguna otra persona.

Su injustificada indiferencia por Esperanza tornóse al punto en vivo interés, descubriéndose entonces que no había muerto el amor que le hizo unirse á ella.

Mary quiso provocar enojos que alejasen á Fernando de su mujer, y advirtió que por el contrario dedicaba á ésta mayor asiduidad.

La explicación que él le daba de que quería estar vigilante para descubrir la culpa y romper todo lazo no la satisfacía, y le recordaba al par que lo mismo podía ocurrirle á ella con su marido, aunque éste se hallara en bien distinta situación por carácter y por las preocupaciones políticas que le dominaban.

No tenía Fernando disimulo bastante para que Esperanza dejase de advertir que estaba celoso de Iván, precisamente cuando menos motivo había para ello, porque desde la violenta escena que nos es conocida, el fracasado seductor no volvió a visitar á la mujer de su amigo.

Las relaciones entre ambos compañeros eran también algo tirantes, sin que al parecer hubiese mediado causa que lo justificara.

Algunos otros militares que ejercían cargos cerca del ministro de la Guerra y con los que Iván hacia malas espaldas á Fernando, creyeron que el primero sentía envidia de que al otro se le hiciese diputado á pesar de hallarse en más modesta esfera social.

A ninguno se le ocurrió que pudiese ser debido á que Fernando tuviera distrito propicio á elegirle, y el otro no. ¡Tener distrito! si eso lo tiene cualquiera contando con un ministro que lo encasille.

La elección de Fernando se hizo efectivamente sin dificultad alguna; el candidato no tuvo que moverse de Madrid, y todo lo arregló su suegro de acuerdo con el gobernador de la provincia.

Silvestre envió el acta en bandeja de plata como suele decirse en tales casos.

Esperanza comprendió que los trabajos políticos de su padre eran por Fernando agradecidos aumentando el respeto que aquel le inspiraba; hasta creyó alguna vez que ella recogía parte de tal agradecimiento, y dudó de que su marido fuese capaz de faltarle con Mary, aunque la conducta de ésta y la anterior de Fernando, les acusaba de concluyente modo.

Llegó un día en que fué necesario le dijese á su marido que creía iba á ser madre; pero al oírlo él, se inmutó, y en lugar de mostrarse satisfecho, no pudo ocultar que los celos

se apoderaban completamente de su espíritu, causándole honda perturbación.

Fernando tuvo siendo muy joven cierta enfermedad causada por las aventuras en que su compañero Iván le había metido; aquello le hizo perder un semestre en la academia para que se le dispensaran toda clase de cuidados en Madrid casa de Silvestre y de Carmela, y Esperanza que casi era una niña, sin poder comprender lo que pasaba, sintió entonces al par que lástima, cierta repulsión hacia su amiguito cuando éste se desesperaba no agradeciendo bien los mimos de que era objeto.

Aunque había curado perfectamente en apariencia, Fernando oyó entonces decir á su médico que acaso no tendría sucesión, lo que tuvo gran cuidado de callar, esperando que el pronóstico quedase desmentido.

Natural era dada tal conducta, que la noticia que le participó su mujer le hubiese llenado de alegría; pero las circunstancias eran ya muy otras; la sospecha que en él despertó Mary temó gran incremento, y aquello la convertía en una formal acusación contra Esperanza.

Esa encontró el castigo de su culpa en la actitud de su marido, quien llegó á descubrirle que dudaba de ella, y la forma equívoca en que la esposa mantenía su dignidad sin ofenderse en alto modo debido á no tener tranquila la conciencia, aumentaba la desesperación de Fernando.

A veces creía él que tal actitud respondía tan sólo á querer Esperanza darle celos para vengar el agravio de que se dudase de ella, y castigar á la vez la infidelidad del marido que no podía ser ignorada.

Esto proporcionaba gran consuelo al desventurado; pero el áspid que le mordía el pecho se agitaba nuevamente con mayor violencia por el más insignificante motivo.

Las Cortes se abrieron; Fernando formaba parte de una

Comisión parlamentaria que tenía que dictaminar sobre asuntos militares; la ocasión se le presentaba propicia para revelar sus aptitudes; pero ni tenía la tranquilidad de ánimo que exigía el concienzudo estudio de las cuestiones pendientes, ni sus ambiciones le aguijoneaban como en otros tiempos para querer lucirse.

Un hombre sin honor no debía aspirar á nada, y al pensar así, no tenía presente lo que pudieran quebrantar su honor las propias faltas, sino la mancha que en él echasen las culpas ajenas.

Entretanto, Mary le hallaba cada vez menos apasionado. Se veían en un hotelito de esos que se adquieren ó alquilan á bajo precio en las ampliaciones de barrios alejados del centro, que no cesan de hacerse en Madrid.

Para ir por tales parajes, tenía Mary el pretexto de sus visitas á los pobres, á lo que la obligaban sus deberes en las juntas de señoras dedicadas á la beneficencia; pero no se daba el caso de que la acompañase ni por casualidad la condesa de las Hazadillas ni dama alguna de condición análoga.

A lo sumo iban con ella señoras de modesta posición, á las que con vanas excusas se dejaba en cualquier parte.

Para tales correrías, usaba Mary un automóvil guiado por Aurelio, sin llevar lacayo para darse cierto tinte de modestia, aparentando que sólo por rapidez y comodidad utilizaba el lujoso vehículo en vez de llevar un coche.

Aurelio era un muchacho listo que en caso necesario resultaría discreto, y á quien se le gratificaba bien aprovechando cualquier ocasión, aunque fuese traída por los cabellos, pues para tal cosa, quien recibe siempre encuentra motivo.

No era prudente enterarle de la verdad, y el automóvil nunca llegaba al hotel; en sitio no lejano encontraba siempre la señora á una mujer bien vestida (que era la que del

hotel cuidaba) y que al parar el automóvil para quedar en espera, iba á pie con Mary guiándola á la casa de los infelices que debían recibir socorros.

Atrelio llegó á adquirir el convencimiento de que se trataba de aventuras amorosas, y no era él hombre que se resignara á que cosas tales se las pasaran por las narices; pero por de pronto, convenía fingirse bonachón, y vamos andando.

Una tarde Mary tuvo que esperar largo rato en el hotel á que Fernando llegara; no estaba acostumbrada á ello, porque la impaciencia le hacía al galán anticiparse siempre. Le vió preocupado, y temió que Esperanza fuese reconquistando su cariño hasta hacerle romper las culpables relaciones que mantenía.

Aquello no era posible tolerarlo; á más de que Fernando la había llegado á interesar, el ser vencida por una *lugareña* la rebajaba en su orgullo de mujer hermosa y elegante.

Elisa tuvo la debilidad de expansionarse con su amiga Mary, contándole entre las quejas que de Iván tenía, lo de que recientemente había querido seducir á Esperanza.

Enteróla del gran apuro en que el muy bribón había puesto á la mujer de su amigo en ausencia de éste.

La formá en que Elisa lo supo por la propia Esperanza, era también conocida de Mary, y no dejaba duda alguna respecto al fracaso del seductor; pero todo aquello se prestaba á formular una acusación ante Fernando contra una odiada rival, y en momento crítico la acusación surgió con el mayor ensañamiento, aunque de manera aparentemente natural y sencilla.

—¡Pobrecito mío;! tú no mereces que te engañen por nadie como eres engañado; el que se engañe á otro por ti, que vales tanto, es cosa bien distinta.

Fernando se exaltó al oír por primera vez una acusación concreta; exigió aclaraciones, y tras de una resistencia fin-

gila, Mary dijo que Iván había pasado toda una noche en casa de Esperanza; donde entró encontrándose allí la condesa de las Hazadillas, ante la que manifestó que llevaba encargo del ausente amigo para buscar en su despacho unos papeles interesantes.

Aquello era concluyente; en tal superchería tenía Iván que haber procedido de acuerdo con Esperanza.

La entrevista aquella entre Fernando y Mary terminó rápidamente y de extraño modo. Para atenuar él su actitud impaciente por alejarse, aceptó otra cita en aquel mismo sitio para el día próximo.

Marchó Fernando enloquecido al creer cierta su desgracia, y apenas si consiguió serenarse algo en el largo camino que tenía que recorrer.

## XX.

En medio de su ofuscación, Fernando no cuidó de preguntar a Mary cómo había sabido todas aquellas cosas.

Llegó al centro de Madrid sin haber logrado coordinar sus ideas; pensó primeramente provocar una conversación con la condesa de las Hazadillas, para saber de modo cierto lo que ante ella dijo Iván en cuanto al supuesto encargo que llevaba cuando fué de visita; pero tuvo que desechár tal propósito, porque de modo natural y sencillo no era fácil que él hablara á la Condesa con la premura que las circunstancias exigían, pues buscarla en su casa no habiendo él ido nunca allí, la pondría en prevención para no ser explícita, dada la prudencia propia de sus años.

Mejor era abordar la cuestión con la misma Esperanza, sin hacerle recriminaciones. ¿Conseguiría él contenerse? ¿Por

qué no? Las circunstancias le marcarían en definitiva la conducta que era conveniente seguir.

Iría á su casa algo antes de la hora de comer fingiéndose indispuerto para no verse obligado á tomar nada entonces, porque eso le sería imposible.

Cuando llegó, Esperanza se encontraba allí; no había salido aquella tarde; al verle comprendió que algo extraño ocurría; pero lo de la indisposición fué pretexto bastante para salir del paso.

—Acuéstate si te encuentras mal;—le dijo su mujer.

—No; parece que estoy mejor, y tengo que salir luego; hablemos ahora un rato para que acabe de tranquilizarme. ¿Sabes que Iván no me ha entregado aquellos papeles que vino á recoger en ausencia mía, una noche en que la condesa de las Hazadillas había venido á verte?

Esperanza mudó de color, y quedó algún tiempo sin saber qué contestar.

—¿Pero qué estás pensando?—prosiguió él—¿no te acuerdas de eso?

—Sí;—balbució la desdichada esposa.—Me acuerdo... pero no sé de qué papeles se trata.

—¿Se enteró de eso la Condesa?

—No; ella quedó en el saloncito conmigo, mientras él fué á tu despacho, salió al poco tiempo con esos papeles, y se despidió de nosotras.

—¿Pero él se fué antes que tu amiga?

Aquello tomaba aspecto de inquisitiva judicial, y la turbación de Esperanza llegó al más alto grado.

—Sí, se fué; ¿por qué me haces esas preguntas tan extrañas?

—Porque los tales papeles me interesan mucho.

—¿El no te ha dicho nada?

Esperanza tomaba la ofensiva para no cometer ninguna

torpeza al defenderse. Fernando no contestó, y sintiéndose por demás agitado, empezó á dar paseos tan grandes como la estancia permitía.

Era verdad lo de los papeles; Esperanza se mostraba reservada y sólo había tenido empeño en hacer constar que Iván se fué antes que la Condesa.

Al cabo Fernando prosiguió:

—¿Y cómo la buena Condesa vino á verte por la noche contra su costumbre?

—Dijo que había tenido que salir con motivo de encontrarse enferma la tía de Elisa, y que después de estar allí se le ocurrió venir á verme.

—¿Conque se retiró tarde y venía sola?

De nuevo la conversación tomaba mal cariz, y Esperanza quedó bastante alarmada.

—Sí; se retiró tarde, pero no sola, porque le dije á la chica que la acompañase.

Aquello fué para Fernando otro descubrimiento; su mujer había quedado al parecer sola con la cocinera, que no solía entrar en las habitaciones principales; la doncella debió tardar mucho en volver, y seguramente Iván estuvo todo aquel tiempo allí concluyendo sin duda por ocultarse, puesto que entraba y salía en el despacho según confesión de la misma Esperanza.

No era preciso interrogar más; insistir entonces pudiera resultar contraproducente; Fernando se hizo el distraído, entró en su habitación y se dispuso luego á salir diciendo á su mujer que se acostara porque él volvería tarde; no tenía el estómago bien; que comiese ella sola.

Bajó la escalera dejando á Esperanza en un mar de confusiones; llegó á la portería encontrándose allí al matrimonio que la ocupaba, dispomiéndose á cenar.

—¿Ha dejado á usted don Iván de Vargas, algunos pape-



les para mí?—preguntó.

—¿Sabes tú algo?—dijo el marido dirigiéndose á su consorte.

—Yo, no;—respondió ella.

—Creo que los dejó una noche, que estaba en mi casa por cierto la señora condesa de las Hazadillas;—añadió Fernando como queriendo ayudar la memoria de los interrogados.

—Efectivamente; le hemos visto alguna que otra vez;—dijo el portero;—pero aquí no ha dejado nada ni podemos recordar ahora. . . ¿Dice el señor que fué mientras el señor estuvo en el pueblo?

—Sí, entonces.

—Pues no recuerdo que dejase nada; en tal caso sería allí arriba.

Fernando dió las buenas noches y salió, convencido de que allí no podía averiguar otra cosa; pero todo iba formando en él un convencimiento bien amargo.

Le faltaba interrogar al sereno; acaso él habría visto algo; aun no era hora de que saliese á cumplir su misión; pero precisamente vivía en aquella misma calle; Fernando conocía la casa y se había enterado de ello por una casualidad; por tener que enviarle la respuesta sobre cierta recomendación que el sereno le hizo en favor de un soldado hijo suyo.

Se dirigió en busca del señor Ambrosio con tan buena fortuna, que le halló hablando con el portero de su casa.

—Hágame el favor de venir conmigo;—dijo después de saludarle;—que tengo que hacerle una pregunta.

El sereno se deshizo en cumplimientos al ver que le buscaba aquel señor, á quien él tendría que necesitar de seguro en nuevas ocasiones.

Cuando estuvieron en la calle; Fernando empezó á marchar lentamente y dijo:

—¿Conoce usted á don Iván de Vargas?

Quedó vacilando el señor Ambrosio, y contestó al fin,

—Creo que no tengo el honor de conocerle.

—Es que ese señor me ha dejado unos papeles de interés en mi casa, sin que acierte á decirme quién los recibió; ni mis criados ni el portero saben nada, y como parece que fué ya bastante tarde, se me ha ocurrido si á aquella hora estaria la puerta de la calle cerrada, y entregarían á usted el pliego.

—¡Ah, no señor! Si me lo hubiesen dado, yo mismo al día siguiente lo habria llevado á casa de usted.

—¿Y cree usted que hayan podido equivocarse con algún otro sereno del mismo barrio;? porque se trata de valores de importancia, y por si es que quiere disculparse sin haberme los remitido, tengo que ponerlo en claro todo.

—¡Sereno! Ni el señor Antonio, ni el señor Pepe, que son los que hay por aqui más cerca, son capaces de ninguna cosa mala; ¡para eso si se trata de algún pillo que quiere engañar á usted diciéndole esas cosas!

—Pues mire; aquí precisamente tengo un retrato de la persona á quien me refiero. Véale por si así lo recuerda.

Fernando cuando estuvo en su casa se guardó en el bolsillo uno de los varios retratos que le había dedicado Iván. Hallabause frente al escaparate de una tienda, perfectamente iluminada, y lo sacó presentándoselo al sereno.

Este se fijó en la gallarda figura del fotografiado que vestía de paisano, y al cabo de un instante dijo:

—A este señor le he visto yo una noche bajar muy tarde por las escaleras de la casa de usted; había yo abierto la puerta á un vecino que se retiraba, y esperé sin cerrar á que él saliera, y por cierto que me dió una buena propina.

—¿Está usted fijo en lo que dice?

—¡Ya lo creo! aunque tiene buena traza, sabe Dios qué clase de pájaro será, porque en este Madrid se lleva cada

timo. . . y si no le ha entregado á usted los cuartos. . .

—¿Y qué hora sería?

—¡Ah, era ya muy tarde;! eso no puedo precisarlo; pero serían. . . serían las dos ó las tres de la mañana por lo menos.

Aquel nuevo dato tenía un valor inapreciable; Fernando no necesitó más; se despidió del sereno encargándole un silencio absoluto para que no pudiera entorpecerse la acción de la policía, y le dijo que si se averiguaba todo, le daría un buen regalo.

Hizo el señor Ambrosio protestas de que él nada quería más que servir á quien antes le había favorecido, y al ver como Fernando se alejaba, murmuró:

—¡Si no habrá tal timo, y será todo cuestión de faldás;! eso se me ocurrió aquella noche; pero como viven en la casa varias señoras y en esos asuntos no hay que meterse, no convenía preguntar; ¡y cuidado que es guapa la señora de don Fernando! ¡Válgame Dios qué cosas hay en este Madrid!; acaso yo he debido callarme; pero ya no tiene remedio.

## XXI.

Al pasar Fernando por delante de su casa, pensó subir y arrancarle á Esperanza una confesión de su culpa; pero ¿para qué? no quería matarla, y de ningún modo la perdonaría jamás; ni siquiera por su padre á quien él se lo debía todo y al que profesaba tal veneración, que le miraba casi como á un idolo.

Aquello había que ventilarlo en otra parte; era preciso no perder el tiempo; los minutos le parecían siglos.

Tomó el primer coche de alquiler que encontró al paso, y dijo al conductor:

—Al Centro Militar; pronto, y habrá buena propina.

Iván debía encontrarse allí á tales horas en que el general no solía ocupar á sus ayudantes. Aquel día era un tercero el que preferentemente había de acompañar á S. E.; pero pronto Vargas se iría á comer aunque acostumbraba hacerlo tarde.

Al llegar al Centro subió las escaleras rápidamente; y recorrió los salones sin encontrar al que buscaba; preguntó por él á los dependientes, y ninguno le había visto; pasó á los departamentos de la planta baja donde también fueron inútiles sus pesquisas; ni en el comedor, ni en la sala de armas, ni en ninguna parte, se había visto aquella noche á Iván.

—¡Bah!—se dijo;—estará en la Gran Peña.

Tomó un coche de los de la casa que se hallaba en fila esperando á la puerta, y como la distancia era corta, pronto llegó al aristocrático casino; mas él no era socio de allí, y tuvo que preguntar al portero por don Iván de Vargas.

—Precisamente le he visto salir hace muy poco con unos amigos;—contestó el empleado.

—¿Iba de uniforme?

—No señor; parece que ha comido aquí, y hablaban de ir al teatro; estaba de frac.

—Gracias;—dijo Fernando apartándose.

Era tal el estado de su ánimo, que se hallaba decidido á recorrer todos los teatros de Madrid, aunque su traje no era adecuado para ir á ellos en noches de moda, y seguramente Iván estaría en alguno donde se reuniera la gente más elegante. Recapacitó un momento; aquella noche no daban función en el Real.

El teatro Español se encontraba ya en poder del Estado que había hecho en él una importante transformación; poníase en escena obras de nuestro Teatro antiguo y de los

modernos autores, dando cabida todos los años á una ó dos de jóvenes completamente desconocidos en el mundo del arte; pero lo que solía llevar allí á la gente más distinguida, eran las representaciones de obras de autores extranjeros que habian sido ya representadas con éxito en las más populosas capitales de Europa y América.

Nuestro público, inclinado siempre á elogiar lo exótico y deprimir á los compatriotas que intentan elevarse sobre el nivel vulgar, transige tan sólo con los autores ya consagrados que en España han nacido, y hasta á veces espera para hacerles justicia á que ya se la hayan hecho en otras naciones.

Aquella noche se representaba en nuestro teatro nacional una célebre obra de autor extranjero, traducida por un ilustre literato español, que ganaba más haciendo tales arreglos que escribiendo obras originales.

De haber ido á algún teatro, seguramente Iván estaría allí; Fernando se decidió á buscarle sin reparar en que no llevaba el traje que exigía la moda para semejantes solemnidades.

Pidió en la taquilla una entrada de palco, y se lanzó escaleras arriba para entretenerse en los pasillos y sitios adecuados hasta que terminase el acto que se representaba.

No tuvo que esperar mucho; los aplausos y el ruido que hacen los espectadores al abandonar sus asientos, le indicaron que pronto se verían invadidos corredores, vestíbulo y salones en que se fuma.

Confundiéndose con la gente que salía, se asomó al patio de butacas. El teatro estaba deslumbrador; como un avaro guarda oro, perlas y diamantes, atesoraba su recinto los mayores encantos de lujo y femeniles hermosuras.

Mary se encontraba en un palco entresuelo acompañada de dos señoras bellas y elegantes, y del marqués de Puntal

Cavero que se deshacía en atenciones con las damas.

A Sandoval no se le veía por allí; como siempre, había dejado á su mujer aquella noche en libertad completa.

Fernando vió también á Iván en un palco de *club* con varios amigos; dirigió su mirada hacia él, y después de un rato logró llamar su atención; le hizo señas indicándole que saliese porque necesitaba hablarle, y aunque Vargas empleando el mismo procedimiento le invitó á subir; él insistió, y al cabo el joven aristócrata salió del palco.

Entonces Fernando se dirigió á su encuentro; había procurado que el rostro no delatara el estado de su ánimo, pero al aproximarse el instante de hablar con aquel hombre, todo el odio que en muy poco tiempo se acumuló en el corazón del agraviado marido, quería escaparse por los ojos;

Iván al verle esperando en un pasillo, comprendió que ocurría algo extraordinario; se encontraba ya advertido de la malquerencia de su compañero por ciertos datos inequívocos que había tenido ocasión de apreciar, y desde luego lo atribuyó á que se había puesto al tanto de los galanteos que había sido objeto la hermosa Esperanza. Mas no era él hombre que se amedrentase por tales cosas; avanzó resuelto; y se dispuso á afrontar la situación.

—¿Qué se te ocurre?—dijo procurando dar á su voz la mayor naturalidad.

—¿No sospechas nada de lo que tengo que decirte?—murmuró Fernando con ronco acento, interpellando casi imperativamente en vez de contestar.

—¿Qué diablos quieres que sospeche yo!—replicó Vargas, tomando una actitud algo despectiva aunque cortés.

—Pues vamos al asunto, que no es cosa de andar con divagaciones; he sabido,—añadió Fernando,—que en ausencia mía fuiste una noche á mi casa diciendo que yo te había encargado recogeras unos papeles, y como eso fué una super-

chería, vengo resuelto á que me enteres del móvil que te hizo fraguar semejante enredo.

—Pues mira; preguntáselo a tu mujer que es á quien tienes derecho de interrogar respecto á lo que en tu casa ocurre, porque lo que es yo no tengo humor para aguantar tales impertinencias.

—Lo que yo deba tratar con mi mujer, es cuestión aparte;—exclamó Fernando exaltándose por momentos;—como el que dijo eso siendo mentira fuiste tú, á ti es á quien pido explicación inmediata.

—Voy á armarme de prudencia;—contestó Iván fingiendo una tranquilidad que no sentía;—¿es que te ha dicho eso la condesa de las Hazadillas que estaba allí? porque sin duda habrá sido una mala interpretación, y de seguro que tu mujer no lo contará de igual modo; á ella puedes preguntarle, y si no te satisficiera lo que diga, podrías provocar un careo conmigo pueste que demuestras condiciones propias de juez instructor, y parece que en tu pueblo te equivocaron la carrera al mandarte á estudiar.

—No he de consentir insolencias, y repito que tienes que contestarme á lo que te pregunto sin excusa alguna;—dijo Fernando bajando de tono, pero acercándose demasiado á su interlocutor.

Varios de los que por allí pasaban, se habían detenido para observar á cierta distancia el extraño diálogo de aquellos caballeros.

Fernando nada advertía en medio de su ofuscación; pero no le sucedió lo propio á Iván, quien se resolvió á tomar una actitud gallarda para todo evento.

—Pues bien; si no te lo ha dicho la Condesa, te lo habrá contado tu querida;—exclamó Iván con voz bastante clara, como deseoso de que le oyeran.

—¡Canalla! quieres comprometer á personas extrañas á

este asunto;—dijo el otro bajando la voz y queriendo darle un bofetón que no pudo llegar al rostro de Vargas, quien paró el golpe con su brazo dando un paso atrás.

En aquel instante, varios caballeros se lanzaron á separarlos.

—¡Pues bien; da por recibida la bofetada que ha sido mi intención darte, y te escapo al rostro!—gritó ya descompuerto Fernando al advertir que no podía continuar allí la contienda, y que el hecho había adquirido publicidad.

—¡Vienes al teatro á hacer comedias para limpiar tu honor!—gritó también Iván;—pero yo no soy farsante, y me lo pagarás.

—¡Yo soy quien va á obligarte á que representes un drama trágico! ¡Canalla; cien veces canalla!

—¡La culpa me tengo yo por haber dispensado mi amistad á caballeros de pega; á señoritos improvisados!—murmuraba Iván dirigiéndose ya á las personas que le habían apartado de su contendiente.

Fernando sin duda le oyó, y ofendido en su orgullo exclamaba mientras otros le alejaban de allí:

—¡Falso amigo! ¡El si que es indigno de tal nombre!

Entre los que acudieron se hallaba un agente de policía que tomó nota de quiénes eran aquellos señores, lo que á pesar de la negativa de los interesados no le fué difícil averiguar, porque pronto llegaron algunos que les conocían.

Fernando pensó inmediatamente en buscar á dos amigos para conferirle su representación, y á muy pocos pasos de allí se encontró con el marqués de Puntal Caveró. Enteróle de lo ocurrido ocultándole el verdadero móvil de la cuestión, y el Marqués que conocía las relaciones de Fernando con Mary, y había creído alguna vez que Iván también la miraba apasionado, aunque esto no fuese cierto, supuso que la hermosa morena había dado ocasión á aquel lance.



No era fácil sospechar que Esperanza motivase involuntariamente todo lo que sucedía, y el convencimiento del Marqués fué completo cuando Fernando le encargó que no dijese nada á la familia de Sandoval.

Urgía elegir al otro testigo; y luego que convino con el Marqués que el designado iría á buscarle aquella misma noche al casino de Madrid, Fernando tomó un coche á la salida del teatro para que le llevasen de nuevo al Centro militar.

Buscó allí entre sus amigos á alguno de los más abonados para llevar á vías de hecho el lance sin atenuaciones, y pronto se encontró con un capitán de caballería de su mayor afecto, buen mozo y camorrista.

Aquel militar mostró siempre antipatía hacia Vargas, como le ocurría al Marqués; pero en él no la motivaban rivalidades sobre humes aristocráticos cual las del arruinado Pantal Oavero, que sospechaba era mirado con desdén por Iván á causa de la mala situación económica en que vivía.

Las rivalidades con el jefe de escuadrón tenían por campo los concursos hípicos en que se habían disputado premios á ambos jinetes, pretendiendo cada uno tener mayor firmeza y aptitudes que el otro, y acaso también habrían tenido intereses encontrados en alguna de esas fáciles conquistas que se resuelven con dinero más que con la buena figura.

El capitán Llopis se manifestó propicio á cumplir su difícil misión, y salió en busca del Marqués, habiéndole despedido su apadrinado con el encargo de que las condiciones fuesen de la mayor dureza.

Fernando no había comido nada, y después de vagar algún tiempo por distintos departamentos de la casa, excusando mantener conversación con los que hallaba al paso, pidió en el restaurant que le sirvieran una ración de jamón en dulce, algunos emparedados y una copa de Jerez.

Al cabo de dos horas se presentaron allí el marqués y el capitán; ya habían tenido la primera entrevista con los padrinos de Vargas, que eran un joven aristócrata y un comandante de artillería. La casualidad hizo que el primero de éstos se encontrase con Pantal Caveró en el mismo teatro, y al hablar del incidente ocurrido manifestasen ambos que habían sido designados por uno y otro contendiente para concertar el lance.

Todos los padrinos se reunieron luego en el casino de Madrid, y los de Vargas plantearon la cuestión consignando que su representado era el ofendido, puesto que se trataba de una polémica acalorada por motivos que no eran del caso mencionar, en la que Fernando Márquez se había exaltado hasta el punto de querer abofetear á su compañero, é injuriarle gravemente de palabra. Pedían, pues, una reparación en duelo, única medio de solucionar decorosamente el asunto tratándose de militares; y alegaban su derecho á elegir armas.

Los padrinos de Fernando respondieron que estaban conformes respecto á que el encuentro era inevitable, y no discutían el derecho de elección; pero unos y otros convinieron fácilmente en que el sable era el arma más indicada en aquella ocasión para dirimir la contienda.

A propuesta del comandante de artillería, el joven aristócrata y el marqués de Pantal Caveró habían aceptado que se usara sable con filo y sin punta, en evitación de que el encuentro tuviese consecuencias más fatales de lo que el caso reclamaba.

—A pesar de lo que me ha exigido mi apadrinado,—dijo el pundonoroso militar,—yo no considero que sólo por una cuestión acalorada debamos exponerles á que por igual sufran irreparable quebranto, porque tratándose de quienes han sido hasta hoy entrañables amigos, si cualquiera de ellos

causara la muerte del otro, el remordimiento le amargaría para siempre la vida, cuando ya más sereno pensara en lo fútil del motivo que había ocasionado tal desgracia.

El capitán Llopis había querido objetar algo; pero el Marqués y el otro aristócrata no pudieron menos de reconocer la razón aducida en las juiciosas palabras del comandante.

Se habían separado, pues, para que hablase; los padrinos con sus respectivos ahijados, conviniendo en que, en vista de lo avanzado de la hora, volverían á reunirse á la mañana siguiente para ultimar las condiciones, y que el duelo se verificase por la tarde.

Fernando manifestó el mayor desagrado, diciendo:

—Es preciso que sea con punta, filó, contrafilo y á todo juego; esto no puede quedar en un rasguño; sería ridículo para él y para mí. Creo que Iván no aceptará tampoco lo que han ido á proponerle; pero de cualquier manera, yo me opongo, y perdonen ustedes, amigos míos.

El capitán Llopis en vez de sentirse contrariado, manifestó que no le sorprendía lo que acababa de oír, y el Marqués, más bien que notar verdadera contrariedad aparentó que la sentía, quedando al fin sometidos ambos á las exigencias de su amigo.

—Pues bien; —dijo Puntal Cavero;—ya que usted se empeña, en la conferencia de mañana mantendremos esa actitud; pero es preciso descansar para que todos podamos estar serenos en los momentos críticos; retírese usted, porque hay que impedir que Esperanza sospeche algo.

El Marqués se despidió, y Fernando al quedar solo con Llopis, le dijo que no quería volver á su casa evitando que su mujer notase la preocupación que le embargaba, á cuyo fin le había escrito diciéndole que impensadamente tenía que entrar de guardia en el ministerio.

La carta había sido enviada con un clico de un continental, y era en extremo lacónica, pues Fernando sólo se propuso que no estorbase el lance una alarina prematura de Esperanza, porque la creía capaz de todo.

Llopis que era soltero y vivía en una fonda, invitó á su amigo á que le acompañara para ir á pasar allí la noche, y ambos salieron del Centro militar.

## XXII.

Los periódicos de la mañana, dieron la noticia de que la noche anterior había ocurrido en un teatro un desagradable suceso entre dos distinguidos militares, diputado á Cortes el uno, y muy conocido el otro en los círculos aristocráticos.

Añadieron que se estaba concertando un duelo, y que por la índole del asunto, no era posible dar más detalles.

Fernando al leer el suelto, comprendió que era preciso obrar con rapidez antes que el suceso adquiriera mayor publicidad, y así se lo dijo á su amigo Llopis, cuando éste se dispuso á salir en busca del Marqués, para reunirse luego con los otros padrinos.

El comandante de artillería y el joven aristócrata también hablaron con su ahijado en la noche anterior, y el resultado de aquella entrevista fué parecido al que casi en los mismos momentos se estaba celebrando en el Centro militar, y que ya conocen nuestros lectores.

Iván manifestó que á él no le satisfacía un duelo en condiciones leves, porque había sufrido el agravio en un sitio público; y al verse atosado por el comandante, que alegaba que no habiendo llegado ni uno ni otro á vías de hecho las

palabras más ó menos fuertes lanzadas en una disputa entré dos amigos no podían tener importancia; se vió en la necesidad de decir que aunque él era quien pedía la reparación; acaso el otro no estuviese dispuesto á que todo se redujera á hacerse alguna ligera herida.

—Eso me extraña;—murmuró el comandante;—¿á no ser que usted le deba también alguna reparación por causa de mayor gravedad!

—Pues bien; se la debo tal vez;—contestó Iván sonriendo.

—¡Por ahí se dice que es cuestión de faldas!—añadió el joven aristócrata marcando la frase de modo picaresco.

—¡Psé! ¡Digan lo que quieran!—exclamó Iván.

—Es que...—insistió el implacable murmurador;—no tratándose de mujer propia, no puede entenderse que un hombre casado tenga derecho á reclamar por tales asuntos reparación alguna.

El rostro del comandante se nubló súbitamente; y dijo con seriedad:

—No es necesario que profundicemos; ¿usted entiende que él puede imponer condiciones graves?

—No puedo menos de contestar á usted que sí;—dijo Iván en el mismo tono, aunque le habían halagado las malignidades del joven padrino, y hubiese preferido que continuaran.

—Pues bien, basta; veremos la actitud de esos señores; y en todo caso, estaremos á su disposición;—murmuró el comandante dando por terminada la entrevista.

Cuando por la mañana se reunieron los cuatro padrinos; todos procedieron con la mayor circunspección; pero el duelo quedó concertado con las condiciones que Fernando propuso á sus amigos; se batirían estando cubiertos de medio cuerpo arriba solamente con camisetas; y no terminaría el

lance hasta que alguno quedara inutilizado para continuar.

El joven aristócrata facilitó un local cerrado donde pudiera realizarse el encuentro aquella misma tarde; era una quinta próxima á Madrid perteneciente á un opulento conde, que se complacia en ponerla á disposición de sus amigos íntimos para lances semejantes, y aun para algunos otros.

Minutos antes de la hora señalada, llegaron con escaso intervalo á la quinta Iván y Fernando en dos lujosos automóviles, acompañándoles sus respectivos padrinos y un reputado médico.

En aquella ocasión, iban á actuar como testigos los mismos que desde los primeros momentos apadrinaron á los contendientes, cosa que casi siempre ocurre, y sin duda por ello se suelen confundir las denominaciones de padrino y testigo, aunque en puridad ambos cargos llevan aparejadas funciones distintas; los primeros conciertan el duelo y no necesitan tener grandes aptitudes en el manejo de las armas; los segundos lo presencian, y deben reunir verdaderas cualidades de duelistas, para apreciar bien las circunstancias en que se verifica el encuentro.

Después de saludarse todos ceremoniosamente, el comandante de artillería que había sido designado para director del combate, invitó á los duelistas en breves y sentidas palabras á que dispusieran su actitud y se diesen amplias y nobles explicaciones, siquiera fuese en consideración á la íntima amistad que siempre les unió y por lo que no debía darse gran importancia á los agravios de palabra que mutuamente se habían inferido, prescindiendo de respetos cortes de que se creían dispensados.

El silencio que guardaron los contendientes; su gesto hostil y además para quitarse las levitas, demostraron á los testigos que tal requerimiento era completamente ineficaz.

Señalados los puestos; despojados de ropa según lo conve-

nido, y habiéndoseles entregado los sables, Iván y Fernando esperaron las frases de costumbre.

—¡Adelanté, señores!—dijo con voz serena el comandante.

El choque fué tan rápido y violento especialmente por parte de Fernando, que en el primer asalto Iván recibió un golpe de filo en el hombro izquierdo. Inmediatamente el director ordenó parar con gran energía.

—No es nada; continuemos;—exclamó Iván despidiendo rayos de ira por sus ojos.

El médico reconoció brevemente la parte lesionada, y aunque había brotado la sangre, confirmó que aquello no tenía importancia.

En el segundo asalto, Iván mantuvo á raya á su adversario sin mostrar gran acometividad; pero no era debido á que se hubiese acallado su enojo, sino á que preparaba un golpe decisivo; y después de un quite afortunado, dirigió una estocada al pecho de su enemigo consiguiendo herirle. Este en vez de vacilar se fué instantáneamente sobre él dándole tan fuerte cubillada, que le desgarró una mejilla haciéndole al par una profunda herida en el cuello. Rápidamente el comandante interpuso su bastón entre los aceros, poniéndose por completo entre ambos duelistas.

—No es nada lo mío;—dijo Fernando repitiendo casi en el mismo tono la anterior frase de su contendiente, y manteniéndose firme.

Iván continuaba con el sable en la mano, pero vaciló sin llegar á caer, y su rostro y pecho estaban casi cubiertos de sangre. Su joven padrino acudió á sostenerle, y el médico comprendiendo que aquella herida era la de mayor gravedad, acudió también á examinarla.

—No es posible continuar;—dijo el doctor; y añadió dirigiéndose á los testigos:—Acuéstenle ustedes, y ahora le curaré apenas reconozca al otro.

Mientras el joven aristócrata y el comandante se llevaron á Iván á una habitación inmediata, el médico levantó la camiseta de Fernando que estaba rota, y reconoció la herida de la que manaba alguna sangre. La punta del arma había penetrado poco, y debida á ello resultaba leve la herida, que seguramente de ser más profunda le habría dejado muerto en el acto, pues estaba cerca del corazón.

—Lávele usted,—dijo el médico al capitán de caballería, —y ahora le vendaremos para contener la sangre, pues esto es poca cosa; tengo que acudir al otro cuyas heridas son de gravedad, y urge contener la hemorragia.

Se encontraban en una huerta rodeada por tapias de bastante altura, en la parte posterior del lujoso *chalet* y á muy pocos pasos de éste, que tenía la entrada principal por un precioso jardín defendido por elegante verja de hierro.

El médico se había encaminado rápidamente al edificio. Llopis y el Marqués ofrecieron apoyo á Fernando, pero él lo rehusó con azarabilidad, y los tres se dirigieron también á la casa llevándose las armas y las ropas, para que no quedase sobre el terreno más rastro que las manchas de sangre que otros se cuidarían de quitar.

En el primer salón, donde entraron, había vasijas con agua tibia, vendas y todo lo preciso, para hacer una cura antiséptica.

Llopis y el Marqués lavaron la herida de su apadrinado, y el capitán acostumbrado á presenciar las primeras curas que se les hacen á los heridos en campaña, aplicó inmediatamente unos algodones y vendó la parte lesionada con el mayor esmero.

Entretanto, el Marqués tomó una botella de coñac, y vertió algunas gotas mezclándolas con agua en uno de los pequeños vasos que había dispuestos en una bandeja de plata oxidada que se veía sobre elegante mesa de cristal.



Fernando había palidecido, y el Marqués le acercó el vaso invitándole á beber; el herido manifestó deseos de marchar de allí mientras se ponía la camisa y el chaleco, y rogó al Marqués que entrase á despedirles cortésmente, preguntando por el estado de Iván.

Llopis entregó la levita á Fernando, y cuando iban á tomar los sombreros, el comandante se presentó en una de las puertas del gran salón en que se hallaban.

La respuesta que éste dió á las palabras corteses de los que se despedían, indicaban que el estado de Iván ofrecía serios peligros, y añadió dirigiéndose á Fernando:

—Me ha dicho el doctor que lo de usted no es grave, y creo oportuno que nó se detengan aquí.

Momentos después, uno de los automóviles que esperaban, conducía á buena velocidad á Fernando y á sus amigos que pronto estuvieron en Madrid.

—No quiero ir ahora á mi casa;— dijo el herido.

—Sí; vamos primero á que le curé á usted su médico, que como también es el mío, me parece recordar que esta es la hora de su consulta;—contestó el Marqués.

Llopis preguntó qué señas se le daban al *chauffeur*, y á los pocos minutos el automóvil paró ante una magnífica casa de construcción moderna, en sitio bastante frecuentado por la gente distinguida.

### XXIII.

Ya sabemos que Mary y Fernando quedaron citados para la tarde siguiente, en el mismo sitio que acostumbraban á reunirse.

Los acontecimientos se precipitaron de tal manera; la

preocupación de Fernando fué tan grande, que ni siquiera se le ocurrió dar aviso á su dama para evitarle la molestia y el sobresalto consiguiente, al ver que él faltaba á una cita, cosa que nunca había ocurrido.

Tal vez fuese mejor que no mediara aviso alguno para evitar sospechas relativas al duelo, y también para que pudiera pasar lo que ahora vamos á referir; pero la verdad es que Fernando no se cuidó de librar á Mary de tales sospechas, y mucho menos podía preveer acontecimientos tan extraños como los que la casualidad preparaba, acaso en favor de aquel infiel marido.

A la hora oportuna, Mary salió en automóvil sin más compañía que la del *chauffeur* Aurelio que lo guiaba, y se dirigieron al lugar en que solía esperar á su señora la encargada del hotelito, que aparentaba servirle de guía para llevarla á la casa de los pobres de aquel barrio que iban á ser socorridos por la caritativa dama.

Aurelio había llegado á adquirir la completa certidumbre de que se trataba de una aventura amorosa, y aquella tarde parecía bastante preocupado.

Mary entró en el hotel, nido de sus culpables amores, y mientras llegaba su amante se dedicó á examinar minuciosamente cuantos primorosos detalles adornaban el saloncito dedicado á sus amorosas entrevistas.

Al volver de su excursión veraniega durante la cual estuvo alejada de Fernando, quien quedó en Madrid con su mujer debido á que tampoco veraneó el ministro de la Guerra á cuyas órdenes estaba, la caprichosa Mary trajo de París infinidad de chucherías, de las que dedicó algunas á aumentar los encantos de la óscula mansión en que tan feliz era de vez en cuando durante algunas horas.

La chimenea estaba encendida; preciosos jarrones cargados de flores que esparcían delicados perfumes, se mostra-

ban por vez primera sobre la cornisa, y en mesitas próximas al piano que estaba abierto y en el que se veía un álbum con música escogida de autores de moda.

El tibio ambiente de aquella habitación, obligó á Mary á despojarse de su lujoso abrigo; se quitó el sombrero de 800 francos, y dejó los guantes junto á él en otra linda mesita.

Abrió el álbum con indiferencia, y á los pocos instantes las melancólicas notas de un vals lento de Boston llevaron de armonías el espacio; mas pronto la hermosa se levantó impaciente; miró al artístico reloj de la chimenea, y al notar el retraso de Fernando manifestó gran contrariedad.

Nunca había ocurrido aquello; la tarde anterior se separaron de modo bastante raro; la preocupación de Fernando era visible; ¿por qué le había llegado tan á lo vivo la sospecha de que su mujer tuviese un amante? ¿No se lo había indicado ya Mary en otras ocasiones? Era indudable que no lo creyó hasta que se le dieron ciertas pruebas, y que el efecto causado en él fué terrible é inesperado.

El que siente celos es porque ama, y sin duda Fernando amaba á su mujer; á aquella lugareña indigna de competir con una dama del gran mundo.

Tal vez quería dedicarse ahora á ella por completo; cortar las relaciones con que Mary le había favorecido, y ésta al pensarlo así, se exaltaba sintiéndose herida en su orgullo á la vez que en su caprichosa sensualidad.

Acaso Fernando también se sintiera agraviado en su orgullo; pero de cualquier modo, eso podría ser la causa de que se interesara por completo en vigilar á su mujer apartándose de otros amores, y ¡quién sabe á dónde podrían llegar las cosas!

Pasaba el tiempo; ya casi anochecía, y Fernando no llegaba; una hora de espera y otra más, era ya demasiado. ¿Qué habría ocurrido?

Mary se decidió á marchar; se puso el sombrero y el abrigo; tomó sus guantes, y salió diciendo á la guardiana del hotel que ya le daría aviso de cuándo tenía que esperarla.

Llegó donde estaba el automóvil, y le dijo á Aurelio, que le abrió atentamente la portezuela:

—A casa prontito.

El motor se puso en marcha, y el automóvil partió aumentando bien pronto su velocidad, hasta deslizarse por las sombrías calles de aquel barrio con extraordinaria rapidez.

La preocupación de Mary era tan grande, que no advirtió la dirección que llevaban; al cabo de un rato le causó extrañeza que no empezase á brillar el alumbrado público con mayor intensidad, conforme iban aproximándose á sitios que debían estar más concurridos; se fijó bien, y observó que se hallaban en despoblado. De vez en vez el automóvil pasaba rápidamente por delante de alguna luz próxima, que debía ser de ventorrillos ó de algún carruaje con el que se cruzaban en la carretera; cogió el cordón acústico, y llamó la atención del *chauffeur*, quien tocó al cristal como indicando que esperase á que parara, y siguió con igual marcha hasta que á los pocos instantes el movimiento del coche demostró que andaban separados del camino real.

Entonces Mary se resolvió á bajar los cristales diciendo:

—¡Aurelio; Aurelio! ¿á dónde vamos por aquí?

—He tomado este camino,—contestó él sin detenerse,— porque supe que han levantado el piso de algunas calles á última hora, y era preciso rodear.

—¿Y por qué llevamos este movimiento?—dijo entonces Mary bastante alarmada.

—Temo que vamos á tener *panne*, por que debe haberse roto algo;—replicó el *chauffeur*.

En aquel instante, el coche se detuvo; estaban en un sitio

donde había una espesa alameda.

—¿Qué es eso?—volvió entonces á preguntar Mary con voz agitada.

—Ha llegado lo que yo decía;—exclamó Aurelio saltando al suelo desde su asiento;—si quiere bajarse la señora mientras se arregla todo. . .

Entretanto abrió la portezuela invitándola á bajar.

—No hace frío alguno esta noche; ¿pero para qué voy á bajarme?

—Yo llevaré á la señora aquí muy cerca donde puede esperar más cómodamente con la mayor confianza.

Mary casi inconscientemente se bajó del coche empezando á sentir verdadero miedo. Llevaba suelto el abrigo y se veía lucir en su pecho un precioso broche con dos hermosas perlas; la clara luz de uno de los faroles iluminaba por completo la figura del *charifseaw* y la de la dama, que tuvo ocasión de advertir que los ojos de Aurelio estaban fijos en su broche; una idea terrible pasó por la mente de Mary; ¿querría aquel hombre robarle sus joyas;? parecía increíble, pero no cabía duda de que estaba cogida en un lazo; para algo la había llevado él á tan solitario sitio á tales horas.

Mary era animosa y pronto se rehizo; creyó preferible no demostrar desconfianza para evitar pretextos á que se le presentase la situación francamente hostil.

—¡Pero por Dios, Aurelio!—dijo;—yo confío mucho en usted, y creo que no se habrá equivocado trayéndome á ningún sitio peligroso; abrevie lo que pueda para que regresemos inmediatamente.

—Señora; yo le respondo con mi vida de que no ha de ocurrirle mal alguno;—contestó el muchacho con acento sincero y en el tono más amable;—sigame, que sólo hay que andar unos cuantos pasos para que lleguemos á la caseta de un guarda conocido mío.

Aquellas palabras no podían ser más tranquilizadoras, y aunque no cabía dudar de que allí pasaba algo extraño, Mary siguió al joven.

Pronto llegaron ante una barraca ó caseta de madera; Aurelio sin vacilar sacó una llave del bolsillo; abrió la puerta y entró en el único departamento constituido por aquella rústica morada, cuyo fondo estaba obscuro; encendió un fósforo y lo acercó á un quinqué de petróleo que se hallaba colgado de un clavo en la pared, y esparció en el acto una opaca luz que bastó no obstante para alumbrar por completo aquel estrecho recinto.

Mary lo observó todo desde la puerta y dijo:

—¿Pero que es eso? ¿no hay nadie aquí? ¿cómo tenía usted la llave?

—¡Pase, señora! tranquilícese por completo, y la enteraré.

Todo estaba á la vista, y Mary entró, puesto que con ello no aumentaba el peligro y quería seguir mostrándose confiada.

En medio de la caseta habia un brasero colocado en tarima de madera, en el que ardía una buena lumbré que daba suave calor; una pequeña ventana ventilaba la caseta; pero Aurelio la cerró enseguida para que no penetrase el aire fresco de la noche.

Junto á la pared se veía un banquillo de madera, y cerca de él, en un ángulo de la habitación, una cama forrada con tablas, sobre la que habia una colchoneta y un buen colchón de lana cubierto con sábanas limpias, como las fundas de las almohadas, y por una blanquisima colcha de piqué.

Esto y una rústica mesita de madera, era todo el ajuar de aquella vivienda que Mary examinó de una sola ojeada.

—Pulcro es el guarda que aquí vive;—dijo;—porque aunque todo es pobre, demuestra gran limpieza y esmero.

—Es un muchacho amigo mío que cuida de un depósito

de maderas labreadas aquí como producto de una corta de álamos y otros árboles; pero ha tenido que irse á Madrid por dos días, y me entregó la llave de la caseta.

—Pues bien;—replicó la dama;—aprovecharé esa extraña casualidad ya que en este sitio ha ocurrido la avería, y eso me permite esperar aquí á que usted la repare, aunque hubiera preferido estar dentro del coche, pues supongo no tardará usted mucho.

—¡Ah, señora!—murmuró Aurelio mirando nuevamente con gran fijeza el rico broche que Mary lucía en su espléndido seno, no bien cubierto por el lujoso abrigo;—procuraré ser breve.

La hermosa se estremeció, y no pudo menos de exclamar algo asustada:

—¿Le gusta á usted mi broche? Se lo regalaré si me lleva á casa inmediatamente.

—¿El broche? Perdóneme, señora; ni siquiera me había fijado en esas dos hermosas perlas, porque son otras joyas de más valía las que á mí me vuelven loco.

Ya no era posible dudar; tan imperdonable atrevimiento debiera haber causado á Mary mayor impresión aún que el miedo de que le robasen sus alhajas; pero no fué así; en el acto se consideró dueña de la voluntad de aquel hombre; si obraba por una loca pasión, ella le dominaría haciendo de él un instrumento inconsciente que no se permitiera más que lo que se le tolerase.

Con acento tranquilo y cariñoso, desentendiéndose de la alusión, Mary dijo:

—Vaya pronto, Aurelio; que me tiene impaciente, y creo que no querrá enfadarme un muchacho tan bueno como usted.

—¿Pero adónde he de ir?—exclamó el joven con honda desesperación;—¡si todo estará arreglado enseguida! ¡si sólo

me detuve para decir á usted aquí lo que no me atrevo á pronunciar y debe haber comprendido!

Mary sin indignarse le miró y dijo:

—No me crea usted una mujer preocupada por vanidades propias de mi rango social; yo sé que todos los hombres sienten de igual modo sin distingos de clase, según la nobleza de su corazón, y debemos apreciarles por sus sentimientos; mas la delicadeza de ellos exige que no sea lícito emplear la violencia para conseguir lo que sólo por otros medios se puede obtener, y no por sorpresa, sino mediando tiempo y sacrificios que prueben lo que se dice.

—¡Por sorpresa! ¿y cómo de no ser así podría yo haber llegado á esta situación, cuando aun con todo casi no me atrevo á decir lo que siento? ¡Sacrificios, pruebas! ¿Es bastante sacrificio el de la vida? Pues bien; usted decidirá, señora; tengo aquí un revólver para levantarme la tapa de los sesos si soy desdénado, porque de no lograr así este imposible, no le lograría nunca; conozco bastante lo que son las mujeres de su rango, y no me hago ilusiones respecto á mi valer; esta idea ha arraigado en mí de tal modo, que no puedo desecharla ya, y no quiero vivir si el imposible no se realiza.

Mientras decía esto, Aurelio había sacado del bolsillo un pequeño revólver haciendo ademán para dispararse; por el extravío de su mirada; por la energía de su acento, Mary comprendió que el joven no hacía una comedia ridícula, y que de no conducirse ella con gran cautela, iba á verse envuelta en un escandaloso proceso. No sabía guiar el automóvil; le era necesario quedarse allí si aquel hombre se disparaba un tiro, y con la rapidez del pensamiento de una inteligencia viva, vió claramente el cuadro de horror en que estaba llamada á ser la figura de mayor relieve.

Al par que pensaba así, sintió una extraña emoción hala



gándole que un hombre joven estuviera dispuesto á suicidarse por ella, y todo la indujo á querer evitar la catástrofe.

Avanzó hacia el joven, y le cogió por el brazo derecho advirtiéndole al instante que temblaba preso de una gran agitación nerviosa.

—Eso es una verdadera locura;—murmuró;—venga ese revólver;—y se lo quitó de la mano.

—Sí; lo que usted quiera;—dijo él mirándola de un modo tan intenso, que Mary que afrontó la mirada tuvo que concluir por bajar los ojos, y alejarse dos pasos para dejar el revólver sobre el banquillo que junto á la cama había.

Aurelio la siguió, murmurando:

—Lo que usted quiera; pero déjeme que me mate si soy despreciado.

—Tranquilícese;—exclamó ella con voz velada por la extraña emoción que había llegado á sentir;—¡por Dios; yo también estoy nerviosa; vamos á arreglar el automóvil para marchar enseguida; hablaremos después; yo se lo prometo; he de mirarle con el cariño que merece ese arranque de sinceridad; pero hoy no puedo decirle otra cosa; ¡quién sabe lo que sucederá después; ¡las mujeres no sabemos nosotras mismas de lo que somos capaces!

—¡Ah, no me aparto de aquí; ¡ahora, ó nunca;—exclamó Aurelio con el mismo acento de gran desesperación;—¡siéntese señora; yo aquí; á sus pies; como un esclavo que quiere morir si no se apiada de él su dueña!

Mary quedó sentada sobre el lecho, único sitio en que sentarse podía, y él se arrodilló ante ella cogiéndole las manos.

—¡Déjeme al menos que las bese, como á una reina;—exclamó.

Intentó quitarle los guantes, pero la dama lo hizo por sí misma murmurando:

—Bien; con eso basta por hoy; vámonos.

El fuego de los besos que Aurelio estampó en ambas manos de la dama, traspasó la fina piel llegando á la fibras nerviosas de todo el organismo, y produciendo en él violenta sacudida.

—¡No puedo más! ¡vámonos inmediatamente,—exclamó Mary,—ó soy yo la que va á pedirlos que me disparéis ese revólver, porque á mí me falta valor para hacerlo!

El joven por toda respuesta se levantó y dijo:

—¡Váis á tener una congestión; quitáos ese sombrero; yo os haré aire!—y en un momento despojó á la dama del sombrero y del abrigo, empezando á abanicarla con un periódico que sacó hecho dobleces.

Ella le miró entonces fijándose con mayor interés en el brillo de aquellos apasionados ojos, negros también como los de la dama; en la expresión de los varoniles rasgos de su fisonomía, sombreados por los abundantes y oscuros cabellos que en desorden caían sobre la frente. Nunca se había fijado en él, y advirtió que era un joven hermoso, aunque con la hermosura de Satán.

—¡Todo menos seguir aquí; haga usted lo que quiera; pero vámonos; vámonos pronto!

Se oyó un rumor de fatigosa lucha cortado por voces inarticuladas y chasquidos de besos, y con él se confundieron los indescifrables y vagos ruidos de la naturaleza campestre que llegaban hasta allí; ruidos siempre misteriosos, aunque la primavera no esparza calor ni vida por la superficie terrestre, y sea el otoño el que con la caída de sus mustias hojas lance notas de armonía que arrebatara el viento.

El automóvil rodaba por la carretera en dirección á Madrid; Aurelio le imprimía una extraordinaria velocidad, como si su locura se transmitiese á todo cuanto cerca de él estaba;

la hermosa Mary con honda preocupación se ocultaba en el fondo del coche, procurando que su elegante traje no llevara incorrección alguna.

## XXIV.

Cuando Fernando y sus amigos salieron de la casa del médico, después que éste le hubo reconocido la herida curándole con el mayor cuidado, el Marqués se despidió en vista de que el capitán Llopis dijo que él dejaría á su compañero en casa.

El Marqués sentía necesidad de decir á los amigos todo lo que había presenciado, y se encaminó al Casino de Madrid donde pronto se halló rodeado de un numeroso grupo de curiosos que le interrogaban; se había hecho público que él era uno de los padrinos de Fernando Márquez, y cuando dijo que ya estaba la cuestión solucionada sobre el terreno, todos quedaron pendientes de sus palabras.

Así que Puntal Caveró concluyó de hablar, hasta el más mínimo detalle fué objeto de comentarios; pero todos convenían en que allí mediaban faldas. Parodiando á Quevedo, hubo más de uno que concluyó preguntando: «¿Quién es ella?»

La opinión general se fijó en Mary, y aunque el Marqués aparentó que la defendía, lo hizo de tal modo que casi hubiera sido mejor que se mostrase indiferente.

—¡Pobre Sandoval!—exclamó uno de los del corro;—le han adornado bien antes de que consiga ponerse el uniforme de ministro.

—¡Ministro! ¿de qué?—murmuró otro de los maldicientes.

—Yo supongo que será del Tribunal de la Rota;—añadió

un tercero.

—¡Cá, hombre;! ministro de Hacienda;—dijo el primero de los comentaristas desentendiéndose de la picaresca alusión á las desventuras conyugales;—¿pues no saben ustedes que quiere encargarse de la riqueza del país ahora que está cerca de perder su particular fortuna? Esto sin duda habrá de perjudicarle en sus aspiraciones políticas, y con ello el país está de enhorabuena, porque, ¡vaya una calamidad que sería semejante ministro!

—¡No iban á quedar ni las aldabas;!—dijo otro que hasta entonces no le había dado aire á la lengua.

—Veremos si su periódico da la noticia del duelo y de los motivos que lo han provocado.

—Ya se encargarán de hacerlo los colegas que le quieran mal.

—Pues entonces no quedará ninguno sin tratar del suceso.

Así iban despachándose á su gusto cuantos allí estaban, y al cabo el Marqués creyó que debía escurrirse, puesto que la semilla quedaba lanzada en buen terreno y había de germinar dando abundantes frutos.

Cuando salió del elegante círculo, la calle de Alcalá estaba de bote en bote: el Marqués fué andando lentamente hacia Recoletos, y frente al palacio de Buenavista se encontró con Sandoval que salía de conferenciar con el ministro de la Guerra.

El Marqués no hizo nada por eludir el encuentro.

—¡Cuánto me alegro verle;!—dijo Sandoval;—vengo de hablarle al ministro, que está muy incomodado porque iban á batirse dos de sus ayudantes amigos nuestros, y dicen que es usted uno de los padrinos. Véngase conmigo al coche; daremos una vuelta por la Castellana, y me enterará de todo.

El landó que esperaba á Sandoval partió llevándose á los

dos amigos; no hemos logrado saber exactamente lo que hablaron; pero por la preocupación con que el opulento banquero llegó á su hotel pasada media hora, hay que suponer que el aristócrata arruinado le quiso dar una prueba de sincera amistad poniéndole al tanto de las murmuraciones que en aquéllos momentos corrían de boca en boca, aunque afirmando desde luego que aquello era una infame calumnia, y que de haber algún atrevido que murmurase á su presencia, lo pagaría bien caro.

Sandoval preguntó á miss Ketý por la señora, y al saber que no estaba allí, encargó que le avisasen apenas llegara. Tenía que asistir aquella noche á una comida oficial, y empezó á vestirse sin conseguir distraer su ánimo; bastante haría luego con disimular ante las gentes; pero allí que estaba sólo con su ayuda de cámara, no había para qué tomarse tal cuidado.

Se aproximaba la hora de comer, y la señora no venía; al fin el marido se decidió á marchar, después de preguntarle por la tercera ó cuarta vez á la inglesa.

La comida se daba en la suntuosa mansión de uno de los embajadores acreditados en Madrid, representante de nación amiga; á pesar de la seriedad que siempre impera en todos los actos en que el cuerpo diplomático interviene, no faltaron aquella noche conversaciones particulares, miraditas y comentarios que dejaban al bueno de Sandoval hecho una verdadera lástima; él llegó á advertirlo, y durante la recepción que hubo después del banquete, conforme recorría los magníficos salones saludando á los conocidos que encontraba al paso, se iba convenciendo de que toda aquella gente, en más ó menos grado, decía de él algo desfavorable.

Sintió la necesidad de huir de todas aquellas miradas con que se veía asaseado, y fué de los primeros que abandonaron el palacio del embajador.

Cuando llegó á su hotel volvió á preguntar por la señora; le dijeron que había venido un poco tarde, y enterada de que él comía fuera, se retiró á sus habitaciones donde le sirvieron un *consommé* y se acostó en seguida, diciendo que se encontraba algo enferma. Esto le hizo no decidirse á interrumpirla en su sueño. ¿Para qué? Mejor sería á la mañana siguiente cuando las cabezas estuviesen más despejadas.

Sandoval como buen político y hombre de negocios, sabía que no es conveniente dejarse llevar de las primeras impresiones, y él quiso también consultar su situación con la almohada; mas á pesar de ello no consiguió descansar en toda la noche.

La maldita idea que se había aferrado á su cerebro estaba allí siempre fija, sin que ningún esfuerzo de voluntad consiguiera borrarla ni oscurecerla; iba á servir de ludibrio y mofa á todos los que le envidiaban ó aborrecían, y hasta á los indiferentes siempre propicios á destrozar honras ajenas; Aquello quebrantaba también sus prestigios como hombre público de no tomar una actitud de enérgica dignidad; y acaso era eso lo que más le mortificaba.

Entretanto, Mary había pasado también la noche bastante intranquila; los inesperados sucesos en que se hallaba envuelta, la preocupaban hondamente; ¿quién había de pensar que Aurelio se atreviese á lo que se atrevió!

Ella comprendía que aquel muchacho al concebir el plan que llevó á término, había obrado bajo el estímulo sensual causado por acompañarla á tan extrañas correrías; era demasiado pillo para no entrever que se trataba de aventuras amorosas.

Jamás el mancebo le habría tendido aquel lazo de tenerla por una señora piadosa que iba á socorrer á pobres obreros; tampoco ella de encontrarse en tal caso hubiese cedido tan fácilmente; el estímulo de una gran espera; el no haber

acudido Fernando á la cita; todo había contribuido á que fatalmente sucediera lo que sucedió.

La inteligencia de Mary era bastante perspicaz para comprender todo esto, y si le hubiese sido posible elevarse á más altas consideraciones de orden moral, habría visto también cómo se encadenan los actos humanos al dar el primer paso en la pendiente, hasta llevar al fondo del abismo á los que tal vez sin aquel mal paso primero habrían podido marchar por la senda recta llegando sin tropiezo alguno al término de su vida.

La casualidad decide muchas veces en estas cuestiones; pero sin una predisposición natural, sin un medio ambiente adecuado, rara vez germina la semilla dañadora; Mary no podía comprender que era ella una mala naturaleza envuelta en atmósfera impura, y de todo culpaba á su desgracia, porque ni siquiera se encontraba con autoridad bastante para revolverse contra la osadía de Aurelio, que la había interesado más vivamente de lo que al principio pensara.

En lo sucesivo, tendría que vencer nuevas dificultades para sus entrevistas con Fernando, porque no era *justo* que ella se resignara á tener sólo por amante á su *chauffeur*; éste si tendría que avenirse á lo que ella quisiera aunque fuese preciso recompensarle espléndidamente y concederle algunas migajas del festín, cosa que á ella tampoco le desagradaba. ¡Era tan joven, tan apasionado...!

Fernando tenía una distinción á que su nuevo rival no llegaría nunca, y casi era más guapo; pero le perjudicaban ciertas extravagancias y ensimismamientos que le hacían pasar por chiflado á veces.

En cuanto á Eleuterio... al marido no se le tiene nunca en cuenta por las mujeres galantes; según cierto célebre autor francés, es como el piso entresuelo que no se incluye en la numeración.

¿Por qué no habría ido Fernando á la cita? si era Esperanza la que lo estorbaba, no podía tolerarse que las cosas quedaran así, y ante todo sería necesario recogerle aunque luego conviniera lanzarle por completo cuando su mujer no pudiera considerarse triunfante.

La noche anterior había quedado el último número de *La Epoca* sobre la mesita del dormitorio, sin que Mary se dignara fijarse en él; pero cuando al despertar llamó, y la chica que interinamente le servía de doncella abrió para que entrase la luz del día á través de las vidrieras, la señora tomó el periódico y despidió á la criada, diciendo que aun lo quería vestirse ni que le llevasen el desayuno.

En la sección de noticias, llamó su atención un suelto que trataba con cierta reserva de que se había verificado un duelo entre dos distinguidos militares, resultando heridos ambos contendientes, y uno de ellos de gravedad.

Mary no tuvo conocimiento de lo ocurrido en el teatro entre Fernando é Iván; pero que el primero de ellos hubiese faltado á la cita, hacia sospechar que fuese él alguno de los duelistas aludidos.

—¿Quién sería el otro?

Inmediatamente acudió á su memoria la última conversación que con Fernando tuvo, y lo muy preocupado que estaba cuando se separó de ella. ¿Se habría batido con Iván?

Aquello al par que la llenaba de sobresalto, le producía gran contrariedad, porque era Esperanza la que daba ocasión á que dos hombres se jugasen la vida, aunque el motivo determinante fuese lo que ella le había contado á Fernando.

En tales reflexiones se hallaba la hermosa sin decidirse á dejar el lecho, cuando oyó que tocaban suavemente á la puerta principal de la habitación.

—¿Quién es?—dijo comprendiendo que la doncella no intentaría entrar por aquel sitio ni de tal modo.



La puerta se abrió, y Sandoval entró en la estancia volviendo á cerrar.

—¡Ah, querido! ¡tú á estas horas levantado y aquí!

—¡Sí, yo; ¡tenemos que hablar seriamente!

—¡Me llenas de inquietud! ¿Qué te pasa? Voy á levantarme en seguida.

Mary se lanzó del lecho sin cuidarse de velar sus formas esculturales, y antes bien, mostrando cierta torpeza al cubrirse con una amplia y lujosa bata que tomó de una butaquita, donde quedó abandonada en la noche anterior.

Sandoval no miró siquiera, omitiendo la galantería natural en tal caso de ayudar á vestir á su mujer, entre ternezas más ó menos fingidas.

Aquello era un síntoma malísimo, y Mary al notarlo se dispuso á afrontar la borrasca, en tanto que él sacaba un periódico del bolsillo diciendo:

—¿No sabes nada de lo que ocurrió ayer entre dos amigos tuyos?

—¡Amigos míos! ¡nuestros dirás!

—Sí; entre Fernando Márquez é Iván de Vargas;—replicó el marido secamente, aunque sin descomponer su ademán;—mira lo que dice este periódico de la mañana.

Mary leyó en voz baja donde su marido le marcaba con el dedo; era uno de esos periódicos rotativos que procuran siempre dar noticias sensacionales; sus redactores, contrarios políticos de Sandoval, se habían cebado en él diciendo cuanto decirse podía dentro de los convencionalismos sociales, y aun algo más de lo que tolerarse puede.

—¡Pero esto es una infamia!—exclamó Mary después de enterarse claramente, de que era Iván quien estaba gravemente herido.

—¡Cuestión de faldas! ¡Un opulento banquero y hombre político cuya fortuna ha sufrido grandes quebrantos y que

tendrá que velar ahora por otros intereses más estimables, aun para los que piensan como hombres de negocios! ¡Has pisoteado mi honra!—dijo Sandoval;—jesto no puede quedar así!

—¿Pero qué culpa tengo yo de que esos calumniadores digan lo que les venga en gana?

—¿Y no tienes culpa alguna de que se hayan batido por ti dos hombres, casado uno de ellos, galanteador de oficio el otro?

—Por eso mismo de que el uno es casado y el otro galanteador; lo que parece claro es que no soy yo la causa del duelo, y sí la hipócrita de Esperanza.

—¡Esperanza! hasta en el modo que tienes de hablar de ella demuestras que la aborreces, porque le disputas el amor de su marido. ¡Como si no se supiera en todo Madrid quién son las mujeres más solicitadas, hasta por lujo y vanidad, aunque valgan menos que las otras.

Aquel agravio de Sandoval le hizo á su mujer sentir deseo de no defenderse, y que apareciera que efectivamente por ella se habían batido, porque valía más que la otra dama; guardó silencio, y entonces su marido prosiguió sin alterarse:

—Me gustan las situaciones claras; prefiero que no me vengas con ñoñerías inútiles para hombres como yo; no hemos de representar una comedia de celos quedando al fin más en ridículo aún; ni he de dar una segunda parte al novelesco episodio del desafío; prevente á que sea definitiva nuestra separación por todos los medios legales, cual cumple á la personalidad que tengo en la política, y á que esto me obliga á proceder con serena dignidad, pero sin flaqueza alguna.

—Así lo esperaba de ti;—contestó ella con marcada ironía;—debiera ser cierto todo eso, porque eres un hombre sin corazón, y te lo mereces.

—Comprendo tu ardid para provocar mi cólera, y no te hago caso alguno;—replicó él despreciativamente;—entre nosotros todo ha concluído y bien pronto te lo demostraré.

Diciendo esto salió de la estancia el agraviado esposo, en tanto que ella quedaba sorprendida ante aquella actitud, y sin saber qué partido tomar.

## XXV.

La entrevista entre Fernando y Esperanza ocurrida la tarde anterior, fué bien diferente de la que acabamos de presenciar.

Apenas Llopis dejó á su apadrinado en la portería, excusándose de subir en vista del buen estado del herido, éste tomó el ascensor y pronto estuvo en sus habitaciones.

Esperanza á pesar del aviso que su marido le envió, no había logrado dormir en toda la noche. Lo de que él tenía que entrar de guardia impensadamente no le satisfizo, y menos cuando llegada la hora de almorzar, ni fué, ni mandó nuevo recado.

Tampoco comió ella casi nada en todo el día; por fortuna no se le ocurrió leer ningún periódico, porque cuando se preocupaba con cualquier motivo, la lectura no la distraía ni poco ni mucho. Su pensamiento nada infantil, se agarraba demasiado hondo para variar de dirección tras el brillo de falsos espejuelos.

El efecto de no haber reparado sus fuerzas y de su estado moral, tenía aquella tarde como marchitada su hermosura á pesar de la corrección y pulcritud que se veía en su persona y traje.

Cuando sonó el timbre de la escalera, Esperanza salió al

encuentro de su marido quien saludándola seriamente, sin esquivar, se dirigió á su despacho.

—¿Qué te ha sucedido?—tales fueron las únicas palabras de la joven.

El la miró fijamente, y se reflejó en su rostro una impresión de tristeza. ¿Por qué estará tan pálida? pensaba; ¿habrá sabido algo? ¿será temor lo que siente? ¿por quién se habrá interesado su corazón; por él ó por mí? Al fin se decidió á hablar,

—¿No sabes nada?—dijo:—Es bien extraño, porque parece que todos los periódicos han tenido empeño en divulgar el suceso.

—¿Que si no sé nada! ¿Qué he de saber? ¿Pero te pasa algo? ¡Yo no he tenido tranquilidad para leer periódicos!

Había tal sinceridad en su acerto; era tan franca su mirada, que Ferrando no pudo dudar, y contestó:

—Sí; me pasa. . . lo que no podía por menos de pasar después de lo que tú has hecho; ese hombre acaso ya no exista.

Esperanza no dudó un instante; comprendió que se trataba de Iván, y la parte salvaje de su naturaleza se reveló instintivamente, haciendo brillar en sus ojos un relámpago de alegría.

—¡Pero te alegras!—exclamó Ferrando exaltado por una emoción extraña más fuerte aun por lo imprevista;—¿te alegras de que ese hombre muera?

—¡Dios me lo perdone!—dijo ella por toda contestación, logrando que dominase su pensamiento la animalidad de los instintos.

Ferrando desde aquel instante se sintió otro; sus reservas desaparecieron sin que pudiera evitarlo, aunque comprendía que aquello no era bastante; que los elementos de acusación que había acumulado continuaban en pie, y que podía darse

él caso de que su mujer hubiera cedido á las seducciones de Iván sin amarle; sólo por la fuerza de las circunstancias, y que al ver castigada la afrenta sintiese íntima satisfacción, sin que por ello pudiera borrarse la mancha que en su honor tenía; pero á pesar de todo, su concepto espiritualista de ese honor tan mal entendido á veces, le llevaba á atenuar la falta siempre que ésta fuese tan sólo de carácter material; si Esperanza le amaba á él y se alegraba del castigo del seductor, ¿cómo no sentir un goce extraño, viendo que aquella mujer no había caído por completo, y que el verdadero lazo conyugal, el que une á las almas, no estaba roto?

—Dios te perdonará,—exclamó Fernando,—el que te alegres de quedar vengada; pero no te perdonaré yo que hayas sido una esposa infiel durante mi ausencia; que hayas recibido á ese hombre ocultándole y teniéndole al menos una noche entera á tu lado, dando ocasión á que le vean salir de aquí cerca de rayar el día.

La acusación estaba formulada en términos concretos, aunque no tan amargos para la infeliz Esperanza como lo habrían sido de no demostrar ella claramente la nobleza de sus sentimientos y la rectitud de su conciencia. Sin alterarse, al comprender que su marido todo lo sabía interpretándolo cual era natural de modo adverso, Esperanza pensó instantáneamente en la legítima defensa y dijo:

—Te juro por la salvación de mi alma, por la tuya y por la de mi padre que es á quien más quiero en este mundo, porque tú no mereces lo que él, te juro repito, que Iván no es mi amante, ni le oculté, ni pasó aquella noche á mi lado aunque le vieran salir de esta casa á la hora que dices.

Fernando quedó suspenso ante aquella actitud enérgica, pudiendo tan sólo decir:

—¿Y cómo explicas todo eso?

—Lo explico y lo pruebo sin moverme de este sitio, con

el testimonio de la condesa de las Huzidillas, de Elisa y de su tía Adela, de mi doncella que me acompañó cuando me fui huyendo de él dejándole burlado, y no sé de quien más. ¡Dios mío, Dios mío; ¡ayúdame á hacer que brille la verdad, aunque luego me muera de dolor si no se me hace justicia!

—¿Pero tú te marchaste? ¿Pero no cediste cuando se fué la Condesa? mejor dicho; ¿no tenías preparada la entrevista con él?

—Iván se presentó aquí sin que yo le esperase; cuando tenía dada orden de que no se le recibiera; la circunstancia de estar aquí la Condesa de visita, y el decir él que tenía que comunicarme noticias tuyas, hizo que le dejaran pasar; entró á tu despacho á buscar unos papeles que nos dijo necesitabas tú, y se despidió en seguida ocultándose en vez de marchar; me dejó una nota que yo leí al salir la Condesa después de haber hecho que la chica la acompañara por ser ya tarde; entonces busqué á Iván; le reproché su acción, y me alejé de él; sin duda creyó que luego podría abusar de mí sometién dome por miedo al escándalo; pero apenas volvió la muchacha, me fui con ella á casa de Elisa donde velaban á su tía que estaba enferma, y dejé otra nota en la puerta de la habitación donde Iván se ocultaba, enterándole de que me iba y que toda espera sería inútil. Elisa advirtió el estado de mi ánimo, y tuve que confesarle lo que me ocurría; me acompañó á casa á la mañana siguiente, y aquel mismo día salí para el pueblo; por eso llegué sin darte aviso ni consultarte mi resolución; ya que ha pasado lo que yo quería evitar, quiero que lo sepas todo, todo.

Como si aquel esfuerzo hubiese agotado las energías de Esperanza, ésta se sintió vacilar, y tuvo que arrojarle sobre un diván que en el despacho había frente á la mesa de escritorio.

La defensa no podía ser más completa; sólo faltaba com-

probar las citas siguiendo un procedimiento jurídico; pero Fernando veía ya de modo indudable que todo aquello era verdad. Cuando sin saber qué decir se acercó á Esperanza para leer en su fisonomía cuanto por su interior pasaba, la puerta del despacho se abrió apareciendo la doncella.

—La señorita Elisa,—dijo algo turbada,—quiere ver á la señora.

—Que pase inmediatamente;—respondió Fernando.

Sin dada la persona anunciada no estaba lejos, porque se presentó en seguida. Al ver á Esperanza en aquella actitud la abrazó diciendo:

—¡Cuánto habrás sufrido, hijita mía! Estoy enterada de todo, y me alegro de que también se encuentre éste aquí. Tengo que arrancarle á usted las orejas, porque está visto que los hombres todos son iguales, y merecen que les pase lo que á usted le ha debido pasar al no tener una mujer como ésta, que no se la merece.

Las palabras atropelladas de Elisa; su actitud franca debida á que era mujer de buenos sentimientos aunque su desgracia y vanidades la hubiesen perdido, fueron una prueba concluyente en favor de Esperanza.

La misma Elisa llamó después á la doncella para que declarase la verdad, y cogiendo por último á Fernando de un brazo le dijo:

—Ahora se viene usted conmigo á ver á la Condesa, porque aunque este último paso nos ofenda al par á Esperanza y á mí, tratándose de la señora de que se trata no me importa, y quiero darle á usted en las narices hasta con la última prueba que pudiera exigir un juez de los más impertinentes y majaderos.

XXVI.

Mary no tardó mucho en adoptar una resolución; había visto claramente en su marido el propósito frío y enérgico de desprenderse de ella, como podía hacerlo un hombre de su temple que daba preferente culto á las ideas utilitarias. Ya no estábamos en tiempos de crímenes calculados para romper los lazos conyugales; aunque en España no se había establecido el divorcio como en Francia y en Portugal, las leyes y sobre todo las costumbres, permitían que los malos matrimonios se rompiesen de hecho, y la situación de la mujer que da con un marido como Sandoval, no puede resultar nunca halagadora para la que no se resigna á vivir en clausura ó completamente oscurecida al menos, y alejada de la sociedad en que antes brillaba.

Bien sabía Mary que la larga lista de crímenes pasionales no se aumentaría entonces con la muerte de una adúltera; pero le horrorizaba más aún el proceso, tal vez la cárcel, y de seguro la muerte civil y la falta de dinero, que fuese cualquiera el resultado, le había de estorbar que siguiese haciendo una alegre vida.

Antes que se la despojase de sus alhajas; que se la privara de consideraciones y respetos y hasta de la libertad, era necesario huir.

¿Quién había de defenderla á ella contra su marido, que al fin y al cabo era hombre de influencias políticas, y contaba con todos los recursos necesarios para sostener litigios que le rehabilitasen en el concepto público? ¿Cuántos llegan á ser ministros y altos dignatarios sabiendo todo el mundo que llevan la cabeza bien adornada por sus mujeres, y hasta



que lo toleran en ocasiones!

Sandoval también lo habría tolerado; pero sin darle una sanción semioficial, como la que implicaba el desertarse del escándalo esparcido por la Prensa en toda España y en el extranjero.

Para huir contaba Mary con el crecido valor de sus joyas, porque Sandoval no había llegado aún á empeñarlas á pesar de sus apuros financieros, que por aquellos días le obligaron á hacer una operación en el Banco Hipotecario por doscientas mil pesetas con la garantía de su magnífico hotel; mas no era cosa de tener que desprenderse de sus alhajas apenas Mary llegase á París ó á cualquiera otra de las grandes capitales europeas; ya que se diera el paso peligroso, era preciso recoger todo lo que se encontrase por delante.

Mary empezó á meditar la manera de hacerse de dinero; su marido tenía costumbre de firmar un talón en blanco dejándolo en el cuaderno corriente, cada vez que sacaba una cantidad de la cuenta que abierta tenía en el Banco de España. Aquello era una previsión por si moría de repente ó le ocurría algo grave que le imposibilitara ocuparse de asuntos.

En los periodos de mayor intimidad había confiado á su mujer estos secretos, y alguna vez ella le ayudó para hacer operaciones reservadas, pues los empleados de su oficina sólo intervenían en los giros de letras y cuentas corrientes con otros Bancos y establecimientos de crédito con los que se hacían negocios.

Aquellos cuadernos talonarios y una libreta en que el mismo Sandoval anotaba esas operaciones íntimas, estaban guardados en un cajón de su mesa escritorio particular, á fin de que en su oficina no constasen, y solo pudiera verse que él entregaba cantidades á la misma en ocasiones, y las retiraba otras veces.

Mary podía fácilmente investigar el estado de esa cuenta y apoderarse de los talones, estando en cordialidad con su marido; mas ya se veía privada de ir á las habitaciones de éste. Sabía que las doscientas mil pesetas entregadas por el Banco Hipotecario se habían ingresado en la cuenta corriente del Banco de España, para disponer de ellas reforzando la caja según agobiasen los pagos que encima se venían, amenazando el crédito de Sandoval si se llegaba á una suspensión. ¿En cuánto estarían ya mermadas aquellas doscientas mil pesetas?

Lo que resultaba indudable era la necesidad de proceder con gran rapidez; Aurelio era la única persona que podía auxiliar á Mary en aquel caso; la acompañaría á París como un criado de confianza; sabría lo que ella quisiera decirle, y sería un instrumento ciego dispuesto á obedecerla en todo, al cual se le pagaba fácilmente con algunas secretas caricias. Después... las circunstancias indicarían como siempre lo que hacer debía una mujer de las condiciones de Mary.

Esta llamó á miss Kety y le dijo:

—¿Tiene usted costumbre de hablar cordialmente con Fermín?

La inglesa ante aquella pregunta inesperada se ruborizó, cosa que no era propia de su edad poco juvenil y de su hábito de andar solita por el mundo. Mary al verla que vacilaba iba á explicarse con mayor claridad; pero la interrogada al cabo contestó:

—Perdone la señora; el ayuda de cámara del señor... me distingue, y yo le trato con afecto; pero no hay nada entre nosotros.

—Y si lo hubiera, me alegraría mucho;—replicó Mary con desenfado, comprendiendo la causa de aquella turbación.

—Yo no sé si Fermín,—añadió la inglesa,—habrá pensa-

do en mí para tomar estado; pero creo que si esos tres mil francos que di á la señora á guardar, se aumentasen con una buena suma, y si él tiene también algunos ahorros. . . ¡es un muchacho fino y guapo que puede desempeñar cualquier destino!

—Se doblarán los tres mil francos, y habrá un destino más independiente para Fermín, si me sale todo como yo deseo; pero por de pronto, necesito el auxilio de usted y el suyo.

—Mande la señora;—exclamó la inglesa, que á pesar de la frialdad propia de la raza no pudo disimular su alegría.

—El señor y yo hemos tenido un altercado de esos que ocurren en todo matrimonio, cuando el marido es celoso y de mayor edad; pero pasará en seguida. Hoy me interesa espiarle; saber cuando sale de casa, y si es posible, á dónde va.

—Pues si no es más que eso, la señora quedará servida; yo me mostraré más atenta con Fermín, y ya le diré.

—Perfectamente; nada tengo que añadirle por ahora.

Mary despidió á la inglesa manifestándole la mayor cordialidad, y sin dar gran importancia al asunto; sabia que su marido no había de revelar al ayuda de cámara nada comprometedor para él ni para ella; le bastaba con alejar al criado cuando el señor estuviera ausente, y poder entrar entonces en la habitación donde estaban los papeles ambicionados.

Igual á la llave de aquel cajón de la mesa escritorio, tenía Mary otra de cierto armario donde ella guardaba sus alhajas para que no estuviesen á disposición de la doncella. Ambas cerraduras fueron encargadas á la vez para que mujer y marido pudiesen en caso necesario recoger los objetos y valores que en los dos sitios se guardaban, apartándolos del peligro de que á cualquiera de los esposos le ocurriese un accidente, ó perdiera su llave.

Hasta que no fué hora oportuna, Sandoval no salió aquel día; pero Mary supo que había pedido el automóvil, encargando que almorzase Aurelio, porque no volverían hasta la tarde.

Para no llamar la atención de los demás servidores si mandaba que el *chauffeur* subiese á tomar órdenes suyas después de haber recibido las de su marido, encargó á miss Kety le dijese á Aurelio en reserva que procurara enterarse bien de lo que el señor hacía.

Con tales precauciones, y apenas el automóvil traspasó la verja del hotel conduciendo á su dueño, el plan de Mary empezó á realizarse, llamando la inglesa á Fermín para entretenerle largo rato lejos de las habitaciones de su señor. En ellas entró Mary cuando tuvo la seguridad de que nadie la interrumpiría, y merced á la llave que oculta llevaba, logró abrir sin dificultad el cajón de los papeles reservados; vió en la libreta que aun quedaban en la cuenta del Banco cerca de treinta y dos mil duros procedentes del ingreso recientemente hecho, con el resultado de la hipoteca del hotel; halló, como siempre, un talón firmado en blanco; lo cortó y puso todo enseguida en la misma forma que estaba, para que aunque Sandoval tocase allí, no naciese en él ninguna sospecha mientras no buscara el talón firmado.

Para ultimarle todo con mayor tranquilidad, se fué á su amplio dormitorio, donde sobre una mesita escribió en el talón con gran cuidado para no inutilizarlo, todo lo que era preciso, fijando la cantidad en ciento cincuenta mil pepetas. Después, examinó detenidamente todas sus alhajas, y las fué colocando en una elegante maleta de viaje; seguramente valdrían ciento cincuenta mil francos por lo menos; aquello ya era bastante para poder aguantar el chubasco lejos de la patria, mientras no mejorasen los tiempos; no había de faltarle á ella algún príncipe ruso ó archimillonario

yanki que se encargase de lo demás; después de todo, sólo podría decirse que era la esposa divorciada de un opulento banquero español.

De pronto, una idea que surgió en la mente inundó de tristeza el rostro de la culpable mujer, que hasta entonces había permanecido radiante por lo bien que se iba desenvolviendo su plan.

Sus tres hijos aparecieron en su imaginación, tendiéndole los inocentes brazos y agitando sus infantiles cabecitas con la mayor angustia, al verla como se alejaba. Especialmente Memé, la mayor, le inspiraba un sentimiento amargo, algo así como remordimiento en el grado que á ella podía llegar, dada la perturbación de sus pasiones. El pequeño Eleuterio también le causaba lástima; pero era hombre al fin, y en cuanto á la pequeñina, aun no podía hacerse cargo de nada. ¡Olvidaría tan pronto á su madre!

Sintió por unos momentos deseo ardiente de abrazar á sus hijos; pero no; aquello podía debilitar su ánimo; era preciso rematar la obra, y no tenía tiempo que perder; aun no los había visto aquella mañana; mas después habría ocasión.

Ella misma se vistió un traje de calle; llamó á la inglesa, y le dijo que se dispusiera á acompañarla; poco después ambas tomaban un coche de punto á no mucha distancia del hotel, dando Mary orden al conductor de que las llevase al Banco de España.

Cuando entraron en el magnífico edificio del Banco, se dirigieron al departamento de cuentas corrientes; Mary conocía allí al empleado que tenía á su cargo las cuentas con las letras iniciales en que Sandoval estaba comprendido. Al presentarse, el empleado la saludó con respeto, en tanto que recibía el talón.

—Mi marido está ausente;—dijo la arrogante dama con la mayor naturalidad;—y como se trata de un asunto de-

Hado. . .

—Pronto quedará usted complacida;—contestó el oficinista;—creo que sólo tendrá que esperar algunos minutos para que llamen.

Mary se apartó de la ventanilla; habló algunas palabras en inglés con miss Kety, y ésta salió en busca del coche donde debía esperar á su señora, no en la puerta de la calle de Alcalá por donde entraron, sino en la que sale al antiguo Prado de San Fermín.

Aquella orden sólo respondía en verdad á la idea de que no presenciara la inglesa la entrega del dinero, enterándose de que se trataba de una respetable suma.

Cuando á poco tiempo otro empleado dió la voz de ¡Eleuterio Sandoval! Mary se aproximó con el pico del talón en la mano, y le entregaron ciento cincuenta billetes de á mil pesetas, que ella, haciendo un paquetito, guardó cuidadosamente bajo el lujoso abrigo que la cubría.

Al reunirse con la inglesa, dió orden para ir á dos ó tres tiendas de comercio donde hizo compras de poca importancia, y regresaron en seguida al hotel. Almorzó sola en su habitación manifestando que tenía poco apetito; miss Kety habido á acompañar á los pequeños. Dudaba Mary si ir también en busca de los niños ó hacer que se los llevaran; pero se decidió á lo primero; así podría más fácilmente dar término á aquella escena, que nadie podría sospechar era una despedida, acaso para siempre.

Besó la madre á las tres inocentes criaturas encontrándose delante la inglesa, y con palabras cariñosas se despidió como si pronto hubieran de reunirse de nuevo.

Ya bien entrada la tarde, regresó el automóvil; pero Sandoval se había quedado en casa de su procurador.

Mary hizo subir á Aurelio, por quien supo que la primera visita hecha por su marido fué al estadio de un célebre

abogado de quien solía valerse para los asuntos de mayor importancia. Sandoval conocía sin duda que el jurisconsulto se hallaba entonces en una finca de campo de su propiedad, distante algunos kilómetros de Madrid, en la que solía recluirse cuando tenía trabajos urgentes y delicados.

El primer pasante acompañó en el automóvil á Eleuterio; de todos modos tenía que ir en busca del jefe, y esta circunstancia facilitó que el banquero fuese recibido.

Aurelio sólo oyó algunas palabras de las que su señor y el pasante hablaron por el camino.

—Reflexione usted despacio antes de entablar esa demanda; las cuestiones de familia son siempre graves y á veces hay que arrepentirse si se obra con ligereza.

Así había dicho el joven abogado, y Sandoval que mostraba gran preocupación, contestó solamente:

—Estoy decidido, y no quiero perder momento.

Tales fueron las noticias que Aurelio suministró á la que ya consideraba como su amante, y por cierto que él no había podido hacerse cargo de toda la importancia que aquello tenía.

Ella le dijo de pronto mirándole con gran fijeza, pero como si sólo se dirigiese á un criado de confianza:

—¿Estaría usted dispuesto á seguirme muy lejos de aquí?

Aunque Aurelio extrañó que no le tuteara después de lo pasado, y no podía menos de conocer que lo hacía para tenerle contenido guardando aún las distancias de clase, contestó sin vacilar:

—¡Hasta el fin del mundo la seguiré á usted! Mándeme lo que quiera.

—Pues lo que voy á mandarle, se reduce á que se disponga para que salgamos esta misma noche secretamente en dirección á París; tomaremos el surexprés.

—Es lo mejor, porque yendo en automóvil pudieran más fácilmente interrumpirnos el viaje si daban aviso por telégrafo;—contestó el *chauffeur* reventando de gozo, al ver que aquella señora se decidía tan pronto á entregársele por completo, uniendo la suerte de ambos en una peligrosa aventura.

Era indudable; la había chiflado; su personilla valía mucho, y después de todo él era un hombre de clase, hijo de un jefe del Ejército.

Así pensaba el presuntuoso muchacho no pudiendo apreciar la verdadera causa de lo que sucedía, pues ni él llegó á enterarse de los sueltos con que los periódicos aludieron á otros amores de Mary, ni creía en aquellos instantes que había en el mundo quien le aventajase en cuestiones de faldas.

—Supongo que la señora llevará dinero, porque ya sabe mi situación, y lo que es la vida de París; aunque yo sería capaz hasta de robar para que nada le faltase.

—Claro que llevo cuanto podemos necesitar;—contestó la dama con cierta sonrisa de desdén mal comprimido;—ya sabe; á la hora del *surexprés*; véngase con bastante anticipación por aquí para recoger una maleta, y saldremos por distintos sitios reuniéndonos en la estación; tome para el *sleeping*, y billetes; yo quiero un departamento de dos camas para mí sola; cuidadito con hacer nada que dé motivo á que sospeche;—dijo entregándole un billete de 1.000 pesetas.

El joven salió pensando que aquella señora quería respetar, hasta cierto punto, los convencionalismos sociales; pero que cuando volviesen á viajar, irían seguramente los dos en un solo departamento de *sleeping*.



## XXVII.

Sandoval no se enteró de la fuga de su mujer hasta el siguiente día. La situación en que quedaron después de su última entrevista, le obligaba á retraerse para no llamar la atención á la servidumbre de su casa, ni volver á encontrarse con Mary hasta que se viesen los efectos de la resolución que había tomado.

Ya sabemos que almorzó en la quinta del célebre abogado á quien confió el asunto; comió en uno de los *restaurants* más lujosos, y se retiró muy tarde á su hotel. Nada preguntó á Fermín, y por la mañana le llamó cerca de las once contra su costumbre, pues pasaba por madrugador, aunque no siempre lo era, y por esto no tuvo tampoco el criado motivo de alarma.

Entretanto, miss Kety que no vió marchar á su señora porque ésta la obligó á salir de casa oportunamente haciéndole un encargo, cuando iba avanzando la noche empezó á sentirse intranquila. ¿Qué habría ocurrido? Mary no acostumbraba á faltar á la hora de la comida, aunque su puntualidad no fuese grande, y aquella noche no se sabía que estuviese convidada. Además, como estaba de mozos con su marido, no era fácil que se hubieran encontrado y se quedaran después á comer juntos en cualquier parte; pero ¿quién podía tampoco asegurar que no ocurriera tal cosa?

En los matrimonios suceden casos muy raros; miss Kety había presenciado muchas extravagancias en sus largas correrías por Europa y América; el hacer las paces es siempre tan grato, que nada tiene de particular que dos esposos se vayan reunidos como amantes donde nadie los vea, para ce-

lebrar su reconciliación.

Pensando así, la inglesa se limitó á preguntarle al ayuda de cámara si el señor había vuelto, y sus nervios quedaron después perfectamente sosegados. Es una gran ventaja tener temperamento flemático, aunque también esos felices seres se alteran cuando el golpe les llega á lo vivo.

Pasó la noche sin que la inglesa se acostara en su habitación; pero se quedó dormida en la de la señora sobre una *chaise longue*, y por ello no se enteró del regreso de Sandoval hasta el siguiente día, en que pudo hablar con Fermín no muy temprano.

El ayuda de cámara, como el señor nada le preguntó, anduvo vacilando sobre si debía enterarle de que la señora no había pasado allí la noche; al fin se decidió á hacerlo, y entonces Sandoval sintió una viva sospecha respecto á que Mary pudiera haberle jugado alguna mala partida. Se acordó de que ella tenía una llave igual á la de la mesa escritorio en que él guardaba papeles de interés; corrió á examinar el cajón consabido, y pronto vió que faltaba el talón que tenía firmado para retirar fondos de su cuenta corriente en el Banco de España.

Exaltándose en grado mucho mayor que cuando tuvo noticia de la infidelidad conyugal que le estaba poniendo en ridículo, corrió á las habitaciones de su mujer llevando en la mano la llave que podía servirle para abrir el armario donde ella guardaba sus alhajas; lo registró todo, y no halló objeto alguno de verdadero valor.

Miss Kety presenciaba atónita cuanto sucedía, sin atreverse á decir palabra.

—¿Pero qué sabe usted de su señora?—exclamó al fin el agraviado esposo.

—Yo sólo sé lo que le he contado á Fermín;—contestó la inglesa.

—¡Me ha robado!—gritó Sandoval descompuesto como jamás le habían visto.

—¡Que han robado al señor!—murmuró miss Kety palideciendo.

—¡Si; me ha robado ella; esa infame mujer que pisotea mi nombre, y no contenta con eso pretende arruinarme!

Miss Kety se acordó en el instante de sus 3.000 francos y dijo:

—¡Ah! pues también la señora tenía 3.000 francos míos que le dí á guardar.

—Júntelos usted con los que á mí me ha quitado.

—¡Perder yo mis 3.000 francos! El señor no permitirá tal cosa. ¡Su buen nombre. . . !

—Bueno estoy yo para indemnizar á nadie de lo que esa bribona haya podido hacer.

Diciendo esto, Sandoval se volvió á su despacho como un loco, dejando á la inglesa estupefacta; Fermín probablemente no la querría por mujer al verla pobre, y la ruina de aquella casa opulenta, hacía perder toda esperanza de conseguir un buen destino, para que la *enamorada* pareja viese feliz.

El arruinado banquero apenas logró coordinar sus ideas, comprendió que nada podría reclamar al Banco con probabilidades de éxito, puesto que la firma era legítima y el talón también; su acción tenía que dirigirse contra Mary, ligándola con la demanda por adulterio, y aquel asunto ofrecía grandes inconvenientes para lograr un resultado práctico, como él deseaba.

Ante todo, era preciso averiguar á donde había huido la infame; se utilizarían los tratados de extradición por delitos comunes; pero ¡vaya usted á ver el tiempo que eso reclamaba, y á cuántos gobiernos extranjeros habría que dirigirse!

Ella de seguro no haría parada en ninguna parte, á fin de burlar la acción de la justicia; el mundo es muy grande, y llevando dinero puede una mujer hermosa dar mucha guerra á un marido burlado.

A aquellas horas Mary no estaría ya en España, si había huído á la república francesa, que era lo más probable; pero de cualquier modo, era preciso adquirir alguna pista y no dejar así las cosas.

Supo luego Sandoval que también Aurelio había desaparecido, mas no se le ocurrió ni por un instante que entre éste y Mary hubiera ninguna aventura amorosa; sin embargo, aquello favorecía á Fernando y á Iván si se les complicaba en el pleito por adulterio; cualquier abogado hábil podría sacar mucho partido de tal coincidencia, y bien merecía el asunto que se pensara si era preferible no dirigirse contra aquellos señores, y á lo sumo citarles como testigos para que aunque nada importante dijeran, dada su caballerosidad, se hiciese atmósfera respecto á la conducta reprehensible de la esposa acusada, que había terminado por huir acompañada de un *chauffeur*, robando una importante cantidad á su marido.

Fernando, después de visitar á la Condesa obligado por Elisa, quedó convencido de que su mujer no se había entregado á Iván; de haber tenido relaciones con éste, no se comprendía que hubiese huído al pueblo buscando el amparo de su esposo.

Justificado estaba también que guardara el secreto para evitar el lance de honor; pero á pesar de todo, Fernando seguía mortificado por una amarga sospecha. ¿Habría abusado brutalmente Iván de la infeliz mujer en aquel espacio de tiempo en que la doncella fué á acompañar á la condesa de las Hazadillas?

El estado interesante en que Esperanza se hallaba, coincidía respecto á fechas con aquellos acontecimientos. El había dudado siempre de tener sucesión, por la enfermedad que padeció cuando casi era adolescente; le había ocoltado á su mujer esta duda, y no se atrevía á exponerla aún, porque le molestaba en su amor propio; pero la sentía cada vez con mayor intensidad, creyendo en ocasiones casi seguro, que el hijo que Esperanza iba á tener era de otro padre.

Entonces, como había vuelto á la intimidad con ella, la quería obligar á que le jurase que aquel nuevo sér era legítimo fruto de su amor; y la pobre Esperanza se excusaba siempre dando á entender que su dignidad le impedía jurar tal cosa, y que dejaba esa duda en la mente de Fernando como castigo á su conducta anterior.

—Eres muy cruel,—decía el infeliz marido,—y vas á hacer que me vuelva loco.

Así quedaban las cosas en una y otra ocasión, cada vez que se repetían las escenas de celos; porque Fernando ya no amaba más que á su mujer; sentía por ella una verdadera pasión como nunca la había sentido, y despreciaba á Mary á quien creía capaz de haberse encaprichado con el *chauffeur*; y no la consideraba digna de perdón por lo del robo, y especialmente por haber abandonado á sus inocentes hijos envolviéndolos en la ruina del padre.

Elisa se había encargado de cuidar de aquellos niños que ya no tenían ni siquiera el afecto de la doncella Obdulia, que estaba en un convento, y á los que miss Kety también abandonó, agraviada por la pérdida de sus 3.000 francos.

Los buenos sentimientos de Elisa, y no otros propósitos reprehensibles, la impulsaron á llenar en la casa del arruinado banquero el inmenso vacío causado por la fuga de la esposa; pero Sandoval no pudo menos de agradecer aquella actitud de la amiga, y poco á poco encontró en ella la única persona

á quien podía hablar de sus intrincados asuntos, pidiéndole consejo y ánimos para seguir luchando, porque era mujer inteligente, aunque ligera, é iba adquiriendo el hábito de fijar su atención en cosas graves.

Algunos de los capitalistas relacionados con Sandoval, haciéndose cargo de su desgracia, se mostraron con él más benévolos de lo que es costumbre entre hombres de negocios, y esto evitó la inmediata ruina. Concedieron aplazamientos para los pagos, y el banquero pudo prolongar la situación, aunque viviendo en una continua agonía.

Rara vez se suelen estimar en la debida proporción las consecuencias de un suceso desgraciado; á Sandoval le había robado su mujer, huyendo al extranjero; pues esa era aparentemente la causa de todo lo malo que allí pasaba, porque nadie se metía á aquilatar la importancia de lo que Mary se llevó, ni si de cualquier manera la casa estaba amenazando ruina; era aquello como un Jordán que purificaba los pecados financieros del marido, y aunque dentro de ciertos límites, compensaba la pérdida real con mayor amplitud en el crédito que la que se habría obtenido al venir en seco una suspensión de pagos, sin disculparla sucesos sentimentales; no es tan malo el mundo como se dice, cuando hasta los economistas y negociantes tienen corazón.

Otro suceso había alterado profundamente la situación social y política en que Fernando estaba, siendo lógica consecuencia del duelo que con Iván tuvo. Al presentarse al ministro de la Guerra, éste le reprochó duramente su conducta, partiendo de la base de que lo contado por los periódicos era cierto; un hombre casado que por estar metido en aventuras amorosas provoca á un compañero, casi á un hermano, y le hiere mortalmente faltando á toda clase de respetos, no merece la protección de hombres públicos de altura, y se inhabilita para seguir desempeñando cargos de con-

fianza, porque su continuación en ellos implicaría cierta complicidad de parte del jefe.

Iván era soltero; fué provocado, y mientras que luchaba con la muerte postrado en el lecho, merecía siquiera la satisfacción de que se castigase en algo á su contrario, ya que las tolerancias establecidas en los lances de honor no daban medios para proceder con mayor energía.

Si el herido se salvaba, debería seguir siendo ayudante de su general, y no sería posible tampoco que Fernando alternara con él en tal servicio. No podía éste desvirtuarlo todo diciendo la verdad de lo ocurrido con su mujer; lo impedía su propio honor.

Como se trataba de un diputado á Cortes que era militar, no había más solución que dejarle de reemplazo; esto influía también en la parte política, porque Fernando pertenecía á algunas comisiones parlamentarias, á causa de que había sido persona de la confianza del ministro, aunque claro está que eso no resultaba oficialmente. Tentado estuvo por renunciar á todo; pero su mujer le disuadió, y él mismo comprendía que no era justo abandonar á los amigos y electores, especialmente á los del pueblo donde vivía su familia. ¡Cómo le pondrían de botarate si tan pronto les dejaba en las astas del toro, entregados á los caciques enemigos que aprovecharían la ocasión para vengarse!

Aunque se trataba de un asunto particular, pronto se reflejó lo ocurrido en la influencia que como diputado Fernando debía tener en todos los centros oficiales, y con el gobernador de su provincia; y una contrariedad tras otra, fueron exacerbando la bilis del joven político, que no estaba acostumbrado á las desilusiones que tan frecuentes son en tales casos. Al fin llegó una ocasión en que se colmó la medida, y ocurrió lo que después veremos.

## XXVIII.

Tiempo hace que convertidos en madrileños, tenemos interrumpidas las relaciones con nuestros amigos del pueblo de Andalucía en que comenzó la historia que relatamos; al menos no continuamos el trato directo que con ellos teníamos, y sólo de modo incidental hemos sabido algo de lo poco que por allí sucede.

El coronel y su esposa, la buena Gregoria, están reunidos en la salita con chimenea donde suelen pasarse la mayor parte del día y reciben las visitas de confianza, en cuya clasificación puede decirse que se encuentran todos los vecinos del pueblo que por allí van, hasta el estirado don Antonio Martínez, juez municipal perpetuo, y su legítima mujer la señora doña Dolores.

Silvestre tiene una carta en la mano, que poco antes le entregó su antiguo asistente encargado de recoger el correo.

—¡Ya me extrañaba á mí que éste tardara en escribirme! —dijo;—tenía más confianza en él que en el propio Fernando; las amistades de la juventud y el haberse jugado la vida muchas veces peleando el uno al lado del otro, no son cosas que fácilmente se olvidan.

—Te referes de seguro á tu antiguo capitán Ramírez de Arellano, á quien escribiste sobre lo del ascenso;—exclamó Gregoria.

—Sí; á mi antiguo capitán que antes fué teniente conmigo, aunque con mayor antigüedad en el empleo; después fuimos al par los dos capitanes, y hoy es general de división y subsecretario del ministerio de la Guerra. ¡Verdad es que Jaime vale mucho! desde muchacho lo demostraba te-



nía don de mando sin pretensiones ridículas; cuando fué capitán de mi compañía después de haber estado los dos de tenientes, le respeté como si nunca nos hubiéramos conocido; ¡y eso que nos hablamos de tú y nos alojábamos siempre juntos!

—Porque tú tienes metida en la masa de la sangre la disciplina militar;—replicó Gregoria.

—Y porque él lo merece en todos conceptos; tengo la certeza de que esto mío le ocasiona un disgusto grande; mira lo que me dice;—y entregó la carta á su mujer.

Gregoria la leyó; y quedó luego meditando sin decir palabra.

—¿Ves?—insistió Silvestre;—hay en todo esto algo extraño; ¡que yo no he tenido mandos desde hace tiempo; ¡que aunque no con carácter oficial, estoy de hecho como retirado; á ese ministro de la Guerra no le da la gana de ascenderme á general de brigada, sea por lo que quiera, y se nos viene con necias excusas.

—Parece que efectivamente está el subsecretario contrariado en extremo; mi hijo nada dice, y eso de no seguir siendo ayudante del ministro, debe tener alguna causa oculta. ¿No continuó siéndolo después de elegirle diputado? ¿Por qué has pensado tan tarde en que eso no debía ser?

—¡Pero si no existe incompatibilidad ninguna! Que me vengan á mí con cuentos en eso como en lo otro, es cosa que no se puede aguantar.

—Mira;—prosiguió Gregoria;—el mismo ministro le había hablado casi espontáneamente á Fernando de tu próximo ascenso pedido por el señor Ramírez; el interés del muchacho y la gratitud con que recibió la noticia, no podían ocultársele á su general; lo que creo es que nuestro hijo ha caído en desgracia, y hasta te perjudica á ti esa circunstancia mal-dita.

—¡Pues si me perjudica, perfectamente; ¡vaya á la porra el ministro, que sólo siento el que al chico se le corte la carrera; porque yo, bueno estoy para ser ambicioso; hasta creo que tienen razón en no ascenderme!

—Yo tan sólo lo siento por la injusticia que hacen contigo, y porque veo que no puede menos de disgustarte; pero en verdad me quedo más tranquila al alejarse el peligro de que vuelvas á las andadas, y mueras puesto de uniforme.

En los ojos de Silvestre brilló un relámpago de alegría, y no pudo contener esta exclamación:

—¡Qué mayor gloria para mi si tal cosa ocurriera!

—Bueno; bueno; no te exaltes;—murmuró Gregoria acariciando á su marido;—tú tienes que cerrarme los ojos á mí cuando muera, y que luego te los cierre á ti tu hija.

—¡Mi hija! ¡Sabe Dios á dónde la llevará su suerte buena ó mala; tú eres la que has de recoger mi último suspiro; porque estoy bien cierto de que he de tener el consuelo de dejarte en el mundo para que veles por ese par de locos, pues los demás no merecen tal nombre; son todos inmejorables.

—Y ellos también;—interrompió Gregoria con viveza.

—¿Ellos? . . . así así; mas no quiero entristecerte;—¿qué tal andamos ahora de novenas? ¿tienes que hacerle algún nuevo obsequio á tu Virgencita?

—Todos los que le haga son pocos. ¡Le debo tanto! ¡Santa Madre mía; ¡que te defienda siempre, y proteja á mis hijos como me ha protegido á mí!

—¿Se puede?—dijo una voz femenil, fresca y admirablemente timbrada.

—Pasa, hija mía;—contestó en el acto Gregoria.

Amalita, su nuera, la hija del médico don Rufino, entró seguidamente; besó á su suegra y se aproximó á Silvestre dándole una palmada en el hombro y diciendo:

—¿Qué tal; qué tal, mi coronel?

—No tan bien como tú; pero siempre dispuesto á ver chicas guapas, y á decirles cuatro verdades sin agravio de sus maridos.

—¡Bueno está usted;! genio y figura. . .

—Hasta la sepultura, por lo del genio;—replicó el veterano;—pero por lo otro. . . buen mamarracho estoy; ¡quien me hubiera visto cuando ascendí á capitán. . . y eso que ya entonces tenía unos cuantos balazos en el cuerpo!

—Este siempre repite sus galanteos inofensivos y sus lamentaciones injustificadas. . . ¡porque se conserva bastante bien;!—exclamó Gregoria mirándole con amor.

—¡Ya lo creo que se conserva;!—dijo Amalita;—¡y que no es tan viejo;! aun no ha cumplido la edad reglamentaria para que le retiren.

—Pero me retiran anticipadamente, porque saben que ya no puedo repetir heroicidades como las que hice en otros tiempos, casi más con las mujeres que con los hombres.

—Usted siempre rebajando sus méritos hasta en eso, para que resalte lo poco malo que ha tenido, y se oscurezca lo mucho bueno.

—¡Zalamera! Eso lo haces por halagar á tu suegra sin duda; porque yo bien sé que todo lo que dices es pura amabilidad y discreción. Pero vamos á cuentas; ¿sabes algo de Esperanza?

Amalita quedó perpleja ante aquella pregunta á boca de jarro.

—Sí;—añadió Gregoria;—dinos si te ha escrito, pues lo que es á mí me tiene muy olvidada desde hace algún tiempo.

—Efectivamente; me ha escrito, y siento no tener aquí la carta para leérsela á ustedes.

—Tú tienes buena memoria y nos lo dirás todo.

—Sí;—prosiguió el coronel;—no tengas á tu suegra im-

paciente esperando noticias de su nuevo nieto, á quien ya cree ver hecho un buen mozo.

—Como que dice Esperanza que se parece á usted;—contestó Amalita.

—¿Pero por qué no habrán venido ya los dos á presentarnos á su hijo;? de seguro que mi Fernando tiene la culpa del retraso.

—Sin duda lo habrán impedido las ocupaciones que él tiene en Madrid, pues parece se proponen que venga ella sola con el niño, y con la doncella por supuesto.

—¡Maldita política!—exclamó el coronel.

—Sí;—murmuró Gregoria;—ojalá que no le hubiesen elegido diputado.

Un nuevo personaje apareció en la entrada de la habitación sin hacerse anunciar; era Enrique, el cuñado de Silvestre y alcalde de la villa desde que el otro cuñado, el señor Juan, dejó de serlo.

—¡Hola, querido!—exclamó el coronel;—¿qué sucede?

—Ante todo, me alegro de veros bien por aquí; ahora hablemos.

Las dos mujeres contestaron al saludo, y Silvestre prosiguió:

—Pues empieza á desembuchar, porque tú traes algo, cuando vienes á estas horas.

El alcalde tomó asiento, y dijo encarándose con su cuñado:

—Ya sabes que ahora hay partida en el casino. . .

—Sí; ojalá no la hubiera;—interrumpió el coronel que se sentía ya algo nervioso sospechando alguna contrariedad.

—¡Qué hemos de hacerle!—continuó Enrique;—el vicio está tan arraigado, hasta en los pueblos, que tenemos que transigir con él, y menos mal cuando no se explota por los mismos que debieran estorbarlo; yo por esa parte tengo la

conciencia tranquila, y no podrán decir lo mismo algunos de mis superiores.

—Pues bien; vamos al asunto.

—No te impacientes, que la cosa es larga; dicen que el gobernador permite que se juegue en la capital; mejor dicho; que lo tolera en unos sitios y en otros no, y hasta que protege á cierta empresa explotadora, en la que está interesado un politiquillo unido á él. La tal empresa ha contratado el juego en la ciudad de. . .

—Sí; estoy enterado.

—Bien; en la cabeza del distrito vecino; como otros jugadores de menor cuantía han sido desairados allí para poner la banca, tienen que buscárselas por distintas partes, y hablaron al presidente de nuestro casino, ofreciéndole una cantidad regularcilla por esta temporada; mientras duran las fiestas en esa ciudad; nuestro casino está entrampado, y era una verdadera tentación; me hablaron para que hiciese la vista gorda, y yo accedí. No es posible mantener el lujo que hoy se exige en esos círculos aunque sean de labradores, como no vengan ingresos extraordinarios, y sólo del juego pueden venir.

—¿Pero ha ocurrido algo grave?—dijo Gregoria que se sobresaltaba por momentos.

—No hay muertos ni heridos por fortuna; pero pasan otras cosas de las que tenemos que defendernos. Puso el gobernador una orden circular para que los alcaldes prohibiésemos el juego á toda costa, precisamente cuando se sabía que los que gozan de su protección, acababan de contratarlo con el casino de esa ciudad, y por consiguiente yo no hice caso alguno; pero hete aquí que anoche se presentó un forastero en nuestro casino; pidió café, y preguntó al conserje si se jugaba, diciendo que él venía huyendo de la otra parte, porque aquello era un puro robo. El conserje le contestó

que aquí se tomaban toda clase de garantías, pues no eran los jugadores de oficio los que tiraban las cartas, sino socios del pueblo que alternaban reemplazándose según duraba la partida. El forastero entró en la sala; se puso á apuntar; perdió unas veces, y ganó otras; y cuando más intrincada está la sesión, tira el buen hombre de un revólver, y dice en nombre de la autoridad que todo el mundo boca abajo; claro es que todos creyeron se trataba de un timador que quería engañar cobrando el barato, y le pidieron el documento que acreditara su carácter; él entonces lo presentó; y Ambrosio, que ya conocía es bastante bruto, con aquello de ser concejal, cogió el papel, lo hizo pedazos, se lo arrojó á la cara, le quitó el revólver y le metió dos ó tres *chuletas*; había allí otros tres concejales, y pasado el primer susto, se envalentonaron, y pusieron al polizonte de cachetes y puntapiés, como os podéis figurar.

—¿Pero es polizonte de veras?—dijo Silvestre profundamente alterado.

—¡Claro que lo es! cuando me dieron aviso, ya estaba el sujeto en la cárcel á donde por orden de Ambrosio le llevaron los guardias municipales; pero yo recogí los pedazos del documento roto, los reuní, y se trata de un delegado del gobernador que venía expresamente á sorprender el juego en nuestro casino, sin duda para que los de este pueblo y los de los inmediatos tengan que ir á jugar á la otra población.

—¡Qué escándalo!—exclamaron casi á la vez Gregoria y Amalita.

—Un escándalo que va á costarnos disgustos á todos;—añadió Silvestre.

—El polizonte;—prosiguió Enrique,—dijo que le avisaran al juez; y yo esta mañana he creído conveniente no oponerme á ello; ya está allí don Antonio instruyendo diligencias, y acaba de dar parte al juez del partido, porque ya sa-

béis que la tira de Quijote, y aunque esté amigo nuestro, casi hay que hablarle en papel sellado, por lo que vengo á reclamar tu intervención.

—¡Mal asunto!—dijo Silvestre moviendo la cabeza;—en fin; veremos si se puede arreglar.

A pcco se marchó el alcalde, y Silvestre quedó sumido en honda preocupación; al cabo se rehizo, y en tanto que Gregoria y Amalita comentaban á su modo el reciente suceso, él se dispuso á salir en busca del juez.

## XXIX.

Algunos días después, Esperanza se hallaba en casa de su padre; había llegado de Madrid con el pequeñuelo y la doncella, porque ella misma amanantaba á su hijo, que fué recibido por los abuelos con el afecto exagerado que los viejos suelen profesar á los niños.

Gregoria tenía otros varios nietos; hasta Amalita era ya madre de una hermosa rapazuela poco mayor que el hijo de Esperanza; pero éste era el único nieto del coronel, á quien según todos le parecía mucho.

Fernando se había quedado en Madrid, aunque anunció que pronto iría al pueblo; las complicaciones que la política causó en aquel distrito, exigían que el diputado no se ausentara entonces de la Corte.

La ocurrencia del casino había traído cola. Nada menos que un juez especial fué nombrado para instruir la sumaria relativa á la detención del delegado del gobernador y los malos tratamientos de que le hicieron objeto algunos concejales.

Estos fueron procesados, y se intentó envolver al alcalde

en las responsabilidades que se exigían, para lo que quisieron fundarse en que apareció que estaba desempeñando la alcaldía aquel Ambrosio principal autor de la agresión contra el polizonte, y que para ello se había supuesto que Enrique entregó la jurisdicción pasando por alto á dos tenientes de alcalde que debieron actuar con preferencia. Por todo esto alegó el fiscal acusador, que lo de declinar Enrique su autoridad había sido amañado, para que el tal Ambrosio tuviera la excusa de decir que como alcalde en funciones fué requerido, á fin de que detuviese á un sujeto extraño á quien se creyó un baratero que iba á recoger en el casino los escasos fondos que en juegos licitos se atravesaban; pero á pesar de la amplitud de esa acusación, el juez creyó sin duda que era demasiado el procesar á Enrique que en nada intervino en los hechos que en el casino ocurrieron, y que lo de si había dejado ó no de ejercer como alcalde, debía depurarse en un expediente gubernativo.

Ese expediente empezó á instruirse enseguida por un delegado del gobernador, y dada la competencia del viejo secretario don José, los descargos que se aportaron por su hijo Enrique no pudieron ser más concluyentes.

La repentina y pasajera enfermedad que obligó al alcalde á darse de baja en sus funciones, estaba justificada por certificación del médico don Rufino; la circunstancia de encontrarse en el campo por algunos días, aunque dentro del término municipal, los dos tenientes de alcalde, probada resultó también por manifestación de los interesados, declaraciones de los dependientes del municipio y diligencias extendidas en los libros de secretaria; en el terreno legal no hubo por dónde meterle mano al bueno de Enrique; inútiles fueron cuantos esfuerzos hizo el delegado, que no obstante se fué con el expediente á la capital de la provincia, por ver si desde allí podía sacarle algún partido. Llovieron las multas so-



pro el alcalde por trívulos pretextos, y descubrióse desde luego el propósito del gobernador de separarlo á toda costa.

A un oficio referente á asunto distinto que Enrique había dirigido al gobierno civil con fecha del mismo día del suceso, se le alteró ésta variando habilidosamente el último número, para que apareciese que aun después de la ocurrencia del casino continuaba Enrique actuando de alcalde; y como el gobernador tenía la protección de altos personajes, remitió el expediente al ministerio con recomendación para que el alcalde fuese destituido, porque decía que era para él cuestión de honor.

Fernando, enterado de todo, ya no podía aguantar más; intentó recabar del ministro de la Gobernación la promesa de que se mantendría á su alcalde; oyó solamente vaguedades que á nada comprometían, y á pesar de su inexperiencia política advirtió malas intenciones respecto á él; entonces anunció una interpelación, y empezó á sentirse divorciado del partido á que pertenecía, y cuyo gobierno de tan mal modo le trataba.

Cruzábanse cartas entre el diputado, su tío Enrique y Silvestre, quienes procuraron que Esperanza y Gregoria no se enterasen más que de lo que era inevitable que conocieran.

El coronel supo por conversaciones tenidas con su hija, lo del desafío entre Iván y Fernando. Las noticias que respecto á tal lance habían dado los periódicos, no fueron lo bastante claras para que en el pueblo se entendiesen; militares distinguidos hay muchos, y como Esperanza y Fernando se cuidaron de escribir entonces y nada de particular decían, pasaron inadvertidas las alusiones periodísticas, en las que el coronel y Gregoria ni siquiera fijaron su atención.

Sintióse orgulloso el veterano ante la actitud tomada por

su yerno, y no tuvo un instante de vacilación respecto á la honrada conducta de su hija. Ya lo comprendía todo; por eso no habían querido ascenderle á general de brigada; pero le importaba bien poca cosa, siempre que el honor de su familia hubiese quedado sin mancha.

Entretanto, Raimundo, al ver á Esperanza de nuevo, había sentido reverdecerse su loco amor; ahora el objeto de su codicia se hallaba completamente á cubierto de toda sorpresa; Esperanza vivía en casa de sus padres; á la suya no fué ni siquiera una vez sin que éstos la acompañaran; seguía cerrada como si los dueños estuvieran ausentes.

El hijo de Esperanza había nacido en condiciones que traían á la mente de Raimundo con mayor viveza, recuerdos por él nunca olvidados. ¿Sería hijo suyo? Matilde no había logrado hacerle padre; acaso la otra que fué su primer amor, se hallaba unida á él por tan fuerte lazo, aun siendo la legítima mujer de un odiado rival que le humillaba con el mayor brillo de su posición en el mundo.

Raimundo aborrecía á Fernando y á todo lo que le separase de Esperanza. Esta tuvo que evitar cuanto le fué posible el salir á la calle, para que Raimundo no la viera; parecía que él estaba siempre en acecho, y aquello podía concluir por delatarlos ante el público revelando el secreto de una noche desgraciada.

El pequeño hijo de Esperanza se sintió ligeramente enfermo; ella no se apartaba de la cuna, cuando no le tenía entre sus brazos, y con tal motivo se retrajo hasta de ver á las gentes que á casa de sus padres iban.

Raimundo había llegado en su audacia hasta ir también á hacerle visita, lo que después, de todo, para los que no estaban en el secreto nada tenía de particular, porque él había conservado las buenas relaciones con el coronel, ahogando su antimilitarismo desde la noche de la serenata en que

fué presentado por su padre político, y habló por primera vez con Esperanza desde que ésta residía lejos del pueblo.

El señor Corcelio nada extraño notaba en Raimundo, y aun la enamorada Matilde no sacó deducciones maliciosas del estado de ánimo de su marido; pero en cambio la señora Benita que era maestra en achaques de amor, empezó á lanzar á su yerno de vez en cuando indirectillas parecidas á las del padre Cobos.

La paz de aquella familia se alteró profundamente, y por de pronto no llegó á mayores, porque como casi siempre ocurre, los últimos que se enteran de tales cosas son los principalmente interesados.

El buen cura don Juan, único que conocía toda la verdad de lo ocurrido, vió que su sobrina observaba la conducta más irreprochable, y se sintió satisfecho, aunque no dejó de pedir á Dios en sus oraciones que iluminara la inteligencia y alentase el corazón de la que había pecado por accidente, y no por tener condición de pecadora.

Amalita, á quien Esperanza confió algunas de sus intimidades, estaba enterada de los celos de Fernando relativos á Iván; pero no de otra cosa. Procuraba consolar á su concuñada y amiga aconsejándole rectamente que tolerase con paciencia las injusticias de su marido, para dominarle por completo con el amor.

¡Cuánto sufriría ella si Francisco fuese celoso! Por fortuna podía decirse de su hogar lo de aquellos versos del inolvidable Núñez de Arce:

En tan feliz asilo

vive el amor; pero el amor tranquilo.

El médico, que fué llamado para asistir al pequeñuelo, sabía por su hija Amalita algo respecto á las disensiones del matrimonio de Fernando y Esperanza. Como era un buen amigo de aquella familia, y su carácter y conocimiento del

mundo le hacían ser algo malicioso, no las tuvo todas consigo respecto á que fuesen infundados los celos que Fernando tenía de aquel Iván, desconocido para el galeno, y se interesaba á su manera por la paz de los mal avenidos esposos.

No ignoraba don Rufino lo de la maligna enfermedad que Fernando padeció siendo muy joven; y aquello de que el padre dudara respecto á si el hijo era suyo, cosa que por Amalia sabía, puso algo escamado al pícaro médico. ¿Le habría dicho á Fernando algún especialista, que no quedaba en condiciones de tener sucesión?

Por de pronto don Rufino puso el mayor esmero en estudiar la enfermedad del niño; bien podía ser de carácter hereditario, si se trataba efectivamente de un hijo de aquel Fernando que no había sanado por completo de su enfermedad.

No apareció vestigio alguno de que así ocurriera, y el médico procuraba tranquilizar á la madre y abuelos, sin poder dar aún un diagnóstico fundado en razones científicas.

### XXX.

Al fin el ministro señaló día para que Fernando explanase su interpelación; éste tenía fácil palabra, y aunque no dominaba mucho sus nervios, procuró ser correcto en la forma y enérgico en el fondo; era aquel su debut parlamentario, y salió bastante bien.

Sus correligionarios le hicieron el vacío, porque bien se veía que era aquello un acto de hostilidad contra el gobierno que sin duda trataba de echar á aquel diputado del partido, importándole poco un voto más ó menos.

Fernando prometía llevar consigo algo más de un sí ó un

no; pero ¡abundan tanto en nuestro país los oradores medidores!

El ministro mostró una frialdad calculada de antemano para que pareciese no rebasaba la justa medida; estudiaría el expediente, y se resolvería como procediera dentro de la más estricta legalidad; para él en tales casos no había distinciones entre los partidos; la conducta del gobernador había sido irreprochable, porque perseguir á los jugadores era uno de sus más ineludibles deberes; pero en cuanto á si el alcalde era ó no responsable por complicidad al haber delegado en aquel señor Ambrosio, precisamente el día del suceso, no tenía aún criterio formado, aunque le extrañaba que en una pequeña población no supiese el alcalde que se estaba jugando en el único casino que allí había.

Fernando comprendió lo que le esperaba á su pariente y amigo después de aquellas frases del ministro de la Gobernación, y al rectificar dijo que era mucho más extraño que el gobernador no supiese que se jugaba en la misma capital, y en una ciudad importante cerca del pueblo á donde envió sigilosamente aquel delegado, cuya conducta incorrecta había sido recompensada con un ascenso, á pesar de que aun no habían declarado los tribunales si era verdad lo de que sorprendió el juego, ó se trataba de un impostor que quería apuntarse imaginarios servicios.

El joven diputado estuvo elocuente; mucho mejor al improvisar que cuando pronunció el primer discurso que llevaba embotellado; pero se excedió, como no podía menos de ocurrir, y el ministro quiso darle un palmetazo diciendo en su rectificación, que teniendo en cuenta la poca práctica parlamentaria del interpelante, no estimaba la incorrección cometida, por quien pasando por diputado ministerial dirigía verdaderos ataques contra actos de gobierno sancionados por los jefes de su partido.

Rectificó Fernando por segunda vez, diciendo que, ante todo, él rendía culto á la verdad y protestaba contra las injusticias, sin mirar quiénes eran los que las mantenían; añadió que los gobiernos tienen también deberes que cumplir con sus correligionarios, y que ninguno hay tan ineludible como el de no cometer atropellos que quebranten á los diputados de la mayoría en sus prestigios políticos; que no se reduce todo á Madrid y á las grandes ciudades, y que los humildes, los correligionarios de los pueblos, tienen un derecho á la corrección política que él no desconocería jamás, por lo que se consideraba obligado á defenderlos, aparte de que en el caso que se discutía, se trataba sólo de no establecer desigualdades en las tolerancias ni en las persecuciones, y la justicia no podía negarse ni aun á los adversarios políticos.

Una buena parte de las oposiciones aplaudió al orador en los párrafos de mayor elocuencia, y el presidente dió por terminado aquel debate.

Los más exaltados oposicionistas y algunos independentes, felicitaron á Fernando.

—¡No cabe usted entre esos mamelucos!—le decían;— ¡sus orientaciones son más amplias y radicales! ¡sin duda quieren restablecer la Inquisición y obligarnos á todos á que recemos el Rosario, no permitiendo distracciones, como no se pague por tolerarlas á los que gobiernan!

Estás y otras cosas parecidas oyó el joven político entre apretones de manos, saludos y cumplimientos más ó menos expresivos. Al salir del Congreso llevaba la cabeza hecha un volcán; se apartó de los que aun querían acompañarle, y fué en busca de aire puro á dar un paseo por la Moncloa.

Allí reflexionó sobre la situación política en que le dejaban; no le era posible seguir en el partido llamado entonces «Concentración liberal», porque lo que menos había en él era

verdadero liberalismo, y lo que resultaba peor aún; los jefes no tenían lealtad con sus correligionarios modestos; no sólo miraban como carne de cañón á los soldados, sino hasta á los oficiales; sólo estaban atentos á las conveniencias de los magnates, ya fuesen correligionarios ó no; y ante un adversario político de mayor cuantía que deseaba establecer inteligencias, se sacrificaba al amigo con la mayor frescura.

Eso lo había visto él ya en sus jefes en más de una ocasión. ¿Serían los otros lo mismo?

El partido «Unión democrática» que también turnaba en el poder, acaso ofreciera mayores garantías; su jefe era un hombre ilustre que alardeaba de leal para con los suyos, y por ello había logrado reunir grupitos antes dispersos, á fuerza de zurcir voluntades.

Los que más halagaron aquella tarde al novel político fueron los radicales que estaban siempre amenazando con la revolución; seguramente intentaban que ingresasen en su bando algunos militares distinguidos; pero eso no podía hacerlo él; siempre había oído decir á su padre político á quien él quería y respetaba como á un padre verdadero, que ante todo estaba la disciplina, por lo que el veterano contaba como gran honra no haberla infringido nunca.

Por de pronto, él observaría una actitud independiente, en espera de ocasión que le permitiera ingresar en el otro partido turnante. ¡Cuánta perturbación le había causado en su carrera aquél amigo infiel, que ya perfectamente curado de las heridas que en el duelo recibió, aunque con indelebles señales en la cara, había vuelto al lado de su general, de quien no se sabía por qué era cada vez protegido con mayor empeño!

Acaso Iván le estaba haciendo el amor á la niña del ministro de la Guerra, pensando en que el andar á salto de mata en busca de lo más escogido y que no ofrezca peligros

para la salud, suele tener otros inconvenientes graves.

Fernando conservaba afecto á su general; pero reflexionándolo bien, sólo le debía el haberlo hecho diputado, sin duda con miras egoístas para que fuese un instrumento suyo en el Parlamento. Iván era incapaz de decir dos párrafos seguidos con mediana corrección, ni de estudiar ningún asunto á fondo; había logrado ser oficial de Artillería porque sí; como ocurren muchas cosas en el mundo, pues cuando se tienen altas posiciones y protectores aun de mayor valía, basta con no ser tontos de capicote y mostrar cierto barniz de buena sociedad, para conseguir puestos distinguidos.

Aquel futuro grande de España era un buen partido para la niña de un general; sin duda Iván estaba destinado á yerno de algún ministro de la Guerra; si no logró llegar á tanto el padre de Elisa, sólo ésta debía sufrir las consecuencias de su orfandad.

Aunque Fernando comprendía que todas esas cosas eran causa de su desgracia, sentía no obstante escrúpulos en combatir al que siendo su jefe le dió el acta de diputado; no le combatiría en sus gestiones como ministro; sus ataques iban á referirse á la conducta general del gobierno; pero dejar él que se le atropellara y no amparar á los suyos, á sus amigos y correligionarios del distrito, era ya demasiado; también aquellos habían contribuido á elevarle con sus votos.

Con el ánimo más sereno y la frente oreada por la fresca brisa de la noche, volvió Fernando á su casa; allí le entregaron una carta y un parte telegráfico; la letra del sobre era de su mujer; abrió el telegrama, y á poco se pintó en su rostro una extraña impresión; su hijo había muerto; ¿pero sería efectivamente suyo? ¿debía sentirlo? ¿era por el contrario un hecho providencial aquella aparente desgracia? El no lo



sabía á punto fijo; pero no tenía más remedio que marchar al lado de su familia; hacer otra cosa resultaría inexplicable, y él mismo quedaría en mal lugar.

En la carta, tan sólo Esperanza decía que el niño estaba enfermo; sin duda intentaba preparar el ánimo de Fernando; pero ambas noticias llegaron á la vez, y acaso fué mejor que así ocurriera.

### XXXI.

Cuando Fernando llegó al pueblo, hallábase su familia contristada por la muerte del niño, y era además objeto de general preocupación lo que en la política ocurría. El se manifestó también apenado por la pérdida de su hijo, aunque en puridad no era tan grande su sentimiento; la duda; la pícara duda, amortiguó el natural afecto que aquella infeliz criaturita le debió inspirar.

Al siguiente día de su llegada, Enrique recibió un telegrama del gobernador manifestándole que por R. O. se le había destituido, y que entregase el mando al primer teniente de alcalde.

Aquel excesivo celo en comunicar la resolución, demostraba que no era la justicia la causa de tales actos de gobierno, y había que temer nuevas persecuciones. Todos en el pueblo lo comprendieron así, y hubo visible cambio en la opinión de los politicastos, siendo muchos los que empezaron á buscar nuevas orientaciones averiguando de dónde soplabá el aire para poner convenientemente la capa, á fin de poder marchar viento en popa.

Claro es que esto no rezaba con los íntimos amigos y parientes; pero sí con los que aun siendo una ú otra cosa, no

estaban en un grado de intimidad que les obligase en absoluto.

Fernando observó que del modo que sus correligionarios le hicieron el vacío en el Congreso apenas le vieron en desgracia, se lo estaban haciendo en la villa; el corazón humano es lo mismo, ya se cubra con elegante frac ó con burda chaqueta.

Don Antonio el juez municipal, adversario perpetuo del viejo alcalde señor Juan Ponce, que por odiosidad con éste había apoyado á Fernando gustoso, siendo uno de los que gozaron de gran influencia en la nueva situación, creyó que era llegado el caso de actuar de primero, poniéndose al frente de elementos que no fuesen incondicionales ni de Silvestre ni de su cuñado el antiguo cacique.

El señor Cornelio era uno de los que don Antonio tenía en cartera, y le destinaba *in menti* para alcalde, pues además de su *ilustración* que le haría no merecer de sus antecesores, contaba con la ayuda del consuegro, del inclito señor Bartolo, y hasta de Raimundo que ya había aflojado algo en sus radicalismos inconscientes, y era un joven á quien convenía preparar para que oportunamente interviniera en los asuntos públicos de la villa.

Lo más notable de cuanto pasaba, consistía en que el señor Juan Ponce se alegró al saber la desgracia política de su sobrino, porque éste era quien le había quitado de actuar como cacique, y con tal de que por eso llevase el merecido castigo, aunque fuese don Antonio, el más odiado de siempre, quien mandara, todo se podía dar por bien empleado.

Tales son los rencores que agitan la política de las pequeñas localidades; á veces mientras más parientes son, más se odian los que luchan por el mangoneo, creyendo que todos sus afines están obligados á cederles el campo, y seguirles con la fidelidad del perro á quien se trata á puntapiés.

Entre los leales de Silvestre y de Fernando, se encontraba el médico don Rufino; cuando el joven capitán de Artillería llegó al pueblo, él procuró consolarle de la pérdida de su hijo, y la maliciosa perspicacia del doctor ó licenciado, porque no sabemos de cierto la categoría de su título, le hizo comprender que no era muy grande la pena del bravo militar, acaso porque estaba ya acostumbrado á presenciar catástrofes mayores.

—¡Este habría sido de seguro un nuevo Guzmán el Bueno si la suerte le hubiese puesto en tal trance;—pensaba el picaro de don Rufino; y dispuesto á consolarle por completo en lo que más necesitado estuviera, le dijo cierto día:

—¡Oye, Fernandito!; tengo que hacerte una confidencia de carácter profesional; sin duda tú has estado enfermo de avariosis en alto grado, antes de que eso se curase con el 606, si es que se cura, que yo no lo he visto claro aun.

—¿Por qué me habla usted ahora así?—contestó alarmado el militar;—creo sabía usted que efectivamente, de muchacho tuve algo semejante; pero no como usted supone, ni creo sea ya necesario someterme á régimen curativo; ¡ya ve usted que mi mujer está buena, y siempre lo ha estado; y yo me encuentro perfectamente!

—Pues ahí verás tú; ya que me tiras de la lengua, te voy á decir las cosas claritas: cuando se ha estado como tú estuviste, aunque no fuese yo quien te asistiera, suele á veces quedar rastro para toda la vida; pasa el estado agudo, y el enfermo queda bien en apariencia y hasta no puede contagiar el mal aunque se case. La naturaleza tiende á que los que se hallan así no tengan sucesión, y suelen ocurrir abortos cuando los niños están llamados á ser unos desdichados enfermos por culpa de sus padres; pero si salen á luz, heredan los males con más seguridad que los bienes, y casi lo mejor que les puede ocurrir, es morir en el periodo de la

infancia; ¡ahí tienes lo que le ha pasado á tu hijo!

—¿Pero eso es verdad? —exclamó Fernando con acento que mostraba al par tristeza y alegría.

—¿Que sí es verdad? Me has picado mi amor propio de médico, y poco me importa haberte dado este disgusto; mejor dicho; sí me importa; perdóname la rudeza, porque siento causarte este mal; pero estoy muy harto de que unos y otros se crean que los médicos de los pueblos no sabemos una palabra, y sobre todo, los señoritos cortesanos soís inaguantables en ese punto.

Fernando abrazó á don Rufiso, diciendo:

—Usted es quien me tiene que perdonar; nunca he creído yo que fuese usted un médico ignorante; pero en este momento me está dando una gran prueba de su competencia.

—Sí, señor;—prosiguió el amigo generoso, algo enorgullecido;—tu hijo tenía placas en la garganta cuya significación sólo yo pude comprender, y vi manchas indelebles en su tierno cuerpecito, que desvanecieron en mí toda duda; los signos de la piel y otros muchos que no es ahora del caso mencionar, porque no quiero darte una lata echándomela de hombre científico, eran pruebas evidentes de la enfermedad que al pobre niño le ha costado la vida.

—¡Y mi madre que dice que el chico murió de sarampión!

—¡Pues ahí verás tú; déjala en su ignorancia como yo la dejé para no causarle mayor amargura; hasta á la propia Esperanza le he ocultado mi pensamiento; verdad es que á última hora se presentaron complicaciones, porque hay epidemia de sarampión en el pueblo, y algunos falsos síntomas extraviaron la opinión de los que al enfermito cuidaban; yo me aproveché de esto para ocultar la verdad; pero no es cosa de que te lo calle á ti mismo, porque creo que hasta por

la cuenta que té tiene, el secreto ha de quedar entre los dos.

Aquella escena sí que dejó rastro para toda la vida en la mente del joven capitán; don Rufino sabía curar las enfermedades del alma casi mejor que las del cuerpo; no en balde se dice que el ejercicio de la medicina es un sacerdocio, y consiente tener la manga más ancha para echar alguna salvable mentira!

Desde entonces, Fernando se mostró más cariñoso con Esperanza; el pobre tenía remordimientos de haberla ofendido con sus sospechas; y ella al verle así, también sentía la amargura de un recuerdo fatal que en su conciencia pesaba, sin las atenuaciones que de seguro cualquier severo juez hubiese estimado al fallar sobre un caso semejante.

Fernando y Esperanza empezaron á ser felices en su matrimonio, contribuyendo á ello la sombra del remordimiento que ambos sentían.

Hasta puede decirse que aquel suceso íntimo atenuó las grandes pesadumbres que los asuntos públicos causaban á Fernando; no era posible, á pesar de todo, abandonar el campo de la política huyendo como un cobarde; eso era propio de hombres de pundonor, y ni Fernando ni Silvestre podían hacerlo; por ello, el diputado se dispuso á marchar á Madrid en vista de que los golpes del gobierno menudeaban contra los ayuntamientos de todos los pueblos del distrito, constituídos con parciales de su representante en Cortes; pero Fernando no se iría á Madrid sin llevarse á su mujercita. ¡Había quedado la pobre tan triste desde la muerte del niño! . . . ¡Le molestaban tanto los dimes y diretes que en el pueblo oía á cada instante! . . .

## XXXII.

Cuando Fernando y Esperanza llegaron á Madrid, las Cortes habían suspendido sus sesiones; el gobierno aprovechaba aquel interregno parlamentario para despacharse á su gusto en todos sentidos, y después de algunas conferencias con varios personajes, terminadas del modo más violento que permite la cortesía, el joven diputado comprendió que por de pronto no tenía otro medio expedito que el de recurrir á la Prensa.

Ya no le quedaba ni un solo alcalde amigo en todo su distrito; aquello era cien veces peor que el que le hubiesen barrido sus huestes en una lucha electoral de oposición á un nuevo gobierno; lo que á él le pasaba se ve muy pocas veces, aunque sean tantas y tan irracionales las cosas extrañas que en la política ocurren.

Para tener mayor libertad, no le convenía entonces afiliarse de nuevo á ningún partido. El cambio más natural de actitud era ingresar en el turnante de «Unión democrática»; pero la disciplina impone seguir determinada conducta, y á él le perjudicaría verse obligado á tener ciertas limitaciones en sus ataques al gobierno.

Ante todo, necesitaba adquirir relieve político; ser una personalidad que en cualquier campo fuese bien recibida, y para esto había que firmar artículos que su inmunidad parlamentaria pusiera á cubierto de denuncias, las cuales sólo podrían ser publicados en ciertos periódicos independientes, cuyos directores gustaran de lograr efectos sensacionales.

Los diarios de los partidos del turno, son siempre pasteleros según la frase vulgar; comedidos, si hemos de expe-

sarnos con la debida corrección.

Fernando lanzó uno y otro artículo en diferentes publicaciones periodísticas para no tomar matiz determinado; al fin logró inspirar interés general, y que los hombres del gobierno se fijasen en aquel adversario que les había salido procedente de la propia mayoría parlamentaria. Los ministeriales le pusieron en sus tertulias como nunca dijeron dueñas; pero aparentaban desdenarle; él lo sabía todo, y cada vez mostraba mayor ardor.

Llegó un caso en que sus censuras se dirigieron contra el gobierno por cierta proyectada adquisición de cañones, cuyo modelo le pareció á Fernando deficiente.

El ministro de la Guerra se consideró entonces molesto en su propia persona, porque aunque había obtenido una autorización de las Cortes de esas que no se discuten y por su vaguedad dejan margen para todo, el tratarse el asunto en la Prensa por un profesional, del modo técnico que Fernando lo hacía, marcando deficiencias en la conducta de los que habían intervenido en el expediente, obligaba á proceder con parsimonia; acaso esperar á que las Cortes volvieran á abrirse.

Eso era intolerable; á un subordinado no se le podía permitir tal cosa; el ministro no tenía en cuenta que según su criterio, lo lógico sería no reconocerle derecho á esos subordinados para formar parte del Parlamento; pero que si se le reconoce, hay que respetar su libertad para emitir juicios, como si no fuesen militares.

Creyendo sin duda que se podía imponer echándosela de general, el ministro de la Guerra citó á Fernando para que fuese á verle, y al recibirle en su despacho no mostró con él la afabilidad que debía esperarse de las relaciones particulares que les unieron, ni siquiera la cortés acogida á que tiene derecho un diputado en los centros oficiales.

Empezó llamándole «Señor capitán», y siguió diciendo que había visto con profundo disgusto la actitud tomada en la Prensa por quien tenía el deber de conducirse de bien distinto modo.

¿Qué había hecho Fernando para que le trataran así? ¿Batirse con Iván? pues aunque el ministro no conociese los verdaderos motivos de aquel lance, el haber privado al vencedor del cargo y de la confianza que gozaba á su lado, era ya bastante castigo. ¿Por qué habían iniciado contra él aquella campaña, quitándole la legítima influencia que debía reconocérsele en su distrito? ¿No era eso echarle del partido, y por ende de la mayoría del Parlamento? Pues si se le echaba ¿qué iba á hacer él, sino defender á los suyos y utilizar sus conocimientos científicos para servir al país, impidiendo que se gastase dinero en comprar cañones que pudieran resultar inútiles ó perjudiciales?

Algo de esto intentó decir Fernando con la mayor modestia y corrección; pero fué interrumpido varias veces; al cabo se enardeció su sangre, y dijo, sin descomponerse por supuesto, que creía se le llamaba para conferenciar sobre lo que él había escrito con carácter de diputado, por lo que se consideraba con derecho á exponer sus ideas y á que se le oyese, fuese cualquiera el lugar en que se provocara tal cuestión.

—Perdone, mi general;—decía;—si yo he faltado en algo como capitán, oiré la amonestación sin replicar palabra; pero si se trata de lo que hago como diputado ó escritor, tengo derecho á defenderme en el acto.

—Usted si sólo fuese diputado y no capitán, no se expresaría como se expresó en esos artículos de carácter técnico, y yo no puedo tolerar que en asuntos de la milicia me censure ningún subordinado.

—No censuré á mi general, sino á los que han dado infor-



mes erróneos, y precisamente di el aviso para que se evite el mal por quien puede hacerlo, puesto que es tiempo y no tenía otro medio, porque las Cortes están cerradas.

—Por eso mismo que lo están, puede ser usted detenido cuando falte á sus deberes, á pesar de la investidura de diputado.

—No creo haber faltado á deber alguno; pero estoy dispuesto á sufrir en todo las consecuencias de mi conducta, aunque alegando el derecho que me asiste y la investidura que ostento.

—No debiera usted hablar de tales investiduras, que ya sabe á lo que son debidas.

—Protesto de tal juicio en cuanto ofende al carácter de diputado, de que no abusaré jamás.

—¡Señor capitán. . . !

—Señor diputado ó escritor debiera decir S. S.

—¡Su Excelencia habrá dicho usted, y vaya arrestado, señor capitán, repito!

—¡A su orden, mi general!

Fernando saludó militarmente, y salió del despacho del ministro echando fuego por los ojos, con el rostro encendido y amagado le una congestión.

Desde luego pensó no ir á su casa para que Esperanza no participase de su disgusto; pero dudó si dirigirse al Congreso ó al Centro Militar; no le habían dicho á donde tenía que ir arrestado, y aque la orden debía considerarse nula hasta que nuevos actos la determinaran de modo concreto. Creyó que el buscar inmunidades envolvía temor, y se dirigió al casino del Ejército y la Armada.

Habló allí con varios compañeros de lo que le había ocurrido; todos consideraron que la conducta del ministro era censurable; que había en ella verdadero abuso de autoridad, y un menosprecio completo á la investidura de diputado;

pero aquello se decía privadamente, y Fernando fué el primero que intentó quitarle carácter de protesta. Se decidió á comer en el círculo, y no faltó quien le acompañase en la misma mesa.

Ya en el comedor, habló poco del suceso del día; y al terminar, pensando en que su mujer estaria alarmada por la tardanza, se despidió de sus amigos; pero dos ó tres de ellos se empeñaron en ir á acompañarle.

Pocos pasos habian andado para alejarse de la puerta del círculo, cuando un señor que estaba parado en la acera vestido de paisano se les acercó.

Fernando iba con traje de levita; habia tenido la precaución de no presentarse de uniforme en el ministerio.

—¿El señor capitán, don Fernando Márquez?—dijo el desconocido.

—Yo soy el diputado de ese nombre;—contestó Fernando.

—Pues bien; aunque no se halle usted de uniforme,—replicó el desconocido,—si es don Fernando Márquez, tengo orden de prenderle.

—¿Y quién es usted para ello?—exclamó Fernando haciendo como que no conocia al que le hablaba así.

—¿No reconoce usted al general gobernador de la plaza?—dijo secamente aquel caballero abriendo su levita y mostrando la faja de general.

—Sí; le reconozco, y estoy á su orden;—contestó Fernando; y volviéndose seguidamente á los que con él iban, añadió:—háganme ustedes el favor de decirle á mi mujer lo que ocurre, manifestándole que me encuentre perfectamente bueno, y pienso verla pronto.

Un coche esperaba muy cerca de allí al general gobernador, quien subió en él con el detenido; en otro coche que también estaba próximo, habia dos oficiales del Ejército.

to, y ambos vehículos se dirigieron seguidamente hacia las prisiones militares.

### XXXIII.

Poco tiempo tardó Esperanza en saberlo todo; aquellos caballeros militares amigos de su marido, fueron inmediatamente á enterarla del suceso y ponerse á sus órdenes para lo que pudiera ocurrírsele; ella les dió las gracias y se manifestó serena, aunque al quedarse sola tuvo un ataque de nervios que únicamente se calmó vertiendo amargo llanto.

Llamó á su doncella para que la acompañara, y ambas salieron á la calle tomando el primer coche de punto que vieron, á fin de que las llevase á las prisiones militares de San Francisco. Preguntaron allí por el oficial de guardia, que las recibió, y fué á hablar después con el coronel, jefe del establecimiento, por quien también fueron recibidas; pero se les dijo que el preso no se encontraba ya en Madrid; había salido seguidamente en el tren de Cartagena acompañado de un comandante que le conducía á uno de los castillos de dicha plaza.

—¿Pero qué ha hecho mi marido para que se lo lleven con esa precipitación?—decía Esperanza mientras sus ojos se llenaban de llanto.

—Tranquílicese usted, señora;—contestaba el coronel con la mayor amabilidad;—probablemente esto no será nada, ya sabe usted que entre nosotros á todo se le da importancia aparente; pero luego quedan las cosas como deben quedar.

—¿Y se han llevado á Fernando en el tren paeato de levita y de sombrero de copa;? parece imposible que ni siquiera le hayan permitido ir á mudar de traje y á decirme

lo que le sucedía:

Las naturales protestas de la dama fueron oídas con bondad por el viejo coronel, que la acompañó hasta la salida de sus habitaciones y tornó diciendo para sí:

—Más vale que se lo hayan llevado, porque yo hubiese sufrido mucho negándome á que le viera, y la orden de comunicación me impedía acceder á ello.

La hora no era oportuna para hacer nuevas gestiones; al volver á su casa la infeliz esposa, quedó nuevamente sumida en la más honda preocupación, y no pudo dormir en toda la noche. ¿Avisaría á su padre? Mucho le apenaba darle tal disgusto; pero ¿qué iba á hacer ella sola, sin amigos influentes que pudieran favorecer á Fernando?

El subsecretario del ministerio de la Guerra fué compañero de Silvestre, y Esperanza lo sabía; mas para utilizar bien aquella amistad, era preciso que su padre viniese á Madrid; si á pesar de todo se veía desairado, acaso también él se comprometiera; bien conocía ella el geniecito que gastaba, y como con sus desengaños y falta de ambición todo ya le importaba poco. . .

No; era preciso que ella intentara inmediatamente descubrir al menos lo que se quería hacer con Fernando; iría á ver al mismo ministro de la Guerra; para facilitarle tal entrevista no era preciso molestar al subsecretario; ese recurso quedaría en reserva para más altos fines; el coronel de Artillería que mandaba el regimiento donde Fernando sirvió antes de ser ayudante, era una buenísima persona muy estimada en los elevados círculos sociales; él lograría que el ministro la recibiera pronto.

Esperanza no se engañó; aquel bizarro jefe obtuvo al siguiente día que el ministro concediese audiencia á Esperanza, para veinticuatro horas después. ¡Qué triste y azaroso le pareció á la pobre joven aquel breve espacio

de tiempo.

Llegada la ocasión, se vistió con sencilla elegancia; ¡no necesitaba ella poner esmero alguno para que pareciese en todas partes un tipo distinguido!

Cuando vió su gentil figura reflejada en la luna del armario, se acordó de Iván; continuaba de ayudante del ministro: ¿tendría la avilantez de hablarle siendo tan fácil para él desentenderse, y que otros la recibieran? Al pensar en esto su rostro se oscureció; fué en busca de un objeto que guardaba su marido en la mesa del despacho; le usaba pocas veces; era un precioso revólver de bolsillo. ¿Se lo habría llevado el día en que fué preso? No; la pequeña arma se encontraba allí cargada con cinco tiros; ella la examinó perfectamente, y se la guardó luego con rapidez, como avergonzada, temiendo que alguien la viera, á pesar de que no la acompañaba nadie.

Había pedido una berlina á un alquilador de lujo, y en ella subió sola diciendo al cochero que la llevase al ministerio de la Guerra.

Pronto se encontró en las magníficas estancias que el ministro tenía dedicadas á recibir; aquello estaba bastante transformado de como se ha visto otras veces.

Cruzó un amplio salón en el que esperaba gente distinguida; un oficial la condujo amablemente á otra habitación mucho más pequeña, donde no había nadie.

—Ya sabía que estaba usted citada para hoy;—dijo el militar á quien ella había dado antes su nombre, haciéndole indicación de que figuraría en lista;—voy á pasar aviso al general.

Diciendo esto, el oficial salió por una pequeña puerta que comunicaba con el despacho del jefe.

Esperanza pasó la mirada por los lujosos muebles de la habitación en la que también había una mesa escritorio,

pues sin duda aquel era un departamento independiente de secretaría, donde trabajaba á veces el propio ministro en los asuntos reservados con algún auxiliar de la mayor confianza.

A los pocos minutos se abrió la puerta de entrada y otro militar apareció en ella; Esperanza le conoció en seguida, y se inmutó. ¡Era Iván! El avanzó mostrando una forzada y amable sonrisa; su rostro estaba algo desfigurado por la cicatriz de una de las heridas que recibió en el duelo; pero aquello le daba aspecto más simpático, aunque Esperanza no lo advirtiera, y puesto de uniforme parecía un prematuro veterano.

—Siento,—dijo,—que nos veamos en estas circunstancias; pero necesito hacer á usted un ruego en bien de los dos.

Esperanza creyó que aquel ruego iba á constituir una nueva osadía; acaso una interesada oferta de protección; sin darle tiempo para que continuara, se puso en pie y dijo con sequedad:

—¡Nada tiene usted que rogarme, ni yo tengo nada que oírle!

—Perdone;—prosiguió él con cortesía, pero variando de tono;—tendrá usted que oír algo aunque le desagrade hablar conmigo; repito que á usted misma le interesa.

—¡No puede interesarme nada que venga por conducto de usted!

—Pues no olvide,—continuó Iván,—porque pueden interrumpirnos pronto y no he de perder el tiempo, que su honra de usted está en mi mano; que su dicha depende de que se le haga entender á Fernando que usted le faltó aquella noche, y que tengo una prueba irrefutable en el secreto que descubrí y que lleva usted señalado en su seno, guardándolo oculto para todos menos para quien sea su amante. Poco me

importará parecerlo aunque de nuevo me juegue la vida, seguramente con mayor fortuna; sépalo usted antes de hablar con el general, por lo que pueda convenirle.

Esperanza enrojeció primero y luego se quedó pálida como una muerta; no pudo comprender el móvil que guiaba á Iván, porque no sabía que era pretendiente de la hija del ministro con la que pensaba casarse, y que estaba interesado en que se ignorase su fracasada aventura.

Ella todo lo atribuyó á una venganza y á nuevas pretensiones ilícitas; sabía que Iván no era cobarde, y lo creyó capaz de todo. Súbitamente pensó que no le quedaba más medio que deshacerse de aquel hombre; el insulto que envolvía el recuerdo de la grosera intenciona, realizada al rasgar sus ropas y descubriría el seno, apareció aun más sangriento en la mente de Esperanza, causándole honda perturbación. Instintivamente sacó el revólver que llevaba oculto, mientras decía como una loca:

—¡Canalla! ¡Canalla! ¡Va usted á pagarlo todo junto ahora!

Iván no esperaba tan brusca acometida, y por pronto que quiso evitarla, le fué imposible impedir que saliese el primer tiro que no le alcanzó porque apartó el cuerpo con rapidez. Un segundo disparo le hubiese acertado de fijo, dada la poca distancia, á no haber separado el brazo de la agresora cogiéndolo con fuerza, y dejándola desarmada instantáneamente.

La puerta que comunicaba con el despacho del ministro se abrió, y éste, seguido del oficial que vimos antes, se lanzó sobre el grupo formado por Iván y Esperanza.

—¿Qué sucede!—gritó el general.

—¡Nada; que ha querido matarme!—exclamó Iván cuyo rostro estaba lívido.

—¿Cómo es eso? ¿Qué dice usted, señora?—preguntó el ministro con la mayor energía.

Esperanza nada contestó; se dejó caer sobre un diván, convulsa, demudada; pareció que perdía el conocimiento. Iván era quien tenía el revólver en la mano, y claramente se notaba que no sufría lesión alguna.

—¿Pero por qué tiene usted ese revólver?—preguntó el general comprendiendo rápidamente que aquella situación era muy oscura y se prestaba á distintas interpretaciones.

—Porque se lo he quitado á ella;—contestó Iván.

—Está bien; ¿qué es lo que usted ha visto?—siguió preguntando el general encarándose ya con el otro ayudante que le había seguido.

—Yo, mi general,—contestó el interpelado,—he visto lo mismo ó menos que usted; que al entrar nosotros, Vargas tenía un revólver en la mano, y junto á él de pie, estaba esa señora.

—¿Qué notó usted en ella al recibirla, é ir á darme aviso?

—Nada absolutamente, mi general; estaba tranquila, y como quien viene á solicitar algo.

Mientras se cruzaron estas breves frases, la habitación se había llenado de gente; eran funcionarios y ordenanzas del ministerio.

El general quiso que no se complicara el asunto si se hacían nuevas manifestaciones delante de todos, y ordenó que saliesen de allí en seguida.

—Parece que esta señora ha querido suicidarse; yo no estaba aquí, ni ha habido atentado alguno contra mi persona; ya lo aclararemos todo; la cosa no tiene importancia.

Después de decir esto el general, sólo quedaban allí con él, Esperanza, Iván y el otro ayudante.

—Haga usted que venga un médico de confianza;—dijo á éste el ministro.

La infeliz señora continuaba desvanecida, y el general aprovechó esto para decirle á Iván:



—Creo, que nada gana usted con decir que una mujer ha querido matarle, no teniendo de ello prueba; estaban ustedes solos; se trata de la esposa de un enemigo personal de usted que recientemente ha sido castigado por mí. No faltaría quien dijese que ella era la víctima, y que á más se la calumniaba. Los móviles del delito lo mismo pueden atribuirse al uno que al otro, pues desde luego se desecharía la premeditación pareciendo que el choque había sido casual, y de no demostrarse que el revólver es de ella, acaso creyesen que usted le había empleado, viéndose ofendido en el acto por esa señora, y dejándose llevar de ciertos rencores. Ni Garcés ni yo podemos declarar cosa importante, porque nada hemos visto que á usted le favorezca, y tal vez conviniese explicarlo todo, diciendo que mientras esperaba la esposa de Mirquez que venia á interesarse por él, fué víctima de un acceso nervioso que la llevó á querer suicidarse, y que usted lo evitó arrebatándole el revólver, que se disparó mientras luchaba con esa infeliz á la que le ha salvado la vida.

—Lo que usted opine, mi general, será lo más acertado; yo no tengo el ánimo sereno; pero habrá que evitar principalmente que ella declare ahora, y es necesario que alguien la aconseje bien.

El ayudante que fué en busca del medico, volvió con un teniente coronel de Sanidad militar, quien encontró aún á Esperanza con manifestaciones de haber sufrido un gran acceso nervioso, pronunciando tan sólo monosílabos, y sin poder coordinar bien sus ideas. Se la dieron antiespasmódicos que lograron calmar algo su excitación, y el general prohibió que se le preguntase nada para evitar que se reprodujera el síncope.

Brevemente explicaron Iván y el ministro lo ocurrido, en la forma que ya tenían fraguada.

Poco tiempo después llegó el subsecretario del ministerio, á quien al ir á su despacho le dijeron que había querido matar al jefe. Entró manifestando que no se hallaba en la casa cuando el suceso; el ministro le habló aparte y seguidamente el general Ramírez se dirigió á donde Esperanza estaba, asistida por el médico y el ayudante Garcés.

—¡Cuánto siento,—dijo el subsecretario—conocerla en estas circunstancias; sé que es usted hija de mi antiguo compañero el coronel González, á quien quiero como si fuese un hermano, y deseo que me mire usted como á persona de su propia familia.

Esperanza apenas pudo coordinar una frase de cortés gratitud, y el general Ramírez prosiguió dirigiéndose al médico:

—¿Se halla esta señora en condiciones de llevarla á su casa?

—Sí, mi general; no es más que un ataque de histerismo.

—Pues tenga usted la bondad de aceptar mi brazo, hija mía, que voy á acompañarla; quiero que se tranquilice por completo.

Esperanza se puso en pie despertando sus energías con un supremo esfuerzo; procuró tomar una actitud correcta; dió las gracias saludando con ademán distinguido, y salió cogida del brazo del subsecretario, en cuyo coche, que aun esperaba á que se diesen órdenes, subieron ambos poco después.

Un ayudante que habló con el general Ramírez, subió en el coche que llevó á Esperanza al ministerio, y ambos carruajes se dirigieron á casa de la dama, aprovechando el general la ocasión de ir solo con ésta para aconsejarla lo que debía hacer.

### XXXIV.

Los periódicos dieron gran importancia al extraño suceso del ministerio de la Guerra; por de pronto, corrió la noticia por todo Madrid de que una dama elegante había querido matar al ministro disparándole dos tiros en su propio despacho, y que la rápida intervención de un ayudante, salvó la vida del general.

Dijose después que aquella dama era la esposa del capitán á quien á pesar de ser diputado acababan de enviar á un castillo por cuestiones políticas; se apasionaron los ánimos como siempre ocurre en tales circunstancias, y empezaron á fantasear los comentaristas de cafés y de círculos de distintas clases.

Imposible sería mencionar aquí todas las versiones que corrieron; las había para diversos gustos, y algunas, de las más disparatadas que se pueden imaginar; pero desde luego se notaron dos corrientes de opinión.

Formaban la una los elementos oficiales y cuantos con ellos tenían benevolencia. Decían éstos que todo se limitaba á un intento de suicidio de aquella distinguida dama, que al creer fracasaban las gestiones que hacía en favor de su marido, quiso matarse en un rapto de locura, para manchar con su sangre la residencia oficial del ministro, vengando al joven político preso, tal vez con la exaltada idea de provocar así una revolución; pero no faltaba quien añadiera que en caso de que fuese cierto que aquella señora había querido matar al ministro, la conducta de éste resultaba enaltecida por haber tenido la generosidad de no acusar á la agresora, ocultando el intento de asesinato, conducta propia de un hé-

roe cuya *caballerosidad*, etc. etc., merecía mayores respetos que los que las oposiciones guardaban á aquel ilustre político.

La otra tendencia exageraba casi de igual modo la argumentación; decían que lo hecho con el capitán Márquez era un atropello intolerable á todas luces; que su señora se había plantado en el ministerio y había puesto al ministro de oro y azul, llegando las cosas hasta el punto de que él también la insultó, y ella le dió una bofetada; que entonces el mismo ministro ó un ayudante, porque había quien supusiera una y otra cosa, dispararon un tiro á la dama que afortunadamente salió ilesa; y que como era natural, tuvieron que echarle tierra al asunto por la cuenta que al gobierno le tenía, para lo que se habían valido de que el general subsecretario fué compañero y gran amigo del coronel, padre de aquella señora; hasta añadían que pronto se pondría en libertad al capitán Márquez, á fin de que las cosas no llegaran á mayores, pues la desatentada conducta de los que mandaban, estaba provocando una inmediata revolución, y que el pueblo, harto ya, reclamaba justicia apoyado por los muchos perseguido políticos que tenían que emigrar, como ocurría en tiempos pasados que se creyó no volverían nunca.

Los *reporters* fueron á casa de Esperanza, quien se excusó de recibirlos diciendo sus criados que la señora estaba enferma, y habían prohibido los médicos que se le hablase; pero entonces, lápiz en ristre, la emprendían con los porteros de la casa, por quienes se supo que en el mismo coche del subsecretario había éste llevado allí á la señora el día del suceso, que después volvió á visitarla.

De todo se sacaba partido; pero lo único que no resultaba por ninguna parte, era la verdad de lo que en el ministerio ocurrió entre Iván y Esperanza.

Con todos los medios de información de que se dispone

en los tiempos actuales, estamos casi á la misma altura que en aquella edad remota en que sólo la tradición podía perpetuar los hechos, siendo éstos desfigurados al pasar de unos á otros en la conversación inspirada por momentáneas impresiones.

Esperanza tuvo que avisar á su padre, quien corrió á su lado; y aunque se enteró de la verdad, no pudo decirlo, porque ante todo había que separar de aquel asunto cuanto pudiera afectar á la vida privada y á la honra de su hija.

¡Bien tuvo que luchar consigo mismo el bravo coronel para no buscar á Iván y abofetearle, levantándole después la tapa de los sesos de un pistoletazo, en el terreno del honor!

También sentía arranques impulsivos contra aquel general que tan injustamente trató á Fernando, aunque le atenúa la conducta que el mismo personaje siguió con Esperanza, no acusándola por el atentado que ésta realizó en el ministerio.

Las entrevistas que hubo entre Silvestre y su antiguo camarada Ramírez de Arellano, fueron de la mayor cordialidad, y contribuyeron á que el coronel tomase en apariencia una actitud prudente.

Tampoco de él pudieron sacar partido los periodistas que le interrogaron; como no estaba entonces en Madrid, sólo sabía lo que le dijeron después; lo que se contaba de público, poco más ó menos.

Preparábanse padre é hija para ir á Cartagena á visitar á Fernando, y ya había logrado el primero una autorización á fin de que se les permitiese entrar en el castillo, donde el capitán sufría su arresto.

Iban á tomar el tren aquella misma noche, y tenían dada orden de no recibir á nadie; pero Esperanza oyó que llamaban á la puerta, y que su doacella hablaba con una señora

cuya voz conoció; era Elisa.

—¡Que pase; que pase;—exclamó Esperanza saliendo al encuentro de la que iba á visitarla.

—Perdona, hija mía,—dijo Elisa abrazándola, — que no haya venido antes á verte; no sabes cuántas cosas han ocurrido también allí; casa de Mary; de Sandoval mejor dicho, porque aquélla no merece ya ni siquiera que se la nombre como no sea para malo, y á mí tampoco me gusta ensañarme. ¡Pobrecitos hijos!

Habían pasado á la habitación de Esperanza, y ambas amigas tomaron asiento; el coronel no estaba allí.

—¿Qué otra cosa le sucede al pobre Sandoval?

—Pues te diré, hijita; le sucede todo lo peor que podía ocurrirle después de la catástrofe que conoces; que sus acreedores le acosaban; que tuvo que recurrir á medios ilícitos para prolongar la situación, ya que era inevitable su caída como hombre de negocios, y con ello dió motivo á que le acusaran por estafa; ya ves; él debió declararse francamente en quiebra, y así se lo aconsejé después de la fuga de Mary; pero ¡que si quieres! El que la confiesa, la paga; decía; lo último que se pierde en el mundo es la esperanza. ¡Vaya un nombrecito que tienes! Por eso tú no te has de perder nunca, aunque te pase lo que te pase.

—Sigue, sigue, loquilla; ¡tú si que tienes un corazón hermoso!—exclamó Esperanza dando un golpecito á su amiga en el brazo.

—¡De bastante me ha servido hasta ahora; ¡hasta creo que eso ha de ser causa de mi completa perdición!

—¿Qué cosas dices!

—Pero estoy divagando; en resumen; que el pobre Sandoval tuvo que salir huyendo; que yo he tenido que recoger á los tres hijos de su segundo matrimonio. ¡No sabes cuánta lástima me dieron; embargaron el hotel y todo cuanto allí

había; y ¿qué iba á hacer yo que les estaba acompañando desde su desgracia;? me llevé á los chicos con la tía Adela, y allí los tenemos.

--;Qué buena eres!

Al decir esto Esperanza sintió sus ojos llenos de lágrimas, y abrazó á Elisa que prosiguió, dando un nuevo giro á sus ideas:

--;Ya sé que estás convertida en una heroína! ¡¡Lo que dicen de ti los periódicos!!! ¡Unos, que has querido matar al ministro;! ¡otros, que si tal y que si cual, y que si eres una esposa amante, en lo que desde luego llevan razón;! pero lo que nadie dice es lo que yo supongo, porque ignoran lo canalla que es el sujeto á quien ni siquiera he de nombrar por no manchar mis labios. ¡Yo sí que delí darle un tiro con más razón que tú;! pero no sirvo para eso.

—Sirves para algo mejor.

--Y para algo más malo.

—No; para mejor, repito; para recoger pequeñuelos á quienes sus padres abandonan; eso debiera hacerlo yo más bien, ya que Dios me ha privado de mi hijo; pero nada sabía. . . y sin contar con Fernando. . .

—Las mujeres casadas no podéis ni siquiera ser benéficas en ocasiones; por eso yo voy á declararme partidaria del amor libre.

—¡Pero qué atrocidades estás diciendo, chica!!! ¿y cómo ibas á educar á esos niños si tuvieses tales ideas?

—¡Es verdad; tampoco las mujeres libres tenemos derecho á ser benéficas; el mundo es así!

—No quiero que digas tales cosas de ti misma;—añadió Esperanza.

—No las diré si te enojan;—contestó Elisa quedando sumida luego en honda meditación.

Hablóse después del inmediato viaje, y la genial amiga

de Esperanza se despidió al presentarse el coronel para saludarla, y recordar que se aproximaba la hora de marchar á la estación del ferrocarril, y que el ómnibus estaba esperando.

### XXXV.

Habían pasado dos meses; el coronel y Esperanza residieron en Cartagena durante ese tiempo; se les permitió que viesen frecuentemente á Fernando; éste, dado su carácter impresionable, se entusiasmó con la conducta de su mujer á la que también él miraba como á una heroína.

Gregoria, al enterarse por completo de lo que á su hijo le pasaba, corrió igualmente á su lado acompañándola Francisco; pero cuando el joven militar quedó libre por haber cumplido el arresto que se le impuso, casi sin saber por qué motivo, su madre y su hermano regresaron al pueblo, en tanto que Esperanza y Silvestre tomaron con él á Madrid.

Las visitas y parabienes que el capitán recibió fueron innumerables; se vió halagado por gentes de todos los partidos, entre los que no faltó algún ministerial descontento; pero aquello duró muy pocos días.

Las Cortes se hallaban abiertas; acababa de explanarse una interpelación por cierto diputado radical, que estuvo elocuentísimo, aludiendo al militar distinguido, preso por mantener sus honradas convicciones en la Prensa respecto á un asunto de público interés, cuando no podía hacer oír sus enérgicos acentos en la tribuna parlamentaria que un gobierno despótico tenía sometida á su capricho.

El efecto de aquella interpelación duraba aún, cuando Fernando llegó á Madrid; él no había querido solicitar el



indulto, lo que se le propuso hiciera cuando ya le quedaban pocos días de prisión. ¡Buen tonto hubiese sido dando á sus verdugos pretexto para que aún resultasen generosos!

El ministro de la Guerra que deseaba dárselas de magnánimo, dijo no obstante á los que officiosamente le hablaban de indulto, que no había términos hábiles para otorgarlo mientras el interesado no lo solicitase.

Estamos en un país donde todo son fórmulas, expedientes y convencionalismos, de los que nunca se puede prescindir aunque se prescinda de lo esencial. Como lo que casi siempre se busca son efectos teatrales, había general impaciencia por conocer la actitud que Fernando tomaría cuando volviera á sentarse en los escaños del Congreso.

Comprendiendo él que atravesaba circunstancias bien difíciles, quiso sondear el mar proceloso en que navegaba, y se decidió á presentarse al jefe del partido «Unión democrática», que estaba llamado á formar gobierno cuando cayese el que entonces regía la Nación. Lo mejor era dar directamente aquel paso sin buscar padrinos que él no tenía dentro del bando en que pensaba ingresar.

El andar con rodeos le obligaría á perder un tiempo precioso, y él contaba en aquellos instantes con bastante relieve en el campo político para proceder de cuenta propia.

Fué á ver al superhombre aspirante á ídolo de la multitud estulta, sin que nadie le acompañara; el recibimiento que tuvo fué en alto grado cortés y halagador; pero Fernando no iba á oír cuatro frases preparadas para todos, y abordó la cuestión con perfecta claridad.

El se veía perseguido personalmente, y en su distrito se le hacía una guerra tan ruda que sus amigos no encontraban cuartel; estaba ansioso de tomar la revancha y necesitaba que se le diesen garantías para realizar un cambio de frente,

poniéndose á las órdenes de jefes más leales, porque lo que no perdonaba nunca era que se le engañara.

Al oír tales manifestaciones el jefe político, comprendió que tenía que hacer una excepción en aquel caso, porque era peligroso engañar á un hombre así. No podía adquirir con él un compromiso cerrado respecto á aquel distrito andaluz, por el que Fernando tenía tal empeño, porque si no recordaba mal, había ingresado ya en el partido otra persona de significación que aspiraba á representarlo en las futuras Cortes; de haber podido prever lo que iba á pasar, se le habría dicho al aspirante que el actual diputado tenía derecho preferente, siendo también correligionario; pero después de hecha ya una promesa, la formalidad propia de un político serio, impedía darla al olvido.

—¿Pero quién puede ser ese aspirante para que no le parezca indiferente ir por otro distrito?—dijo Fernando sin respeto alguno á las reservas y conveniencias propias de casos tales.

El jefe aprovechó la ocasión para desembarazarse por completo de compromiso, y contestó aparentando la mayor sencillez.

—Se trata de un joven que creo es, ó ha sido, como usted, ayudante del ministro de la Guerra actual.

—¿De Iván de Vargas;?—exclamó Fernando casi levantándose de su asiento.

—Sí; precisamente de ese, y hasta me parece recordar que el mismo ministro me dijo al encontrarme luego que no quería le perjudicara á su ayudante el puesto que ocupaba haciéndole sospechoso para mí en sentido político, porque él le dejaba en libertad completa respetando las ideas avanzadas de aquel joven, y hasta le complacería en extremo verle á mi lado. Añadió alguna otra frase amable, y yo, como era natural, tuve que corresponder tratándose de un político de tal

significación.

Cuando esto dijo el personaje á quien Fernando buscó como tabla salvadora, el joven diputado se consideró hombre al agua; despidióse como mejor pudo, y sintiendo la más viva emoción, fué á consultar el caso con su mujer y con su suegro.

Estos le aconsejaron que enviase la política al diablo y que esperase mejores tiempos, sin dejar su carrera militar, aunque buscando una actitud pasiva, para lo que podía quedar como excedente; mas él no se resignaba á eso.

Había que arriesgar el todo por el todo; anularse en aquel caso era una cobardía; seguir en su puesto de diputado pronunciando como fray Luis de León, aquel célebre «decíamos ayer», era demasiada virtud para quien por no tener vocación de fraile se hizo militar.

Estaba visto que en los partidos del turno todo era una mentira; los jefes tenían cosidas las capas, y aunque desempeñaban los papeles que las circunstancias exigían en la alta comedia política, aparentando tirarse á veces los trastos á la cabeza, no había tal cosa; personalmente se favorecían unos á otros, porque todos iban á medrar á costa del país.

¡Iván en el partido «Unión democrática»! ¡Respeto á las ideas avanzadas de aquel joven! ¿Podía verse un escarnio mayor?

Cuando Fernando se presentó en el Congreso, le ocurrió lo mismo que el día en que explanó su interpelación con motivo de los atropellos que con sus amigos del distrito el Gobierno había realizado; sus correligionarios antiguos se apartaban de él; los diputados de la «Unión democrática» que no conocían la actitud del jefe de este partido referente al distrito de Fernando, comprometido ya para Iván, creían hacer una adquisición atrayendo á aquel disidente del otro bando turnante, que aunque no tenía aún importancia poli-

tica, era un joven que demostraba relevantes aptitudes; mas los que especialmente le halagaban con frases amables y estímulos de amor propio, eran los elementos avanzados; los partidarios de la revolución que necesitaban minar el Ejército conquistando las voluntades de la juventud intelectual perteneciente á la institución armada, sin la cual se sabía muy bien que toda predicación sería inútil en cuanto á obtener resultados prácticos en plazo breve.

Fernando se dejaba llevar de las circunstancias; ya sabemos que su amor propio era grande, y poco á poco se fué encajando entre aquellos elementos, sin poder sustraerse á la influencia del medio ambiente en que respiraba.

Uno de los diputados que siempre estuvo más propicio á provocar contiendas sensacionales, dijo al joven militar que se preparara porque pensaba aludirle promoviendo una discusión, sobre la compra de cañones hecha en el extranjero por el gobierno español á cierta importante casa constructora.

Aquella contrata se hallaba envuelta en sombras que era preciso desvanecer para que el país supiera si se gastaban bien ó mal sus fondos, y qué garantías podía ofrecer á la defensa nacional el material de guerra por el gobierno adquirido.

El que á un diputado perteneciente al cuerpo de Artillería se le hubiese enviado á un castillo por publicar en la Prensa, con las reservas debidas, sus opiniones respecto á tal asunto cuando las Cortes no estaban abiertas, era cosa que no se podía tolerar.

Mucho complació á Fernando que hubiera quien se encargase de darle ocasión á justificar su actitud política, facilitándole el quedar gallardamente después de los agravios por él sufridos. El que todo pasara como cosa baladí, le mortificaba grandemente; para volver á ser diputado sin

contar con la protección de ninguno de los jefes del turno, necesitaba que su figura política tomase gran relieve; ponerse en condiciones de luchar por Madrid ó por cualquier capital de provincia de las de mayor importancia, á fin de que le propusieran como transacción el dejarle en su distrito sin lucha alguna, ó poder decir que se le había perseguido haciendo en su daño un inmoral concierto; descubrir, en suma, la verdad completa, cosa que no puede lograrse tan fácilmente cuando no hay quien se hace oír llamando la atención pública por medio del escándalo, arma de la que no se debe abusar, però que en ocasiones es absolutamente precisa.

Al que se calla le pasan por ojo y ni siquiera se entera nadie de la iniquidad cometida. Fernando no quería por eso enmudecer, y llegó el día en que pudo hablar, y lo hizo con sinceridad tan grande, que dejó á todos convencidos de que en aquel expediente relativo á compra de cañones, se habían cometido irregularidades imperdonables; anunció que acaso fueran funestos los resultados de haber elegido un modelo deficiente para los adelantos de la época, con pretensiones de reformas cuya eficacia no estaba probada. Separó delicadamente cuanto á su persona se refería; pero los que á favor suyo intervinieron en el debate, formularon en este particular cargos terribles contra el ministro de la Guerra. Según ellos, ni en los tiempos del general Narváez se había procedido de manera tan despótica con militares que á la vez fuesen diputados.

El ministro dijo que la corrección impuesta á aquel capitán fué debida tan sólo á faltas de respeto que el mismo tuvo con quien era su jefe, hallándose éste en su residencia oficial del ministerio á donde se citó al señor Márquez sin tener para nada en cuenta su representación parlamentaria, y que ya el subordinado faltó al presentarse con traje de paisano impropio de aquel lugar, tratándose de quien tiene

la honra de pertenecer al Ejército.

Fernandc al rectificar estuvo cohibido; pesaba mucho en su ánimo, al tratar un asunto propio, la autoridad del jefe que á la vez había sido su protector; le avergonzaba pasar por desagradecido, y prefirió sacrificarse, lo cual no suele ser estimado en política.

El había ido de paisano, dijo, porque creyó que se le llamaba teniendo en cuenta el puesto que en el Parlamento ocupaba, para tratar de asuntos referentes á comisiones parlamentarias más que militares; no fué nunca su intención faltar á los respetos debidos á quien por muchos títulos era de ello merecedor; pero nada decía del castigo que se le impuso, mediante á que ya estaba extinguido y aquello sólo á él afectaba; en lo que no podía menos de mantener sus afirmaciones; era en lo relativo al expediente cuyas irregularidades había marcado.

Los que esperaban verle en otra actitud sufrieron una gran decepción, y no lo ocultaron.

El ministro mantuvo que no era patriótico discutir públicamente cuestiones que afectaban al poder militar de la nación; pero que llevaría el expediente á la Cámara confiando en la prudencia de los señores diputados, para que se viera que no se había cometido irregularidad alguna, y que todo lo dicho en contra iba tan sólo encaminado á causar un efecto político, siendo lamentable que hubiesen ayudado á ello los que por su posición debieron proceder de bien distinto modo.

Entre los elementos revolucionarios, hubo quien supo apreciar debidamente la actitud modesta del joven militar y censuró al ministro de la Guerra por el abuso que de su autoridad hacía; pero no faltaron tampoco quienes pensaran de modo bien diverso. Se encargó á un diputado de los más conspicuos que estudiase el expediente así que el ministro

lo remitiera, poniéndose para ello de acuerdo con Márquez. Este no supo cuando aquel diputado llegó á estudiar el asunto, y se encontró de pronto con que una tarde, cierto individuo de la mayoría, muy amigo del ministro de la Guerra, pidió la palabra y dijo: Que encontrándose ya en la Cámara el consabido expediente y teniendo noticia de que había sido estudiado por un competentísimo representante de la extrema izquierda, creía llegada la ocasión de que se rompiera el silencio, porque no era justo que se esparcieran sombras que oscureciesen la verdad, y llegada la ocasión de probar las acusaciones, no se rasgara el velo impidiendo que brillase la luz y que apareciese cada cual en el puesto que le correspondía.

El diputado radical se levantó entonces y contestó: Que era cierto que acababa de estudiar aquel expediente, habiendo sido su propósito tratar después del asunto una vez cumplidas ciertas formalidades con sus compañeros de minoría; pero que ante todo, él rendía culto á la verdad, y ya que se le obligaba á ello, debía decir que no había encontrado irregularidad alguna en toda la tramitación seguida para la adquisición de cañones, que consideraba beneficiosa. Era un alto honor el poder hacer justicia á los adversarios políticos, y ante tal idea sacrificaba todo interés de partido renunciando á combatir por sistema, porque así su voz tendría mayor autoridad cuando se viese obligado á levantarla formulando acusaciones en otros casos en que el Gobierno no procediera con tanto acierto como entonces.

El ministro se congratuló por la nobilísima actitud del representante de una de las minorías que le habían combatido siempre con mayor tesón.

Fernando pidió la palabra, y empezó á hablar en malísimas condiciones ante circunstancias tan imprevistas, manteniendo su anterior actitud; su fracaso fué monumental, y el

antiguo jefe y protector se gozó en destrozarle esgrimiendo el arma de la ironía, y mostrando un estudiado desdén hacia el inexperto político que había osado intervenir en cuestiones reservadas sólo á los grandes maestros de la palabra, y debió también añadir de la intriga, aunque como era natural, tuvo por conveniente no decir tal cosa.

Era Fernando demasiado sincero para hacer comedias en la tribuna parlamentaria; la intensidad de la emoción que sintió con aquella sorpresa perturbó sus facultades intelectuales; acudieron á su cerebro las sombras que envolvían aquel pícaro expediente, y como él no era hombre capaz de amilanarse, tomó una actitud agresiva é incorrecta sin darse cuenta de ello; pero no tenía con quien pegar; el que inició el debate no dijo nada que diera motivo á contender con él; el diputado de la minoría radical no estaba ligado á Fernando por vínculo alguno ni particular ni político; obraba como tenía por conveniente, y allá con él sus correligionarios si no creían satisfactorio lo que había hecho. El ministro. . . ¡Ah, el ministro. . . ! Eso de contender con un teniente general el que sólo puede mandar una batería, es cosa bien difícil; el yerto mar de treinta años de experiencia en las conjuras más que en las batallas, no se salva tampoco fácilmente.

Sucumbió el que debía sucumbir por la fuerza fatal de las circunstancias; después de ser interrumpido varias veces por el presidente y de oír algunos campanillazos, Fernando calló no sabiendo ya qué decir, porque cada vez iba echando más á perder el asunto; se dió por terminado el incidente, y Fernando salió del salón de sesiones sofocado por el ambiente que allí respiraba.

Los que habían intervenido en aquella cuestión quedaron en sus puestos; en los pasillos y en el salón de conferencias Fernando se encontraba casi solo, y no lo estuvo por:



completo, porque no faltó quien por mera curiosidad se acercó á él para indagar si se proponía hacer algo aún.

A poco pasó cerca de allí uno de los más caracterizados jefes de los grupos revolucionarios, y Fernando le salió al encuentro.

—Me ha sorprendido,—dijo el político,—todo lo que ha pasado. En fin; nos reuniremos, y si se conviene tomar alguna actitud respecto á estas cosas, se lo avisaré á usted, aunque en verdad no tengo derecho para exigir su ayuda, porque como usted no es tampoco de los nuestros. . .

—Reconozco mi ineptitud para esta clase de política y esta guerra de encrucijadas;—exclamó el joven militar;—yo sólo sirvo para dar cintarazos en campo abierto, ó lanzar bombas que hagan salir al enemigo de sus trincheras; voy creyendo que no puedo estar ni con unos ni con otros, y aun temo que me pese demasiado la disciplina de los ejércitos que obliga á soportar á ciertos jefes.

—Por eso hay que barrerlo todo;—exclamó el parlamentario radical despidiéndose con un apretón de manos y una sonrisa.

Fernando salió del Congreso más emocionado aún que la tarde en que tuvo que ir á pasear á la Moncloa para respirar aire puro, y recibió al volver á su casa la noticia de la muerte de su hijo. Ni siquiera estaba entonces para paseos, y se fué directamente en busca de su suegro y de Esperanza.

Reunidos encontró al padre y á la hija que hablaban de él cuando le vieron entrar.

—¿Qué te sucede?—preguntó ella conociendo por el rostro de su marido el estado de ánimo en que éste se hallaba.

—¡Diablo! parece que traes cara de despedir huéspedes;—exclamó el coronel queriendo echarlo á broma;—pues si eso lo haces por mí, te advierto que no me voy al pueblo como no os lleve por delante á los dos.

Fernando les enteró de todo lo que había ocurrido; ellos intentaron tranquilizarle, pero no lo consiguieron. El joven diputado se sentía despedido no sólo del Parlamento y de la política, sino del Ejército y hasta de su propio país donde pasaban tales cosas y no había esperanza alguna de ponerles remedio.

Cuando aquellas ideas salieron de su cerebro en forma de palabras caldeadas como si hubiesen pasado por el corazón y se hubieran escrito con sangre, Silvestre frunció el entrecejo y dijo:

—¿Pero te has vuelto loco? ¿Crees que los hombres de otros pueblos, de esas naciones jóvenes de que nos hablas, no cometen males ni están sujetos á ruines pasiones? ¿Es que no acuden allí gentes de razas distintas que reúnen todos los vicios y virtudes del mundo, imperando las cualidades nuestras donde quiera que impere la raza española? Lo que te propones realizar es una huida indigna de ti. Aquí me tienes que soy un viejo lleno de heridas y achaques, y estoy dispuesto á luchar á tu lado. ¿Quieres que hagamos la revolución entre los dos?

—No tome usted estas cosas á broma;—decía Fernando sin acertar á conocer la honda preocupación que el veterano sentía, al pensar que la fatalidad, valiéndose de aquel loco, pudiera arrebatarle á Esperanza poniendo muchas millas de mar entre él y su única hija; la que siempre pensó que le serviría de sostén en sus últimos años.

Trascurrieron varios días sin que Fernando se viese un instante libre de los fatídicos pensamientos que le acosaban. Aun en las horas del descanso soñaba con huir de la patria envilecida, según él, donde no cabían los hombres honrados que intentaban regenerarla, no aceptando el papel de miserables siervos de una oligarquía siempre triunfante, y más des-

pótica acaso mientras más alardeaba de liberal.

Los partidos del turno eran casi lo mismo el uno que el otro, y sus jefes se favorecían mutuamente combatiendo á los comunes enemigos, á reserva de echarse la zancadilla para derribarse y sustituirse cuando sentían impaciencia por subir al Poder. Los revolucionarios, á fuerza de tener muchos jefes no tenían ninguno, y andaban también con envidias entre ellos.

El gran problema nacional no tenía solución; emigraban los hambrientos de pan, y también los que sentían sed de justicia; Fernando se consideraba incluido en éstos; pensando marchar al Nuevo Mundo en busca de mejor fortuna, tomaba con empeño cuantos datos y noticias eran conducentes al propósito que le animaba. Ya sabemos que era grande su tenacidad, y aunque amaba profundamente á su madre y sentía gran cariño y respeto hacia su padrastro á quien hería en lo más íntimo llevándose á Esperanza, estaba dispuesto á todo menos á desistir de su plan.

Lo que le había decidido á tomar tal resolución con carácter irrevocable, fué que también sus compañeros de armas habían hecho el vacío en su alrededor como antes lo hicieron los políticos.

Fernando llegó á pasar entre ellos por un revolucionario de acción; por un elemento sospechoso á quien no se le confiaría ningún mando; contra el cual era preciso estar prevenidos, y acaso se aprovecharía cualquier oportunidad para lanzarle del Cuerpo al menor motivo que diera.

Había notoria exageración en aquellas cavilosasidades de Fernando; pero él lo creía así; temía verse echado de todas partes; pero lo que no podía soportar, era ser lanzado del honroso Cuerpo cuyo uniforme constituía para él el más alto galardón.

No atreviéndose al cabo á decir á su suegro que tenía el

firme propósito de emigrar llevándose á Esperanza, le dijo en cierta ocasión, que encontraba grandes facilidades para hacer fortuna marchando á la República Argentina; pero que iría solo á correr los peligros que allí la suerte le deparase, y volvería á reunirse con su mujer si conseguía triunfar en la lucha.

La verdad era que Fernando no se sentía entonces con valor bastante para separarse por mucho tiempo de Esperanza; había llegado á amarla con locura; el arranque que ella tuvo queriendo matar á Iván en el propio ministerio, disipó por completo las dudas desvanecidas ya por el bueno de don Rufino, y su mujer aparecía ante él como una heroína á la que trató con injusticia y debía indemnizarla ofreciéndole toda una vida de amor.

Entonces Silvestre, dominando la ternura de sus afectos, le contestó que el deber estaba sobre todo, y que él no permitiría á su hija que se quedase; se había casado para seguir á su marido, y mientras mayores fuesen los riesgos y sinsabores que éste sufriera, menos debía ella abandonarle.

—A todas partes irá contigo menos cuando tengas que entrar en fuego, y ahora, por lo que parece, no ha de ocurrir tal cosa puesto que piensas pedir tu separación de la carrera militar.

Así dijo Silvestre mostrando serena su mirada, y vertiendo lágrimas hacia dentro que caían como gotas de hiel en su corazón.

Esperanza aceptó el sacrificio alentada por los consejos de su padre, y se convino en que éste iría con ella al pueblo para despedirse de todos, porque Fernando no quería presentarse allí después de su derrota política; su madre y sus dos hermanos irían después á darles el último abrazo en el puerto donde embarcaran.

XXXVI.

El plan se realizó como estaba convenido. Cuando Esperanza llegó con Silvestre al pueblo, corrió por allí la noticia de que el diputado se marchaba á América con su mujer, en vista de que se le perseguía y no encontraba apoyo en ninguna parte.

Sabido es que del árbol caído todos hacen leña; Fernando había sido muy cauto no queriendo ir al pueblo en tales circunstancias; pero Silvestre que tenía que seguir viviendo allí, no pudo evitarse las amarguras del vencimiento.

Ya por entonces había cambiado la situación política, siendo don Antonio Martínez quien gozaba de toda la influencia, desde que llamado por un amigo officioso tuvo cierta conferencia importante con el gobernador civil en la capital de la provincia.

El señor Cornelio era el alcalde presidente del Ayuntamiento, y hasta su consuegro y adjunto en los negocios industriales, el señor Bartolo, pertenecía á la Corporación desempeñando el cargo de síndico.

Con esto estaba la señora Benita como pueden los lectores figurarse, teniendo casi en su mano la autoridad del Alcalde y la representación popular de la villa; y decimos casi, porque el señor Corneio se acordaba alguna vez de que su *ilustración* no le permitía estar sometido á la voluntad de personas inferiores en méritos á los suyos. Bueno que mandasen en él don Antonio y el gobernador; pero Benita. . .

Sin embargo; cuando las cosas llegaban á punto tal que el buen Alcalde temía le arañase su mujer, á la que siempre apoyaba en sus peticiones el consuegro señor Bartolo, repre-

sentante de todo el vecindario, Cornelio solía apelar al supremo recurso de echarle la culpa á don Antonio, si éste aceptaba la responsabilidad después de haberle puesto en el secreto; y si no la aceptaba, la autoridad del alcalde sucumbía ante el poder de la alcaldesa.

Sólo la voluntad de un gran cacique podía servir de contrapeso á la de todo el vecindario, que con el síndico señor Bartolo estaba, según hemos visto, á disposición de la señora Benita, aunque en verdad, ni el vecindario ni el cacique se iban ocuparse de aquellas cosas en que la comerciante fundaba sus caprichosos empeños.

Raimundo medió algunas veces en las cuestiones de sus papás políticos; pero como solía inclinarse de parte del prudente Cornelio, ella llegó á tomarle ojeriza á aquel muchacho á quien tanto había querido siempre, y que ahora se mostraba rebelde hasta con su propio padre. Por eso Raimundo aconsejaba á Raimundo que se abstuviese de intervenir en aquellas polémicas, cosa que no siempre podía lograr de su marido.

A pesar del odio que antes sintiera Raimundo hacia Fernando, al saber que los contratiempos políticos de éste eran la causa de que se decidiese á marchar á América llevándose á Esperanza, se sintió inclinado á protestar contra todo lo que ocurría.

Lo que los personajes de Madrid habían hecho con el joven diputado, era una *cochinada* según Raimundo. Y no faltó alguien que dijera á éste, que la causa de haber disparado Esperanza dos tiros en el ministerio de la Guerra sin que se supiese á punto fijo contra quién, fué que la había pretendido el mismo ministro, y ella no quiso acceder á semejante canallada.

Sí, señor; Esperanza era una mujer honrada y buena; Raimundo se indignaba hablando de esas cosas, y se sentía

dispuesto á pelearse con quien le contradijese aunque se tratara de la propia señora Benita.

Rara vez la verdad consigue salvar el tiempo ó el espacio sin sufrir graves alteraciones, y ya no era Iván, sino el mismo ministro quien había tratado de seducir á Esperanza. Aquello principalmente exaltaba á Raimundo contra los políticos gubernamentales, y no tenía para nada en cuenta los favores que de ellos había recibido su misma familia. ¡A cualquier hora iba él á aceptar un cargo de manos de semejante gentuza! Si alguna vez él era algo, se lo debería al pueblo, á la revolución triunfante que barriera tanta podredumbre como había en aquellos Madriles, donde sólo se pensaba en sacar contribuciones á los pobres lugareños, para tirarlo luego todo en gastos inútiles y en el chupeteo de los que gobernaban.

—¡Pero este muchácho está loco!—decía algunas veces su suegra;—¿no ves que aquí en el pueblo están gobernando tus propios padres, y no hacen nada malo?

—Porque llevan poco tiempo todavía, y no quieren imitar á los sinvergüenzas que los estaban revontando hasta hace poco; pero si se dejasen llevar de ciertos consejos. . .

—¡Oye, tú! ¿es que eso lo dices por mí?—replicaba la señora Benita hecha casi un basilisco.

—Yo no lo digo por nadie.

—¿Cómo ha de decirlo por usted?—interrumpía la pobre Matilde queriendo apaciguar los ánimos.

El señor Cornelio solía cortar estas polémicas tomando el bastón con borlas y poniéndose la capa para plantarse en la calle, cuando le dejaban tiempo para que se la pasiera; porque á veces imitaba al casto José; pero siempre se llevaba á Raimundo pretextando que lo necesitaba, y dándole orden de que le siguiera, lo que él hacía gustoso.

Quedábanse solas las mujeres, y la bondadosa Matilde

solía verse en grande apuro para tranquilizar á su madre, que no omitía medio á fin de indisponerla con el picaro de Raimundo.

—¿Pero no quiso usted que me casara con él?—decía la infeliz.—¿No era usted la que siempre me hablaba de Raimundo á todas horas, haciendo que despertase en mí este cariño, cuando creó que él ni siquiera pensaba en que fuese yo su novia?

—Sí; lo hacía porque no iba yo á aguantar que se lo llevase esa hospiciana que le ponía los puntos desde que eran muchachos; ¡pero si yo hubiese sabido cómo iba á resultar el tal mozalbete. . . !

—Madre; no es usted justa con él;—replicaba Matilde;—¿qué malo hace Raimundo?

—¡Eres una infelizota! ¡Ay si tuvieras la mitad de la sangre que tengo yo! ¿No estás viendo que te roba su cariño esa indecente á cuya defensa sale él á cada paso?

—¿Pero qué hace ella tampoco para robarme á mí nada? ¿No es una buena esposa que quiero á su marido según ha demostrado?

—Sabe Dios lo que habrá en todo eso que cuentan; pero lo que está visto es que le pone buena cara á éste, cuando él se derrite con ella como está ocurriendo en nuestros propios bigotes.

—¡Válgame Dios, madre! ¿Y por qué ha de mirarle mal cuando sé criaron juntos y él no le ha hecho ningún daño? Eso no quiere decir que haya maldad por parte de ella; en tal caso sería Raimundo, y. . . ¡no lo creo, no lo creo!

Matilde rompía á llorar á la terminación de aquellas escenas, y la señora Benita echaba venablos por la boca hasta apurar su repertorio que era abundantísimo.

Algunas veces llegaba el señor Bartolo antes de que se restableciera la tranquilidad, y entonces la comadre pegaba



con él, ó mejor dicho, con la señora Andrea, á la que de rechazo iban todos los golpes.

Ella con sus tontomas había sido la causa, según Benita, de que Raimundo y Esperanza se tomasen cariño cuando pequeños. Le había metido á su hijo en casa aquella muchacha peligrosa pisándose la por los hocicos con elogios infundados, y . . . ¿qué iba á hacer aquel chiquillo inexperto? Interesarse por la hipocritona que, ya que entró, debió ser lanzada mucho antes de la casa; cuando no hubiese estado su padre en el pueblo para recogerla y transformarla en una señorita.

Si Andrea no se hubiese convertido en defensora de aquella chícuela y mucho antes la hubiera enviado al cortijo con su padrastra, de seguro sería ahora su marido cualquier gañán, y no el hijo de la señora Gregoria. ¡Buena pieza estaba también ésta y el diputadito á quien ya habían dado su merecido, y todos los de aquella casta, incluso el boticario que no dejaba á Juanita que fuese siquiera á visitar á su madre!

Raimundo entretanto no se aventó á perder á Esperanza para siempre; las imprudencias de su suegra le exaltaban más aun, y fué el único que mostró simpatías en aquella ocasión hacia los vencidos, aparte de los más allegados á Silvestre que no habían de abandonarle nunca.

Cierto día se presentó en casa del coronel manifestándole, que aunque él nunca había intervenido en cuestiones políticas, consideraba que era una indignidad lo hecho por el gobierno con quienes en el pueblo debían ser sus naturales representantes. Añadió que nunca se hubiese ofrecido él á Silvestre viéndole en el mando; pero que por instinto odiaba las injusticias de los de arriba, y no quería confundirse con los que se aprovechaban de ellas, aunque éstos fuesen de su propia familia.

Todo aquello parecía bastante extraño. Raimundo daba un paso aventurado que le comprometía y no era propio de quien tuviese sus facultades en perfecto equilibrio; pero al coronel le resultó sumamente simpático aquel joven, y recordó que era el marido de Matilde hacia la cual sentía el veterano un gran afecto que procuraba ocultar, para que no vinieran á la memoria de las gentes sus rancios amores con la señora Benita.

Silvestre no pudo comprender que era Esperanza la causa de la extraña conducta de Raimundo; sus pensamientos estaban bien distantes de la realidad en aquella ocasión; pero no ocurrió lo mismo á su hija, que al enterarse de todo se halló en situación bastante difícil.

Raimundo fué llevado por Silvestre á la habitación en que se encontraban Gregoria y Esperanza, para que las saludase; se habló como era natural del motivo de la visita, y la joven necesitó de toda su discreción para no mostrar una esquivéz que habria llamado la atención de sus padres, ni aparecer tampoco ante el atrevido como asequible á sus galanteos.

Salió Raimundo de allí sin saber á qué atenerse en cuanto á Esperanza; ésta comprendió que su permanencia en el pueblo debía ser lo mas breve posible; aquel hombre era verdaderamente peligroso; tanta insistencia demostraba que se sentía dispuesto á recurrir á los mayores extremos. Ella se alegró entonces de que la fatalidad la obligara á poner mar y tierra por medio, y aunque le amargaba separarse de seres tan queridos como su padre y la buena Gregoria á la que miraba como á madre verdadera, sentía cierto consuelo pensando en volver á tiempo de cuidarles en su ancianidad, y cerrarles los ojos cuando la muerte los arrebatara del mundo.

Todo se dispuso para marchar; y habiéndose cruzado varias cartas entre Fernando y su mujer con las que se pusie-

con él, ó mejor dicho, con la señora Andreo, á la que de rechazo iban todos los golpes.

Ella con sus tontinas había sido la causa, según Benita, de que Raimundo y Esperanza se tomasen cariño cuando pequeños. Le había metido á su hijo en casa aquella muchacha peligrosa pisándosela por los hocicos con elogios infundados, y . . . ¿qué iba á hacer aquel chiquillo inexperto? Interesarse por la hipocritona que, ya que entró, debió ser lanzada mucho antes de la casa; cuando no hubiese estado su padre en el pueblo para recogerla y transformarla en una señorita.

Si Andrea no se hubiese convertido en defensora de aquella chucuela y mucho antes la hubiera enviado al cortijo con su padrastro, de seguro sería ahora su marido cualquier gañán, y no el hijo de la señora Gregoria. ¡Buena pieza estaba también ésta y el diputadito á quien ya habian dado su merecido, y todos los de aquella casta, incluso el boticario que no dejaba á Juanita que fuese siquiera á visitar á su madre!

Raimundo entretanto no se aventó á perder á Esperanza para siempre; las imprudencias de su suegra le exaltaban más aun, y fué el único que mostró simpatías en aquella ocasión hacia los vencidos, aparte de los más allegados á Silvestre que no habían de abandonarle nunca.

Cierto día se presentó en casa del coronel manifestándole, que aunque él nunca había intervenido en cuestiones políticas, consideraba que era una indignidad lo hecho por el gobierno con quienes en el pueblo debían ser sus naturales representantes. Añadió que nunca se hubiese ofrecido él á Silvestre viéndole en el mando; pero que por instinto odiaba las injusticias de los de arriba, y no quería confundirse con los que se aprovechaban de ellas, aunque éstos fuesen de su propia familia.

Todo aquello parecía bastante extraño. Raimundo daba un paso aventurado que le comprometía y no era propio de quien tuviese sus facultades en perfecto equilibrio; pero al coronel le resultó sumamente simpático aquel joven, y recordó que era el marido de Matilde hacia la cual sentía el veterano un gran afecto que procuraba ocultar, para que no vinieran á la memoria de las gentes sus rancios amores con la señora Benita.

Silvestre no pudo comprender que era Esperanza la causa de la extraña conducta de Raimundo; sus pensamientos estaban bien distantes de la realidad en aquella ocasión; pero no ocurrió lo mismo á su hija, que al enterarse de todo se halló en situación bastante difícil.

Raimundo fué llevado por Silvestre á la habitación en que se encontraban Gregoria y Esperanza, para que las saludase; se habló como era natural del motivo de la visita, y la joven necesitó de toda su discreción para no mostrar una esquivéz que habria llamado la atención de sus padres, ni aparecer tampoco ante el atrevido como asequible á sus galanteos.

Salió Raimundo de allí sin saber á qué atenerse en cuanto á Esperanza; ésta comprendió que su permanencia en el pueblo debía ser lo mas breve posible; aquel hombre era verdaderamente peligroso; tanta insistencia demostraba que se sentía dispuesto á recurrir á los mayores extremos. Ella se alegró entonces de que la fatalidad la obligara á poner mar y tierra por medio, y aunque le amargaba separarse de seres tan queridos como su padre y la buena Gregoria á la que miraba como á madre verdadera, sentía cierto consuelo pensando en volver á tiempo de cuidarles en su ancianidad, y cerrarles los ojos cuando la muerte los arrebatara del mundo.

Toda se dispuso para marchar; y habiéndose cruzado varias cartas entre Fernando y su mujer con las que se pusie-

ron de acuerdo respecto al día en que él debía salir de Madrid, abandonó Esperanza el pueblo acompañada de sus padres y de sus cuñados Tomás y Francisco, tomando las precauciones necesarias para que se ignorase el suceso, y no hubiese ocasión á comentarios respecto á sí, la despedida que en general se le hacía era más ó menos afectuosa.

Juanita y Amalia quedaron al cuidado de sus casas y de sus pequeñuelos, aunque de buen grado hubiesen ido también á despedir á Esperanza y á Fernando en el puerto de Almería, donde éstos pensaban embarcarse.

No se supo á punto fijo el día de la marcha hasta la noche anterior en que no fué posible ocultársela á los más íntimos amigos y parientes, que guardaron reserva; pero pronto se notó en el lugar la ausencia de personas tan significadas, y esto fué por algún tiempo objeto de todas las conversaciones.

Raimundo, después de su visita á casa del coronel, andaba siempre hondamente preocupado. El habria sido capaz de cometer cualquiera locura para impedir que se marchase Esperanza; mas la actitud de ésta le inspiraba una amarga duda. Si le quisiera á él; si no estuviese enamorada de su marido, era difícil que pudiese fingir con tanta perfección.

Tal indiferencia no parecía fingida; toda la conducta de Esperanza después de aquella noche feliz, demostraba el firme propósito de alejarse del seductor. ¿Lo haria solamente por virtud? ¿Era que no le amaba?

El desdichado no conseguía salir de tan cruel incertidumbre; y de no ser amado, ¿á qué turbar la felicidad de Esperanza y hacer también infeliz á Matilde para no lograr él la dicha?

Al único á quien el destino condenaba irremisiblemente, era á él, porque jamás lograría olvidar su primer amor; pero habia que sacrificarse en bien de todos; fingir él aquella in-

diferencia que no sabía si en Esperanza era verdadera ó no, y seguir al lado de Matilde como si nada extraño ocurriera.

Tales eran sus propósitos cuando pasados los accesos de culpable pasión fijaba su mirada en el rostro dulce y atrayente de Matilde, que parecía entristecerse cuando notaba el estado de perturbación de su marido. No obstante, la señora Benita era allí sin duda el ángel malo, y escudriñando en el fondo del alma de su yerno, sacaba á la superficie lo que debiera haber quedado oculto, con lo cual aumentaba las amarguras de la joven esposa; de aquella infeliz tan linda, tan buena y tan desdeñada.

También el señor Bartolo, estimulado por la comadre, agravaba el conflicto con su imprudente conducta; quería someter á su hijo echándola por la tremenda, y aquello resultaba contraproducente.

Sólo Andrea ayudaba con sus bondades á que Matilde recobrará el perdido cariño de Raimundo, y ambas eran las verdaderas víctimas en aquella lucha de pasiones, porque en cuanto al señor Cornelio, aunque no hacía nada malo y procuraba avenir á todos, su carácter débil y sus majaderías le inhabilitaban para ejercer beneficiosa influencia.

### XXXVII.

Acababa de tener Raimundo un grave altercado con la señora Benita, y había ido á ocultar su enojo confiándole á su madre lo que le pasaba. La buena Andrea procuró consolarle, y ya iba lográndolo cuando se presentó en su casa el señor Bartolo, sorprendiendo á madre é hijo en aquellas íntimas confidencias.

Las primeras palabras del padre fueron contra su infeliz

mujer.

—Tú estás contribuyendo,—dijo,—á que este majadero nos extrañe á todos con ese cariñazo que le ha entao de nuevo hacia aquella chicueta que tuve que echar de aqui. Como ahora la ve hecha una señoritinga que no pué ser pa él, se le ha removío la gacha y no sabe apreciar lo bueno que en su misma casa tiene.

—¡Pero hombre!—empezó á decir Andrea,—si yo. . .

—Calle usted, padre, y no mezcle en mis asuntos á quiéninguna culpa tiene. A mí no se me remueve ninguna gacha ni hice otra cosa que protestar de que ustedes hablasen de mala manera en aquella casa, de personas ausentes, de las que no recibieron nunca agravio alguno. A mí me repugnan esas cosas, y no tengo la bajeza de adular á nadie haciéndole coro como quiere mi suegra que le hagan.

—¡Oye tú, indecente! ¿es que yo le hago coro á nadie como dices? Si hablo mal de esa gentuza, es porque me sale de adentro, y no eres tú quién para impedírmelo.

El rostro de Raimundo se cubrió súbitamente de una palidez mortal; quiso articular algunas palabras, pero no pudo; entonces Andrea salió como era natural á la defensa de su hijo, y se enredó la polémica entre marido y mujer, tomando un carácter agrio en extremo.

Corría en el pueblo la noticia de que ya se habían embarcado Fernando y Esperanza en un trasatlántico que iba á la República Argentina; esto causó en el ánimo de Raimundo un efecto deplorable, que advertido por su suegra dió ocasión á la escena á que antes hemos aludido, y que iba á tener una segunda parte cien veces peor.

A pesar de la prudencia de Andrea, no podía ésta telerar en silencio que su marido estuviese á merced de los consejos y de las intemperancias de Benita; har'o venia sufriendo con eso desde hacia muchos años, y en aquella ocasión tuvo

alusiones punzantes que sacaron á Bartolo de quicio.

En medio de su furia, el marido fué á descargar un golpe sobre la mujer; pero Raimundo se interpuso de pronto; y recibió en el rostro una terrible bofetada. Quedó sereno en apariencia; inmóvil, cubriendo con su cuerpo el de la infeliz mujer que le había dado la vida; pero al ver que su padre intentaba separarle para descargar en Andrea un nuevo golpe que fuese más seguro; le cogió por ambos brazos. y con una sacudida nerviosa le despidió á varios metros de distancia, diciendo:

—Sólo los cobardes les pegan á las mujeres!

El antiguo buen mozo se sintió agraviado en lo más íntimo, y llegó al punto de olvidar con quién se las entendía.

—¡Cobarde yo!!—dijo sacando una gran faca del bolsillo interior de su chaqueta.

—Pruebe usted que no es cobarde metiéndome esa faca en el corazón;—dijo Raimundo presentando el pecho y abriéndose la americana con ambas manos.

Andrea se lanzó como una loca hacia su marido; éste vaciló, mientras Raimundo volvía á interponerse entre sus padres.

—¡Me ha pegado usted y está vivo, porque es quien es; pero no le toque usted á ella, porque lo olvido todo! Por no parecerme á usted no haré con mi mujer lo que no debo; aquí mismo le pegó usted también á la pobre Esperanza; me alegro de que nos haya usted igualado á los dos.

—Me voy por no matarte;—dijo Bartolo tirando la faca y saliendo de la habitación.

—Le perdono á usted; pero no volveré á repetir lo que ha hecho; se lo juró;—exclamó Raimundo mientras su padre se alejaba en dirección á la calle.

Andrea había caído sobre una silla presa de convulsión nerviosa; su hijo se acercó á auxiliarla, y apenas la vio algo



tranquila, la dejó al cuidado de la criada que acudió poco antes al ruido de las voces, y aun no se veía la pobre libre del susto que le causara lo que presenció.

Después de penetrar por unos instantes en el que había sido su cuarto de soltero, que seguía estando á su disposición, dirigióse el joven hacia la casa de sus suegros, y llamó desde la puerta á Matilde. Ella salió en seguida al portal, y quiso hacerle que entrara; nadie sabía allí lo que acababa de pasar en casa del señor Bartolo, porque éste se dirigió al campo ansioso de meditar á solas sobre la actitud que debía tomar respecto á su hijo. La señora Benita estaba en la tienda.

—Pasa;—decía Matilde;—ahora no hay nadie; si quieres que nos vayamos de aquí, que vivamos lejos, yo te seguiré al fin del mundo.

—Ya resolveré yo sobre eso más despacio; dame un beso; ¡pobrecita mía; no va nada contra tí! pero ahora no quiero entrar.

Los jóvenes esposos no tenían que temer testigos de vista, porque la puerta de la calle había quedado entornada; se confundieron en un estrecho abrazo, y oyóse el ruido de un beso.

—¡Adiós, adiós; hasta luego!—dijo Raimundo en voz baja desprendiéndose de aquellos amantes brazos que le retenían.

El joven tomó calle adelante, y pronto estuvo en el campo; vagó algún tiempo al azar, y al cabo se detuvo cerca de una acequia.

La idea del suicidio se había aferrado á su mente; á él no le quedaba ya nada que hacer en el mundo, puesto que no labraba la dicha de Matilde, y su querida madre, la buena Andrea, viviría poco; también ella ganaba mucho con morir para librarse de las humillaciones que sufría. ¡Esperanza!

¡Esperanza...! Cuando se había marchado con su marido, era porque le amaba, ó porque cumpliendo su deber se consideraba dichosa. Los demás... allá ellos con su conciencia si es que la tenían.

Tal vez todos habrían sido dichosos si él hubiese realizado su primer amor; hasta la misma Matilde pudo encontrar quien mejor pagase su cariño; pero la bofetada que Esperanza recibió y la que á él acababa de encenderle el rostro, debidas á la influencia de una mala mujer, reclamaban sangre; mucha sangre, y no podía ser más que la suya. ¡Lástima que aquella acequia no fuese un río para que pudiera aparecer en él ahogado y creyese el público que se trataba de un desgraciado accidente; pero no era posible ocultar la verdad; que dijese lo que quisieran, porque á las puertas de la muerte no se debe mentir. El necesitaba que Esperanza supiese que moría por ella; que no se culpase á ningún inocente, y para ello iba preparado; tenía que escribir dos cartas; una al juez, y otra para que éste la hiciese llegar á manos de aquella mujer querida, tomando las necesarias precauciones.

Don Antonio era caballeroso, y cumpliría de fijo el encargo de un moribundo.

El pobre suicida lo vió todo de color de rosa durante algunos momentos; su inteligencia se había perturbado profundamente; sacó un lápiz tinta, escribió en dos plieguecillos que llevaba, y los guardó en un sobre en el cual puso la siguiente dirección:

«A Don Antonio Martínez, Juez municipal. Para él tan sólo.»

Después quedó sumido en un éxtasis extraño. ¿Rezaba tal vez? ¿Pensaba en su madre, en Matilde, en Esperanza? ¿Quién sabe! Hay cosas tan raras en los suicidios!

De pronto se oyó un tiro que resonó entre el follaje de

una alameda que al lado de la acequia había, retumbando luego á mayor distancia en las agrestes lomas.

Un guarda de campo, atraído por aquella detonación, creyendo que había disparado algún cazador furtivo, encontró el cadáver de Raimundo. Fué á dar inmediatamente aviso á la autoridad, y como se trataba del yerno del alcalde, se encaminó directamente á casa del juez.

Pronto estuvo don Antonio Martínez para constituirse con los dependientes del juzgado en el lugar del suceso, y sintiendo la más viva emoción, recogió la carta que á él iba dirigida, el revólver que se encontraba en el suelo, y ordenó inmediatamente el levantamiento del cadáver y su traslado al depósito judicial.

### XXXVIII.

No sin alguna razón alardeaba don Antonio de ser persona culta, y muy superior en todos sus rasgos á la generalidad de los habitantes de la villa.

De haberse tratado de algún vulgar caeique, sabe Dios lo que habría ocurrido con aquellas cartas, especialmente con la que á Esperanza iba dirigida. Don Antonio leyó las dos repetidas veces, y después de aquilatar palabra por palabra aquella en que Raimundo decía que á nadie se culpaba de su muerte; que circunstancias especiales le llevaban al suicidio sin que en ello tuviera culpa alguna su esposa, que era una santa, á la que pedía perdón por no haberla hecho feliz, el buen juez unió aquel documento á las diligencias sumariales.

A la otra carta acompañaba también una nota, encargan-

do á don Antonio la reserva, al hacerla llegar á su destino. Entendió el comisionado que en aquel caso que no se le trataba como á funcionario público, debía proceder cual caballero á quien el difunto había profesado respetuosa amistad; pero bien se advertía que el infeliz procedió teniendo perturbada su inteligencia, y la caballerosidad no podía obligar á don Antonio á realizar un acto malo alterando con tal recuerdo la paz de la conciencia de una mujer casada; pues claro se veía por ciertas alusiones en que iba envuelto el nombre del hijo que Esperanza perdió, que ésta había faltado á sus deberes conyugales.

Don Antonio dudó si romper aquella carta ó guardarla hasta que las circunstancias le marcasen lo que debía hacer; esto le pareció poco delicado y había en ello algún peligro para el honor de Esperanza, por lo cual acordó tomar otra resolución en la que también había peligros; pero le satisfacía su amor propio, y acaso esto le hiciera decidirse en tal sentido, aunque sin darse él mismo cuenta de ello.

Dedicóse el juez en los primeros momentos á consolar á la familia que acababa de sufrir tan gran desgracia, y bien lo necesitó, especialmente la buena Andrea, que perdía con su hijo el único afecto puro que á este mundo la ligaba. Bartolo quedó sumido en una especie de idiotéz que no le permitía decir más que alguna que otra atrocidad, y Matilde lloraba en silencio sin lanzar á nadie ningún reproche. Benita estaba por de pronto contenida ante el golpe aterrador que acababan de sufrir, y el señor Cornelio podía crecerse cuando alguna vez disputaba con ella haciendo comentarios sobre lo sucedido.

Al siguiente día de haber ocurrido aquella catástrofe, Silvestre volvió con su mujer y sus hijastros, apenados aún por la despedida que acababan de hacer á Fernando y á Esperanza. La primera noticia que recibieron al llegar fué la

del suicidio de Raimundo, porque no se hablaba de otra cosa en el pueblo.

El paso que poco antes había dado aquel joven le ganó todo el afecto de Silvestre, quien sufrió una nueva amargura, no pudiendo explicarse qué motivos hubieran determinado la extraña conducta del que por ser marido de Matilde debió considerarse dichoso.

En tal situación de ánimo se hallaba el coronel cuando recibió la visita de don Antonio, el juez municipal, quien le dijo en un aparte, con cierto misterio, que tenía que hablarle á solas de un asunto reservado.

Cuando ambos hombres se hallaron en una habitación apartada donde nadie les podía oír, don Antonio, después de un preámbulo que estudiado llevaba, y que debió ser más breve y decirse con menos solemnidad, entregó al coronel la carta que para la hija de éste había escrito el infeliz Raimundo.

Al leerla Silvestre, recibió la misma impresión que si le hubiese acribillado á balazos la descarga de una ametralladora. Se quedó casi sin respiración, y en largo espacio no pudo decir nada.

Don Antonio, al advertirlo, procuró animarle diciéndole que aquel secreto quedaba entre los dos, y que tuviese la seguridad de que él obraría siempre como caballero fuesen cualesquiera las circunstancias, prescindiendo de toda cuestión política ó de carácter local que pudiera separarlos.

El coronel estrechó la mano del juez, y dijo por toda respuesta:

—Gracias; este secreto es el favor más grande que ha podido usted hacerme, y cuente con la gratitud de un difunto, porque no podré sobrevivir á tanta desgracia.

Salió don Antonio después de formular algunas frases que él creyó consoladoras; y haciendo Silvestre un supremo.

esfuerzo, guardó la carta para releerla antes de destruirla, y fué en busca de su mujer procurando disimular el estado de espíritu en que se hallaba.

Gregoria comprendió que algo grave le ocurría á su marido; pero ante la reserva que él guardaba diciendo solamente que le habían inspirado gran lástima algunos detalles que el juez le dió respecto á la muerte de Raimundo, y la situación en que Matilde estaba con su madre, quien acaso había causado la desesperación del pobre chico, creyó la buena mujer que había motivo bastante para que Silvestre se impresionara. Acudió á su memoria la época en que Matilde había nacido, y lo que por entonces la apartó á ella del amor de Silvestre y le decidió á él á marchar á la guerra de Cuba.

—Si es preciso, esa muchacha tendrá en mí una madre que le consuele, ya que por ahora hemos perdido á Esperanza y á Fernando;—exclamó Gregoria.

El coronel sintió de pronto una gran anhelación, y tuvo que dejarse caer en una butaca. Al verle su esposa con el rostro demudado, comprendió que se trataba de algún accidente grave; llamó al antiguo asistente para que le ayudara á llevar al enfermo á su lecho, y dió orden de que avisaran sin demora al médico don Rufino.

Silvestre dijo al ver que le desnudaban, que quería le echasen á los pies la americana que vestía.

—Pero si tienes un edredón, hijo mío;—dijo ella del modo más cariñoso.

—Echámela, y no repliques, que me exalto;—repuso él haciendo un gran esfuerzo.

La orden fué cumplida, y cuando Gregoria estaba dando al enfermo unos manilubios, don Rufino se presentó en la alcoba.

—¿Qué diablos le sucede á este veterano? ¡Si á usted no

hay quien lo mate!—exclamó el médico, antes de fijar su vista en el rostro del coronel; pero apenas advirtió el estado en que éste se hallaba, mudó de tono aunque procuró seguir disimulando. Inmediatamente dispuso que se aplicasen remedios más activos.

—Éter por de pronto,—decía,—y á procurar que la sangre circule lo mejor posible.

Al cabo se consiguió dominar aquel acceso; pasado un buen rato, Silvestre dijo que quería le dejasen descansar, y que se llevase don Rufino á Gregoria para darle azahar ó tila, y que se arropara aunque sólo se echase en una *chaise-loungue*. La pobre había pasado un gran susto, y si se inutilizaba, ¿quién iba á cuidarle como ella? Allí por de pronto no quería tener á nadie más que á su asistente, porque era como un suizo incapaz de quebrantar la consigna, que ni siquiera respiraba, y á quien podía mandar de cualquier modo.

Todas las observaciones fueron inútiles.

—Dejémosle ahora que nos mande como á soldados;—murmuraba don Rufino,—y véngase usted conmigo, señora, que hasta creo que tiene razón. Ya nos desquitaremos después y le haremos entrar por el arito.

El médico al salir dió sus disposiciones para el caso de que se repitiera el acceso, diciendo que si esto ocurría le llamasen sin reparar en la hora, y no olvidó el encargo de Silvestre respecto á que descansara su mujer en la habitación inmediata, cerca de la chimenea.

A poco de encontrarse el coronel á solas con su asistente, se incorporó en el lecho; sacó la carta del bolsillo interior de la americana que sobre el edredón había; tocó á la llave de la lámpara eléctrica que estaba junto á la cabecera; se puso un dedo sobre los labios haciendo ademán para que el asistente callara y no se moviese, y empezó á leer de nuevo aquella carta fatal.

Al concluir la lectura volvió á sentirse fatigado.

—Acércame ese cubo del lavabó y dame fósforos;—dijo.

El asistente obedeció sin replicar. A los pocos instantes la carta ardía cayendo hecha ceniza en el fondo del cubo. Silvestre miró por si qu daba algún pequeño fragmento sin quemar, y después respiró más libremente.

—Tú no has visto nada ¿eh?

—Nada, mi coronel;—contestó el viejo soldado.

—Echa agua en el cubo, y luego te lo llevas para tirarla cuando nadie lo note.

El esfuerzo y la nueva impresión causada por la lectura, alteraron otra vez la respiración del veterano, por lo que el descanso de Gregoria fué bastante breve.

Avisa la por el asistente con sigilo, volvió la amante esposa al lado de Silvestre, y comprendió que peligraba si se repetían los accesos de disnea con frecuencia excesiva, ó eran demasiado duraderos.

Como ya sabía los remedios que se podían aplicar, la piadosa mujer, mientras los empleaba, pensó que era urgente que el enfermo se dispusiera á morir cumpliendo sus deberes religiosos. Aprovechó una oportunidad para hacerle indicaciones en tal sentido, atenuándolas lo posible; pero no necesitó insistir.

—Yo estoy siempre dispuesto á rendir mis cuentas;—dijo el coronel como si la muerte le pareciese la cosa más sencilla del mundo.

—Puede venir el señor coadjutor, si quieres;—murmuró Gregoria.

—¡Eso no!—replicó él con viveza á pesar del estado en que se hallaba;—¿no tengo yo á mi hermano? ¡que venga Juan!

—Te he dicho esto por si tuvieras algún reparo. . .

—¿Qué he de tener? al contrario; á mi hermano es á



quien necesito; pero pronto, ¿lo sabes? pudiera luego no estar yo en condiciones; quiero que me oiga.

La orden fué cumplida con extraordinaria rapidez, y pronto el buen sacerdote don Juan, con los ojos enrojecidos por el llanto, pero con aspecto sereno, se hallaba solo á la cabecera del enfermo oyéndole en confesión.

—Ahora te diré,—murmuraba Silvestre con fatiga,—que lo que me mata es un golpe que he sufrido en el alma, y que no pueda resonar en oídos de hombre alguno á no ser tú.

—Animo, hermano mío; no soy yo; es sólo Dios quien te oye.

—Pues bien; en la muerte de ese pobre Raimundo está complicada moralmente la persona á quien yo más quiero.

—No pienses así; cada cual dará cuenta de sus acciones, y tú no tienes culpa alguna. . .

—Pero tengo la pena de que ella. . . necesito desahogarme para calmar este dolor.

—Tu hija tampoco es responsable. . .

—¿Pero lo sabías?

—¿Yo? ¿Por qué me hablas tú de estas cosas?

—He sido un majadero; debí comprender que ella no podría soportar en su conciencia aquel peso sin buscar el perdón de la culpa, y que sólo tú debías saber su desgracia.

—Al descargar el peso del pecado en el tribunal de la penitencia, no queda en la tierra rastro alguno, y cualquier sacerdote en caso de haber existido esa confesión. . .

—Pero es que hubo otro que en una carta confesó su delito dirigiéndosela á la cómplice, y no ha sido sacerdote alguno el depositario de tal documento.

—¿Y dónde está esa carta?

—La he quemado yo; mas la conoce quien me la ha entregado, que por cierto es a verdario mío en estos instantes,

y me ha desarmado para siempre aunque esto no me costase la vida. A ese hombre no le queda ya prueba alguna contra mi hija, y es el único que pudiera hablar, aunque no creo lo haga, porque ya sabes tiene orgullo enpreciarse de caballero. El delincuente murió; y tú, hasta conviene que lo sepas todo para que si mi hija vuelve algún día puedas dirigir mejor su conciencia, ocultándole por supuesto que yo me he enterado de su falta, y que hay otra persona que la conoce. Tengo por último el remordimiento de que, á no haber yo abandonado á mi hija, nunca hubiese tenido que vivir casa de Bartolo, y no habría nacido esa loca pasión que le ha costado á ella la honra, la vida al seductor, y la dicha á otra infeliz muchacha que llora su viudez y la pérdida de sus ilusiones. Ya ves como debo responder de estas cosas, y no son extrañas á mi confesión.

Los consuelos del sacerdote calmaron un tanto la excitación del enfermo, que cayó abatido reclinando su cabeza sobre las almohadas.

Don Juan absolvió al pecador que le besaba la mano, y acudió solícito para darle un beso en la frente, al que con él había compartido las caricias de una madre honrada y buena.

Poco después la alcoba estaba casi invadida por las personas más allegadas al paciente. Gregoria, la señá Rita, que á pesar de su ancianidad acudió á compartir con su nuera la penosa tarea de asistir al enfermo; María y Enrique; Juanita, Amalia y sus respectivos maridos.

—Ya sabemos que has cumplido como buen cristiano;— dijo á Silvestre su hermana María;—eso te confortará, y verás como te sientes mejor.

—Me encuentro todo lo bien que es posible cuando se va á emprender este viaje, y no quiero que os apuréis, ni que tengais que fingir á mi presencia una tranquilidad que des-

mienten las huellas que veo en vuestros rostros. Yo soy quien está sereno de veras. Tú, María, no debes dejar solo á nuestro padre; como el pobre se halla baldado, sufrirá mucho con no poder venir. Anda; engáñale y dile que esto no es nada; que no sufra; yo bien conozco su genio, y estará dado á todos los diablos. Vosotras, Juanita y Amalia, porque tú siempre has de ser Juanita aunque estés hecha una matrona, id á rezarle á San Pedro para que me tenga las puertas del cielo abiertas de par en par. Debéis ser la mejor recomendación para él, pues al buen Santo, cuando andaba por el mundo, creo que también le gustaban las buenas mozas; era hombre de armas tomar, y no se lo metía nadie en el bolsillo tan fácilmente como podéis hacer ahora con sus estampas. Y vosotros, Enrique, Tomás y Francisco, debéis ir á atender á los pocos amigos que aun vengan á interesarse por mí, porque ahora que estamos caídos, hay que agradecer mucho más esas cesas. De seguro que estarán ahí don José y el burión del médico, que sin duda no entra porque ya no tiene nada que recetarme.

Todos obedecieron pronunciando palabras entrecortadas, y dándose prisa á salir para que el enfermo, que conservaba bien la vista, no observase las lágrimas que acudían á los ojos.

Gregoria y la seña Rita quedaron únicamente, cada una á un lado de la cama. Así pasaron las horas, sufriendo el enfermo frecuentes alternativas: alguna vez entraba don Rufino; pero procuraba hacerlo en los periodos de calma, para observar mejor el curso de la dolencia sin tener que andar con explicaciones.

La fiebre perturbaba en algunos ratos la inteligencia de Silvestre produciendo delirios, entre accesos nerviosos que luego causaban gran postración.

No era un caso desesperado, porque todo dependía de

que cesaran ó no aquellos síntomas alarmantes; pero había una gravedad tal, que en poco tiempo podía agotarse aquella vida minada por hondos y antiguos quebrantos, lo mismo en lo físico que en lo moral.

El médico dijo á la familia que era preciso dejar descausar al enfermo evitándole por de pronto sentir nuevas emociones, y que había que demorar el darle el Viático, con lo que estuvo conforme don Juan el cura, porque no encontraba á su hermano en favorables condiciones para ello, y ya fué absuelto de sus culpas estando en pleno dominio de todas sus facultades.

Gregoria observaba atentamente, y advirtió que su marido decía algunas palabras que poco á poco iban subiendo de tono, como si obedecieran á una mayor excitación cerebral.

—¡El remordimiento, el remordimiento!—decía;—también ella lo sentirá; y todo por mí, por mí; porque si yo no hubiese sido un botarate. . .

—¡Por Dios, vida mía, despierta!—dijo Gregoria creyendo que aquello aludía al recuerdo de los ilícitos amores que tuvo ella con Silvestre siendo viuda.

La pobre no podía comprender que se trataba de Esperanza, y del abandono en que el padre de ésta la dejó cuando niña. La severidad de su conciencia le hacía mirar aún como grave falta las intimidades amorosas de una viuda y de un soltero.

El remordimiento es mayor castigo mientras más noble es la naturaleza de la persona que lo siente; es la prueba de la complejidad del alma; de que un ser bueno puede obrar mal. Los malvados son incapaces de sentir remordimientos; á la mujer se la educa para ser más buena; por eso en ella el remordimiento suele también ser más vivo, aunque poco á poco se va debilitando hasta que desaparece, dando paso á

las ideas perturbadoras del orden social, que en el hombre imperan bien pronto tratándose de cuestiones amorosas.

Silvestre seguía delirando por más que la perturbación de su cerebro no era completa; tratábase más bien de una gran excitación.

—Me han hecho revolucionario á fuerza de canalladas; la moral política está sobre todo, y hay que sanear el ambiente á cañonazos. Los gobernantes dejados de la mano de Dios, provocan las revoluciones hasta con su conducta privada. ¡Oligarquía, socorros mutuos! ¡las ideas sin viendo de pretexto y máscara para cubrir concupiscencias é indignidades! ¡todos lo mismo en el fondo! ¡los grandes políticos y los caciques reemplazando á los señores y magnates de la edad media dominados por pasiones mezquinas! Hay que barrerlo todo ahora como entonces; pero en nombre del bien general; encarnando en un hombre el derecho de todos para establecer el orden y la libertad verdadera; y ese hombre... ¡ese hombre, soy yo!

Silvestre se golpeaba el pecho y quería arrojarse de la cama; pero Gregoria le contuvo suavemente diciendo:

—¡Tranquilízate, amor mío! ¿Quieres que te dé algo?

—¡Ah! ¿Eres tú? ¿Pero donde están nuestros hijos? ¡Me los han robado, me los han robado! mas aun tengo vida, y yo te juro que me vengaré.

—¡No hables de venganza, por Dios!

—Los dioses, también gustaban de ella más que del néctar y de la ambrosía, y yo no soy como tú una débil mujer.

—Pero nuestro Dios único, es el Dios del perdón.

—Después que los haya fusilado, les perdonaré los agravios que aun me queden debiendo; ante todo debo hacer justicia. ¡No necesito más que dos mil hombres! ¿sabes? pero que sean soldados; nada de chusma sin disciplina; del hon-

ra lo puisanaje inerme, sólo quiero la fuerza moral de su aplauso. Con mi media brigada doy el golpe y á ese general que me ha robado mis hijos, lo fusilo yo; ¡yo! Ya verás como después todos siguen el movimiento y me proclaman dictador; allá en Méjico, cerca de donde nuestros hijos están, hubo un general Porfirio Díaz; aquí en España, habrá un coronel González. ¡Pronto; mi uniforme!

El infeliz intentó nuevamente arrojarse del lecho, y Gregoria ayudada ya por su suegra, volvió á contenerle. La pobre anciana lloraba sin atreverse á pronunciar palabra alguna ni comprender bien lo que oía.

Silvestre, no pudiendo soportar el peso de su febril cabeza, después de intentar ponerse de pie, volvió á caer en la cama; Gregoria le arropó procurando que tomase una cómoda postura.

Ya algo abatido, siguió diciendo el enfermo con voz más débil:

—El pueblo odia á sus gobernantes; pero tampoco tiene fe en los políticos revolucionarios. Se divide entre gente que emigra y gente que tolera y adula; estos acaso ayudarían á caer á los que mandan, llegado el momento propicio, adulando también á los que les sustituyeran; mas yo no necesito aduladores ni intermediarios que me pongan en comunicación con el pueblo, y no me hará caer esa gente, porque extirparé la mala semilla.

Después de aquellas frases, se inició un nuevo acceso de disnea; Gregoria hizo indicación á la seña Rita de que estuviere al cuidado, y salió en busca del médico volviendo con él á los pocos minutos.

—¡Hola, don Rufino! —dijo Silvestre al verle.

—No hable usted, mi coronel; le hace daño.

—Yo soy un rebelde; acabo de sublevarme por única vez, y no reconozco más autoridad que la mía.

—Reconocerá usted la autoridad de la ciencia por lo menos, y yo, aunque indigno representante suyo. . .

—En la guerra, la autoridad del vencedor; pero esas *guerras médicas*. . .

Un golpe de tos cortó aquellas palabras que habían sido dichas con gran dificultad; mas á pesar de todo, el enfermo prosiguió:

—Necesito imponerme; ganarme el alma colectiva de las masas armadas, como decía mi compañero Ricardo Burguete.

—Déjese usted de guerras; ahora tenemos que cuidarnos de otras cosas más humanas;—exclamó don Rufino.

—Para aprender la historia de la guerra, he tenido que estudiar la de la humanidad.

—Pero no se trata de esas cosas; sino de que usted se cure, y para lograrlo, voy á imponerme yo al generalísimo por algunos momentos; conque á callarse y á tomar esta medicina.

Hubo un largo espacio de silencio en que sólo se oyó la respiración anhelosa del infortunado militar. Gregoria interrogaba al médico con la mirada, y éste se desentendía porque nada bueno tenía que decirle. La fiebre era sumamente alta, y en los momentos de mayor lucidez de inteligencia, el enfermo agotaba sus energías movido por una excitación interna que le obligaba á traducir en palabras todas las ideas que bullían en su mente.

Si tal situación se prolongaba, la fiebre no tardaría en aniquilar aquel organismo gastado, y aun antes, cualquier acceso de disnea podía precipitar rápidamente el desenlace.

Don Rufino, casi iba perdiendo la esperanza de que remitiese la fiebre, y cesara aquel estado nervioso imposible de soportar por mucho tiempo; pero se había hecho todo lo po-

sible, y á nada práctico conducía el aumentar la pena de la amante esposa y de la infeliz madre diciéndoles la verdad. Ya la conocerían cuando no fuese posible evitarlo; es una crueldad arrancar la última esperanza de las almas generosas que cifran su dicha en un sér querido que van á perder, como les ocurría á aquellas dos pobres mujeres.

Don Rufino, no sabiendo qué hacer allí, salió de la alcoba verdaderamente contristado á pesar de su larga práctica de médico, y de su carácter nada inclinado á la tristeza.

Las dos mujeres lloraban en silencio. Al cabo de un rato volvió á aumentarse la excitación del enfermo, y al acercarse Gregoria, él le dijo:

—¿Por qué lloras? ¡Reza, reza por mí; que te vea yo tranquila!

Quiso seguir hablando, pero la anhelación le impidió continuar. Gregoria empleó de nuevo los remedios prescriptos, y siguió callando para no contribuir á que aumentase la excitación en el enfermo; pero él seguía diciendo de modo entrecortado y confuso:

—¡Rezad, rezad vosotras! yo ¡á la pelea! ¡á concluir con esos infames! ¡á salvar á mi patria! ¡á recobrar á mis hijos!

No pudo continuar hablando, y dejó caer la cabeza en el brazo de su mujer, que procuraba mantenerle cuando le veía incorporarse falto de respiración como entonces. Las almohadas no eran bastante para tenerle en actitud conveniente; notábanse síntomas de asfixia; Gregoria indicó á su suegra que saliese en busca del médico, y la pobre anciana se tambaleó al dirigirse á la puerta, que consiguió ganar difícilmente, sintiendo la más viva emoción.

Quando llegó don Rufino, el coronel se hallaba en el tránsito de la vida á la muerte; su última mirada fué para Gregoria, que al verla expirar le llenó el rostro de lágrimas cubriéndolo después de besos.



Tras de don Rufino entró don Juan, el hermano del moribundo, para cumplir sus deberes sacerdotales y llorar también sobre el cadáver querido.

—¡Por Dios, don Rufino; detenga usted á la pobre madre;—decia Gregoria;—á ella podría también costarle la vida, y aun hace falta en el mundo!

---

## EPÍLOGO

### I.

La ópera iba á empezar; aún no habían ocupado sus localidades gran parte de los abenidos al turno segundo, y ya el teatro Real aparecía deslumbrador, luciendo las mejores mujeres y joya de Madrid conocidas en el mundo elegante, para admiración de los jóvenes y viejos que lo frecuentan.

De pronto la gran sala quedó casi á oscuras; la plaza pública de Amiens apareció ante los espectadores, siendo después invadida por la gente que acudía al sonido de una campana. Luego que acaba de cantar el estudiante Edmondo y llegan los viajeros de la diligencia que se esperaba, Manon aparece en escena.

—Esta nueva tiple tiene una figura arrogante;—dijo una señora joven y bastante guapa, á otra que con ella ocupaba un palco bajo, y parecía hermana suya, aunque de más edad.

—Efectivamente; no es fea y viste bien;—murmuró la hermana mayor, cuya belleza aún no había empezado á declinar.

—¡Psi; no va mal vestida!—añadió un joven como de veintiocho años, elegante, desenvuelto y simpático, que acompañaba á ambas señoras;—veremos que tal sale Ansel-

mi de su empeño; ¡cuánto que hace ya tiempo que le oí por primera vez cantar *Manon* con la Brozzia! pero hasta ahora no ha decaído.

—Cualquiera que sólo te oyese, creería que ya eres un viejo y que se trata de épocas remotas;—replicó la segunda de las damas que hemos presentado á los lectores.

—Pues eso sería allá por el mil novecientos once nada menos; pero primita; ¡todos no tienen la dicha que tú de que no pase el tiempo por ellos! eso es acaso un privilegio especial de las viudas encantadoras, destinadas á causar la desesperación de los mortales por su injustificado empeño en no reincidir.

—Calla, Tono, que no voy á oír la ópera por culpa vuestra.

—Por culpa de él, que es incorregible;—añadió la viudita.

—Menos va á oír la tu marido, que sabe Dios por dónde andará ahora;—contestó el joven á la primera de las damas.

—¡Bueno, bueno!—dijo ella haciéndole indicación para que callase.

Des Grieux, representado por Anselmi, apareció en escena; en todo el final del acto primero, el tenor y la tiple cantaron de modo tan magistral, que el público aplaudió con entusiasmo, y al cabo cayó el telón para dar principio á los comentarios de los *dilettantes*.

—Se defiende;—dijo Tono poniéndose de pie para mirar más á su sabor á los distintos lados del teatro.

—¡Se defiende! más debieras decir que se halla en todo el esplendor de sus facultades;—murmuró la viudita.

—Aún es pronto para juzgar; ya hablaremos después; ¿pero habéis visto á aquella que está en un palco casi frente al nuestro? Acaba de llegar, pues se ha sentado después que dieron luz.

—¡Claro! ¡como que nadie viene con la prisa que nos-  
ótras!

—¡Qué hermana esta! no quiere tolerarme que me guste  
oir la ópera por completo, y como esta noche hemos comido  
solas, no era cosa de perder la ocasión.

—Hiciste bien, primita; si tu marido no había vuelto  
aún de la cacería de la Venta de la Rubia, justo era que tú  
no perdieses también las inspiradas notas del maestro  
Massenet; pero yo estoy por otras que me inspiran más aún;  
¡esa mujer si que es una nota brillante! ¿eh? ¿qué os parece?

—¿Te refieres á aquella rubia que tiene un magnífico co-  
llar de chatones?—dijo la joven casada.

—Prec samente; á ella me refiero; ¡soberbios brillantes!

—¡Deben haberle costado un dineral!—añadió la viuda.

—¡Veintinueve mil duros! casi puedo decir que he visto  
contar los billetes; pero no á ella ¿sabéis? á su amigo.

—¿Y quién es él?—preguntó algo intrigada la casadita.

—Ya no se dice quién es ella como en tiempos de Queve-  
do;—exclamó riendo su hermana.

—¿El? él es aquel feo que está casi en el centro del tea-  
tro mirándola descaradamente; es muy amigo mío; ¡cuidado  
que tiene una figura ingrata! ¡casi resulta ordinario por sus  
joyas!

—¡Pues lo que es en el collar, ha tenido un gusto admira-  
ble!—dijo la más joven de las damas.

—Sus buenos dineros le cuesta; ¡y si no fuese más que  
eso! le ha regalado otras alhajas también de valor, y le ha  
puesto un hotel. . . Ya debe haberse firmado la escritura de  
compra á nombre de ella. ¡Pero qué muebles; todo inglés y  
de las mejores firmas; el otro día me llevó á que los viese!

—¿Quién? ¿ella?—preguntó la viuda.

—Eso hubiese él querido;—añadió la otra.

—No fué ella, aunque tampoco hubiera tenido nada de

particular; fué el amigo.

—¡Cuéntanos, cuéntanos!—dijeron casi á la vez las dos señoras.

—Pues chicas; una cosa estupenda; el salón principal es blanco; los muebles, de palo de rosa con bronces magníficos; ya sabéis que yo no me admiro fácilmente, y estoy acostumbrado á ver en Paris dar quinientos francos por una sillita; pero esto es superior á todo encomio. Lo único que no me ha gustado tanto, es la alcoba, porque resulta un poco anticuada, y algunos muebles con esmaltes blancos y color gris Versailles que se vienen empleando hace ya tiempo. Verdad es que eso lo deja para habitaciones de segundo orden, como las destinadas á la tía Adela.

—¿Y quién es esa tía?

—¿Por cuál le preguntas?—añadió la casadita.

—No seas mala; ahí no hay más tía que doña Adela; la sobrina es una gran mujer, y de familia distinguida; ¡ni que se tratara de tu marido! porque ese, aunque esté casado, hace años que no vive con la mujer, y ha tenido otras aventuras que os contaré más despacio si no las habéis oído. Elisa es incapaz de descomponer ningún matrimonio.

—¿Pero quién es esa santa que casi vamos á tener que colocar en un retablo?

—Sí; ¿quién es?—añadió la hermana mayor.

—¿No recordáis á una chica, hija de un subsecretario del ministerio de la Guerra, que fué novia de Iván de Vargas, de ese que se ha casado con la hija de otro general que hace poco fué ministro?

—¿Y es esa?—dijo la viuda mientras la otra quedaba como recordando.

—Esa misma; pero ahora está más guapa que nunca; ¡qué ojos tiene, y qué busto! parece formado para lucir espléndidas joyas y elegantes *toilettes*.

—Las facciones solamente son correctas;—dijo la más joven de las hermanas, entregando sus gemelos á la otra para que mirase.

—¡Pues si tienen un tinte de bondad ingenna...! Esa mujer ha sido muy desgraciada; Vargas se portó con ella como un cochero; cuando la vió huérfana, ¡que si quieres! hasta dijeron que había abusado, y se dedicó luego á buscar para suegro á otro general de relieve que pudiera ser ministro y le favoreciese en su carrera. La pobre Elisa no tuvo nunca fortuna con las gentes á quien trató; fué muy amiga de aquella Mary, mujer del banquero Sandoval, cuya historia recordaréis; después de la fuga de ella con el *chauffeur* y de la ruina del marido, Elisa se constituyó en una segunda madre de los hijos de su amiga, y me han contado que dijo en aquella ocasión, que si estuviera establecido el divorcio, habría preferido ser esposa del arruinado Sandoval á vivir en la opulencia, sólo por cuidar de aquellos pequeñuelos á quienes quería tanto, que se los llevó á su casa cuando el padre se fugó también huyendo de los *ingleses* que le acosaban.

—Y seguramente ahora les darán buenos ejemplos, sobre todo si hay alguna niña;—interrumpió la casadita implacable.

—Una había; pero hasta en eso Elisa se portó con gran delicadeza. Los chicos quedaron al cuidado de unas monjas cuando su protectora, obligada por las circunstancias, aceptó los galanteos de ese estúpido derrochador, á quien lo único que le disculpa es el buen gusto que ahora ha tenido.

—Oye; ¿quién es aquél que entra en el palco y se sienta entre la tía y la sobrina?

—¿No le conoces? es el marqués de Puntal Cavelero. De seguro que tú le recordarás mejor que tu hermana;—añadió el joven dirigiéndose á la viuda;—fué uno de tus más

rendidos adoradores antes de que te casaras; ya él estaba bastante viejo y casi arruinado, y á ti te daba coraje cuando te perseguía. Ya ves como aunque polluelo, yo me fijaba en todo tratándose de ti.

—¿Y qué papel hace ahora en ese palco?—preguntó la aludida.

—Te diré; parece que ha sido algo así como intermediario entre el pagano y la diosa del placer; era amigo de los dios, y nadie más abonado para acercarse á donde se nada en la abundancia y puede cogerse algún fruto. ¡A fe que los cigarrillos y el *champagne* que estará consumiendo. . .!

—¡Pero qué cosas dices!—murmuró la casadita.

—Cuentan que casi vive costeado por el espléndido amigo, que dispone de sus automóviles, que monta sus caballos, y que cuando necesita mil pesetas, siempre halla algún pretexto para que salgan de la cartera de ese Creso que le ha deparado su buena suerte.

El teatro volvió á quedarse á oscuras.

—¡Chitón!—murmuró la mayor de las hermanas; —va á empezar el acto segundo.

Apareció en el escenario la molesta casa de Des Grieux y de Manon en París. El público atento no perdía una nota, y la ópera continuaba sin incidente alguno; hubo varios síseos por el más leve descuido, aunque no iba nada contra los principales cantantes; bien se desquita el inteligente público madrileño del subido precio que se le exige en el teatro Real!

Llegó al segundo dúo de los amantes, y al referir el tenor su sueño de la casita blanca en el fondo del bosque oscuro, terminando con que todo es triste y pálido si falta Manon, los aplausos fueron unánimes y repetidos. También los hubo para la tiple al cantar su respuesta y rogar á su amante que no la abandone. Luego se oyeron fuera los rumores

de una lucha y el ruido de un coche, mientras Manon se precipitaba hacia la ventana, y terminó el acto.

Las dos hermanas del palco bajó y su joven primo, empezaron seguidamente á formular los comentarios que antes iniciarán en tono muy quedo.

—¿No habéis observado,—leía la más joven,—que Anselmi tiene ya la voz algo velada?

—Por eso os dije yo que luego hablaríamos.

—Sóis muy exigentes;—añadió la viuda;—¿no véis qué arte al emitir las notas, y qué maestría en todo?

—¡Pues estaría bien que no la tuviese;!--exclamó Tonito;—yo reconozco que con los años ha ido perdiendo aquel amaneramiento que le afeaba; se presenta mejor; pero lo que dice ésta, es indudable; la voz también ha perdido el timbre especial que la avaloraba. En resumen; yo prefiero la tiple, y si me apuráis, también á Elisa y á sus magníficos brillantes.

—¡Vuelta con Elisa! ¿Es que vas á hacerle competencia á su amigo?

—Y al tayo;—interrumpió la hermana menor dirigiéndose á Tono.

—No tengo dinero para ello, aunque me importaría un ardite la tal amistad; pero ya sabéis que todavía prefiero más á ciertas viudas, porque mis fines son siempre honestos.

—¡Como que eres un buen chico, á pesar de que te gustan todas!--contestó la ahudida.

—Eso no es razón que incapacite á uno para el matrimonio, porque lo mismo les sucede á todos los casados. ¿Pero quién es ese que os saluda desde la cuarta fila de butacas?

—Es un antiguo amigo;—contestó la viudita.

—¿Y aquella señora que está á su lado?

—Es su mujer; la condesa de las Hazadillas.

—¡Tomá, tomá! pues entonces ya sé también quien es él;



se habló mucho de ese extraño casamiento; y la condesa está rejuvenecida; yo no la conocí; casi ha vuelto á ponerse guapa como debió serlo en tiempos mejores.

—Ya lo creo; la pobre fué muy desgraciada en su primer matrimonio.

—;Y á pesar de eso ha reincidido!

—Y creo que con acierto;—añadió la hermana casada;— porque don Prudencio Gómez es una excelente persona. Esas cosas debieran hacerse á conciencia, y se acertaría más.

—Ya lo oyes,—dijo Tono á la viuda;—hay que hacerlo á conciencia; mas no esperes á tener que elegir á un señor con barba blanca cual ese. ¿Pero y esa niñita como de unos quince años que los acompaña? Es muy mona; no sabía que ninguno de ellos tuviera hijos; porque decían que él era soltero. . .

—No echés el pensamiento á volar; esa niña es una ahijadita de la condesa, hija de un militar distinguido, y como se trata de un matrimonio que ya no ha de tener sucesión. . .

—Han hecho perfectamente;—dijo la otra hermana;—así la pobre condesa no se quedará nunca sola.

—Como en este instante, verbigracia;—añadió Tono;—pues él ha salido, y me parece que va á venir aquí, porque ha mirado de nuevo al palco.

Tonito no se equivocó; pronto apareció don Prudencio vestido con la mayor pulcritud, aunque sin llevar condecoración alguna en el frac; saludó á las dos damas y á Tono, siendo afablemente acogido, y el joven le cedió la silla que ocupaba junto á las señoras.

—No se moleste; yo estoy aquí muy bien en esta silla alta al lado de la marquesa;—y aludió á la joven viuda que estaba de frente al escenario.

—Nada de eso;—insistió Tono;—yo me voy á fumar un cigarrito, ya que deje á mis primas tan bien acompañadas. Hasta luego.

—¿Y qué tal, conde?—dijo la casadita.

—No me llame usted así, porque le voy á decir duquesa, y para mí es siempre Teresina; aquella pequeña á quien vi jugar á veces en el propio despacho de su buen padre cuando yo le visitaba; además, si me hubiese casado joven, luciría con gusto el título de Emilia por ser suyo; pero ya á mi edad no está bien que me bauticen nuevamente; llámenme ustedes como antes.

—Pues bien, querido don Prudencio;—dijo la marquesita;—¿sabe usted que Emilia está admirablemente;? la he estado mirando con los gemelos; ¿qué ha hecho usted para ahuyentar de su cara aquella tristeza que tan mal efecto le hacía?

—Bastante poca cosa;—contestó él;—me limité á no darle disgusto alguno, y á no alejarla de sus pobres.

—¿Si supiera usted,—dijo la duquesa,—qué sayos les hemos cortado aquí cuando nos saludó! Hasta ha habido algo para esa niña tan mona que les acompaña.

—Nuestra ahijadita; porque ya lo es mía también.

—¡Cuánto me alegro de que al fin sean ustedes felices!—murmuró la marquesa;—¡bien lo merecían ambos! He oído decir que le iban á hacer á usted senador.

—Han querido elegirme por mi provincia en una vacante que hubo, de ministerial, y el gobierno dijo á mis amigos que me aceptaba siempre que me manifestase adepto á su política; pero yo no quiero perder por nada mi modesta independencia, ya que tuve la suerte de quedar desde hace tiempo apartado de esas luchas. Si fuese un orador de primer orden y tuviera aptitudes especiales para poder hacer algo de provecho por mi país, no sometiéndome al yugo de los

partidos que gobiernan, crean ustedes que no me excusaría por cómodo egoísmo; pero para llevar mi pobre voto al Parlamento no teniendo fe en los hombres á quienes había de apoyar, prefiero seguir en las clases neutras, que van aumentando cada día por el desacierto de nuestros políticos.

—En cambio hay otros que van siempre en busca de emparentar con personajes que les den protección oficial;—dijo la duquesa.

—Efectivamente;—añadió su hermana;—no hace mucho nos hablaba Tomo del yerno de ese general que ha sido ministro de la Guerra; de Iván de Vargas; usted también le conocerá.

—¡Ya lo creo! y por cierto que se ha portado muy mal con uno que fué su íntimo amigo, y á quien le ha quitado el distrito que aquél representaba en el Congreso.

—No sólo se porta mal con los amigos por lo que parece,—añadió la viudita,—sino que también hay alguna muchacha, que aunque ahora luzca magníficas joyas, le debe á él la desgracia de tener que adquirirlas de ese modo.

—¡No prosiga usted!—exclamó don Prudencio;—también conozco la historia de la pobre Elisa, á quien traté algún tiempo, y que es una mujer de hermoso corazón. Vargas ha vuelto de su viaje de novios, diciendo que ha encontrado en París á Mary, la de Sandoval, en cuya casa fué tan agasajado; que ella está ahora viviendo como mujer postiza del *chauffeur*, que la acompañó en su fuga, y...

—¡Cuéntenos!—murmuró la duquesa.

—¿Pues y el dinero que le robaron al marido?—añadió su hermana.

—Parece que lo perdieron en Monte-Carlo. Mary era insaciable; todo se le antojaba poco para joyas; en vez de vender las que se llevó de aquí y reunir una fortunita con que poder vivir ignorada en el extranjero, quiso lucir en el

mundo alegre y elegante; sin duda buscaba algún opulento príncipe ó archimillonario, y ha tenido que apechugar con el *chau feaur*, que cuando la vió sin dinero empezó á tratarla como á una cualquiera. Dicen que él la mantiene ahora con el sueldo que gana, y que cuando ella le da celos, hasta le paga. Todo eso lo ha contado el tal Vargas á sus amigos, y y corre por ahí; él asegura que ha visto á Mary con una cestita al brazo llevarle de comer á su amante al punto donde estaba con un automóvil de alquiler, y parece que la pobre está bastante estropeada.

—¡Quién había de pensar tal cosa!—exclamó la joven viuda;—ojalá que no le suceda lo propio á Elisa, que ha visto ese mal ejemplo, y tengan igual destino los brillantes que luce esta noche.

Don Prudencio se levantó despidiéndose de las damas amablemente.

—Que le veamos á usted por aquí;—dijo la duquesita;—que traiga á Emilia; ella siempre fué muy aficionada á la música, y se distraerá.

—Ya la he convencido para que vengamos todas las semanas; unos amigos nuestros nos han cedido tres butacas de abono para los martes.

—Casi puede decirse que esa noche es la mejor del segundo turno; yo la prefiero á la de los domingos y los jueves;—añadió la marquesa;—que no nos olvide ¿eh?

—No me sería posible aunque quisiera; ¡muy buenas noches!

Don Prudencio encontró en el pasillo á Tonito con quien cambió un apretón de manos. Cuando el joven se reunió con sus primas, éstas comentaban favorablemente la correcta conducta del caballeroso y antiguo amigo que acababa de marchar.

—¿No sabéis,—dijo Tono,—con quien he estado ha-

blando?

—¡Cualquiera lo adivina!—contestó la más joven de las hermanas.

—¡Pues con el célebre Iván! mirad; en aquella plaza está su mujer con la marquesa de Prado Azul; tiene también un collar bastante bueno, aunque no como el otro; ya sabéis...

—¡Claro! ¡como que ahí no abunda tanto el dinero, aunque sacaron una atrocidad en los regalos de boda, debido á la posición política del padre!—exclamó la duquesa.

—¿Y qué os parece? ¿llegará algún día á tomar la almohada esa intrusa?

—¡Pues no adelantas poco el discurso!—contestó la viudita;—aún tiene que llover.

—Por mí, que la tome ó no; vayan al diablo ella y él, y toda su casta.

—Calla, chico; que ha empezado el tercer acto.

## II.

La casa solariega de los Fernández de Mirones que fué transformada por Silvestre con arreglo á las exigencias modernas cuando la ocupó con su primera mujer, había sufrido una nueva transformación.

Después de la muerte del veterano, como sus hijos, que eran los que estaban llamados á habitar el edificio aquel, seguían en América sin propósito de volver pronto á la patria, Gregoria, de acuerdo con ellos, destinó el local á casa de beneficencia; á un colegio para niñas y párvulos pobres.

Fernando desde la muerte del niño había perdido la esperanza de tener sucesión, y hasta no lo deseaba; su mujer,

dados los antecedentes, estaba bien segura de que no la tendría.

El joven matrimonio ignoraba el triste desenlace de Raimundo, porque don Juan el cura había dicho á su cuñada que no debían darles ninguna mala noticia que no tuvieran necesidad de saber; bastante hubo con la de la muerte de Silvestre y del anciano tío Anselmo, que sobrevivió á su hijo muy pocos días.

También murió la señora Andrea, quien no pudo soportar el dolor que le causara la tragedia de que Raimundo había sido protagonista.

Esperanza no quería volver al pueblo en mucho tiempo, recordando aquel suceso desgraciado que la llenaba de rubor. Si en alguna ocasión volvía á ver á Raimundo, era preciso que ambos fuesen ya viejos; entre tanto, él la olvidaría entregando todo su cariño á Matilde, que tan merecedora era de obtenerlo.

Así pensaba la emigrada infeliz, al par que su marido, sabiendo que Iván le había reemplazado en la representación parlamentaria del distrito, se avergonzaba de tener que tolerar tal afrenta, y tenía la firme resolución de no presecciarla, prolongando su permanencia en América hasta que las circunstancias variasen.

No viviendo Silvestre, para Esperanza casi no tenía aliado alguno el regreso á España donde tanto había sufrido; y Fernando, aunque recordaba mucho á su madre, creía que ésta por su buena naturaleza había de llegar á una edad avanzada. Tiempo quedaba para ir á cerrarle los ojos; por de pronto, la buena señora estaba bien acompañada con sus otros hijos, y para dirigir los asuntos de toda la familia se bastaba ella.

El joven capitán de Artillería había caído en el Nuevo Mundo en buen pie, como su mujer solía decirle.

...meramente entró con carácter de técnico, á la ... ingeniero industrial, en una gran empresa de colonización que le señaló un crecido sueldo por dirigir las instalaciones de maquinaria agrícola, para aprovechamientos de aguas y aplicaciones de usos diversos. Después obtuvo importantes terrenos en propiedad, y los rendimientos que tenía eran considerables, constituyendo una buena base para crear una gran fortuna.

A causa de todo aquello, había escrito á su madre que la herencia de Carmela, la primera mujer de Silvestre que tan buena había sido con ellos, debía dedicarse íntegra á obras de beneficencia, porque esa era la aplicación más adecuada á los piadosos sentimientos de la antigua dueña del caudal, y que convenia perfectamente con los deseos de que tanto él como Esperanza se hallaban animados. «Hasta usted misma, —añadía,—encontrará un gran placer en dar ampliación á sus obras de caridad sin desmembrar con ello el capital que á mis hermanos haya de corresponder, y con esto, antes bien, puede mejorarlo, ya que los gastos personales de usted son tan reducidos. Esperanza y yo nada necesitamos de ahí, y estamos llamados á llevar algún día un importante refuerzo para la fortuna de la familia».

No obstante to los estos beneficios, Fernando continuaba sintiendo una vocación decidida á su carrera. Había inventado un cañón que iba sobre un auto móvil blindado, y debía destinarse á perseguir los globos militares, y hacer fuego contra los dirigibles; según él, resultaba el tiro de bastante precisión, y había logrado vencer las dificultades que el problema ofrecía.

A Esperanza le contrariaba que aquello ocupase demasiado la atención de su marido, y temía que le causara nuevos disgustos el volver á entenderse con hombres políticos, aunque afirmaba el inventor que los de allí no eran como los de

España, y que por tratarse de un país amigo con el que no es posible que surja ya conflicto alguno de carácter bélico; no encontraba reparo en ofrecerle sus servicios como oficial de Artillería. Acaso pensaba en tornar alguna vez á Madrid ciñendo la faja de general argentino.

El orgullo vanidoso de Fernando, no era fácil de curar por completo; se había puesto en sus tarjetas F. Marqués de Ponce de León, para lo cual sólo había tenido que alterar una letra, coconvirtiendo la *z* de su primer apellido en una *s*; añadiendo un acento, y las palabras *de León* al apellido Ponce, á cambio de dejar su nombre tan sólo con la inicial. Verdad es que su abuelo materno se había llamado el tío León Ponce, y tampoco en aquello había grandes mudanzas. La *P* primera podría pasar para quien no estuviese bien enterado; como la primera letra del nombre de la mujer que algunos aristócratas suelen anteponer á su firma; bien podía la esposa llamarse, por ejemplo, Faensanta de la Esperanza ó algo parecido.

Con todo aquello, Fernando se daba en América aires de marqués, y hasta hacía que E-peranza añadiese al González; la coleta *de la Peña*. Cortijo de la Peña se llamaba la finca en que vivió su abuelo como labrador y nació Silvestre; quien andando el tiempo logró comprarlo.

Tales pequeñeces eran impropias de quien buscaba un país democrático huyendo de las preocupaciones y convencionalismos del nuestro; pero sabido es que también en Francia en plena república se ha hecho tráfico escandaloso con las condecoraciones, y claro está que eso no habría podido ocurrir, si la raza no llevara en su sangre gérmenes aristocráticos fomentadores de vanidades.

La sencillez de Gregoria, por el contrario, no podía ser mayor; pasábase gran parte del día en el colegio, cuya instalación le había preocupado mucho, y aun no estaba por



completo terminada.

Dudó largo tiempo antes de decidirse á elegir la congregación religiosa que se había de encargar de la educación de las niñas desamparadas de aquella villa y de otros pueblos, en las que se contarían no tan sólo á las que no tuviesen padres, sino á las hijas de aquellos que por enfermedad ó extrema pobreza no pudiesen levantar todas las cargas de una numerosa familia.

Al cabo Gregoria se entendió con unas religiosas modestas que tenían la necesaria instrucción para cumplir su cometido, y la madre general designó como superiora de la nueva casa á una hermana joven aún, pero de extraordinarias aptitudes y gran amor á los niños. Llamábase Sor Rosario; ¡qué casualidad;! aquel era el nombre de la que fué madre de Carmela; de la dueña de la fortuna con que iba á hacerse la fundación. El colegio se llamaría de Nuestra Señora del Carmen; Gregoria no vaciló ni un punto en darle este nombre, como recuerdo de la buenísima Carmela; de aquella alma sublime, que al volar al cielo, encargó á Silvestre que tomase por esposa á la madre de Fernando.

La superiora tenía ademanes distinguidos dentro de la mayor sencillez, y había adquirido una ilustración bastante general; acaso pasó la mayor parte de su vida entre gentes de posición elevada; las costumbres de la alta sociedad le eran familiares, y no por ello ignoraba lo que es la vida de los pequeños pueblos y de las clases pobres.

Un día en que Gregoria fué á la casa matriz, después de conocer á Sor Rosario y solo con el propósito de convenir con ella el modo de hacer el viaje, la religiosa le dijo que tenía que pedirle un señalado favor.

Alentada por las amables frases de Gregoria, empezó así:

—Mire usted, señora; yo he servido como doncella en una casa rica cuyos dueños se arruinaron, y tuvieron que

huir al verse por la justicia perseguidos; dejaron dos niñas y un niño al cuidado de una amiga joven y hermosa; esta señorita que había tenido una brillante posición, pero que también es pobre, no tuvo virtud bastante para soportar su desgracia. Yo que no les he perdido de vista, supe hace tiempo que la conducta de la joven protectora de esos angelitos dejaba mucho que desear; pero nada he podido hacer hasta hoy para librarlos del mal ejemplo que van á tener en aquella casa; ya ve usted; la mayor de las niñas tiene ya ocho años; si pasa algún tiempo más, van á acostumbrarse los tres á vivir como ricos, y con el ambiente de vicio que les rodea, es segura su perdición. Yo quisiera educarlos como pobres, puesto que lo son, pero con honradez; sin aceptar dinero alguno del precio del pecado; también ellos necesitan que les ampare el manto de la caridad, y como por mí sola nada puedo hacer. . .

Gregoria la interrumpió diciendo que aquellos tres niños tendrían plaza en la nueva fundación; que podía recogerlos enseguida puesto que el único varoncito era párvulo aún, y luego, según sus aptitudes, verían lo que podía hacerse con él.

Ya se había celebrado la gran fiesta de inauguración del colegio. Sor Rosario estaba contentísima por la protección que Gregoria le dispensaba en todo, y acompañada de otras cuatro religiosas, procuraba con el mayor empeño cumplir la delicada misión de preparar para el bien aquellos juveniles corazones, ilustrando al par las inteligencias de niñas y pequeños niños, á su amor confiados.

No tan sólo estaban allí Memé y su hermanita, y el revoltosillo Eleuterio; los favores de Gregoria llegaron á conceder otra plaza más á los forasteros, cuando supo que había quedado huérfana una niña de una pobre mujer, á la que Sor Rosario miró como hermana, porque los padres de aque-

Ha la recogieron á su vez viéndola á ella abandonada en el pueblo donde nació.

La hija de Célia; de la campesina que en otro tiempo abofeteó á Ivancito para defenderse de él, y que aconsejó iguales energías á Obdulia cuando ésta le confiaba su inclinación hacia Fernando, se hallaba también allí.

La pobre huérfana de honrados campesinos que había quedado sin amparo, formaba grupo con los hijos de opulentos señores arruinados por el vicio; la caridad consciente no establecía entre ellos distinción alguna; era preciso salvarlos á todos, haciéndolos honrados y útiles para trabajar.

Si vienen algunos niños extraños á nuestras comarca, decía Gregoria, también doña Rosario trajo aquí dinero de Cuba que vino á aumentar la fortuna que en el pueblo tenía su marido el comandante Mirones, y también ese dinero cubano se ganó regando aquellos campos con sangre de españoles de todas las comarcas, aunque algunas se encuentren distantes de nosotros y cerca de la academia de Segovia en que estudió mi hijo.

Las ideas de solidaridad humana se iban extendiendo hasta entre aquellas humildes mujeres, á despecho de las rivalidades y egoísmos de los aldeanos.

Un día Gregoria enseñó á Sor Rosario cierta carta que de Fernando había recibido. El emigrado tenía conocimiento de que en el nuevo colegio se hallaban los abandonados hijos del banquero Sandeaval, por más que nada sabía respecto á quien era la superiora que estaba al frente de aquella fundación. Obdulia ocultaba su nombre tras el de Sor Rosario, y rogó á Gregoria que nada dijese de que era ella la que había tenido empeño en que fuesen allí aquellos niños; todo aparecía como una verdadera casualidad; mas Fernando enteraba á su madre de que se había encontrado en Buenos Aires con el arruinado banquero, que estaba de tenedor de

libros de una casa comercial, y que tuvo una gran satisfacción al saber donde sus hijos se hallaban acogidos. Acaso algún día, regenerado, podría el infeliz padre volver á recogerlos.

La superiora palideció ligeramente al oír hablar de Fernando, aunque ocultaba que también ella le había conocido; aquel hombre fué su único amor, que predispuso el ánimo de la inexperta niña para que el osado Iván realizara una verdadera profanación; la soñada imagen del amado mancebo tomó por un instante forma real debido á los caprichos de la fortuna, y aquella nueva caída fué la que reaccionó el espíritu de Obdulia, llevándola á adorar tan sólo á quien libre de preocupaciones mundanas le perdonara sus extravíos; á un Señor que estuviese tan alto, que pudiera perdonar sin mengua del propio decoro, y que jamás la abandonase por estar á cubierto de toda flaqueza; hasta de la muerte.

El alma de Obdulia, era ya toda caridad y puro amor; pero su rostro palidecía al recordar el pasado; sólo aceptó el ir á aquel pueblo, porque estaba segura de que no había de encontrar á Fernando allí.

Cuando la madre del ex capitán y la superiora se ocupaban de ciertos detalles que proporcionarían bienestar á los pobres asilados, una joven que vestía de luto se presentó ante ellas; iba llorosa aunque quería disimularlo.

—¡Buenos días, Matilde!—dijo Gregoria;—¿vienes ya á ayudarnos hoy en nuestras tareas? ¿pero qué te sucede? tranquilízate ante todo.

—Sí, siéntese usted aquí, señora Matilde;—añadió la superiora;—que si nosotras podemos servirle de algo. . .

La recién llegada tomó asiento; pero durante algunos minutos no pudo articular palabra, y notando que volvían á agolpársele las lágrimas á sus ojos, acudió á cubrirlos con un blanco pañuelo.

El hermoso rostro de Matilde parecía de una imagen de la Dolorosa; Gregoria se acercó á ella y le tendió los brazos diciendo:

—Desahógate, hija mía; no tengas pena alguna, que por grandes que sean nuestras desgracias, Dios nós da consuelos para todo!

—Vengo,—dijo al fin Matilde con voz muy velada por la emoción,—á pedir á ustedes un puesto en esta casa; no me es posible volver más á la mía. Mi desdicha me ha hecho dueña de mi voluntad; estoy decidida á ser religiosa. Madre; quiero compartir con ustedes los cuidados que les proporcionan esos infelices niños.

Sor Rosário, serena, sin demostrar la alegría que sintió por lo que acababa de oír, miró tiernamente á la pobre viuda, y le dijo:

—Piénselo bien; pero de cualquier modo, tenga la seguridad de que dispondrá de tiempo sobrado para arrepentirse si no fuese firme su vocación; hoy no queremos sujetar á nadie con cadenas, ni extraña voluntad debe influir en estas cosas, porque nadie tiene poder legítimo para imponerse en asuntos tan delicados, á las personas sobre quienes ejerza autoridad.

—Por eso mismo vengo con voluntad libre á esta casa, y sacudo el yugo que me aprisiona; necesito consuelos que sólo aquí puedo encontrar haciendo bien á las criaturas de Dios.

—Si continúas pensando de ese modo, puedes contar conmigo;—exclamó Gregoria;—y de cualquier manera, mírame como si fuese algo tuyo, porque lo soy de corazón y estoy dispuesta á ayudarte en todo.

Don Juan el párroco llegó en aquel instante, y al observar la actitud de las tres mujeres, dijo á la superiora después de dar los buenos días:

—Continúen ustedes; yo voy con permiso suyo á entrar en la clase de párvulos, para ver las láminas de zoología que se han recibido.

—No te vayas, Juan; te necesitamos:—dijo Gregoria.—Recordarás que en otro tiempo fué Juanita á mi casa encontrándose Tomás herido, y como me había de ayudar á cuidarle hasta que se hiciera la boda, te dimos un encargo difícil cerca de su familia. Pues bien; ahora necesitamos que desempeñes una misión análoga, porque Matilde quiere tomar un esposo infinitamente mejor que mi Tomás, y ya ves que cuando yo digo esto. . .

El cura quedó algo sorprendido; pero al cabo se repuso y aceptó el encargo, aunque comprendiendo los inconvenientes que en ello había. Procuraba armarse de paciencia para afrontar los denuestos de la señora Benita, cuando llegó un nuevo personaje. Era don Antonio, el antiguo juez municipal que actuaba ya de cacique en el pueblo, por la protección del ex ministro de la Guerra y del yerno de éste el nuevo diputado del distrito; pero hay que hacerle justicia al fracasado jurisconsulto, reconociendo que su cacicato era muy distinto al del señor Juan Ponce, y propio de un hombre de cultura. El único acierto de aquellos altos políticos había sido valerse allí de don Antonio Martínez, que suavizaba con sus buenas formas en el proceder, la grosaría que inspiró la conducta del general y de su yerno al pensar en quitarle el distrito al antiguo ayudante, cuando pudieron haberse apropiado fácilmente de cualquier otra acta de diputado, para que se adornase con ella Iván de Vargas. No quedaba duda de que éste había querido devolver al compañero de carrera las cuchilladas que de él recibió en duelo, y de las que aun llevaba en su rostro señales que el atildado buen mozo no podía borrar, ni perdonaba el agravio.

—Vengo,—dijo don Antonio,—á rogar á ustedes que no

den importancia á lo sucedido; esos son desahogos que hay que dispensar á una madre que creo le quitan á su hija con engaños.

—No sabemos á qué se refiere usted, don Antonio, —dijo Gregoria.

—Nosotras no hemos oído nada;—añadió Sor Rosario comprendiendo ya que se trataba de algunos insultos lanzados contra ellas por la señora Benita.

—Sí, madre;—dijo una de las religiosas que había entrado con don Antonio;—no hemos querido enterar á ustedes, pero la señora alcaldesa empezó á lanzarnos injurias desde su balcón, y por último bajó á la calle; y como está tan cerca de aquí y vino casi hasta la puerta, una servidora no sabe cómo no la han oído. «¡Tías ladronas!—decía—¡quieren robarme á mi hija como me robaron á la otra!» ¡No saben; no saben cuantas cosas más ha dicho que no son para contadas!

—¡Que Dios la perdone!—contestó Sor Rosario sin mostrar enojo alguno.

Gregoria nada dijo; mas comprendió que de todo habría sido capaz aquella furia, cuyos antiguos rencores desbordaban de nuevo contra ella por cualquier motivo.

—Estén ustedes tranquilas,—dijo don Antonio,—que el Alcalde no se hace solidario de las cosas de su mujer, y deja en libertad á su hija, que es viuda, como no podía menos de dejarla; ¡pues no faltaba otra cosa! ya he apaciguado á la señora Benita, y en último término, aquí estoy yo para amparar el derecho de todos; si fuese necesario, avisenme y tendrán siempre las mayores garantías; pero es preferible que se arreglen las cosas por la buena y que seamos prudentes, que ya cuidaré de que no se repitan los escándalos.

—Cuenta usted conmigo cuando crea oportuno que intervenga;—dijo el cura á don Antonio.

—Ya nos entenderemos nosotros con la señora Benita;—

contestó el cacique.

—¡Pobre Matilde! —dijo Gregoria;— tengo que escribirles á Fernando y Esperanza que contamos con ella para nuestra obra.

—¡De ningún modo! —exclamó don Juan con viveza;— no hay que entristecerlos contándoles las desgracias que por aquí ocurren; que sigan pensando que Matilde vive feliz al lado de su marido.

—Nada, señora; nunca se yerra en lo que deja de decirse; y cuando no es preciso, lo mejor es callar, porque no sabemos el efecto que nuestras palabras han de hacer. Don Juan piensa como sacerdote prudente, y yo, aunque hombre profano, recuerdo de mis estudios de literatura aquel poema de Campoamor intitula lo, si no me equivoco, «Historia de muchas cartas.» En él se dice:

... y al mismo tiempo, ¡cuántas  
sin deber ser escritas se escribieron!

Cuando don Antonio y don Juan iban á marcharse, Gregoria dijo á su cuñado:

—Que no salga la madre hoy de casa, que está malo el día; yo iré por allí á verla; la pobre te sirve de mucho consuelo, y necesitamos que nos dure.

Quedaron solas aquellas mujeres á quienes había reunido el infortunio; pecadoras unas, que llevaban en el corazón el más profundo arrepentimiento; otras completamente honradas que habían gustado las amarguras de la vida, y vírgenes é inocentes algunas de ellas, aunque no por eso más benéficas ni virtuosas.

Allí, como en el mundo, estaban en mayoría las mujeres que no han faltado; pero había también algunas de las que teniendo aptitudes para no faltar, pecan no obstante por accidente ó culpas ajenas, porque nadie se halla libre del pecado, y puede por tanto incurrir en él cuando las circuns-



tancias sean propicias para ello.

Mujeres que falten por inclinación natural incorregible, delincuentes natos, como diría Lombroso, sólo había dos entre nuestras conocidas; era una la señora Benita; Mary la otra.

La educación de la voluntad, como la de los sentimientos, ejerce siempre una favorable acción; hay que ponerse en condiciones de luchar con influencias externas; no someterse ni siquiera á la del medio ambiente que puede ser nocivo; limitar el poder de la *Señora Casualidad* para que ésta no decida sobre el éxito más que en contados casos, ya que no nos es posible anular su influencia; pues mientras más sean los elementos que nos inclinen al bien entre los que intervienen en cualquier acto complejo de la vida, más cerca estaremos de lograrlo. El cálculo de probabilidades demuestra que cuando para un resultado han de combinarse al azar muchos elementos aun cuando no sea materialmente imposible que se combinen, casi podemos estar seguros de que aquello no ha de ocurrir. El sentido común nos dice que no llega á tanto el poder de la casualidad.

En este pequeño girón del gran cuadro de la vida, abunda lo vulgar é insignificante; sigue lo que resulta más ó menos mediano puesto en la piedra de toque, y escasea afortunadamente lo que es malo por completo, siendo también escaso lo que se acerca á la perfección.

Entre tanto, el señor Cornelio con el bastón de alcalde en la mano, se dirigía hacia la botica. Allí estaban su yerno Tomás y Juanita que haba entrado á consultar con éste ciertas cosas relativas á sus hijos.

—¡Hola, padre!—dijo la hermosa matrona dándole un beso al recién llegado.

—Necesito que me hagáis un refresco de lo que quiera que sea!—exclamó el señor Cornelio entrando en la trastienda y sentándose en una silla.

El boticario y su mujer sabían perfectamente á qué atenerse en casos tales; prepararon el refresco, y dejaron á su padre que hablara.

—Allí me he dejado á aquélla,—dijo,—disputando con Bartolo sobre cosas de las que ya no conviene hablar; necesidades propias de ellos; que si fué el uno, que si fué el otro quien tuvo la culpa de que Raimundo se desesperase, y de que hiciera lo que hizo; ¡pobre muchacho! La verdad es que Bartolo fué un bruto, y que á un hombre hecho y derecho, y ya casado, no se le debe pegar por nada del mundo. ¡Si tuviese las ideas liberales que tengo yo! Y Benita que siempre demostró mala voluntad á Bartolo sin saber por qué, cuando ya había logrado yo que hicieran las paces y que estuviéramos como familia, como lo que somos, ahora vuelve á alborotarse por la desgracia de Raimundo, y creo que no puede ver á Bartolo ni ea pintura; ¡hoy que es cuando él más necesita que se le eche una mano por haber perdido á su mujer! Y es el caso, que creo que también Bartolo la ha aborrecido á ella, lo que no había ocurrido nunca; ¡porque cuidado que le aguantó cosas que no son para tolerar, pues ya sabéis el genio de la madre! Esta mañana he tenido que recurrir á don Antonio para que la ponga en razón, porque la ha tomado con las monjas y con otras personas que dicen quieren quitarle á su hija.

—¡Válgame Dios, padre!—exclamó Juana comprendiendo que ya Tomás se iba impacientando;—tómese usted el refresco, y no piense ahora en nada que le disguste.

A pesar de que su mujer daba otro giro á la conversación, algo desagradable iba á decir Tomás contra su suegra, cuando don José, el viejo ex secretario del Ayuntamiento, asomó por la puerta de la botica. Llevaba un periódico en la mano, y al ver al Alcalde, intentó guardárselo en el bolsillo; pero arrepintiéndose de pronto, se encaró con él di-

piendo:

—Me alegro mucho de encontrar aquí á nuestra primera autoridad, para que vea qué juicio se tiene de los pueblos en Madrid, y cómo se forma la opinión pública por esos grandes rotativos que desde allí difunden ideas por toda la Nación; oigan ustedes este sueltecito.

«El diputado andaluz don Iván de Vargas ha hablado por primera vez en el Congreso con la elocuencia que le caracteriza, para pedir que se incluya en el plan de carreteras una que habrá de unir á varios pueblos de su distrito, donde tanto arraigo tiene su padre político el ilustre general marqués de Cerro Umbroso, quien ha dispuesto siempre de aquella acta para deudos suyos, sin que ningún gobierno se atreva á acometer la difícil empresa de arrebatarla.

»La conducta del señor Vargas es digna de todo encomio, y asegura más aun la legítima influencia de que goza en su distrito».

Aparte del estilo ramplón y las repeticiones de influencia, etc. ¿puede decirse otra mentira semejante? ¿qué arraigo ni qué niño muerto tiene aquí ese general que no posee ni un celemin de tierra, ni saben los campesinos del distrito que existe tal persona? ¡Andaluz don Iván de Vargas que creo ni siquiera ha estado en Andalucía!

—¡Hombre, hombre!—exclamó el Alcalde.—Ya sabemos que es mentira todo eso, ¿pero es acaso más verdad lo que se dice de otros distritos? En los pueblos lo que necesitamos son protectores, y cuando se presenta alguno que está agarrado arriba á buenas aldabas, hay que aprovecharlo, porque el arraigo y la influencia la dan los gobiernos.

—Y á todo esto, vivimos aquí medio en paz gracias á que don Antonio es hombre de cierta cultura, y usted es un Alcalde prudente y sensato; que si protegiesen en Madrid á otras personas, querían tratarnos á puntapiés y no se po-

dría vivir en el pueblo.

—¿De qué hablan ustedes?—dijo el médico don Rufino que había entrado también en la botica, sin que los demás lo advirtieran, por la preocupación que les embargaba.

—Se trata,—contestó Tomás,—de que mi suegro y don José, están politiquando.

—¡Buena cosa!—repuso don Rufino;—todos los políticos son iguales.

—Sí; todos los políticos de por aquí en los últimos tiempos,—añadió don José,—hemos sido iguales en cuanto á prudencia para no destrozarnos por complacer á los de arriba; porque yo me precio de haber hecho que el señor Juan Ponce variase de conducta desde que me nombró secretario, aparte del último período en que fui destituido, pues mi dimisión equivalía á eso; pero los altos políticos; los que debieran acallar las pasiones locales, las encienden ansiosos de sacar partido de ellas.

—También Enrique, su hijo de usted,—dijo Tomás,—ha sido un Alcalde sensato; verdad es que duró poco tiempo y le echó el gobernador de mala manera; por eso yo quisiera que mi suegro no durase mucho en la alcaldía, para que no salga como el tío Juan Ponce, aborrecido de todos; hasta sus hijas están alejadas de él, en tanto que Enrique vive tranquilo con su mujer y sus hijos gozando de generales simpatías, porque el fin y al cabo, el que obra bien es respetado hasta en la desgracia.

—En resumen;—dijo el médico;—que en los pueblos vamos progresando en las costumbres públicas, aunque trabajosamente; pero como faltan las clases directoras, todo se vuelven pies. En eso estamos conformes.

—Me voy,—murmuró Juanita,—porque veo que se van ustedes enredando en conversaciones que yo no entiendo.

—Pues dichosa usted, hija mía;—continuó D. Rufino;—

creo que el pobre coronel hablaba muy puesto en razón cuando en sus últimos instantes le devoraba la fiebre. Aquí lo que hace falta es un dictador; un hombre providencial que sobresalga entre todos los políticos, y los meta en cintura; porque esa aristocracia moderna, está destrozando al país por sus rivalidades, ambiciones y egoísmos, como lo destrozaban los nobles de otros tiempos, á quienes el poder real, apoyándose en el pueblo, tuvo que ir mermándoles sus privilegios incompatibles con el bien de todos. Los privilegios de ahora son para los políticos que se reparten el territorio casi á perpetuidad en distritos que adjudican á sus familias, y cuyos derechos jurisdiccionales se heredan como otra cualquier propiedad. Hace falta quitarles esos señoríos como se quitaron los otros, para que también estos nobles queden reducidos á la nada. Aquéllos se impusieron por el valor, y éstos con el pomposo título de intelectuales que suele valer menos aun; porque tal vez aquéllos fuesen los más valientes: pero éstos no son los que tienen mayor inteligencia, sino los de mayor falsía ó habilidad, y suele por tanto faltarles la honradez, que es lo que más debe estimarse. Pero ¡ay del dictador si no está á la altura debida y quita á unos para poner á otros que quieran ser también señores perpetuos! ¡Ay de él si no hace leyes desvinculadoras de la influencia política como la de Mellado sobre reelección de concejales, ampliándola á los demás cargos de elección y haciendo que no puedan ocupar altos puestos varios individuos de una misma familia, de esas que se necesitan media España para ellas solas! No se puede jugar con fuego, y los poderes excepcionales sólo se han de ejercer para realizar una misión de justicia, y salvar á los pueblos dominados por oligarquías que no puedan ser derribadas con procedimientos democráticos.

Un aplauso unánime premió el extraño discurso de aquel

médico rural, que sin duda hablaba así recordando tenía hijos que no habían logrado cátedras por oposición, debido á las corruptelas de los altos políticos y al acaparamiento que hacen de todo.

Hasta el Alcalde que representaba allí á los que eran objeto de censura, tuvo que prestar su aquiescencia, porque él era hombre progresivo que aborrecía toda clase de yugos; hasta el de su mujer.

FIN

---

NCTA.—Esta obra como las dos novelas que la preceden, no está á la venta. Los que la deseen, pueden pedirla á la Administración de *El Campesino Andaluz*.

